

Selecta

*Un mundo
sin ti*

Bel Diciembre

Un mundo sin ti

Bel Diciembre

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Negación

Capítulo 1

Está sonando el teléfono. Miro la pantalla y veo tu nombre. Estoy a punto de intervenir en el turno de “profesiones de mamá”, que ha organizado la maestra de Berta, pero hace casi 24 horas que no sé nada de ti y con los cambios horarios no quiero perder la oportunidad de, al menos, escuchar tu voz.

Te echo mucho en falta. A todas horas. Pero sobre todo de noche. Creo que desde que te conocí, hace ya once años, no habías estado tantos días seguidos de viaje y, aunque al principio no parecía difícil de soportar, ha pasado más de un mes y todo mi ser se ha convertido en una especie de paraje sensible a punto de estallar.

—Hola, Jaime. Por fin das señales. Tengo solo dos segundos. Estoy a punto de intervenir ante tu hija Berta y veinte niños más de ocho años que me aterrorizan —digo con precipitación para que entiendas por qué tendré que colgar enseguida.

—Silvia. —Tu voz suena grave y lejana. Pero no me preocupa. A fin de cuentas, estás a 8.134 km.

—Dime. Estoy en el colegio —repito alzando la voz— y voy a hablar en poco tiempo...

—Te voy a dejar.

—De acuerdo, ¿me llamas en diez o quince minutos?

—No. No lo entiendes, Silvia. Quiero decir que me quedo aquí. Que no vuelvo a España.

En este instante pasa algo muy curioso. Mi cabeza se ha quedado como si fuera hueca y tus últimas cinco palabras empiezan a resonar en el interior como si hubiera un efecto eco. Al mismo tiempo, la profesora de Berta, esa señora de proporciones descomunales, con el pelo teñido de blanco en un intento de parecer más “cool” y los ojos maquillados profusamente con sombra azul, me enseña sus dientes y me hace gestos con la mano que pretenden ser amigables, pero que a mí me recuerdan al pulpo malvado de la película de *La sirenita*.

Yo intento decirles a mis piernas que se muevan hacia esa zona central donde, hace unos momentos, la mamá de Josan (que es una copia de Natalie de *Los ángeles de Charlie*, incluyendo su aspecto de bobalicona, pero con el mismo cuerpo espectacular) ha estado alardeando de tener un despacho en el piso 42 de la Torre de Cristal y les ha hecho creer a todos los niños que cuanto más arriba tengas tu centro de trabajo más importante eres.

A ver cómo les explico yo ahora que trabajo en el semisótano de una empresa constructora, porque el departamento de recursos humanos en el que estoy es más bien la oficina de los despidos y la contratación a peso dependiendo si hemos acabado una obra o hemos ganado una licitación a precios derribo.

La nueva Úrsula de secano sigue gesticulando, aunque su expresión se ha tornado un poco menos alegre y mucho más aterradora y en mi cabeza se acaba de construir un puzle extraño y estoy oyendo “A España que vuelvo no”.

—Silvia. Lo siento mucho. De verdad. Me gustaría decirte que...

He colgado el teléfono. Apenas me he dado cuenta de cómo lo he hecho, pero imagino que mi mano derecha, la que sujetaba el auricular, ha bajado hasta la altura de mi pecho y con la otra mano he pulsado el símbolo rojo.

Entonces me pongo delante de todos aquellos niños y, en un segundo, los he convertido en gremlins malvados con dientes puntiagudos, ojos rojos y cuerpo de lagarto. Inspiro y respiro en profundidad para alejar esa alucinación y empiezo a hablar intentando parecer alegre y jovial, como si fuera a

explicarles algo apasionante. Sin embargo, la voz que sale de mi boca cambia de tonalidad y pasa del agudo chirriante al rasposo más afónico.

Pretendo solucionarlo deteniéndome un momento y aclarándome la garganta con lo único que tengo a mi alcance, mi propia saliva. Pero en ese momento experimento una súbita sequedad que hace de mi lengua una lija. Recuerdo a Luisa, la vieja amargada que tengo por supervisora, cuando se niega a darles agua a los candidatos que se sientan ante nosotras en la primera de las tres entrevistas por las que les hacemos pasar. La pulpo gigante tampoco creo que vaya a ser muy amable conmigo. Así que sigo hablando, combatiendo el miedo con la indiferencia. El único problema es que ahora me quedo trabada en la primera sílaba de cada tres palabras y pienso que debo ser el primer caso de tartamudeo espontáneo a los 36 años.

Las risitas de los niños son cada vez menos disimuladas. Rememoro un artículo de algún antropólogo en el que explicaba por qué el ser humano es el único animal que sonríe. Al parecer, cuando vivíamos en las cavernas y se nos acercaba algún otro australopiteco, le mostrábamos los dientes advirtiéndole que si continuaba, podríamos llegar a morder. Con el tiempo, ese aviso se convirtió en un saludo amable como cuando los perros mueven la cola. Solo que todos sabemos que no hay que fiarse siempre de que ese movimiento sea positivo. Los expertos dicen que si además de mover la cola, el perro tiene las pupilas dilatadas, los músculos rígidos, mueve sus orejas hacia adelante o atrás y su rostro muestra cierta tensión muscular, lo mejor será retroceder.

Los niños que tengo delante emiten, al menos, tres de esas señales. Menos Berta, tu hija. Ella tiene el disgusto reflejado en su expresión de manera clara y nítida. Yo procuro no dejarme amilanar por ella y sigo explicando cómo el nuevo programa informático controla los minutos de jornada laboral y las rectificaciones que debemos hacer manualmente para cuando alguien está de baja o ha alargado el almuerzo por un asunto de trabajo, lo cual tiene una trascendencia crítica desde el punto de vista de Luisa; pero cinco de las madres que también esperan su turno están bostezando y el resto miran su

móvil y están a miles de kilómetros de allí.

Como tú.

—Pues bien, quizás os pensáis que esto no tiene ninguna importancia, pero ¿sabéis? Gente como yo puede acabar cambiando todas vuestras vidas. Ahora estáis aquí y mañana... ¿Quién sabe? —Una quinta parte de los presentes ha levantado la vista—. Fijaos qué fácil sería modificar ese programa y hacer creer que tu padre o el tuyo han llegado tarde más de tres veces en un mes. — Ya tengo a una cuarta parte interesados—. Casi con toda seguridad les abrirían un expediente disciplinario y si, además, propongo hacer una *due diligence* y acabo afirmando que la falta de motivación es la causa principal de la baja productividad de la empresa, ¿sabéis qué pasará con los fantásticos trabajos de vuestros papás y mamás? —La mitad de la concurrencia tiene su mirada puesta en mí—. Pues que pueden desaparecer, esfumarse, evaporarse y con ellos vuestros móviles, vuestras fantásticas zapatillas de deporte, vuestras mochilas de marca... todas esas cosas penderán de un hilo. —Junto mis dos dedos pulgar e índice mientras la totalidad de los asistentes me mira con la boca abierta y, pasado un segundo de expectación, abro los dedos como si dejase caer esa hebra imaginaria—. Y a lo mejor acabáis en una escuela de suburbios y os tenéis que comer el bocadillo del almuerzo agazapados en...

—Bien, bien, bien, señora Salinas. —La bruja Úrsula está moviendo su enorme cuerpo por el aula a más velocidad de la que nunca imaginé que podía hacerlo—. Creo que nos ha quedado muy clara la naturaleza de sus funciones. Ha sido muy interesante. Y con esto, queridos niños y niñas, acaba la clase de hoy. Nos vemos mañana.

Les cuesta reaccionar. Algunos niños están lloriqueando y las madres me lanzan miradas furiosas. Berta, sin embargo, me mira como si fuese Poseidón gobernando los mares. Me toma de la mano y con la barbilla levantada y la espalda muy recta, me va guiando hacia la salida.

En vestíbulo central veo a David. Está sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la cara sostenida por los brazos que, a su vez, se apoyan en las

rodillas y, cuando nos ve, sus ojos se ponen en blanco unos instantes y tuerce la boca. Es algo así como la más clara expresión de “Siempre tengo que esperaros y me tenéis ya aburrido”. Lo cierto es que no debe llevar más de cuatro segundos en esa posición, pero esa es su manera de enfrentarse a todo y a todos, haciendo ver que él hace siempre un gran sacrificio. Así intenta conseguir después algunas prebendas. Cuando se pone de pie y nos mira muy serio, vuelve a sorprenderme lo mucho que se parece a ti, pese a que solo tiene seis años. Es como un tú en miniatura.

Subimos al coche y tengo que decirles, como siempre, que se pongan el cinturón. El tráfico está imposible y calculo que me llevará más de cuarenta minutos llegar a casa. Me piden que ponga la radio, pero me niego y amenazo con cantar yo si vuelven a insistir.

Llegamos. Supuestamente debería ser una liberación. Hay quien exclamaría “hogar, dulce hogar” con un suspiro de satisfacción. Pero, para mí, es el momento en el que empieza mi maratón.

La línea de salida la pone Montse, la adolescente impertinente, sacada del mundo de yupis de Beverly Hills, a la que te empeñaste en contratar para que se ocupara de nuestro hijo Carlos de tan solo diez meses, porque tenías que hacerle un favor a su padre, el vecino del cuarto del piso que ocupábamos en la calle Serrano y que se entrenaba en la bicicleta estática a las seis de la mañana justo encima de mi cabeza.

Me entrega al bebé como si fuera un cuerpo sarnoso del que librarse con rapidez y me dice que mañana no podrá venir cuando ya está en las escaleras que dan al jardín para no permitirme protestar. Entonces, entró en casa y mientras Carlos empieza ya a soltar pequeños gemidos que me recuerdan que está a punto de llegar esa hora fatídica en la que, haga lo que haga, empieza a berrear, voy a la cocina y con la mano que tengo libre (la otra está notando el pañal cargado de pipí del pequeño mientras sus piernecitas me golpean rítmicamente la barriga y la espalda) saco la olla de caldo de la nevera y la pongo sobre los fogones y enciendo el más grande con la esperanza de que

todo vaya más rápido. Después me dirijo hacia el cuarto de baño y abro los grifos hasta ese punto intermedio en el que el agua saldrá a treinta y cuatro grados. En ese instante tengo que dirigirme a la habitación de David de donde salen unos gritos espeluznantes. Se trata de Berta y cuando accedo al anterior la veo tumbada en el suelo pataleando mientras su hermano más pequeño cabalga sobre su espalda y coge su pelo como si de la crin de un caballo se tratase.

Vuelvo a utilizar la mano más útil para coger del codo al vaquero y sacarlo de allí. En ese instante es David quien lanza un alarido y es lo que le faltaba a Carlos para empezar a llorar, que abre mucho la boca y cierra los ojos en una mueca extraña que no consigue sacar una sola lágrima. Berta aprovecha el momento para vengarse de su hermano y le atiza un puñetazo en plena barriga, para después salir corriendo no sin antes pasar los brazos por el escritorio y lanzar el estuche al suelo y desparramar los más de ochenta lápices de colores que veo escurrirse por debajo del armario y recuerdo entonces cómo te dije que odiaba los muebles que dejaban un pequeño espacio en el suelo, lo suficientemente grande para que se acumulara suciedad y lo suficientemente estrecho para que no cupiese la escoba.

El teléfono fijo empieza a sonar y hacía tanto tiempo que no lo oía, desde que los móviles son los únicos aparatos que se usan de verdad, que he tardado un poco en reconocerlo. Pero no me planteo cogerlo. Sería imposible escuchar nada con la transformación sobrenatural de una voz de bebé en sirena estridente.

Vuelvo a la cocina. Echo el arroz a la sopa que ya está hirviendo. Después regreso al cuarto de baño. Demasiada agua. Me agacho para sacar el tapón y desaguar un poco. Entonces noto que algo pesado se desliza por mi brazo, el mismo que tiene al final la mano que se está introduciendo en el agua, y veo de reojo que es mi bolso que se da la vuelta y el monedero, un espejo, tres USB que no deberían estar ahí (Luisa me matará), un bolígrafo, un chupete y las llaves del coche se sumergen.

Por fortuna el móvil se ha salvado y entonces me acuerdo de tu llamada y por un momento desearía que también ese aparato hubiera caído. Empiezo a sacar los objetos y los dejo en la pica del lavabo. Saco el tapón y oigo el ruido del agua deslizándose por las cañerías.

David vuelve a gritar. Esta vez su voz sale de la cocina, así que salgo corriendo y, cuando llego, veo que el caldo hierve de manera que ha crecido y está borboteando por fuera. Apago el fuego. Después tendré que fregar los fogones, pero eso es lo de menos, porque lo que sí que tendré que limpiar es el suelo que, me doy cuenta en ese instante, está lleno de gotas de algún líquido viscoso que ha atraído a centenares de hormigas. No, quizás son miles. Eso es lo que tiene alarmado a David que se ha subido a una silla y mira con horror el suelo. Te dije mil veces que había que encontrar el hormiguero y me contestaste que no debía preocuparme porque se acababa el verano. Te hice jurar que cuando volvieras del viaje de Brasil lo harías.

Oigo la risa de Berta. Después su voz. Parece que se acerca. Yo sigo en mitad de la cocina con David y con Carlos llorando y un montón de pequeños insectos a mi alrededor. De pequeña vi una película en la que unas termitas devoraban todo lo que había a su paso y dejaban, en minutos, huesos en lugar de carne. Era su manera de reivindicar la propiedad de un territorio y mientras todo ser viviente moría a su paso, los protagonistas vivían su particular historia de amor.

En mi caso, las hormigas no provocan más que un cosquilleo irritante en mis pies porque todavía llevo sandalias, aunque ya sea primero de octubre y la historia romántica de mi vida está materializada en tres niños y un padre al teléfono (sé que eres tú) que está pidiéndole a Berta que me pase el auricular para decirme otra vez una frase que sigue rebotando en mi cabeza sin que se construya gramaticalmente de manera correcta.

Capítulo 2

Nunca hay una buena melodía para el despertador. Cuando suena te parece estridente y discordante, aunque sea la mejor pieza de Mozart, y llegas a odiarla. Tu solución, cambiarla casi cada noche, no me aplica porque entonces soy incapaz de reconocerla como la señal para despertarme y sigo durmiendo como un lirón.

¿Te has fijado? He dicho “*No me aplica*”. Hablo como uno de esos auditores que vienen a certificar que hacemos las cosas siempre de la misma forma y en los que tú crees desde la mesa caoba de tu despacho de director de operaciones. Le llaman ISO de calidad y consiguen, sin lugar a dudas, que registremos lo que hacemos, cómo lo hacemos, cuándo lo hacemos y para qué lo hacemos. Soy tan consciente de mi día a día cuando acaba la jornada laboral que hasta me siento valiosa, aunque debo reconocer que cuando aparece el auditor un miedo atávico se instala en mi interior.

En las novelas quedaría bien decir que lo hace en mi estómago o en mi corazón o en mi pecho, pero creo que a ti puedo confesártelo, yo lo siento en mis intestinos, concretamente en el colon sigmoide o quizás tan solo en el descendente. La expresión soez que se utiliza al referirse a alguien que tiene miedo, en mí es literal y exacta. Podríamos decir que a mí me aplica y, con esto, acabo de superar la auditoria sin ninguna “no conformidad”.

Dejo de divagar y respiro hondo preparándome para afrontar el día que se me viene. Miro hacia tu lado de la cama y veo que está intacto. Cuando era

joven me movía tanto que acababa deshaciendo incluso la sábana bajera. Pero supongo que once años compartiendo lecho han doblegado mi voluntad hasta ese punto y, pese a que no estás (y ya son treinta y dos días), esa parte no tiene ni una arruga.

Me incorporo y pongo los pies en el suelo. Miro hacia la mesita y veo mi móvil conectado a la red eléctrica. Ayer, cuando lo rescaté del bolso, evitando que se sumergiera en la bañera, me di cuenta de que se había agotado la batería. No suele ser lo normal porque es nuevo. Me lo regalaste en Navidad y es de última generación. Pero todo depende del uso que tenga y cuando Berta me pasó el teléfono fijo y oí tu voz, algo más estridente de lo habitual, diciéndome que me habías llamado miles de veces, supuse que el exceso de actividad podía haber sido la causa de su apagado prematuro.

Me supo muy mal tener que colgarte y no poder aclararte que lo había dejado en silencio, pero espero que entendieras que mientras tú debías estar a punto de salir de algún restaurante de Río donde habías comido, al tiempo que mantenías una importantísima reunión y debías estar cegado por el radiante sol brasileño de las tres de la tarde, en España era la hora de los baños, las cenas, los deberes...

Ahora, sin embargo, llegó el momento de encenderlo (y de paso, de colgar bien el fijo que quedó fuera del soporte por un error involuntario) y me da un poco de miedo que tengas razón y vea en la pequeña pantallita alguna cosa tipo “2.388 llamadas perdidas”, pero cuando, tras unos segundos de espera que se han hecho eternos, ha llegado el mensaje, he tenido un momento de decepción e, incluso, de cierto enfado. “12 llamadas perdidas”, de las cuales una no es tuya, sino de Montse.

Me sorprendes, Jaime. Tu personalidad soriana te ha hecho ser siempre comedido en tus expresiones: prudente, callado, formal, introvertido y reservado. La exagerada, desmesurada, irreflexiva y atolondrada, soy yo. Podrías haber dicho “decenas” y habría sido correcto. “Centenares” hubiera sonado a hipérbole. “Miles” es irónico, quizás, hasta cínico.

Creo que has dejado mensajes en el buzón. Ya los escucharé. Tampoco me paro a leer los veintitrés mensajes del grupo de WhatsApp de los compañeros de cuando yo tenía doce años, ni los doce del grupo de cuñados que tengo con los maridos y mujeres de tus hermanos y que, hasta ahora, me han dado la ilusa sensación de tener familia.

Levanto a los niños, los visto, les doy el desayuno, bajamos hasta el aparcamiento, los ato debidamente en el asiento trasero, conduzco con cuidado, respetando todas y cada una de las señales de tráfico, llego a la guardería y entrego a Carlos que, como siempre, berrea al identificar a la señora que nos los recoge a las mamás. Lo hace sin miramientos, arrancándonoslos de las manos y entregándoselos, acto seguido, a una chica que espera en la puerta semientornada sin permitirnos ver qué hay en el interior. Yo imagino una larga cadena de señoritas de pre-escolar pasándose a los niños hasta que los ubican en la habitación que les corresponde y el estruendoso sonido de todos los bebés llorando al unísono que debe ser una de las causas de sordera prematura en la profesión de profesora de jardín de infancia. Pero me voy hacia el coche sin darle más importancia y sonriendo con comprensión a las otras madres que con la típica mirada de madre primeriza, tienen una expresión de horror en sus rostros.

No es para menos. Llevan horas, días y hasta meses intentando conjurar el sentimiento de culpabilidad que les quema por estar haciendo algo poco menos que delictivo: irse a trabajar y abandonar a su retoño. Porque ellas saben que no pueden poner la excusa de que necesitan el dinero. Lo cierto es que todo su sueldo se destina a pagar esas instalaciones que han sido escogidas pensando en lo mejor para su hijo (hasta el punto de haber descartado otro parvulario que era más barato, pero ¡oh Dios!, no tenían previsto horario para los ejercicios de psicomotricidad).

Su decisión de haber continuado activas en el mundo profesional acarrea otros gastos colaterales que no se darían si se hubieran quedado a hacer de amas de casa: ropa apropiada y variada para el puesto que ocupan, transporte

hasta la oficina, el almuerzo de media mañana en el bar de la esquina, la señora que hace las tareas del hogar, a veces, incluso, la canguro que recogerá al bebé porque su horario no cubre toda la jornada laboral.

Así que sí, sois culpables y el llanto de vuestro inocente hijo os lo recuerda hasta que, por fortuna, el grito del jefe porque habéis llegado cinco minutos tarde por enésima vez, os hace recolocar las prioridades.

En mi caso es el tercer hijo. Así que ya estoy inmunizada. Cuando empecé con Berta, llegaba al metro oyendo todavía su vocecita decirme entre sollozos: “*Pero ¿tú me quieres, mamá?*”, en el chantaje emocional más vil y granuja que haya visto en mi vida. Pero entonces no lo sabía. No sabía que cuando tuviera cinco años la pillaría aconsejándole a su hermano de tres cómo tenía que hacer los pucheros para que mamá le diera lo que pedía. Así que más de una vez había llorado a moco tendido mientras me veía a mí misma reflejada en el cristal del vagón, lo cual todavía me daba más pena.

Con David, ya fue distinto, porque cuando lo dejaba a él tenía treinta y dos minutos exactos para llegar de Aravaca, donde compramos la casa y buscamos guardería, hasta el elitista y bilingüe colegio ubicado en Salamanca. Así que eso eliminó de un plumazo mi llanto culposo por diversos motivos.

Primero, ya no me movía en metro sino en coche pues, de otra forma, no llegaba. Mi estado de ánimo iba a la par de los semáforos. Cuando lo encontraba en rojo, sentía rabia; en amarillo, esperanza; en verde, alegría.

Segundo, mi cabeza estaba ocupada con el importe de la hipoteca que nos iba a tener unidos hasta los cincuenta y dos años míos y los cincuenta y seis tuyos, aunque, cuando te vi firmar los papeles en el banco, no creí que ese contrato pudiera tener más fuerza vinculante que lo que firmamos en la iglesia.

Tercero, y último, Berta me exigía en régimen de monopolio esos minutos de mamá, los únicos que le quedaban después de haber reinado durante veinte meses en exclusiva y yo la satisfacía, como hubiera hecho cualquier súbdito.

Cinco años más tarde, me convenciste para tener al tercero y hace solo diez meses que ocupa un espacio más en nuestra familia. Todavía me está costando

acostumbrarme a los pañales, los potitos y los biberones. Estoy en esa fase, que nunca reconoceré en voz alta, en la que lo miro como si fuera una coyuntura, alguien a quien entregar mi cariño porque es tierno y vulnerable; pero que todavía no se ha ganado el derecho a ser amado. Y es que el amor verdadero siempre exige un “toma y daca”.

Sé que es cuestión de tiempo. Que habrá un momento en el que, después de haberme dicho algo que me haya sorprendido o cuando me busque para darme un beso, pensaré que no se puede querer más a alguien y estará a la altura de sus hermanos, que han tenido más tiempo para instalarse en mi interior.

Todavía mi cabeza se entretiene un instante en preguntarse cuánto tiempo hace que no me dices o haces algo que me haga mirarte y pensar lo mismo de ti. Pero enseguida se me pasa porque ya he llegado a la puerta del colegio y estoy abriendo la puerta del coche para que Berta y David entren con todos los demás compañeros al ritmo del timbre que anuncia el inicio de las clases.

Conduzco ahora poniendo la música a todo volumen hasta la sede de Construcciones Hispanas, S.A. en el Paseo de Recoletos. Aparco en el garaje de la calle Prim, donde a ti te hacen casi reverencias desde que saben que eres el director de operaciones. Todavía me da tiempo a tomarme un café en el Gijón, como siempre hacemos tú y yo cuando no estás de viaje de negocios. Especifico que lo quiero bien caliente, aunque el camarero debería saberlo porque me conoce desde hace tres años. ¡Es tan diferente ese chico serio y malhumorado del que sustituyó! Marcos sonreía solo vernos y sin necesidad de pedírselo me ponía delante un café con leche humeante y siempre tenía algo amable que decir. Despareció un buen día y apareció este otro, que tú llamas por su nombre, Adolfo, pero que yo no puedo dejar de comparar con Moe de *Los Simpson* y que siempre me mira como si fuera la primera vez que me ve e, incluso, con cierta aprensión.

He intentado imaginar por qué despierto en un desconocido ese tipo de aversión y he acabado pensando que es una especie de odio por el género femenino después de que, una vez, oyera una conversación que mantenía con

un compañero en la que le explicaba que se estaba planteando separarse de su mujer con la que se había casado dos años atrás después de quince de noviazgo, porque la muy bruja le había dicho que no tiene previsto tener hijos (y ni siquiera tuvo el detalle de añadir un “por el momento”).

Pago el precio desorbitado, pero necesario si quieres tener la posibilidad de beber un buen café, y me dirijo hacia la oficina.

En el vestíbulo de entrada, frente a los tres ascensores, se concentran la mayor parte de mis compañeros. Los conozco a todos porque llevo diez años trabajando en recursos humanos y habré contratado a la mitad de ellos, resuelto alguna incidencia en la ficha horaria a unas dos terceras partes y tramitado bajas por enfermedad o similares a un ochenta por ciento. Aunque en mi departamento seamos once personas trabajando, yo estoy entrando a mano derecha y eso es la clave de mi éxito.

Me cuelo por uno de los lados ya que yo no tengo necesidad de coger el ascensor. Quince escaleras con un descanso entre la número siete y la ocho me llevan hacia abajo y entro en mi sección y lanzo el último suspiro mirando hacia las ventanas pequeñas y horizontales que hay tocando el techo y que permiten ver una infinidad de piernas y adivinar si llueve o hace sol.

Luisa, mi supervisora, ya ha llegado y me mira con el ceño fruncido. Es increíble cómo se parece esa mujer a un bulldog. Tanto su boca, curvada hacia abajo en una mueca lastimera, como su arco ciliar que cae sobre el párpado superior plegando sus ojos, podrían resultar conmovedores si no fuera porque no sabe hablar, solo gritar. Por eso no hago más que un gesto de saludo y no se me ocurre pronunciar palabra. Sería como despertar a la bestia.

Mientras abro el ordenador van apareciendo el resto de mis compañeros. Nos limitamos a mirarnos y murmurar un “buenos días”. Lo cierto es que yo tampoco soy muy estimada entre ellos. No es una buena carta de presentación que tu marido sea un miembro del comité de dirección y que su mejor amigo sea uno de tus jefes directos. Así que me respetan y me permiten que ponga dinero en la recolecta mensual para jugar a los ciegos, pero no me invitan

nunca a almorzar ni a comer y no estoy en el grupo de WhastApp que jamás reconocerán haber creado. Exactamente igual que hacen con Luisa.

Entra también José Luis Bosque, el director de recursos humanos, compañero tuyo desde aquellos felices tiempos universitarios y padrino de nuestra boda. Me mira y lo miro. Aguanto la respiración para no tener un ataque de hiperventilación, ya que mi corazón creo que se ha parado. Entonces sigue avanzando hasta su despacho sin ningún tipo de señal que pueda advertirme que lo llamaste también a él.

Me fío de mi instinto. José Luis no podría esconderme algo así. No conmigo. Lo conozco bien. Demasiado bien. En realidad, lo conocí antes que a ti y, aunque nunca me enamoré de él, estaba en esa etapa de mi vida en la que las chicas progres teníamos que acumular muescas en el cabecero de nuestra cama contando los chicos que nos habíamos cepillado. Así que sí, me lo pasé por la piedra y la verdad es que fue amable, tierno y cariñoso. Pero las tres veces que retozamos en la cama no fueron suficientes para que encontrara ni el punto G ni ninguno que se le asemejara y además nunca pude dejar de mirarlo y ver a una especie de Peter Pan tan encantador como incapaz de madurar.

Mi sensibilidad estaba a flor de piel esa última vez en la que nos pillaste desnudos en la casa que compartáis y creo que fue por eso por lo que me encandilaste con tu aspecto tan varonil (moreno, de ojos negros, barba de tres días y cuerpo de jugador de *rugby*) y tan distinto a la delicadeza que mostraban los rasgos más añados de José Luis.

—¿Has acabado ya con los KPI de rotación? —vocifera Luisa desde detrás, utilizando, como siempre, acrónimos ingleses porque le parece que así suena más profesional.

—En una hora lo tengo acabado —respondo porque sé que es a mí a quien se ha dirigido, aunque no haya dicho mi nombre.

—Tendría que haber estado hecho ayer. Otro despiste. Un día de estos te olvidas de tus propios hijos.

Noto un sudor frío recorriendo mi espalda mientras la bronca de mi

supervisora conecta mi cerebro en esa parte donde debí guardar la frase de Montse pronunciada al son de sus pasos bajando escaleras. Carlos no tiene quién lo vaya a buscar. Entonces sé que tengo que llamar a mi suegra y el corazón vuelve a latir de una manera extraña, tres golpes rápidos, tres espaciados... ¿Ese no era el código morse para pedir socorro?

Capítulo 3

—¿A dónde te crees que vas?

Está claro que esta mujer tiene un radar detector de movimientos o, como mínimo, me tiene a mí registrada en algún chip introducido en su cerebro gracias a la nanotecnología y sabe con exactitud qué hago en todo momento. De reojo veo que no todos mis compañeros están sentados en sus mesas e, incluso, Rosa y Teresa están coqueteando con Ernesto de manera clara y abierta mientras este se pone un café. Así que la pregunta y el tono en el que está formulada (por cierto, combinación de dos recursos literarios, la dilogía utilizando al verbo “creer” en lugar de “querer” para constatar que mi capacidad de decisión es nula y la pregunta retórica porque tengo la sensación de que en realidad no quiere saber la respuesta) evidencian una inquina que solo tiene un objetivo: mi persona. Empiezo a creer que debe estar basado en algún tipo de experimento psicológico para verificar la resistencia humana. También sé que, en muy buena parte, Luisa no quiere parecer una pelota y no soportaría que se le recriminase ningún trato de favor dirigido a familiares de los directivos, así que aplica todo su ingenio y esfuerzo a dedicarme un “trato de desventaja”.

—Tengo que ir al baño —murmuro.

Levanta una de las cejas y en la cara se le queda una expresión muy extraña, porque ahora la diferencia de un ojo con el otro es de casi tres centímetros y eso, unido a la caída de los llamados músculos risorios, da más la sensación

de que se le ha derrumbado un lado del rostro. Ella debe pensar que es un gesto amenazador y mi reacción (creo que es palpable mi temblor) se lo confirma.

Pese a ello, mi instinto de madre es superior al terror que me causa esta mujer. Debo intentar localizar a Carmen antes de que decida salir de su casa a cualquiera de sus múltiples citas con fisioterapeutas, entrenadores personales, esteticistas, peluqueros o manicuristas o no podré garantizar que Carlos pueda salir del aparcamiento infantil con precio de master universitario.

Comienzo a caminar temiendo o que me pegue un grito aterrador o que me dispare por la espalda. Cualquiera de las dos cosas debe estar en el imaginario de mi supervisora, pero supongo que la sorpresa de mi reacción persistente debe haberla disuadido o, quizás, me tiene compasión pensando que habré cogido una cistitis, motivo por el cual no espero las dos horas habituales que pasan antes de poder hacer una breve parada de quince minutos.

Llego hasta los servicios y compruebo que no hay nadie. La conversación que estoy a punto de tener es esos instantes debe ser secreta, si no, el poco prestigio que pueda tener en la empresa acabará por tierra.

Uno, dos, tres timbres y, de momento, nadie lo atiende. Cuatro, cinco y noto que mis intestinos se remueven (otra vez el miedo) Seis, siete y...

—¿Allô?

Es mi suegro, Serafín. Le gusta mostrarse cosmopolita y sofisticado así que, a veces, contesta en francés, en italiano o adopta la típica respuesta anglosajona con un “Manrique al habla”.

—Hola, Serafín.

—Vaya, vaya. La nuera más guapa. ¿Llamas para pedirme una cita? ¿Te has dado ya cuenta de que soy el amor de tu vida?

Me esfuerzo en sonreír y que se me oiga. Se supone que está haciendo una broma. Yo sé que no hay tanta chanza inocente como podría parecer. Es una coartada por si las cosas se ponen feas. Serafín Manrique es un libertino en toda regla, aunque él haga creer que es un seductor contumaz. Reconocí la

mirada libidinosa el primer día que lo conocí y desde entonces he tenido que soportar muchos roces sin querer y algún guiño que otro al tiempo que se mojaba los labios. Alguna vez he intentado explicártelo, pero para ti tu padre es casi como Zeus bajando del Olimpo, así que jamás reconocerás que pueda ser un tiracañas sexagenario, ni que todos sus esfuerzos por seguir delgado y atlético tienen como objetivo ponerle los cuernos a tu madre, sin importarle si es, incluso, con la esposa de su propio hijo.

—Necesitaría pedirle algo a Carmen. ¿Está en casa?

—Pues la pillas de milagro. Así que, ¿yo no te sirvo? Algún favorcillo podría hacerte y ten por seguro que lo agradecerías.

—Lo tendré en cuenta, Serafín, pero ahora, si no te importa, tengo que hablar con Carmen.

Se echa a reír como si hubiera estado simpatiquísimo y oigo cómo deja el auricular y se va a buscar a su mujer. La espera es larga. No en vano residen en una vivienda mirando al Retiro de trescientos cuarenta metros cuadrados, aunque hubiera sido peor si la llamada la estuviera haciendo en fin de semana, cuando ocupan el chalet de mil ciento setenta y tres metros en Valdemarín.

Cabe decir, además, que no está dentro de sus parámetros de actuación ni el llamar a gritos a alguien ni la posibilidad de apresurarse. Una de las muestras de elegancia clasista es no mostrar ni urgencia, ni precipitación, ni nerviosismo. Los movimientos de la gente con clase son siempre comedidos y pausados. Parece que no llegan tarde nunca. Por eso su expresión es relajada y se les ve a todos más guapos.

—¡Diga!

Es la voz de ella, de mi suegra, y está de muy mal humor.

—Hola, Carmen —intento fingir cierta alegría—, ¿cómo estás?

—¿Quién eres?

Miente. Sí lo sabe. Pero disfruta haciéndome saber que soy tan poco valiosa en su vida que no es capaz de reconocer mi voz.

—Soy Silvia.

—¿Silvia?

Definitivamente hoy está de muy mal humor y todo su odio va a tener blanco fácil esa mañana.

—Tu nuera... —Mi voz, cada vez, suena más insegura.

—¡Ah! —Y el tono es de obvia decepción—. ¿Qué problema voy a tener que solucionarte?

Como tú siempre dices con orgullo, tu madre ha sido, es y será una madre abnegada e incondicional con una capacidad de sacrificio y disciplina encomiables. No me atrevería a contradecirte en ninguna de las dos características. ¿Cómo, si no, iba a mantener una talla treinta y ocho después de haber parido a cinco hijos y atravesar la menopausia? ¿Cómo seguir casada con un hombre que le tira los tejos a todo lo que se mueve a cuatro kilómetros a la redonda y desaparece días enteros con la misma facilidad con la que aparecen cargos en la visa oro de puticlubs de Barcelona, Cádiz o Ibiza? Pero, sin duda, en lo que tienes más razón es en lo de incondicional para con sus hijos. Todo, absolutamente todo lo que hacéis es digno de ser alabado. Y todo, absolutamente todo lo que hacen sus nueras y yernos es despreciable.

Así que esforzarse en ser, no ya perfecta, sino solo aceptable ante sus ojos es fútil y está condenado al fracaso. Quizás es cierto que para mí es la excusa perfecta, porque lo cierto es que tampoco me he esmerado en intentarlo.

Lo tuve claro el primer día que me llevaste a tu casa y tu madre, con un simple vistazo (que más bien pareció el escáner con el que la policía de los aeropuertos te examina), advirtió que toda la ropa que yo llevaba era de mercadillo y que era la primera vez que estaba en un salón donde el sofá en el que estaba sentada valía más de lo que había ganado en un año entero. Por eso tampoco me extrañó que cuando le dijiste que nos casábamos en un mes sus ojos fueron directamente a mi barriga y tampoco podré olvidar el gesto de asco y repulsión que se le instaló en la cara.

Nunca se creyó que no estaba embarazada. No podía haber otra explicación al hecho de que nos acabáramos de conocer (hacía escasamente tres meses) y

quisiéramos formalizarlo con un matrimonio en toda regla.

Con una educación católica, era imposible imaginar otras opciones (el aborto la hubiera hecho vomitar y vivir en concupiscencia la hubiera obligado a tener que mantener tu habitación intacta para no reconocer a ninguna de sus amistades que esa lacra había tenido lugar en la familia). Así que me aceptó como un mal menor, sobre todo cuando se enteró de que era huérfana y tampoco tenía familia conocida, lo cual, al menos, le aportaba la ventaja de no tener que codearse con mucha más gente de tan pobre estofa y sin perjuicio de confirmar el dicho popular “de tal palo tal astilla” al saber que mi progenitora fue una madre soltera que me crió sola y que murió sin querer ponerme en contacto con ninguno de sus allegados.

Lo cierto es que no le di mucha importancia, aunque me supuso tener que desmentir al ginecólogo (el mismo que te había ayudado a nacer a ti) que hubiera tenido ningún aborto espontáneo cuando, tres años más tarde, me quedé embarazada de Berta.

—Necesito que alguien vaya a buscar hoy a Carlos a la una a la guardería. Su canguro no puede y...

—¿O sea que tu capricho por trabajar me supone a mí tener que mover mi agenda entera?

No es momento de discutir esa insignificante discrepancia en los estilos de vida entre las dos. Pero tengo que reconocer que cuando opté por una vida alejada de las señoras dedicadas a sus labores, mi principal motivación no fue el desarrollo profesional puesto que me había graduado en psicología y mi vocación estaba en los niños con problemas de comportamiento, futuro algo alejado del software de gestión de personal con el que me enfrento cada día. Más bien hubo una pizca de necesidad económica (tú, algún día, serás el heredero de parte de la fortuna familiar, pero, hoy por hoy, ganas un sueldo que no cubre un ritmo de vida de casa unifamiliar en las afueras, colegios elitistas, restaurantes de fin de semana y ropa de marca) y de estar cerca de ti.

—Carmen, no es necesario que vayas tú personalmente. Si quieres, puedes

enviar a Sara Sofía.

—¿Así? ¿Por las buenas? ¿Crees que te hubiera recomendado esa guardería si tuvieran por costumbre entregar a los niños a la primera latina que se presente ante sus puertas?

No quiero decirle que la mayoría de las que recogen a los niños tienen la tez morena, el pelo negro y esos ojos profundos y tristes que dibuja el tener a toda tu familia a miles de kilómetros de allí. Sara Sofía es una chica colombiana que responde perfectamente a la misma descripción.

—Llamaré para avisarlos.

—En fin. —Suspira mostrando así toda su bondad y renuncia—. Que sepas que si no fuera por mi hijo...

—Gracias, Carmen. Lo pasaré a buscar por tu casa. Llegaré sobre las seis y media.

—Querida, odio las imprecisiones. Decirme “sobre” es obligarme a estar a la espera un tiempo indeterminado sin asumir la vergüenza y la responsabilidad de ser puntual.

—Pero es que me es imposible saber cómo estará el tráfico.

—¿Estás segura? Llevas haciendo esa ruta años, ¿todavía no has sacado un promedio de...?

—Llegaré a las siete —interrumpo.

Noto en su silencio que se ha enfadado mucho más y arrugo toda la cara en un gesto que nadie ve, pero que es de puro arrepentimiento, mientras cruzo los dedos rogando no haber despertado a la bestia.

—Está bien. No llegues tampoco antes. Es tan maleducado llegar tarde como demasiado temprano.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo. Necesito tranquilizarme antes de llegar a las garras de la bulldog.

Tengo suerte. No está sentada en la mesa cuando regreso a mi puesto de trabajo. Miro todos los partes de baja que hay en la cubeta de “entradas” y suspiro. Antes de abrir el programa específico de gestión de nóminas, tengo

que ir a la web corporativa y ver las noticias. Es una obligación que tenemos todos los trabajadores para estar al día de lo que sucede en la empresa. Me entero así que han firmado un acuerdo con una empresa china y que hemos licitado para la construcción de la ampliación del cuartel de la Guarda Civil de Las Rozas, un proyecto de gran envergadura y mejores contactos para seguir contando con el apoyo del gobierno cuando se trata de emprender aventuras internacionales.

Aunque tú no llevaras un mes fuera de casa tampoco hubiera tenido información privilegiada de esos grandes logros empresariales, porque tú nunca quieres explicarme nada de lo que ocurre en esas reuniones del comité de dirección que duran horas. Sin embargo, cada vez que hay algún recorte o despiden a alguien significativo, todo el mundo me mira como si yo hubiera participado en el complot. Supongo que me imaginan en el lecho conyugal cabalgando sobre tu cuerpo moldeado por las sesiones diarias de gimnasio y exigiéndote alguna destitución solo por el placer de saberme poderosa.

Abro el programa de correo. Tengo setenta y dos mensajes por leer, todos en la cuenta de rrhh@cohispanicas.com. Yo soy la responsable de gestionar esa dirección única para todos y tengo la importante misión de reenviar la misiva a quien corresponda. Nada más. Me siento un poco como una “voyeur” que ve todo lo que ocurre, pero no se implica. Por fortuna, el asunto suele dar pistas más que suficientes, aunque siempre es bueno leer el interior porque si algo tienen en común los trabajadores de esta empresa, es su capacidad por aprovechar una comunicación para pedir siete cosas.

“Baja por enfermedad”, “Retraso en el fichaje”, “Duda sobre nómina”, “Términos del contrato”, “Nueva contratación”. Voy despachándolos uno a uno sin poner demasiada atención. Sin embargo, de pronto veo tu nombre en el remitente y el asunto golpea en mi retina como si tuviera consistencia física: “Tenemos que hablar”.

Miro a un lado y a otro. La cuenta de correo es pública y podrían abrirla cualquiera de los que están en la sala. Es cierto que es una de las tareas que

consideran más engorrosas y como saben que la tengo yo asignada, hay pocas probabilidades de que lo hayan visto. Además, tiene ese color más oscuro que indica que no ha sido leído, aunque también podría volver a colorearse una vez conocido su contenido. No hay nadie mirándome. Todos están muy atareados con sus importantes cometidos.

Pongo el ratón encima y con dos golpecitos sobre el botón aparece una pantalla que me pregunta si quiero acceder a enviar al remitente una señal que le permita saber que ya lo he leído. Es una marca que suelen poner para asegurarse de que el correo llega a su receptor cuando el contenido es profesional o muy importante. No suele utilizarse cuando es mero trámite o cuando, muy de vez en cuando, lo utilizamos para hacernos algún comentario personal. Así que dudo. Pero, al final, opto por impedirlo.

El correo se abre y ocupa toda la pantalla.

Silvia (*ni querida Silvia, ni amada vida mía*):

No me has dejado otra opción (*¿de verdad no sabes que tengo un correo electrónico personal?*), pero es importante que hablemos (*esto no es hablar. Esto es un monólogo escrito*). Necesito explicarte por qué no voy a volver y pedirte que me perdones porque imagino el daño que te estoy causando (*¿cómo es imaginarse un dolor? ¿Crees que estoy doblándome sobre mí misma y apretando fuerte los músculos de la cara?*). Te preguntarás por qué no regreso y lo hablo contigo personalmente (*más que preguntártelo, te lo exijo*), pero si lo hago no tendré el valor de confesarte qué me ha ocurrido (*la sinceridad está sobrevalorada, Jaime, y yo no soy un sacerdote, así que no tengo necesidad de confesiones absolutorias*). Estoy enamorado (*claro, de mí, se lo prometiste al cura que nos casó hace ahora diez años y seis meses*). No he podido evitarlo. Y tengo que intentarlo. Me lo debo a mí mismo (*se debe dinero o se deben favores, también se deben excusas, ¿se pueden deber amores?*). Pero quiero hacer las cosas bien (*no sé por qué ha aparecido en mi cabeza el personaje de esa serie que tanto te gustaba,*

Dexter, un psicópata perturbado que está obsesionado en asesinar bien).
No te faltará de nada. Ni a ti ni a los niños (*no, cierto, solo nos faltará un marido y un padre*). Te dejaré unos días y volveré a llamarte. Por favor, cógelo entonces y hablemos.

Jaime (*ni “tu amoroso marido” o “tu bromista esposo”*)

Cierro la ventana, pero el cursor sigue sobre tu mensaje dispuesto a ser abierto y leído de nuevo. Tantas veces como quiera. Hasta que pueda entenderlo. Quizás, hasta que las palabras se ordenen de otra forma y cambie su significado.

Esto no me puede estar pasando a mí.

Yo no fui quien quiso casarse precipitadamente. Te empeñaste tú diciéndome que no teníamos por qué esperar, ya que estabas por completo convencido que yo era la mujer de tu vida.

Yo no fui quien decidió tener a ninguno de mis hijos y mucho menos a Carlos, pero me dijiste que te apetecía mucho volver a sentir la ternura de un bebé y que no había imagen que te excitase más que verme a mí con un retoño en los brazos.

Yo no fui quien quiso abandonar la comodidad de nuestro piso en Madrid y cambiarlo por un chalet que es un clon de unos treinta más repartidos en una urbanización a más de diez kilómetros. Sin embargo, afirmaste que aquel era nuestro hogar y que tenía una chimenea donde íbamos a compartir las tardes de invierno dejando que pasasen las horas.

—¿Todavía no has empezado a pasar los partes de baja?

La bulldog se ha colocado justo frente a mí con los brazos cruzados y eso hace que su abundante pecho, también caído por la edad y los quilos de más, sobresalga por encima. La verdad es que todo en ella tiene esa pinta de estar deshaciéndose y destensándose como efecto de la gravedad.

Miro a la pantalla y, sin apenas ser consciente de lo que hago ni por qué lo hago, presiono el botón derecho del ratón y aparece una nueva ventana que me pregunta si quiero eliminar el mensaje. Doy a aceptar.

—Me quedan un par de correos por gestionar, Luisa. Enseguida me pongo.

Capítulo 4

Han pasado cuatro días y has cumplido tu palabra: no has llamado. Ni una sola vez. Tampoco has enviado ningún mensaje. Tu silencio es extraño, sin embargo, nadie parece percatarse. Solo Berta preguntó ayer por ti y, antes de que yo pudiera responder, David le dijo que, tenía memoria de pez, que ya dijiste que volverías el jueves día diez y así se acabó todo el comentario.

Tu madre también ha hecho planes para el jueves por la noche. Me lo comunicó el domingo a mediodía cuando fuimos a comer como venimos haciendo cada semana desde que tuve a Berta. Dice que va a pedirle a Sara Sofía que haga la lasaña de verduras que tanto te gusta, aunque después ha estado un buen rato despotricando de las habilidades culinarias de la pobre chica que ha podido escucharlo todo mientras limpiaba con esmero la lámpara de lágrimas del comedor.

Hoy es lunes y a la hora del almuerzo he coincidido con Rosa en el café Gijón y me ha preguntado cuándo volvías. En su tono he creído percibir cierta sorna y me ha parecido que me estaba sometiendo con un solo interrogante a un detector de mentiras o a una prueba de sinceridad que me podría suponer un ridículo espantoso.

He sentido cómo toda mi sangre desaparecía de mi cabeza y, bajo el efecto de la gravedad, caía hasta mis pies que han empezado a temblar, como consecuencia de ese extraño fenómeno vascular.

Mi cerebro ha especulado sobre el interés de Rosa al respecto y ha

formulado diversas hipótesis probables: leyó el correo electrónico, tiene una hermana que es la mujer de la que dices haberte enamorado, posee poderes sobrenaturales y sabe leer mentes...

Sin embargo, cuando he empezado a balbucear la respuesta, ha llegado Ernesto y he pedido toda su atención, hasta el punto que creo que me he vuelto literalmente transparente y, dejándome con la palabra en la boca, se ha ido al rincón de la barra donde estaba él.

No está tan mal. Al menos eso evidencia que ha intentado ser cortés y educada conmigo preguntándome algo que ha considerado banal y políticamente correcto. Así que se ha revertido el proceso sanguíneo y el color ha vuelto a mi rostro.

Cuando he recogido a los niños de la extraescolar de alemán hemos tenido que ir a la Pastelería Mallorca donde Josan celebraba su cumpleaños. Te hubieras sentido orgulloso de mí. En lugar de quedarme en una esquina automarginándome como tú dices, me he sentado en la misma mesa que el resto de madres y he dicho en tres ocasiones “fenomenal”.

Todo iba sobre ruedas hasta que la mamá de Graciela, una mujer que siempre me ha sorprendido porque no tiene una sola arruga de expresión y su cara es igual a la de las porcelanas chinas, ha dicho que su marido se había ido a Río el viernes pasado para preparar la firma del acuerdo final. ¿Recuerdas quién es? Se trata del secretario de estado del Ministerio de Fomento. Aquel con el que hablaste el año pasado cuando empezaste a pensar que era una oportunidad para Construcciones Hispánicas licitar en el concurso del Gobierno de Brasil para la nueva terminal del Aeropuerto Internacional en la Isla del Gobernador.

Y en ese instante lo he visto claro. Yo estaba comiendo chocolate con melindros en ese establecimiento de la calle Serrano mientras tú estabas zampándote un pudín de leche como postre a una comida pantagruélica en la que habríais confraternizado con los representantes del gobierno español y el brasileño. La UTE que representas y en la que la empresa que nos da de comer

tiene un importantísimo treinta y cinco por ciento, se hará cargo de la factura.

Pero lo que ha despertado todas mis dudas es si habías llevado acompañante y, si dentro de unas horas, el papá de Graciela iba a llamar a la mujer que sentada frente a mí me miraba a través de unas increíbles y profusas pestañas, para echarse unas risas a cuenta de un escándalo de cuernos.

Ahora estoy en casa. Los niños están durmiendo. Estoy sentada en el sofá frente al televisor apagado. Tampoco he puesto música. Tengo un libro sobre la mesita que hace demasiado que empecé a leer y no he continuado. El plato de jamón que me he preparado sigue intacto. La copa de vino no. Si soy sincera, esta que tengo frente a mí es la tercera.

Sé que me vas a llamar. Lo he intuido desde que me levanté esta mañana. No sabría explicarte por qué lo sé, pero no tengo ninguna duda. Así que he dejado el aparato móvil también sobre la mesa y lo estoy mirando.

Y entonces ocurre. La pantalla se ilumina. El dispositivo se mueve por el efecto de la vibración y tu nombre y una foto en miniatura parpadea. Desplazo el dedo para establecer la conexión y lo pongo en mi oreja. No digo nada.

—¿Silvia? —Tienes dudas, lo noto en tu voz—. ¿Me oyes? —Los nervios te están jugando una mala pasada—. ¿Estás ahí?

—Sí.

Bufas. No tengo claro si es alivio o decepción.

—Me alegro de hablar contigo. —Y tras unos segundos en silencio continuas—. Supongo que leíste mi correo. Espero que me creas si te digo que odio hacerte esto. Yo... yo no quería...

—Pues no lo hagas.

Mi interrupción te ha dejado descolocado. Quizás has ensayado el discurso muchas veces y, en todas ellas, has podido expresarte de principio a fin. Te he visto muchas veces preparándote intervenciones que considerabas decisivas. Desde el discurso de fin de año que diste el día que te nombraron director de operaciones hasta cuando le pediste aumento de sueldo a Aguirre, el presidente de la sociedad. Me utilizabas de público y cuando una vez se me

ocurrió intervenir pidiéndote una aclaración, tu cara pasó de la contrariedad, a la sorpresa y finalizó en el enfado. Me pregunto si ahora también te ha ocurrido.

—Silvia, lo lamento. De verdad, créeme. Pero cumpliré con todo. No te plantearé ningún problema. A los niños no les faltará de nada.

—Ven y díselo a ellos.

—No puedo, Silvia. Tal vez, más adelante.

—El jueves te esperan.

—Silvia...

—Deja de decir mi nombre. Por mucho que lo repitas no voy a entenderlo.

—No voy a volver. Por favor, acéptalo. Si lo hiciera solo estaría ocultando algo que acabaría estallando. Te estaría siendo insincero y no te lo mereces.

—¿Merecer? ¿Y me merezco esto, Jaime? ¿Hacerme cargo de los niños sola?

Has callado. Tengo ciertas esperanzas porque sé que he hecho una pequeña fisura en tu determinación.

—No... pero... es que tengo que intentarlo. No dejo de pensar que ha sido el destino y que no puedo mirar a otro lado. Yo no lo he buscado. Estoy a punto de cumplir los cuarenta años y no quiero verme dentro de diez o quince pensando que dejé pasar una oportunidad de ser feliz.

—¿Feliz? ¿No lo eres en Madrid? ¿No lo eres con los niños? ¿Ni conmigo? ¿Todo lo que me has dicho hasta ahora sobre que te consideras un tipo con suerte es falso?

—No, no. Silvia. Jamás te he mentado. Claro que he sido... que soy una persona con suerte. Eres... eres maravillosa y... ¡Dios! Silvia, yo te quiero y adoro a los niños.

—Pues vuelve. Lo solucionaremos. Lo hablaremos tranquilamente y veremos cómo...

—¡No! A ti te quiero, pero con ella es... es... De verdad, no puedo.

Se te ha resquebrajado la voz y ahora oigo unos suaves gemidos. ¿Estás

llorando? Nunca te he visto llorar y es en este instante que me doy cuenta que yo estoy impasible. Mi corazón late acompasado, mis ojos siguen igual de secos pese a que parpadeo varias veces a ver si se nublan un poquitín, pongo una de mis manos delante (la que no sostiene el teléfono) y no hay un solo temblor, no me duele la cabeza, no siento en mi estómago mariposas o cualquier cosa que se pudiera mover dentro cuando uno está atravesando uno de los momentos más decisivos de su vida.

—Silvia. —Suenas sollozante—. Lo siento. Intentaré llamarte más adelante. Daré instrucciones para seguir ingresando la mitad de mi sueldo en nuestra cuenta. Pero si necesitas más, dímelo.

Ahora sí, un latido descompasado. Tus palabras me han llevado a visualizar algo con meridiana claridad. Vas a comunicarlo en el trabajo. Tendrás que hacerlo. Empezarás por el presidente de la compañía. Después lo hablarás con el comité de dirección y, por último, con recursos humanos.

¡Espera! ¡No! El director de recursos humanos es miembro de ese grupo de élite, así que... ¡No! No estoy pensando con claridad. Se trata de José Luis y es tu mejor amigo. Por tanto... lo lógico es decírselo a él primero, ¿no?

O ¿ya se lo has dicho? No. No creo. Si lo hubieras hecho José Luis me hubiera hecho algún comentario, ¿no? Pero... hoy no lo he visto. Lo cierto es que no ha venido en todo el día. No es que sea extraño. Los directores entran y salen sin que deban dar explicaciones y, mucho menos se les ocurre pensar que podría ser una buena deferencia para con los subalternos, más que nada por si alguien llega preguntando por él. Así se le puede decir la verdad en lugar de aquellos crípticos *“Lo lamento, el Señor Bosque no se encuentra en estos momentos. Si lo desea, puedo dejarle aviso”* porque siempre he pensado que daría mejor imagen ser un poco más preciso *“Mire, está en estos momentos en una importantísima reunión que se desarrolla en estas mismas instalaciones, pero no se le puede molestar. Prevemos que regresará en unas dos horas”*.

De todas formas, quizás sí se lo dice a Marisa, su secretaria. Aunque, desde

que ha dejado de tirársela, las relaciones entre ellos están más tensas. Mira que se lo habías advertido veinte veces. “*No te lles con alguien del trabajo y menos con alguien a quien tienes que ver cada día*”. Pero Peter Pan no puede evitarlo. No es solo que tiene esa belleza que resulta tan atractiva a determinadas mujeres porque su aspecto es algo aniñado y despierta ternura, es que, además, es simpático, atento y enamorado. Con cada una de las mujeres con las que ha estado ha sentido todas las emociones del flechazo y ha estado con muchísimas. Yo le he perdido la cuenta. Y eso que, al principio, cuando tú y yo nos conocimos estuve algo pendiente porque me pareció que había un poco de despecho en esa loca carrera que emprendió acostándose con media facultad y me supo mal, aunque nunca nos habíamos prometido amor eterno.

—¿Mamá?

Es David. Me está mirando desde la puerta del comedor con una expresión que denota prevención, aunque enseguida se rasca los ojos en señal de que está muerto de sueño.

—¿Qué haces levantado, cariño?

—¿No lo oyes?

Y, entonces, soy consciente del llanto apagado y lejano de Carlos y me levanto de golpe y el aparato telefónico cae al suelo. Por fortuna está ya la alfombra puesta, así que no debe haber sufrido ningún daño irreparable, pero la llamada se ha cortado. Voy a la pantalla de llamadas recientes y veo tu nombre. En efecto, es la última conexión. Sin embargo, en la columna derecha aparece una palabra que no entiendo. “Ayer”. Me lo quedo mirando perpleja.

—¿Mamá?

Levanto la vista. David ya no está suspicaz, ahora está asustado. Carlos sigue llorando. Vuelvo a mirar el móvil. Me está costando mucho decidir qué es más urgente: si atender al pequeño, tranquilizar al que me mira como si me hubiera salido cola y cuernos, restablecer la llamada que estábamos manteniendo o arreglar el sistema operativo del móvil que, sin duda, ha

sufrido un desperfecto irreparable con la caída, pese a haberlo hecho sobre la mullida alfombra que compramos cuando nos trasladamos a esta casa y que estrenamos haciendo el amor sobre ella justo cuando los niños...

—¿Te pasa algo, mami?

¡Dios! levanto la vista y justo tras mi hijo mediano, veo el reloj del vestíbulo. Señala las tres y veinte. Giro la vista hacia la ventana. Es de noche. Sí, claro. Por eso David está en pijama y...

—¿Mami? —Es Berta desde el piso de arriba.

David frunce el ceño y después se gira y lo veo subir las escaleras. Carlos ha dejado de llorar al tiempo que se oye la voz suave de Berta. No entiendo qué dice, pero está calmándolo. David ha llegado también y oigo que le habla a su hermana. Yo sigo como una estatua con el móvil en la mano. Acciono el icono redondo justo al lado de tu llamada que puede darme más información y resolver el misterio. *“Llamada entrante. 22.05. 28 minutos”*.

Alguien me ha robado cinco horas de mi vida.

Capítulo 5

José Luis me está mirando como si hubiese mutado frente a él en un minotauro (versión femenina) y estuviese decidiendo cómo contactar con Dédalo para que construya un laberinto similar al de Cnosos en pleno centro de Madrid.

Se levanta con cuidado y con mucha suavidad se dirige hacia la puerta de su despacho y la cierra. Busca intimidad. Pero no del mismo tipo que cuando llamaba a Marisa al tiempo que exclamaba en voz alta: “*Voy a necesitar que me formatee el informe del mes de marzo*”. Si él supiese las bromas y chistes que circulan en torno al verbo “formatear” buscaría un sinónimo. Pero también es cierto que, a cuenta de eso, en toda la empresa se producen situaciones paradójicas, como cuando Aguirre, el presidente, tuvo el problema con su portátil y hecho una furia empezó a gritar en el vestíbulo: “*Quiero a todos los informáticos dispuestos a formatear mi aparato hasta que me hagan feliz*”.

—Silvia, no es buena idea.

Es un buen amigo, pero no acabo de saber si tuyo o mío. En cualquier caso, el consejo es para mí y debo agradecerse.

—Déjame que sea yo quien decida eso —le contesto.

—Es una paliza de avión para solo cuatro días.

No son cuatro días. Pierdo dos en los vuelos. Así que voy a estar en Río la noche del jueves, y todo el viernes y el sábado. Unas sesenta horas. Si descontamos que tendré que dormir, comer, desplazarme y alguna otra cosa más, dispongo de unas treinta y seis horas para conseguir que salgas de esta

enajenación mental transitoria en la que has caído.

Soy licenciada en psicología, promoción 2000-2004, nota media notable. Creo que tengo posibilidades. Y lo único que tengo que superar, de verdad, es el terror a volar.

Diez horas para ir y más de catorce para volver, porque se le suma una escala que puede multiplicar mi ansiedad, ya que debo pasar por el trago del despegue y el aterrizaje el doble de veces que a la ida.

—Lo sé. No te preocupes. El lunes estaremos aquí y trabajaré como siempre. No lo vas a notar.

—Silvia, por favor. No lo hagas. Yo hablaré con Jaime. Solo tenemos que dejarle unos días. Esto no es más que la crisis de los cuarenta. Ya lo verás.

—Le falta la barriga y la calva para catalogarlo así. Además, ha tenido tres hijos, montó en globo hace seis años, plantó un árbol en enero de dos mil doce y escribió un libro, aunque fue sobre *“la financiación en las empresas de la construcción a partir de la crisis de deuda soberana”*. Soy yo quien ha de hablar con él. Es mi marido. Sé cómo hacerlo.

José Luis abre y cierra la boca varias veces como si fuera un pez fuera del agua. Sin embargo, lo que le ocurre no es que no pueda inspirar aire, sino que quiere expulsar unas palabras que se le han quedado atragantadas. Me mira y me parece notar un atisbo de lástima.

—Vuelve a repetir lo que te dijo —le pido para ayudarlo a allanar el camino de salida a lo que le preocupa.

—Ya te lo he dicho... solo eso... que no puede volver y que necesita unos días para aclararse.

—¿Ves? Solo te ha pedido un tiempo. Conmigo fue más brusco. Pero después de nuestra conversación telefónica se lo ha pensado mejor. Por eso tengo que ir. Me ha de ver. Si hablo cara a cara, todo se solucionará.

Ahora sí que hay clara compasión en su expresión y solo puede ser porque sabe algo o cree saber algo que invalida mi razonamiento. Peter Pan también miraba así a los niños perdidos cuando les ocultaba que sí tenían mamá para

que se quedaran con él en el mundo de Nunca jamás. Por un momento, pienso que debería levantarme y abofetearlo. ¿Quién se habrá creído que es para poner en duda mi capacidad? ¿O tu amor por mí, o la sintonía perfecta que ha existido entre nosotros, o que hemos sido siempre uno, o que te conozco lo suficiente para saber cómo debo resolver este trance?

De acuerdo que es y ha sido tu mejor amigo, pero eso no le da ningún derecho a creerse en mejor disposición que yo para saber qué te está ocurriendo. Él jamás se ha casado y la relación más larga que ha tenido con una mujer, es la que mantiene con la que le limpia el apartamento y con la que me consta que echa un polvo de vez en cuando, aunque nunca lo he entendido porque es diez años mayor que él.

—Silvia, debo negarme a la concesión del permiso. No puedo hacer diferencias con el resto de compañeros. No tienes días de vacaciones pendientes e, incluso, debes alguna hora de la jornada intensiva de verano que...

—José Luis, ¿cuál es la sanción por trato descortés a un compañero de trabajo?

—¿Perdona?

—Régimen de sanciones de las faltas leves.

—Esto... amonestación verbal o por escrito y suspensión de empleo y sueldo de hasta dos días.

—Bien pues... vete a la mierda. —Y después de aguantarle la mirada durante unos segundos y aguantarme la risa al ver su cara de pasmo, me levanto y abro la puerta para salir desde la que me despido—. Vuelvo el lunes.

En la calle, noto que el aire se ha enfriado. Ya era hora. Me veía comiendo los buñuelos de viento y los huesos de santo con tirantes. Pero no. Eso es lo que tienen estas tierras. Puede hacer un calor infernal un día y al siguiente, levantarse un frío polar que te hiela hasta las entrañas.

Recuerdo un año, antes de tener a Berta, que me llevaste a Alcalá de

Henares para ver Don Juan Tenorio. Durante el día habíamos llegado a veintiocho grados y yo estaba feliz porque me había comprado un precioso vestido negro con la espalda descubierta y aquel día lo estrenaba. Me recorriste con tu mirada como si me fueras a comer y mi cuerpo reaccionó de inmediato humedeciendo mis braguitas. Me abriste galante la puerta del coche y casi pude notar como clavabas tus ojos en la parte final de la obertura que quedaba escandalosamente cerca de mi trasero. Pusiste una música muy suave y, de vez en cuando, aprovechando que cambiabas de marcha o, justo al contrario, que la carretera te permitía una conducción monótona, ponías tu mano sobre mi pierna en una muda promesa que, en varios momentos, me hizo pensar en proponerte que regresáramos.

Sin embargo, llegamos al destino y fui consciente de que la obra se representaría al aire libre, en la Huerta del Palacio Arzobispal, en el mismo momento en el que un aire helado bajaba de la sierra a más de veinte kilómetros por hora removiendo todos los programas que había sobre las sillas.

Mis dientes empezaron a castañear y el recogido que me habían hecho por la mañana en la peluquería se deshizo por efecto del viento. Aguanté solo hasta la primera parte y con lágrimas en los ojos te supliqué que me llevases de vuelta a casa. Odiaba fastidiar aquella velada que habías preparado con tanto cariño y que, según me decías, te recordaba a cuando eras niño y tus padres te llevaban allí cada año. Sin embargo, estuviste, si cabe, más atento y tierno. Te deshiciste de tu chaqueta de inmediato y me la pusiste sobre los hombros al tiempo que me abrazabas y me llevabas de vuelta al coche.

En la carretera empezaron a caer las primeras gotas, pero a la entrada de Madrid el aguacero era monumental. Tardamos más de dos horas en poder llegar a casa. Para entonces yo moqueaba y tosía de manea evidente. No me podía imaginar que un resfriado tardase tan poco en mostrar sus primeros síntomas.

Me llevaste hasta la cama y me quitaste el precioso vestido con el cuidado

de un padre. Ya no quedaba nada de la libidinosa esperanza de unas pocas horas atrás. Me arropaste y me trajiste un caldo calentito, de esos que tu madre nunca entendió que fuésemos capaces de comprar embotellado en tetrabrik en lugar de cocinarlo como Dios manda.

Tardé tres días en superar la fiebre y cinco más en que desapareciera una tos seca e irritante que apenas nos dejaba dormir por la noche, aunque tú te negaste a ir al dormitorio vacío del final del pasillo. Pero quizás fue ese el momento en el que supe que te querría hasta el final de mis días y sentí una felicidad que llenó cada hueco vacío de mi ser. Y fue cuando tomé la decisión de que fueras el padre de mis hijos.

Es curioso. Entonces no me molestó esa sonrisa que asomó a tus labios cuando me oíste aceptar ser madre después de que me lo habías pedido varias veces. Entendí por qué apareció y por qué tenía cierto aire de triunfo. A fin de cuentas, yo me había negado reiteradas veces dado que todavía tenía la ilusión de estudiar algún master en psicología clínica que me permitiera dedicarme al tratamiento de enfermedades mentales, a ser posible, en niños o adolescentes.

Hoy, nueve años después, al recordarla me ha generado una pequeña molestia, como cuando tienes una rozadora en el pie y parece que todos los elementos se alían contra ti porque no encuentras taxi y tienes que caminar más de treinta minutos.

No puedo pensar más en todo eso. Acaban de subir al coche Berta y David y sin ni siquiera decirme hola reanudan una monumental discusión a gritos que, por lo que puedo entender, se había iniciado a la hora de comer. No me acaba de quedar claro quién tiene razón, pero lo cierto es que hace tiempo decidí que era inútil intentar sacar agua clara de este tipo de intercambio fraternal y mucho menos intentar poner paz entre ellos. Los dejo que diriman sus diferencias como buenamente puedan y soy capaz de aislarme de sus berridos y tampoco intervengo cuando, algunas veces, llegan a las manos.

Sin embargo, a ti te pone muy nervioso oírlos y dices cosas como “*Los hermanos nunca deben discutir entre ellos*” o “*Los hermanos deben siempre*

quererse y defenderse”. Entiendo hasta cierto punto tu preocupación, pero alguna vez tendré que decirte que resultas poco creíble porque los niños ya se han dado cuenta que entre tú y tus hermanos no hay una relación idílica, sobre todo si tenemos en cuenta que parte de las desavenencias tienen que ver con el reparto de la herencia de tus padres.

Hemos llegado a nuestra antigua casa en la calle Serrano esquina Velázquez y aparco en la zona de carga y descarga. Abro la puerta del coche y de manera automática también lo hacen Berta y David, pero se quedan de piedra al darse cuenta de que no están en Aravaca. Tan concentrados estaban en su discusión que no se habían dado cuenta por dónde había circulado el coche.

—¿Mamá? ¿Qué hacemos aquí?

—Quedaos en el coche —respondo consciente de que no despejo sus dudas—. Tengo que recoger a Carlos.

Tardo un poco más de lo previsto porque la madre de Montse se empeña en hacerme entrar y llega hasta poner un poco de coca-cola en un vaso que acabo rechazando con contundencia. Su marido me mira desde el sofá y solo hace una mueca a modo de saludo.

Desde que se quedó sin trabajo no ha levantado cabeza y ya va para tres años. El alcoholismo incipiente que fue la causa de su despido, se ha convertido en su estado natural, pero no genera en él más que una somnolencia permanente y una barriga descomunal. Es increíble cómo puede cambiar una persona. El viejo de casi cincuenta años, sucio y desaliñado que tengo frente a mí, es el mismo hombre que me torturó durante años con su bicicleta estática a las seis de la mañana y que me saludaba por las escaleras guiñándome un ojo y mostrándome una dentadura perfecta y un cuerpo atlético. Yo vi el inicio de su degradación cuando bajaba a nuestra casa cada cierto tiempo y te pedía trabajo en Construcciones Hispánicas. Primero te recordó sus grandes aptitudes como financiero. Después te dijo que no tendría problemas en hacer de administrativo. Lo último que oí fue cuando te suplicó que podría hacer de peón de obra. Eso fue lo que nos llevó a contratar a su hija de canguro y

sospecho que también fue uno de los motivos por los que te empeñaste en vivir en Aravaca.

Por fortuna, no van a ser como esa gente que sale por televisión con maletas destartadas y aplaudidos por los de las plataformas anti-desahucios. El piso donde viven fue un regalo de la familia de su mujer y ella ha mantenido el trabajo en el Banco Central. También es una suerte que Montse, la eterna adolescente del Beverly Hills que es la Calle Serrano para los madrileños, se haya convertido en la típica que rehúye cualquier trato con sus padres, abandona los estudios y se pasa el día enganchada a Instagram. Los trabajillos de tres al cuarto que realiza le permiten pagarse sus caprichos que son baratos porque solo le da a la cerveza y su estilo de ropa puede encontrarlo en los mercadillos. No aspira a nada mejor y todavía no es consciente que quizás no siempre le será igual vivir bajo el techo de mamá y papá y comer gracias a su beneficencia. A fin de cuentas, ya ha conseguido que sus padres miren hacia otro lado cuando se trae a sus ligues y se hagan los sordos si el maromo consigue que llegue al orgasmo.

A veces he intentado hablar con ella para incentivarla a estudiar de nuevo, pero enseguida desisto cuando me pone cara de asco. No sé hasta qué punto mi esmero es sincero o solo quiero lavar mi conciencia porque lo cierto es que es una buena canguro para Carlos y solo me cobra a seis euros la hora. No sería fácil sustituirla.

Vuelvo al coche y ato a Carlos a su sillita. Berta y David me miran muy serios. Han dejado de pelarse, lo cual es una buena noticia, pero creo que no ha sido porque hayan resuelto el problema.

—Mamá, ¿ocurre algo?

Berta siempre ha sido más intuitiva. No es que sea la mayor, que también; es que está siempre muy atenta a todo lo que hay a su alrededor, rayando a veces lo paranoico, pues es capaz de darse cuenta de que la dependienta de la pollería tiene un mal día.

No contesto. Arranco el coche y conduzco los pocos metros que nos separan

de la calle Alfonso XII. Introduzco el coche en el garaje y lo llevo hasta la doble plaza que compraron tus padres pese a que solo tienen un vehículo.

Subimos en ascensor y Berta me toma la mano durante el trayecto. Este gesto le podría pasar desapercibido a cualquiera, pero no a mí. Hace unos meses me dijo que no me lo iba a permitir más porque ya no era una niña pequeña.

Llamamos a la puerta y abre Sara Sofía. La saludamos y yo, como siempre, añado una sonrisa que pretende ser solidaria con su situación. Ella, sin embargo, mantiene imperturbable su gesto serio y correcto, como lo haría cualquier personaje secundario de una telenovela latinoamericana en la que toda la acción la acaparan otros.

Pese a que no conozco los detalles de su estancia en España, imagino que no tiene a ningún familiar cerca puesto que incluso los días que tiene fiesta se suele quedar en su habitación y una vez la vi salir de un locutorio con los ojos enrojecidos. Creo que una de las peores cosas que te pueden pasar en la vida es que te separen de tus seres queridos. Yo lo viví a los veintitrés años, aunque en mi caso, no puedo hablar en plural puesto que lo único que tenía era una madre que, por cierto, ya hacía dos años que estaba enferma. Mi reacción fue intentar comerme el mundo, lo más rápido y lo más intenso que pude, aunque mi universo quedó circunscrito a unas cuantas decenas de hombres y escarceos con drogas blandas y alcohol. Así conocí a José Luis y poco más tarde a ti y el cosmos volvió a quedar misteriosamente reducido a tus ojos.

Entramos en el salón donde Serafín lee el diario sentado en el sillón amarillo (lo que ha parecido siempre un detalle discordante porque el resto de la tapicería es de color chocolate) y Carmen mira un vídeo en la tablet que le regalaste esta Navidad con los auriculares puestos, motivo por el que tarda algo más en reaccionar.

Berta y David dan un beso en la mejilla a tu madre y apenas miran a tu padre. Es lo que ocurre cuando alguien se obstina en no querer ser tratado como un abuelo por temor a que lo haga parecer mayor. Pero a él no le importa

en absoluto. Se ha limitado a levantar la mirada de las noticias para darme un repaso a mí.

Los niños han puesto la televisión sin pedir permiso. Las decenas de canales del canal satélite permiten asegurar una programación infantil a cualquier hora del día, así que es difícil pedirles que no lo hagan.

Tu madre me mira con gesto adusto. Odia las sorpresas y que yo aparezca con los tres niños un miércoles por la tarde sin avisar, pertenece a ese género de acontecimientos. Todavía le queda una contrariedad más porque me deshago del abrazo asfixiante de Carlos (que está en esa edad extraña que todo lo que no sea yo o Montse le parece extraño y ha intuido que puede ocurrir algo que no le va a gustar) y se lo entrego a ella.

—Tengo que irme unos días.

Los ojos de Carmen se abren como platos, Serafín carraspea, Berta se pone en pie abandonando toda atención sobre la pantalla, David exclama un “toma” animando a Dash que está propinando una paliza a Syndrome y Carlos gimotea mientras levanta sus brazos para que lo vuelva a coger.

—En la mochila de los niños hay una muda para mañana y aquí —suelto la bolsa azul cielo y nubecitas blancas— todo lo que necesita Carlos. Les dejo las llaves de Aravaca.

—¿Dónde vas y hasta cuándo?

Es tu padre quien lo pregunta mientras que tu madre ha entornado los ojos y me está escrutando como si pudiera traspasarme y ver las conexiones eléctricas de mis neuronas.

—A Río. —Y soy consciente de que la voz me ha salido en un hilo, sin apenas fuerzas—. El lunes estaremos aquí.

—¿A Río? ¿De Janeiro? Pero... ¿no venía Jaime mañana? ¿Por qué has de ir tú hasta allí? —El tono de tu padre empieza a ser preocupante

—¿Sara Sofía! —exclama tu madre—. Llévese al niño y dele un baño.

La chica debía estar tras de mí porque aparece *ipso facto* y obedece sin rechistar.

—¡Carmen! —vuelve a bramar tu padre y, ahora que lo pienso, me parece que es la primera vez que lo veo perder los estribos—. ¿tu sabías algo?

Ella me clava sus ojos y me doy cuenta de que hay mucha sabiduría en esa mirada. Es como si estuviera viendo a una mujer distinta.

—¡Este fin de semana vienen los Castro de Andújar! —vuelve a exclamar Serafín—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Por “ellos” se refiere a sus nietos y entiendo ahora que su disgusto tiene que ver con Gloria, la segunda mujer de Alvaro Castro de Andújar, de despampanante figura y sonrisa fácil.

—Suspenderemos la cena —habla Carmen con convicción y, acto seguido, fija de nuevo sus pupilas en las mías—. Os esperamos el lunes. A los dos.

Negociación

Capítulo 6

El avión ya ha estabilizado su vuelo y ahora reposa en posición horizontal gracias a una mezcla de circunstancias que pasan por las leyes de la física, los avances tecnológicos y la fe ciega e irracional de una cadena de seres humanos que se empeñaron en ir contra la naturaleza y hacer que el hombre volase.

He leído infinidad de artículos que hablan del fenómeno de la sustentación. También unos cuentos sobre la preparación de los pilotos y muchos más que se refieren a las probabilidades estadísticas de que se caigan los aviones: una entre ocho mil quince, lo que es bastante inferior a las posibilidades de morir asfixiada con la comida, ser tiroteada o envenenada y mucho más que fallecer por un accidente de automóvil.

Sin embargo, no nos engañemos. Es siete veces más difícil morir por la picada de una abeja y, cuando yo tengo una cerca, no puedo evitar gritar con desesperación y moverme como si estuviera atacada por unos espasmos musculares.

Soy consciente que el miedo es una sensación desagradable ante un hecho real o imaginario. Pero, como soy una cobarde nata y he padecido todo tipo de temores, también sé que cuanto más irracional, más angustioso es. Y eso solo es por una razón: porque es imposible combatirlo con la racionalidad. Así que no sirve de nada aprenderme de memoria el conjunto de técnicas que permiten a una estructura de trescientas toneladas alzar el vuelo.

Lo único que me sirve es distraerme buscando algo que atrape mi atención de tal modo que pueda olvidar durante microsegundos alternativos que estoy suspendida en el aire a miles de pies.

La primera hora de vuelo lo he conseguido con los crucigramas. La segunda, con las sopas de letras. La tercera he intentado dormir un poco, pero cerrar los ojos provoca que todo mi ser esté más atento a cualquier ruidito distinto en el motor. En ese instante, además, las azafatas (a las que no me acostumbro a llamar auxiliares de vuelo) empiezan a servir la comida.

La ensalada de pasta no tiene mal aspecto, pero el filete marrón clarito que le sigue no sé si es carne o pescado y no he despejado la duda cuando me lo he metido en la boca porque tiene un gusto a medias de cualquier cosa. Para colmo, el arroz que lo acompaña está cargado de curry que se huele a distancia.

Ese olor, sin embargo, me devuelve a once años atrás cuando te conocí, porque compartimos un pollo al curry que os había sobrado a ti y a José Luis de la comanda al chino de la esquina.

No era de extrañar que os lo hubieseis dejado, pese a que solíais comer como dos elefantes, porque la verdad es que estaba bastante asqueroso; pero llevábamos diez horas encerrados en tu casa y todavía no podíamos salir por culpa de una tormenta terrorífica que había inundado todo el centro de Getafe, donde teníais el pisito de estudiantes.

Lo cierto es que había empezado a llover cuando José Luis me convenció para que lo acompañara. Yo dudé mucho porque ya había tenido mi dosis de sexo con él y no había sido demasiado satisfactoria. Pero nunca se me ha dado muy bien decir que no y además Bosque me parecía tierno y muy falto de cariño allí perdido en Nunca jamás. Además, a mí no me apetecía volver a mi casa. Era solo media tarde y se me hacía muy largo el día si me encerraba tan temprano. Hacía solo diez meses que mi madre había muerto y todavía me parecía escuchar su voz, aunque luego descubriese que era la vecina del piso de abajo que también se estaba muriendo de cáncer y a quien se la oía

maldecir a través del tragaluz del baño cuando vomitaba después de las sesiones de quimio.

Aquella vez fue como las otras. Él puso más interés en demostrarme su virilidad y su capacidad física que en estar atento a las mil y una señales que intentaba enviarme respecto a cómo me gustaba que me tocasen. Así que me acabé conformando con los preliminares y le dije que sí había llegado al orgasmo, más que nada, para que me dejara en paz. Entonces, satisfecho y orgulloso, se encendió un cigarrillo y al notar que yo empezaba a levantarme, me cogió de los hombros y me hizo recostarme sobre su pecho.

Fue desde allí, con todo lo que de irreal tiene escuchar la voz de alguien a través de su caja torácica, que lo oí decir:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

El terror se apoderó de mí en una reacción muy normal si tenemos en cuenta que nunca me había ocurrido que alguien me dijera esas palabras y no estaba preparada para escucharlas. Yo no sentía lo mismo y, lo que hasta entonces había sido divertido, podría transformarse en una losa que aplastaría mi cabeza con el peso de los remordimientos y de la vergüenza. No era baladí que yo estaba en esa cama porque, con el reciente grupo de amigas que había conseguido hacer tras tres años de vagar sola en la universidad, nos habíamos apostado quién sería la que acumularía el mayor número de tíos buenos pasados por la piedra, en un intento de parecer las más liberales fémimas de la historia.

Así que, mientras barruntaba cómo decirle a ese hombre que yacía a mi lado luciendo un cuerpo espectacular que, pese a mi escaso metro sesenta y medidas normalitas, no me pirraba por sus huesos, golpearon la puerta con los nudillos y se oyó tu voz a través de la madera.

—Por el amor de Dios, ¿habéis acabado ya? ¡Me estoy congelando!

Tus gritos provocaron que José Luis se levantara sin pensárselo dos segundos y atravesase el espacio, de escasos treinta metros cuadrados, totalmente desnudo. Ni tiempo me dio a pedirle que esperase unos instantes a

que yo me pudiese vestir. Abrió la puerta y apareciste empapado dejando un reguero de agua por todo el suelo mientras te quitabas la chaqueta y maldecías entre dientes.

En ese instante nos dimos cuenta de varias cosas. La primera, que fuera llovía como si estuvieran tirando cubos de agua. La segunda, que nos habíamos quedado sin luz, aunque, por fortuna, no sin calefacción porque habíamos encendido la estufa de butano que había conseguido alcanzar una agradable temperatura en aquel mini apartamento de solo tres espacios: un baño, una habitación minúscula con dos literas donde dormíais y un comedor con cocina americana presidido por un sofá cama al que llevabais a vuestras conquistas y desde donde yo estaba intentando taparme con la manta que había puesto José Luis cuando me había quejado de frío.

—¡La hostia! ¿Te has metido en una lavadora?

—Menos bromas, capullo. Llevo veinte minutos en la puerta.

—Estábamos muy concentrados.

—Pero digo yo que las orejas las tenías al aire, ¿no?

Seguisteis hablando como si yo no estuviera allí y mientras tú ibas quitándote ropa hasta quedar solo con los pantalones, lo que me permitió apreciar tu cuerpo, mucho más robusto que el de José Luis y usuario de gimnasio, sin ninguna duda.

Te dirigiste hasta el cuarto de baño mientras seguías protestando, esta vez, contra un profesor que no había querido revisar tu examen y saliste secándote.

Fue en ese instante cuando reparaste en mi presencia y no tuve ninguna duda de que te causé buena impresión porque te quedaste parado como una estatua y la toalla se te cayó de las manos.

José Luis ni se dio cuenta, pero te obligó a meterte de nuevo en el servicio para darme un poco de intimidad y poder vestirme. Cuando acabé e intenté irme, fuiste tú quien lo impidió y nos obligaste a escuchar las noticias que, en efecto, informaban de graves inundaciones y numerosos avisos a los bomberos.

Quince horas duró nuestro encierro, aunque hacia las dos de la mañana dejó de llover y quizás podría haberme ido, pero me disuadiste, de nuevo, alegando que las calles estarían imposibles para circular con moto y nos quedamos un rato más charlando en voz muy bajita porque José Luis se había quedado dormido en la alfombra.

Así me enteré de que hacía tan solo tres meses que te habías mudado a aquel piso de Getafe con la excusa de que estaba mucho más cerca de la universidad y aprovecharías mejor el tiempo para estudiar. La verdad era que querías escapar de la perfecta comodidad de tu casa donde ni siquiera te podías hacer tu propia cama y jamás habías tenido que cocinarte un huevo frito y también dar un cambio radical a tu vida después de que una novia, de esas que te endosan desde niño porque es amiga de la familia, te dejara a menos de quince días de una boda preparada con precipitación por supuesto embarazo que se perdió o se convirtió en una evidente mentira para cazarte. Eso fue lo que me contaste.

Tus padres te concedieron ese gesto de rebeldía, aunque no se tragaron lo de la distancia. Solo había diecisiete kilómetros desde la puerta de tu casa frente al Retiro a la Carlos III y podías haber ido en taxi cada día si hubieras querido, sin contar que tenías un flamante Audi cinco y capacidad económica para alquilar una de las plazas del aparcamiento cercano. Sin embargo, te concedieron esa libertad como cuando los aristócratas ingleses del siglo XIX dejaban a sus vástagos hacer el llamado gran tour. Dormir en un apartamento minúsculo, en un barrio pobre de Getafe, era una aventura temporal que un Manrique podía permitirse.

Para José Luis, era muy distinto. Él estaba allí porque sus padres, clase media de un pueblo de Guadalajara, no podían pagar otra cosa. Pero nada era comparable a mi situación, que vivía en Villaverde, uno de los peores barrios de Madrid, en una habitación realquilada y que trabajaba los fines de semana y festivos una media de trece horas diarias.

Vosotros estudiabais un master en derecho mercantil que contemplaba

prácticas en las mejores empresas y que no tendría en cuenta que habíais tardado seis años en estudiar una carrera de cuatro porque las fiestas semanales os dejaban casi en la inconsciencia de jueves a domingo. Yo estaba acabando el grado en psicología y cada año debía endeudarme con una matrícula que la beca acababa cubriendo solo en parte.

Sin embargo, a partir de ese momento, nos hicimos casi inseparables, aunque, todavía ahora cuando lo pienso, me doy cuenta de que nuestra supuesta amistad no lo fue tanto y cada uno de nosotros tenía motivos ocultos para formar parte de ese trío.

José Luis lo hacía, preso de su propio orgullo, para que en ningún caso recordase las últimas palabras pronunciadas en la cama, después de haberle dicho que lo nuestro había sido interesante, pero que no se iba a repetir. Así que se comportaba conmigo con una camaradería insuperable e incluso me implicó en varias de sus conquistas en un intento porque me acabase de convencer de que él también era una persona sin prejuicios y sin ganas de compromisos.

Tú porque decías haber encontrado la primera mujer de la que ser amiga y eso era una curiosidad para tu escondida alma de científico de laboratorio; aunque no podías evitar que tu mirada se encendiera de deseo cada vez que me veías y te había visto apretar los puños hasta dejar los nudillos blancos en más de una ocasión que habíamos estado muy cerca.

Yo porque, en realidad, estaba más sola que la una. La supuesta cuadrilla de amigas lo conformábamos cuatro individuos que salíamos juntas porque no teníamos con quién ir. Éramos el producto de la circunstancia concreta que llevó al profesor de psicología social a pedir que hiciéramos grupos para preparar un trabajo y fuimos las únicas que quedamos sin atribuir en ningún conjunto. Cada una tenía sus motivos.

Rosalina, la eterna insatisfecha, acababa de ser abandonada por su novio, delegado de clase, quien, sin ni siquiera pedirlo, consiguió que todo el mundo se apartase de ella para buscar cobijo bajo sus alas de líder indiscutible. El

problema es que ella estudiaba psicología solo por estar cerca de él y había ido aprobando a duras penas porque su mente, más proclive a la ingeniería informática, era incapaz de entender las teorías especulativas sobre el comportamiento humano.

Lucía vivía en una agresividad permanente, difícil de soportar y producto de un lesbianismo no reconocido, lo cual no era de extrañar si tenemos en cuenta que en su familia había tres sacerdotes y siete monjas y sus padres eran del Opus Dei. Curiosamente, sus progenitores toleraron mejor que la niña tuviera fama de putón (lo que no les era ajeno porque uno de sus tíos era profesor en la facultad) que la sospecha de su desviación sexual descubierta cuando, entre sus cosas de adolescente, aparecieron revistas pornográficas que admitían pocas dudas sobre sus preferencias.

Aurora padecía un trastorno de la alimentación de manual que venía asociado con un perfeccionismo obsesivo y una necesidad de control que rayaba lo humanamente soportable. Ella, sin embargo, se creía cuerda porque vivía en una casa donde su hermana era bipolar y su madre padecía un trastorno múltiple de la personalidad que la sometía a episodios de amor enfermizo seguidos de broncas absurdas que, incluso, habían acabado en golpes físicos.

Así que encontraros a vosotros fue como un oasis en medio de la nada. Y no teníais más mérito que ser normales, aunque hacíais bromas sobre mi encaje en vuestras vidas diciendo que era vuestra psicóloga a domicilio y que solucionaba vuestros traumas recurrentes.

Me dejasteis dormir en vuestra casa muchas veces sin preguntar y yo intentaba compensarlo con copas gratis en el bar donde trabajaba. Cenábamos casi todos los jueves en una hamburguesería del centro de Getafe y después a buscar un nuevo ligue sobre el que, al día siguiente, nos lo teníamos que contar todo. Compartíamos un mismo sentido del humor que ironizaba hasta de nuestras propias vidas y que tenía un toque negro que solo nosotros comprendíamos. Era una camaradería modelo.

Esa situación idílica duró tres meses hasta que José Luis se fue un fin de semana de mayo a visitar a sus padres. Llovía, otra vez, y eso había provocado que el bar donde yo trabajaba hubiera cerrado a una hora decente. Sin embargo, el que fuera una hora más temprana no evitó que dos macarras me atracaran justo cuando estaba a punto de subirme al tren, en la estación de Las Margaritas. Me dejaron sin bolso, sin dinero, sin móvil, sin chaqueta y con una sensación de vergüenza y miedo al haber sido toqueteada sin miramientos, así como acabar agradeciendo al destino que apareciera un mendigo que ellos confundieron con alguien peligroso evitando que me violaran allí mismo.

Acabé en tu casa y, en cuanto me viste, no dudaste en deshacerte de la tipa que te acababas de ligar, para recoger mis pedazos y soportar un par de horas de llanto. Y es que, hacía tanto tiempo que no lloraba, que sufrí un extraño fenómeno por el que, abierto el grifo, ya parecía incapaz de detenerlo y mi mente se enzarzó en la dura tarea de expulsar todos mis negros demonios demasiado tiempo ocultos. Te limitaste a escuchar acariciándome la cabeza con delicadeza. Justo lo que necesitaba.

Habíamos ocupado el sofá cama que se había quedado allí, como símbolo de tu conquista frustrada y acabamos dormidos, abrazados. Después me confesaste que había sido la noche más difícil de tu vida, con una erección de campeonato que te dificultó conciliar el sueño tanto como la posición incómoda que adoptaste para que yo no lo notase.

Al día siguiente, José Luis nos descubrió porque regresó antes de ver a sus padres y, por mucho que tú le intentaste demostrar que no había ocurrido nada ya que seguíamos vestidos, él se fue dando un portazo y aquel golpe me despertó de lo que, hasta entonces, no había visto: tú no te acercabas a mí porque temías herir a tu amigo, este seguía colado por mí y yo me pirraba por tus huesos. El perfecto trío.

Por más que intentamos hacer ver que el episodio no había afectado a nuestra relación, lo hizo y mucho. Ya solo coincidíamos en la hamburguesería y nuestra conversación parecía que no fluía con la misma facilidad. Yo era

realmente consciente de cómo intentabas mostrar indiferencia cuando te morías por acariciarme y cómo me mirabas cuando creías que yo no me daba cuenta; porque a mí me ocurría lo mismo.

Dos semanas más tarde del atraco, me presenté en tu casa de nuevo sabiendo que José Luis no estaba. No pudiste hacer nada ante mi argumento de que ambos éramos adultos y acostumbrados a relaciones esporádicas. Que lo que había entre nosotros se evaporaría en cuanto nos acostásemos. Que con una vez bastaría.

Pero fue el mejor sexo de mi vida. Por lo tanto, con una vez no bastó. Hubo dos, tres, cinco, diez... Todo a espaldas de José Luis, aprovechando momentos furtivos, conformándonos con tocarnos por debajo de la mesa, pasando de cero a cien en milésimas de segundo.

Acabaste siendo tú el más valiente y después de veintitrés días de escauceos escondidos pusiste las cartas sobre la mesa. Nuestra relación se hizo oficial y José Luis dejó de ser alguien de quien esconderse para que volviese a ser nuestro compañero de juergas y sin que, en ningún momento, volviese a mostrar ninguna debilidad por mí.

Eso sí. Siempre me dejó claro que su amigo eras tú. Así que no me permitió ninguna confidencia que pudiera afectarte. Por eso he sabido que su interés para que no viajara hasta Río no era para protegerme sino para protegerte. Pero el mundo es de los valientes y yo sé que, si nos vemos cara a cara, regresarás conmigo.

Capítulo 7

La mayoría de pasajeros se dirigen a la zona de recogida de equipajes con expresión preocupada. No me extraña. La ansiedad es el sentimiento más común frente a la cinta en movimiento que vomita paquetes sin ningún orden comprensible y que te somete a un impase de espera en el que, aunque no quieras, a tu mente llegan las historias más rocambolescas de extravíos de valija. Lo peor es cuando vas viendo cómo otros encuentran su maleta y empiezas a desarrollar una especie de paranoia que te hace sospechar si no se habrá llevado alguien la tuya fruto de una confusión o de una mezquindad y temes acabar a puñetazos con cualquiera de los viajeros.

De ese momento, paréntesis entre la comodidad de tu casa y la ilusión de unas vacaciones largo tiempo esperadas, depende tu felicidad y no hay nada más incierto que su resultado.

En mi caso, mi maleta de mano viaja conmigo y ni siquiera está muy llena. Lo mínimo imprescindible para pasar dos días y tres noches recuperando a mi marido: cinco conjuntos de ropa interior preciosos, unos tejanos de repuesto a los que llevo y cuatro camisas.

Accedo a un largo pasillo siguiendo unos grandes letreros con la palabra “EXIT” y, pese a que sé perfectamente que me indican la salida, su parecido fonético con la palabra que en castellano habla del éxito me convence de que todo va a ir bien y unas fuerzas renovadas que parecían haber desaparecido tras el largo trayecto se instalan en mi corazón.

Unos grandes ventanales me muestran que está lloviendo y no tengo claro si eso me va a dificultar encontrar taxi. Estoy demasiado cansada para buscar otro tipo de transporte público y tampoco me gusta adentrarme en ese tipo de servicios en un país desconocido y menos de noche, aunque en Río son las diez y mi reloj biológico crea que son la una de la madrugada.

En cualquier caso, rebusco entre mi bolso el papel donde anoté el nombre del hotel en el que la empresa te ha alojado. Se trata del Hotel Atlántico Business y debo ser muy precisa porque hay hasta ocho hoteles más que comparten el nombre de Atlántico, aunque tengan diferentes categorías y adopten apellidos diferentes y variopintos: Prime, Tower, Copacabana, Avenida...

No tengo muy claro si podré encontrarte en el hotel, pues soy consciente que muchas de las reuniones de negocios se cierran en cenas de trabajo, pero estoy convencida que cuando explique que soy tu esposa, el personal de recepción me dará un duplicado de la tarjeta de entrada a la habitación.

El chaparrón ha arreciado y la parada de taxi está a unos cinco metros de distancia. No me va a quedar más remedio que mojarme, pero como casi todo el mundo está dudando, observo que hay varios libres y que no se da la circunstancia de tener que soportar las típicas colas que en la estación de Atocha o en Barajas son tan habituales.

Justo cuando estoy a punto de emprender una carrera hacia la zona donde hay más de esos vehículos amarillos, oigo tu voz.

—Silvia.

Por un momento creo que es fruto de mi obsesión, pero cuando me giro estás junto a mí y el corazón se me paraliza.

Estás arrebatador. Tu pelo se ha ensortijado por efecto de la humedad. Llevas un traje chaqueta negro y la camisa gris que te regalé este verano desabrochada de manera que puedo ver tu cuello y parte de tu tórax, como cuando llegas a casa y te quitas la corbata y sueltas los botones. Tus ojos brillan y tus mejillas tienen una sombra oscura que me indica que te afeitaste

esta mañana.

Sin poderlo evitar me lanzo hacia ti y te abrazo muy fuerte dejando que mi nariz se empape de tu olor y mi cuerpo sienta tu calor.

Noto cómo tú reaccionas y pasas tus manos por mi espalda hasta que una de ellas se enreda en mi pelo y se detiene en mi nuca. Como siempre que me brindas esa caricia, un escalofrío de placer me recorre de arriba abajo y de manera automática beso tu cuello notando en mis labios tu temperatura cálida. Sigo un camino imaginario de besos pequeños que me lleva a tu mandíbula, notando el tacto áspero de tu barba y llego a la comisura de tus labios sin detenerme ni pararme a pensar que estás demasiado pasivo, hasta que mi lengua pretende explorar ese territorio de sensualidad donde me he perdido tantas veces y me es negado. Me detengo y te busco con la mirada, pero tienes los ojos cerrados y apoyas tu frente en la mía mientras mantienes tu mano en mi nuca.

El aguacero sigue cayendo con fuerza y, pese a que estamos bajo una marquesina, nos estamos mojando por efecto del viento y las goteras. A nuestro alrededor un sinfín de gente hablando en miles de idiomas que no entiendo y tú y yo en ese momento en el que no hay palabras, pero cuyo silencio y quietud son demasiado elocuentes.

—Jaime —susurro sabiendo que tu cercanía no impedirá que me oigas e intento apartarme para que podamos mirarnos.

No respondes, pero impides que me aparte de ti, cierras los ojos con fuerza y respiras con dificultad. Me muero por besarte y creo que tú también, pero seguimos así durante bastante tiempo hasta el punto que la tormenta empieza a remitir.

Entonces, como si hubieras estado esperando ese momento, me apartas poniendo tus manos en mis hombros y me miras directamente a los ojos. Lo que veo en ellos es una tristeza infinita y, por primera vez, me asusto.

Me he pasado dos días diciéndome a mí misma que si me presentaba ante ti lo vivido en la última semana iba a desaparecer de mi memoria y de mi

realidad. He llegado a ver en las cosas más absurdas pistas de esa premonición con argumentos como *“si el avión sale puntual es que todo va a salir bien”*, *“si llueve significa que volveremos a estar como antes”*, *“si gano en el juego del solitario del móvil me dará el beso más romántico de toda nuestra historia y haremos el amor hasta cansarnos”*.

Sin embargo, ahora que estoy frente a ti y puedo ver tu rostro veo una expresión que no reconozco y me sobrecoge darme cuenta de hasta qué punto, algo tan sutil como el semblante puede hacer cambiar a una persona.

Retiras la vista y buscas con los ojos algo en el horizonte. Después me quitas de la mano la maleta y me tomas la otra. Oigo en un breve murmullo que dices algo como “vamos” y me arrastras hacia la zona de aparcamiento, mientras algunas gotas siguen cayendo sobre nosotros.

Llegamos a un coche color granate y me haces subir en él. Me pierdo en el absurdo pensamiento de que ese era el color para el coche que compramos hace dos años, pero en el modelo familiar que necesitábamos no estaba y tuviste que conformarte con uno de color gris.

Arrancas el motor y enseguida estamos sumidos en una circulación caótica y saturada en la que continuos bocinazos me sobresaltan. Has puesto la radio y suena una canción en portugués.

—¿Has tenido buen vuelo?

—Sí.

Respondo solo con el monosílabo porque me parece que si intento formular otras palabras empezaré a gritar o a llorar de tan asustada que estoy. Pero empiezo a respirar hondo para alejar ese sentimiento de mí.

Si soy capaz de mantener la calma y poder tener una conversación contigo, estoy convencida de que vamos a aclarar esta situación. Solo tengo que hacerte recordar quién eres y dónde tienes a tu familia.

—¿Has cenado?

Me conmueve tu preocupación por mí. Siempre has sido muy atento con las necesidades ajenas, aunque debo reconocer que al principio de conocerte fue

mucho más impactante porque no estaba acostumbrada a esas delicadezas y agasajos. Mi entorno era algo más rudo e indiferente y eso me hizo sentir protagonista de una vida distinta a la mía, lo cual tuvo mucho que ver con que me enamorara de ti. Con el tiempo me di cuenta de que, en buena parte, esa actitud era cortesía aprendida en un entorno determinado. Formaba parte del legado cultural que tu familia, de alta cuna por generaciones, te había transmitido. Que, además, podía ser muy hipócrita porque se practicaba por doquier sin que eso fuese impedimento para que solo girarte te despedazasen en una crítica voraz. Pero tú a mí no me lo ibas a hacer. Tú me querías y tu gesto era sincero.

—No lo sé. Ya sabes, en el avión te dan de comer, pero nunca tienes claro a qué corresponde.

—Quizás en el hotel...

—No te preocupes. Para mí es la una de la madrugada. No tengo hambre.

No vuelves a hablar y yo tampoco. Tú estás concentrado en conducir y yo me esfuerzo por distraerme mirando el paisaje.

Pese a que es de noche, he podido ver que hemos atravesado un puente enorme, después hemos pasado por una zona en la que un muro de cemento recogía las más variadas pinturas callejeras, también he reconocido una zona portuaria, un túnel y una serie de calles que me indican que estamos ya muy cerca del centro.

Detienes el coche y veo que es la zona de vado de un hotel que se llama Windsor Asturias de cuyo interior surgen unas luces cálidas. Estoy a punto de preguntarte por qué os habéis cambiado de hotel, pero me detengo en el último momento con tres argumentos. Primero: no tengo muy claro que Pepi, la administrativa del departamento de logística, no me hubiera engañado cuando me dio la otra referencia porque siempre me ha tratado a patadas. Segundo: no te gusta esa faceta de mi personalidad por la que acabo preguntándolo todo y poniendo cualquier cosa bajo sospecha. Tercero: la acera está pavimentada con una piedra que recuerda un juego de damas y pienso que se trata de una

nueva señal divina, que pone en evidencia que es muy fácil acabar empatados en este juego y si no puedo tener una victoria, ese será un mal menor aceptable. Son tres motivos suficientes, aunque no tengo muy claro si podría utilizar como sinónimo que son tres razones de peso.

Accedemos al vestíbulo que es tan impersonal como el de la mayoría de los hoteles, pero el jovenzuelo que hay en recepción nos muestra una sonrisa que me recuerda al emoticono que suelo escoger cuando pretendo responder con un aséptico “estoy bien” a quien lo pregunte.

—Silvia, el pasaporte.

Te lo entrego y me desentiendo de los trámites de registro porque me interesa ver el ajetreo de los turistas que pululan por la zona. Sin duda se trata de un establecimiento con gran capacidad y suficiente renombre para justificar que tantas personas estén entrando y saliendo al mismo tiempo.

Noto tu mano en mi codo y me dejo llevar hasta el ascensor. Estoy cada vez más cansada y noto un embotamiento en mi cabeza, resultado de demasiadas horas sin dormir. Sin embargo, tengo que aguantar. Quiero... deseo... necesito hacer el amor contigo, aunque deberás esperar a que me duche y me pueda poner uno de mis conjuntos de ropa interior.

Si logro tumbarte en la cama y hacer que nuestros cuerpos vuelvan a reconocerse en el contacto de nuestra piel, todo el amor que nos hemos profesado volverá a estallar. Estoy convencida de ello, aunque ahora, la tentación de cerrar los ojos y dejarme vencer por el sueño es muy fuerte. Quizás por ello el silencio que reina entre nosotros en el interior del ascensor no me molesta y sin apenas darme cuenta me recuesto sobre tu hombro y me siento feliz cuando, lejos de apartarte, pones tu mano sobre mi cabeza y la acaricias con suavidad.

Entramos en la habitación y pienso que es tan típica como lo ha sido el hall. Una primera puerta que conduce a un baño del que atisbo las toallas blancas con una gran “w” bordada en azul marino y un espacio cuadrado donde predominan los tonos roble, mesa minimalista para poder dejar un portátil,

televisión de pared, silla, armario con puertas de espejo, minibar sobre el cual reposa una botella de agua de cortesía y dos camas individuales colocadas una junto a la otra que me hacen fruncir el ceño porque siempre he preferido la cama de matrimonio.

Me siento en una de ellas, la que corresponde a mi lado, para descalzarme mientras tú estás colocando la maleta sobre la silla plegable. Lo que me apetece es tumbarme, pero me obligo a mí misma a volver a levantarme para darme una ducha.

—Dame diez minutos —te digo acariciándote la mejilla.

Sin embargo, mi contacto te hace retroceder un paso y, acto seguido, metes tus manos en los bolsillos y miras a un lado y a otro como si estuvieras buscando la escapatoria.

—Mañana vengo sobre las tres.

Parpadeo, trago saliva y me apoyo sobre la mesa que ahora queda a mi derecha. ¿He oído bien lo que he oído?

Me miras brevemente y después te das la vuelta para dirigirte a la puerta.

—¿Jaime?

Te detienes, pero no te giras. Una de tus manos ya está sobre el pomo. Te he oído expirar. Mis piernas se están convirtiendo en gelatina.

—Jaime —vuelvo a decir consciente de que mi voz ha sonado extraña, como si hubiera quedado ahogada.

—Lo siento —me dices permaneciendo de espaldas—. No puedo venir antes. A las tres estaré aquí y hablaremos.

Abres, sales y cierras. Me quedo mirando la puerta paralizada. Los ojos clavados en el cartelito que te dice dónde estás y por dónde has de salir en caso de incendio. Pero no me sirve para escapar de la tragedia que se acaba de instalar en mi vida. Mis piernas siguen débiles y casi me asombro de que estén soportando mi peso, mi estómago se ha convertido en una piedra dura que me presiona hacia arriba y me obliga a respirar con dificultad, mi garganta tiene un grito retenido, mis ojos están llenos de lágrimas, mi boca se ha

quedado semiabierta y temblorosa.

Quizás tardo cuatro o cinco minutos en reaccionar, pero ha aparecido mi lado disciplinado y férreo que me obliga a tratar la situación con la máxima racionalidad. Me doy la vuelta y abro el armario para confirmar lo que se ha vuelto evidente. Está vacío. Cuando había entrado, pese al absoluto orden que había encontrado, estaba convencida que todos tus trajes, tus calcetines, tus camisas, tu ropa de correr... todo estaría pulcramente guardado en esos muebles que se veían cerrados. Formaba parte de una realidad de la que no había dudado ni un instante hasta el punto de cobrar realidad, pues tampoco me había costado imaginarte durmiendo en una de esas camas y hasta había creído oler a ti, pues todos los espacios acaban impregnándose de nuestro aroma cuando los ocupamos durante un tiempo considerable y tú ya llevas en Brasil cuarenta y siete días.

Sin embargo, ahora me doy cuenta de que todo está vacío y tiene la impersonalidad característica de las cosas hechas en serie. Por mucho que debe haber estado ocupada por cientos de personas sucesivas, no parece humana. Por mucho que la temperatura exterior no baje de veinticinco grados, es fría.

Me desnudo y todavía reconsidero lo de la ducha, pero no puedo más. Si sigo un minuto más en estado consciente voy a enloquecer, aunque resulte paradójico.

Si descanso y despejo mi mente, mañana podré abordar la conversación a la que nos hemos emplazado con entereza y lograré que ese atisbo de arrepentimiento que he visto en tu mirada se profundice y acabes abrazándome, besándome y amándome.

Capítulo 8

He desayunado frente a unos treinta orientales y apenas he probado bocado maravillada con sus movimientos lentos, comedidos, respetuosos y corteses. Vestían todos traje chaqueta negro o azul marino lo que me ha dado la idea de que era una delegación gubernamental. La mayoría hombres, aunque también había cinco mujeres. Me es casi imposible calcular la edad de las personas con esos rasgos, pero no parecían tener más de treinta y cinco o cuarenta años.

Llegaron todos a la vez y, pese a lo numeroso del grupo, apenas se los oyó. Fueron ocupando las mesas que había frente a mí de manera ordenada, colocándose en el primer asiento libre que quedaba y poniendo sus Tablet o teléfonos justo al lado del tenedor. Después, también de manera disciplinada, se levantaron y fueron haciendo cola primero en el zumo, después en los huevos, el pan y la fruta. Si mirabas los platos parecía haber exactamente la misma cantidad en cada uno de ellos. Quizás ese ha sido el motivo de que hayan acabado también casi al mismo tiempo y se han ido levantando con el mismo sigilo y, pasando por delante de la camarera negra que tomaba nota de las habitaciones y estaba tan alucinada como yo, han ido diciendo “Obligado” lo cual debía tener cierto sentido para mí, pero no para la portuguesa que respondía “Obrigada” con ese acento cerrado tan característico.

Después el salón ha ido llenándose y vaciándose a ritmos irregulares por mucho que he intentado encontrar la lógica o relacionarla con la nacionalidad de los que lo visitaban. En términos generales, sí creo poder afirmar que los

orientales prefieren las primeras horas de la mañana, mientras que los locales y gente de color apuran hasta el último horario del desayuno. En las franjas entre las nueve y las diez es más difícil determinar si los alemanes son más madrugadores que los ingleses o los franceses.

En total, han sido tres horas de entretenimiento basado en los comportamientos humanos ante el desayuno, puesto que la sala ubicada en el sótano no permitía ninguna otra posibilidad. Es cierto que, cuando ya llevaba una hora de sospechosa quietud en la mesa, la camarera de grandes pechos de la puerta ha empezado a dirigirme miradas nerviosas y, casi con toda seguridad instigados por ella, han empezado a aparecer otros trabajadores que me han preguntado muchas veces si me faltaba algo.

Yo lo he negado en todo momento con amabilidad y sin mostrar ningún tipo de incomodidad. Eso los contrariaba, pero creo que, al final, han decidido que no debía ser ningún elemento peligroso y hasta se han olvidado de mí. No me preocupa que me hayan confundido con una perturbada porque yo también lo hubiera pensado si hubiera visto a alguien que se hubiera sentado a las siete y media de la mañana y, sin apenas comer, se levantase a las diez y media ante el aviso de que el salón de desayunos cerraba.

Pero ha sido lo único que me ha permitido distraerme desde que a las dos de la madrugada me he despertado y me he visto en aquella habitación aséptica y he empezado a contar las horas, minutos y segundos que faltaban hasta que vinieras.

La noche me ha permitido recrear varios discursos con los que recibirte porque en esos instantes me he convencido que si lo preparaba bien el éxito estaba garantizado o, en realidad, he sido consciente de que el raro encuentro que habíamos tenido era consecuencia de mi falta de previsión.

Los primeros argumentos han estado marcados por un mensaje emotivo, lleno de referencias a nuestros momentos felices, a esas primeras noches en las que cenábamos con un par de velas y nos explicábamos hasta las más nimias de las experiencias del día. Pero, hacia las cuatro de la madrugada, me

ha dado miedo que me recuerdes que hace muchos años que esa magia desapareció y que me recrimines que, en muy buena parte, fue culpa mía, porque cuando me vi con Berta exigiendo comida, sueño, agua, limpieza, mimos y todo tipo de atenciones, empecé a recibirte de mal humor y a mostrar mi disconformidad con el papel de madre que me había tocado asumir, por mucho que tú no te hubieras escaqueado ni un solo momento y también fueras un padrazo increíble, como me decían en el parque otras madres que te comían con la mirada mientras columpiabas a la niña. Sé que eso no cambió hasta que David no cumplió los tres años y empecé a poder tener momentos de tranquilidad mientras los hermanos jugaban entre ellos. Me había sentido atrapada en un rol que no me satisfacía y no ayudaba nada ver que hasta los niños te preferían a ti porque les hacías reír en lugar de esa mamá siempre enfurruñada. Por eso, me costó tanto aceptar tener un tercer hijo, aunque fue imposible resistirse a tus súplicas, convencido que una verdadera familia tenía que ser numerosa.

He pensado que lo mejor era apelar a tu responsabilidad como padre y en los monólogos que mi mente ha imaginado, te he hablado de lo crucial que es para los niños la estabilidad de su familia y, lo importante que es la figura paterna en su desarrollo psicoemocional. He llegado incluso a citar a grandes referentes que me sirvieron en la facultad (Lamb, Cronenwett, Russell y Radojevic, Tiedje y Darling...). Por desgracia, hacia las seis de la mañana me he sentido muy insegura y he acabado descartándolo porque tengo miedo que me utilices como contra argumento. A fin de cuentas, yo me crié sin padre y en el prototipo de una familia desestructurada y siempre te he dicho que no me he sentido ni infeliz ni incompleta. Podría ahora explicarte que nunca ha sido del todo cierto, que sí era verdad que envidiaba a los compañeros de clase que el día del padre trabajaban con ahínco para acabar la manualidad que le llevarían de regalo, que cuando era adolescente llegué a flirtear con el lesbianismo convencida que todos los hombres eran despreciables y que de ahí pasé a un montón de señores entre mis piernas porque era la manera de

encontrar el cariño masculino. Pero ¿cómo decirte once años después de haberte conocido que no fui sincera contigo? ¿Que, pese a que eras mi marido, me daba vergüenza hablar de mi madre porque siempre he sabido que haber sido una inconsciente y tener una hija soltera era una lacra? ¿Que mi carácter reservado ha estado evitando estar expuesta por completo a ti, porque eso me hubiera hecho sentirme vulnerable y tenía miedo de mi propio marido? ¿Que tenías razón cuando, a veces, me mirabas a los ojos y me decías que tenías la sensación de que no confiaba en ti y que elevaba una fortaleza por delante de mi corazón?

A partir de ese momento, la angustia se ha apoderado de mí y como el cielo ya presentaba ese aspecto lechoso que anuncia el amanecer, ha sido imposible conciliar el sueño ni enhebrar ningún alegato convincente que permitiera asegurar el éxito de mi estancia en Río. La inseguridad se ha apoderado de mí y el techo de la habitación ha empezado a presentar un aspecto amenazador. Así que he acabado levantándome, duchándome y bajando al salón de desayunos con el estómago cerrado, pero convencida que, de esta forma, dejaría de pensar.

En el vestíbulo principal una chica con una mata de pelo rizada recogida en un estrambótico moño me ha ofrecido por trescientos reales una entrada para el Sightseeing Rio con parada a tan solo veinte metros del hotel.

Por un momento he pensado en esperarte y que seas tú quien me acompañe y me muestre la ciudad. Tal vez no puedas hacer de guía experimentado, pero un mes y medio deben haber dado para conocer los sitios más emblemáticos. Sin embargo, me has prometido que hablaríamos y eso significa que debemos estar en algún sitio apartado y discreto que nos permita mirarnos a los ojos y confesarnos las miserias que nos han llevado a atravesar esta pequeña crisis hasta superarlas y reconciliarnos con un orgasmo apoteósico.

Por eso decido seguir empeñada en distraerme lo suficiente para que los minutos sigan corriendo sin que yo sea tan consciente de sus sesenta pasitos y aprovechar la mañana y, sobre todo, dejar de mirar cada treinta segundos el

reloj para saber cuánto queda hasta esa hora maravillosa en la que volverás a estar junto a mí.

Me he subido al segundo piso del autobús, como la mayoría de turistas tópicos, sometida a los veintiocho grados de temperatura que el piso de abajo hubiera atemperado con un potente aire acondicionado. Sin embargo, un techo de lona evita tanto el sol abrasador como los chubascos intermitentes que, por lo que he comprobado a lo largo de la mañana, son continuos, sorprendentes y desaparecen tan rápido como llegan.

Aunque pretendo hacer todo el recorrido circular, la parada en el Pan de Azúcar me ha tenido deambulando por los alrededores (por motivos obvios me niego a subirme al funicular por muchas medidas de seguridad que anuncie) absolutamente maravillada con cada rincón que encuentro ya fuera en las grandes avenidas, en los recovecos de la favela Babilonia, en la selva tupida que, como por arte de magia, te aleja del ruido de la ciudad o en la Praia Vermelha. Cada vez que he visto algo que atrapaba mi atención, pensaba en ti y en poder describírtelo. Después recordaba que quizás tú ya lo habías visto y el agujero que se ha instalado en mi estómago crecía.

Entro de nuevo en el vestíbulo del hotel cuando faltan once minutos para las tres de la tarde y dudo entre si tengo que esperarte allí o en la habitación. Es muy curiosa esa sensación por la que, después de tantos años a tu lado, parece como si me encontrara ante una primera cita.

Decido sentarme en uno de los sillones y pongo el móvil sobre mis piernas por si acaso me llamas o me envías algún mensaje. Dudo si aprovechar y llamar a casa de tus padres para preguntar por los niños. Hace cuarenta y seis horas que no sé nada de ellos, pero creo que es mejor que lo haga cuando tú estés conmigo y podamos anunciarles que regresamos a casa.

Falta un minuto para dar las tres y apareces por la puerta. De nuevo impresionante. Cuerpazo modelado por el deporte en los casi cuarenta años más sexi que haya visto nunca. Vas vestido con el traje gris merengo, camisa blanca y una corbata amarilla que no reconozco. El detalle me lanza a la

incertidumbre y al miedo. No recordar ese complemento puede tener varias causas: que no haya estado suficientemente atenta a tu ropa en el último tiempo, que tenga lagunas de memoria premonitorias de una demencia temprana, que te la hayas comprado en Río, que te la hayan regalado...

Te veo dirigirte hacia los ascensores y me arrepiento de no haberte esperado en la habitación, pero ahora ya está hecho. Te llamo y te giras de inmediato. Me diriges una mirada de arriba abajo que me desconcierta. No he reconocido deseo, más bien, algo así como incomodidad. Quizás es solo que has pensado que mis tejanos y mi camisa verde no son una buena tarjeta de presentación para el sitio donde me vas a llevar.

Caminas los pocos pasos que te separan de mí y, cuando llegas a mi altura, titubeas hasta que decides darme un beso en la mejilla. Te sientas en el sillón que hay frente al mío y levantas la mano para avisar a un camarero.

—Un café, por favor. —Y después mirándome a mí—. ¿Quieres algo?

—No, gracias. —Y no me atrevo a decirte que no he comido convencida que la hora de la cita presagiaba un restaurante de manteles blancos y menú degustación.

Miras a un lado y otro y, hasta que no te sirven tu café, le pones el azúcar y bebes el primer sorbo, no posas tus ojos en mí. Tragas saliva. Estás nervioso.

—¿Has tenido una buena mañana?

Me gustaría responderte, pero me parece tan extraño que me hagas la misma pregunta que sueles hacerme cuando regresas a casa a diario pese a estar a más de ocho mil kilómetros de casa, que entorno los ojos y aprieto las mandíbulas para que la bilis que se acaba de instalar en mi garganta no salga.

Por tu expresión me doy cuenta de que te has arrepentido de inmediato y tu nerviosismo crece, lo que provoca que te pases varias veces la mano por la cabeza. Sé que debería empezar a hablar yo con cualquiera de los numerosos discursos que me he preparado, sin importar ya cuál es el válido porque lo que está claro es que el silencio que se acaba de instalar entre los dos es demasiado demoledor. Sin embargo, antes de que empiece a articular palabra

te veo respirar hondo y volver a clavar tu vista en mí.

—Silvia. No deberías haber venido. No voy a cambiar de opinión. No puedo decirte más de lo que ya te he dicho. Estoy enamorado de otra mujer. No ha sido algo buscado, pero no he podido evitarlo. Sé que es duro para ti, pero creo que no ser sincero contigo lo sería más. Por eso, en cuanto fui consciente de esa realidad, te llamé y te lo dije. Me quedaré aquí al menos una temporada porque ella está destinada a esta ciudad y yo lo he arreglado con Aguirre. También en Construcciones Hispánicas les va a venir bien que me quede a dirigir la sucursal. Te prometo que lo último que querría es hacerte daño, pero las cosas son así. Me haré cargo de todos los gastos y no vas a notar nada. Me lo he pensado mejor y te ingresaré cada mes tres mil euros en nuestra cuenta más las pagas dobles que serán íntegras. Yo me quedo solo con mil doscientos euros, pero creo que el nivel de vida de aquí me lo permite y tú podrás vivir tranquila con los niños hasta que...

—No. —La interrupción te sorprende, pero te quedas a la expectativa—. No acepto esa explicación ni que creas que pagando más dinero queda todo solucionado. Vuelve conmigo a casa y recuerda quién eres. Pon a tus hijos a dormir cada día y levántalos por la mañana para ir al colegio y después pregúntate si, de verdad, quieres dejar de hacerlo.

—No puedo, Silvia. Lo haré dentro de un tiempo, quizás en un mes o dos. Viajaré a España para verlos y se lo explicaré yo mismo, pero ahora no. No me lo pidas.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy exigiendo. Lo que no puedes hacer es comportarte como un adolescente sin responsabilidades. Tienes que volver conmigo y recuperar la cordura, maldita sea.

He alzado la voz y el camarero de la sala nos ha mirado mostrando su reprobación. Un poco más allá una familia con una niña de unos doce años también se ha dado cuenta y han murmurado entre ellos.

—Silvia, no voy a volver. No por ahora. —Has bajado la voz casi en un susurro—. Lo lamento mucho.

Respiro hondo. Nada está yendo como yo había imaginado. Estoy perdiendo los estribos y permitiendo que seas tú quien lleve la dirección de esta conversación.

—Jaime. No me basta con que me digas eso. Tengo que entenderlo. Has sido... eres un padre maravilloso y un marido excelente. Tú y yo llevamos once años juntos, con todos sus días y todas sus noches. Hemos pasado momentos felices y tristes. Somos una familia. No puedes decirme que lo lamentas y olvidarte de todo esto. Si de verdad te apena es porque nos quieres y, si es así, tienes que volver.

—Claro que os quiero. No podría dejar de hacerlo. Sois mi familia. Eso no hay nada ni nadie que vaya a cambiarlo, pero... pero... no puedo controlar lo que siento por...

—Escucha. Detente un momento. Sé lo que te ocurre. No eres al primero que le pasa. Hay momentos de crisis que te hacen replantearse cosas porque seguir creciendo a veces asusta. Eres sincero y bueno. Otro, en tu lugar, hubiera echado una canita al aire y se acabó. Tú eres demasiado legal y crees que eso es horrible. Pero no confundas una atracción física y el deseo insatisfecho con el amor. Nunca creí que pudiera decir esto, pero, quizás, si... si... si tienes relaciones con...

—Calla. Por favor. Calla.

Miras hacia la puerta, pero sé que tu único objetivo es que no vea lo que pasa por tus ojos y, entonces, soy consciente.

—¿Te has acostado con ella?

Silencio e inmovilidad.

—Jaime —vuelvo a repetir consciente de que mi tono ha vuelto a subir unos decibelios—. ¿Te la has tirado? ¿Me has puesto los cuernos?

—No lo hice hasta que no te llamé. No es infidelidad. Rompí contigo.

Me lo has dicho mirándome a la cara y tu boca ha temblado un poco de manera que no he podido evitar desplazar mis ojos hacia allí y recordar cómo es tu sabor al tiempo que te he imaginado besando otros labios. Un latigazo de

dolor me ha atravesado el cuerpo y no he podido evitar una pequeña convulsión y que mi cara reflejase parte de ese mal.

Tu expresión ha pasado de la expectación a la preocupación, pero te has quedado quieto y yo consigo mantener a raya esa presión punzante que se ha instalado justo sobre mi pecho derecho, lo que me tranquiliza porque significa que no es un infarto.

—Está bien —oigo que yo estoy diciendo, aunque no tengo muy claro qué parte de mí está dirigiendo esas palabras—. No pasa nada. Puedo entenderlo. Pero eso no cambia nada, Jaime. No puedes tirarlo todo por un flirteo de unos días. Quizás estás ahora algo confundido. Entiendo que la novedad puede ser más...

—Silvia. No. Estoy enamorado. Ya te lo he dicho.

—¡Por Dios! Eso no es posible. Estarás encandilado, pero no puedes estar enamorado de alguien que acabas de conocer.

Vuelves a desviar la vista y eso me permite observar cómo tu nuez se desplaza. Te está costando retener lo que llevas dentro y mi cuerpo se hace gelatina anticipándose a lo que ya veo venir que va a ser un mazazo en toda regla.

—Se trata de Susana.

La habitación ha empezado a dar vueltas, lo que ha provocado que me recueste y deba cogirme muy fuerte a los reposabrazos de mi sillón. La opresión del pecho se ha incrementado y, por mucho que no quiera pensar en un ataque al corazón, siento la velocidad a la que late y eso me provoca un sudor frío. Si tuviera algo en el estómago quizás acabaría vomitando.

—Silvia.

Me llamas y, pese a que estás a tan solo unos centímetros, tu voz suena lejana. Quiero decirte que me des unos segundos, que voy a poder controlar esto, que es un ataque de pánico porque reconozco los síntomas que recitó el profesor Antonio Rodríguez de “Clínica” en tercer curso.

—¿La señora se encuentra bien?

Abro los ojos y veo al camarero que me está mirando con cara de susto. Intento forzar una sonrisa para calmarlo, pero creo que me ha salido una mueca.

—Tráiganos una infusión, por favor —te oigo decir.

—De acuerdo.

Nos volvemos a quedar a solas. Te estás mordiendo el labio y vuelves a pasar tu mano frenéticamente por el pelo.

—¿Os habéis seguido viendo?

—¡No! ¡No! No pienses que... Ha sido aquí. En Río.

Pareces decirlo muy convencido como si eso te exonerase, pero a mí no me reconforta. Las circunstancias que se mueven en paralelo de esta verdad por la que tu exnovia, aquella con la que estuviste a punto de casarte y que no era nada para ti, haya aparecido en tu vida y te haya hecho decidir que quieres dejarlo todo por ella, son casi más dolorosas que tu abandono.

—Necesito descansar —te digo y veo alivio en tu cara—. Te llamo más tarde, ¿de acuerdo?

Asientes con la cabeza y yo me levanto para irme. Justo en ese instante aparece el camarero con la infusión y, al ver mi ademán de marchar, duda.

—Se la beberá el señor —le digo con amabilidad.

Llego a mi habitación y veo que la cama vuelve a estar impoluta. El servicio de habitaciones es como en todos los hoteles, discreto y efectivo. Hacen su labor mientras tú no estás y devuelven a las cosas el orden que deben tener. Ojalá pudiera alguien hacer eso con mi vida.

Capítulo 9

Abro los ojos y veo la luz radiante que entra por la ventana y tardo en darme cuenta de dónde estoy y lo que ese exceso de claridad significa. Con toda seguridad, me he saltado la hora del almuerzo. No sería preocupante si no fuera porque, en las últimas setenta y dos horas, apenas he probado bocado, pero sé que el ser humano puede sobrevivir hasta cuarenta días sin comer e, incluso, hay estudios que hablan de una mayor capacidad de resistencia por parte de la mujer. Así que todavía tengo cierto margen, sin perjuicio de notar esa sensación de vacío y cierto mareo.

Me levanto y veo el móvil sobre la mesa. Olvidé ponerlo a cargar y teniendo en cuenta su antigüedad debería quedarle un diez o quince por ciento. Sin embargo, la pantalla está apagada. Sé lo que ha ocurrido. La conversación que tuve anoche contigo de más de dos horas.

No debería haberte llamado. Lo sé. Eran las tres de la madrugada y tu voz sonó somnolienta y disgustada, pero llevaba dos horas dando vueltas en la habitación como un perro enjaulado después de que, al dejarte ayer por la tarde, me tumbase en la cama y cayese con excesiva rapidez en un corto sueño que solo consiguió que perdiera la hora de la cena sin llegar a relajarme lo suficiente para dormir hasta el día siguiente.

Estudí los trastornos del sueño en segundo y todavía recuerdo sus consecuencias porque me sorprendió mucho cómo el cuerpo humano puede entrar una espiral de insomnio. Todo empieza por una situación de estrés o

ansiedad que te somete a un estado de activación que te impide conciliar el sueño o que, permitiéndolo, te despierta pasadas las primeras tres o cuatro horas. A partir de ese momento, empieza el círculo vicioso por el que la imposibilidad de volver a dormir genera cortisol, que inhibe y suprime el sueño, así como prolactina o serotonina y es cuando se produce la paradoja y no dormir es la causa del desvelo.

El caso es que ya no pude más y te llamé para intentar entender algunas cosas. Hay que tener en cuenta que esas sustancias químicas que mi cuerpo está segregando sin que yo esté muy segura de cómo controlarlo, están modificando mi estructura cerebral y produciendo efectos en la memoria y la capacidad de comprensión. Así que creo que podría valer como eximente si acabases denunciándome por acoso al haberte mantenido ciento treinta y dos minutos al teléfono exigiéndote que me explicaras con todo detalle qué había ocurrido para que Susana Alcázar Romero volviera a aparecer en tu vida y se instalase en ella.

Tumbada todavía en la cama intento recuperar parte de esa conversación, sin embargo, hay una única frase que me está martilleando: *“Tienes que volver a ser la chica alegre, decidida y algo alocada que conocí. ¿Dónde está aquella valiente que iba a montar una clínica psicológica y ayudar a los adolescentes? Sácala de tu interior y empieza de nuevo. Yo te apoyaré.”*

Me parece que pretendías regalarme los oídos, animarme y convencerme de que se me presenta un futuro halagüeño. Pero creo que has provocado un efecto contrario porque tus palabras dicen demasiado e infieren significados que han horadado en mi cerebro.

“Volver a ser” has dicho y yo intento substituirlo por sinónimos como hacía cuando era estudiante y pretendía rellenar una pregunta con escasos conocimientos para dar la sensación de que dominaba la temática.

“Regresar a una existencia” ha construido mi materia gris en substitución de tus términos. Me he visto en una realidad distinta, en otra vida, y un escalofrío ha recorrido mi espina dorsal imaginando que estabas invocando

una nueva versión de la reencarnación que daría como resultado una persona diferente, alguien que no soy yo pero que antes era yo.

“Alegre, decidida y algo alocada” y esta vez he buscado los antónimos: *“triste, timorata y demasiado juiciosa”*.

Luego ha venido la pregunta y, por más vueltas que le doy, soy incapaz de encontrar la respuesta y me he sentido como cuando era pequeña y me preguntaban cosas como “¿por qué te portas tan mal?”, “¿quieres que te dé un bofetón?”, “¿se te ha comido la lengua el gato?”.

Por último, me has dado una orden condicionada y ha parecido una amenaza.

Así que la interpretación que ha guardado mi memoria ha sido: *“Eres un ser lloroso, amedrentado y aburrido, incapaz de llevar a cabo ni sus propios objetivos por lo que no puedo plantearme siquiera estar cerca de ti”*.

Y ¿sabes? Me has convencido. Tienes toda la razón. Incluso ahora recuerdo algunos detalles que me estaban advirtiendo de lo que estaba pasando en mi vida.

No solo es que en muchas ocasiones has mostrado tu disgusto porque no soy capaz de exhibir ninguno de mis encantos en los encuentros con los otros papás y dices que los recibo “a cara de perro” y sin esforzarme un ápice en arreglarme como el resto de mujeres, sino que te he dicho varias veces que no, cuando me has propuesto salir a cenar con tus hermanos, porque he preferido quedarme en el sofá, con la manta, saboreando despacito esos momentos en los que he dejado de oír a los niños y mis músculos empiezan a relajarse.

Y es cierto, esa no es la persona que conociste. En aquellos primeros días, e incluso los primeros años de convivencia, era yo quien te sorprendía con los planes del fin de semana. Íbamos al cine por las mañanas o hacíamos un picnic por las noches. El estrés lo combatíamos con el túnel del viento de Leganés o caminábamos por la sierra hasta llegar a Guadalix, donde almorzábamos hasta hartarnos y contratábamos una habitación para hacer el amor y quedarnos dormidos en una siesta típica. Casi cada semana teníamos invitados porque

nadie se resistía a mi poder de convocatoria ni a mis famosas catas de vino a ciegas. Y, cuando acababa el día, ambos nos buscábamos bajo las sábanas.

La asociación de ideas a la que mi cerebro está acostumbrado y base de toda la creatividad humana ha recreado en mi mente una imagen de ti acariciando el cuerpo de Susana Alcázar y, aunque de ella solo tengo la imagen difusa que guarda mi memoria de una foto que tu apartaste con rapidez de mi vista un día que me estaba entreteniendo viendo los álbumes de tu infancia y juventud, no me ha costado nada imaginar una piel tersa y unos labios rojos.

Me he levantado y me he mirado al espejo. Llevo puestas unas braguitas de licra color azul cobalto que tienen un pequeño lazo en la costura superior de la parte delantera y una puntilla en la parte posterior. La prenda era bonita en la tienda. En mi cuerpo resalta la blancura de mis piernas y pone en evidencia las consecuencias de tres embarazos. Subo la vista y miro mis pechos. Nunca fueron turgentes, pero, ahora, además de haber cedido algo más a la gravedad, tienen unas pequeñas marcas alrededor de los pezones que, quizás no se ven a simple vista, aunque no pueden eludir el nombre que las define: estrías. Mi cintura ha perdido profundidad, mis nalgas tienen esa textura que llaman piel de naranja, mis ojos comienzan a mostrar unas finas líneas de expresión, mis labios están algo cuarteados... No me he equivocado cuando, en los últimos tiempos, he preferido apagar la luz antes de quitarme la ropa para meterme en la cama.

De todas formas, pensándolo bien, tengo que retrotraerme mucho en el tiempo para recordarte mirándome con un brillo inequívoco en los ojos. Lo más normal es que estés leyendo cuando llego a la cama o buscando el programa de televisión oportuno. Así que ni aunque hubiera hecho sonar la canción más famosa de Joe Cocker mientras me desvestía, hubiera acaparado tu atención.

No me estoy quejando. Hacemos el amor con una frecuencia adecuada. Yo diría que casi cada semana, incluso, a veces, un par de veces. Sé de parejas

que, con nuestra edad, ya han relegado ese acto a la rutina mensual. Pero ahora me pregunto si era una de las pistas para advertirme de que nuestra vida había cambiado, si no tendría que haberte preguntado qué ocurría, si no tendría que haberte recogido un día del trabajo para llevare al hotel de Guadalix...

Me ducho y así no soy tan consciente de que he empezado a llorar de manera intermitente lo que está provocando que mis ojos enrojezcan. En las películas, las protagonistas que lloran consiguen de esa forma que sus preciosos ojos adquieran un brillo peculiar y que el actor guapo y enamorado se enternezca. La realidad del llanto es que moqueas, te pone la nariz roja y le da a tu mirada un aspecto sanguinolento. Nada que ver con la belleza.

Me seco el pelo, me pongo el conjunto de ropa interior rojo burdeos, los pantalones tejanos de repuesto y la camisa negra. Miro el móvil que ya ha cargado casi un sesenta por ciento de batería. Son las trece cuarenta y cinco. Mi avión de vuelta sale mañana a las siete y media de la mañana. Eso significa que tengo solo unas quince horas para convencerte de que vengas conmigo, así que no hay tiempo que perder y te llamo. Después de intentarlo cuatro veces me convengo de que no vas a coger el teléfono.

Decido darte un poco de tiempo y aprovecho para comer algo. En el salón de la primera planta hay un bufet libre que por ciento veinte reales te permite llenar tu plato cuantas veces lo desees. Yo me limito a ponerme algo de ensalada y un pescado a la plancha. No creo que mi estómago aguantara muchos más trotes.

Te llamo una vez más entre el primer y el segundo plato y vuelvo a intentarlo con el café. Sigues sin atenderlo. Tu sistema de WhatsApp no permite ver si has estado o no conectado. Al parecer, ahora te importa mucho tu privacidad y no te molesta no poder fisgonear la de los otros.

En el vestíbulo del hotel hay un ordenador de uso público. Mi teléfono también tiene la conexión wifi, pero para según qué cosas es más fácil una pantalla de más pulgadas. Voy al navegador e inicio una búsqueda que contenga las palabras “Construcciones Hispánicas”, “Río de Janeiro”,

“aeropuerto”. Aparecen varias noticias antiguas en las que anunciaban el acuerdo y también fotos de las primeras excavadoras. Releo en diagonal hasta que voy a parar al nombre de las otras cuatro empresas con las que se ha creado la UTE. Si me esfuerzo un poco puedo recordar que me las mencionaste, pero lo que necesito saber es si la asociación de constructoras se ha establecido en una sede específica o aprovecha el emplazamiento de alguna de ellas.

No consigo averiguarlo, pero en una de las imágenes de las obras del aeropuerto veo, en un lateral, un edificio de construcción prefabricada tan característica. Te doy la última oportunidad o me la doy a mí, no estoy segura. Pero como no coges el teléfono y no tengo nada más que hacer, salgo a la calle y paro a un taxi.

Treinta y cinco minutos más tarde estoy frente a una valla metálica con un gran cartel que me prohíbe el paso porque no soy personal autorizado. No me detengo. El camino está algo enfangado, pero llevo un zapato plano y cómodo, así que no me importa. Algunos trabajadores me miran con cierta sorpresa, pero nadie se atreve a darme el alto.

Llego frente al edificio y reconozco en uno de los logos el de Construcciones Hispánicas. Al entrar, hay una recepción atendida por un joven con chaleco fluorescente, lo que me indica que debe ser un trabajador de la obra que, por alguna circunstancia, han dejado al frente de aquello de manera extraordinaria. Así que opto por fingir una seguridad que no siento y levantando una mano a modo de saludo, en lugar de detenerme a preguntar, sigo recto hasta unas puertas batientes. El chico está a punto de decirme algo, pero mi sonrisa lo disuade.

Accedo a una sala donde hay varias mesas y sillas, todas desocupadas. Por un momento me asaltan todas las dudas, pero el ruido de risas me hace reparar en el hecho de que, al fondo, hay una sala grande en la que hay mucha gente reunida que se puede ver a través de unas grandes cristaleras.

A medida que me acerco, veo que se trata de una especie de comedor y que

hay botellas de champagne en la mesa con restos de lo que podría haber sido una comida. Todo el mundo parece muy contento, como si se tratase de una celebración.

En ese instante la puerta que hay en uno de los laterales se abre y sale un hombre casi tan alto como ancho y de tez muy oscura, aunque no tengo claro si es negro o solo bronceado.

—¿Quería alguna coisa?

—Busco al señor Manrique.

Me mira de arriba abajo y después gira la cara hacia dentro.

—¡Jaime! Eles te procuram aqui.

Unas cuantas personas miran hacia a mí al oír el grito y después dirigen su vista hacia uno de los extremos. Entonces te veo. Exultante. Con una sonrisa increíble en la cara y una mujer sentada en tu regazo de la que solo veo la espalda.

—¡Jaime! Perguntam por você —vuelve a exclamar el señor de la puerta.

Tu cara se mueve hacia el origen de la llamada y, al verme, pierdes la sonrisa de un golpe. Te incorporas y la mujer no tiene más remedio que levantarse y con el movimiento también se gira.

Susana Alcázar de cuerpo entero. Sabía que estaba en Río, pero en ningún momento la imaginé en tu trabajo y la impresión me deja petrificada. Además, su aspecto es demoledor. Tiene treinta y ocho años, pero no aparenta más de treinta. Es tan alta como tú. Lleva un vestido verde sin mangas, escote en uve, ajustado en la cintura donde se frunce un poco de forma que realza más la figura esbelta y los pechos redondos y grandes. La falda llega hasta unos diez centímetros por encima de la rodilla mostrando unas piernas bronceadas y perfectas. Tiene el pelo largo, de color castaño que se ondula un poco a la altura de sus orejas, enmarcando un rostro inmejorable de ojos rasgados, nariz estilizada y labios bien definidos. No hay duda que es la mujer de la fotografía apenas vislumbrada, pero la instantánea no le hizo justicia o ha mejorado con la edad como el buen vino. Es Miss Universo de todos los años.

Tan maravillada me he quedado en su contemplación que no me he dado cuenta de que has llegado a mi altura y me coges por el brazo para sacarme de allí. Susana también se ha quedado muy quieta y no deja de mirarme. En sus ojos veo compasión y es cuando me percato de que también hay más gente callada, expectante ante la escena. En todas esas expresiones encuentro el mismo sentimiento: doy lástima.

—Silvia, por favor, vámonos.

Tiras de mí con algo más de fuerza y me sacas del estado semihipnótico en el que me había quedado. Enseguida estamos en el exterior donde una fina lluvia ha empezado a caer sometiéndolo todo a una humedad asfixiante como la que se siente cuando entras en esos spas urbanos que se han puesto tanto de moda.

Caminamos en silencio hasta la puerta de salida y después andamos unos metros más hacia una zona que parece llena de barracas.

—Vá com cuidado, senhor. Você sabe que não é um bom lugar.

—Não se preocupe. Obrigado.

Quien ha hablado es uno de los obreros desde el otro lado de la verja y tú le has contestado en un portugués que no sabía que dominabas.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Tu expresión no es de enfado, pero las palabras no son amables.

—No me cogías el teléfono.

Sacas un móvil del bolsillo extrañado y te veo marcar algunas teclas.

—¡Ah! Me he dejado el español en casa —murmuras.

Es como si me acabaran de dar un puñetazo en el estómago. En siete palabras me has confirmado que tu intención de quedarte en Río es irrevocable: tienes una línea de teléfono y has hablado de “casa” para referirte a un lugar que yo no conozco.

—No deberías haber venido.

—¿No te alojas en el Hotel Atlántico?

—Silvia... yo... No... Vuelve al hotel. Intentaré pasarme esta tarde.

—¿Dónde vives, Jaime?

—Por favor, no te tortures...

—Dímelo.

—Susana y yo hemos alquilado un apartamento en el centro.

Podría explicarte que, en estos instantes, miles de agujas están circulando por mi torrente sanguíneo o, al menos, esa es la única explicación que encuentro para el dolor que estoy sintiendo.

—Dime qué puedo hacer para que vuelvas conmigo.

—Silvia...

—Puedo cambiar, Jaime. Puedo hacerlo. Solo tienes que darme tiempo.

—Silvia...

—Acompáñame al hotel y hagamos el amor. Te lo suplico.

—No supliques, por favor. No lo hagas.

—Me dijiste que me ibas a querer toda la vida. Lo prometiste.

—No me hagas esto.

—¿Yo a ti? Jaime. Mírame. Tenemos una vida. Tres hijos.

—No puedo. Es mi primer amor.

—No importa el primero, importa el último. Ella te abandonó.

—La obligaron.

—¿Quién puede obligar a una mujer de veintisiete años a hacer nada?

—Es complicado. Me ha pedido una oportunidad.

—¿Y si yo te la pido?

—No... no...

—¿Por qué no puedes dármela a mí?

—Porque sé lo que es mi vida contigo, pero no sé qué hubiera sido con ella.

Silvia, te juro que te quiero, pero Susana... Susana... ¡Dios mío! Ella fue toda mi niñez y mi juventud. Yo imaginé siempre mi vida a su lado.

—Y te rompió el corazón.

—Me ha pedido perdón.

—Yo también te lo pido.

—Tú no tienes que hacerlo. Todo lo contrario. Siempre lo has hecho todo por mí. Sacrificaste tu carrera, me diste hijos, te acomodaste a mis necesidades... eres la persona más desprendida que he conocido en mi vida.

—Y, sin embargo, eso no es suficiente.

—Quizás ha sido demasiado.

Ha llegado un taxi. No sé quién lo ha llamado, pero nos está mirando con cara de pocos amigos.

—¿Qué le digo a los niños?

—Lo que tú quieras. Si quieres decirles que soy un mal padre, un egoísta, un hijo de puta... Hazlo. Tendrás razón.

—¿Y a tus padres?

—¿Mis padres? Que se hundan. No quiero saber nada de ellos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No puedo, Silvia. No... Yo... No te merezco, lo sé. Pero necesito hacer esto.

Yo tenía una vida y un futuro y me lo truncaron. Ahora tengo una segunda oportunidad.

El taxista ha tocado el claxon. No sé por qué le interesa tanto que le hagamos caso. Seguro que el taxímetro no se ha detenido. Pero se me acaban los comodines. La suerte está echada, aunque voy a jugar mi última baza.

—Jaime, vamos a hacer una cosa. Me voy, pero en Navidad tienes que estar en casa. Solo te pido eso. Por favor. Nunca jamás te preguntaré, ni te recriminaré, ni te exigiré nada. No puedes estar lejos de los niños estas fiestas. Por favor.

No has contestado. Me has mirado muy serio y has decidido que lo mejor es no rechazar mi oferta. No tengo muy claro si es porque, en efecto, eso te permitirá volver o porque eso te posibilita meterme en el coche y hacer que me vaya.

El caso es que instantes después estoy en el asiento de detrás de un taxista malhumorado y acabo de calcular que faltan cuarenta y siete días para

Navidad, mil ciento veintiocho horas, sesenta y siete mil seiscientos ochenta minutos. Es solo una cuenta atrás.

Capítulo 10

El avión ha aterrizado y no tengo muy claro si debo alegrarme. Es la primera vez que no he pasado miedo en un vuelo y no ha sido porque confiara ni en la tecnología ni en la pericia del piloto. Más bien se trataba de algo parecido a que me importaba un bledo.

En realidad, he subido pensando, y casi rogando, que hubiera un accidente. Soy consciente que, si alguien con mínimos conocimientos de psicología me oyera, creería que estoy desarrollando unos patógenos instintos suicidas, pero nada más lejos de la realidad. Lo único que me ha llevado a ese tipo de pensamientos es un poco de inmadurez, una imaginación galopante y las horas de lectura que dediqué de adolescente a novelas en las que la protagonista se veía sometida a un infortunio y eso provocaba la llegada del amante lleno de arrepentimiento y amor.

Está claro que mi juicio estaba algo nublado por la falta de sueño ya que, aunque es casi imposible encontrar datos objetivos sobre ello, a diferencia de las estadísticas sobre las probabilidades de sufrir un accidente, las de sobrevivir a una catástrofe aérea son nulas o casi nulas. Pero creo que también ha influido bastante a este tipo de elucubraciones la sensación de incomodidad que me ha recorrido la espina dorsal cada vez que he recordado las últimas palabras que te he dirigido. Le llamo incomodidad, pero la palabra que se ajusta más es la de “vergüenza”.

Es cierto, no recuerdo una situación más bochornosa en mi vida. Es difícil

humillarse más y empiezo a entender qué has querido decir con aquello de que quizás te he dado demasiado. Pero ya está hecho. No puedo dar marcha atrás. No estoy escribiendo una novela en la que pueda volver a esa página y seleccionar y borrar. ¡Quién sabe! Tal vez no lo has oído. O si lo has hecho, acabes pensando que no lo has entendido bien.

Me levanto intentado que mi participación en los movimientos semiautomáticos que nos van a llevar a todos lejos de este avión, conduzcan a lo más profundo de mi memoria la lastimosa oferta que te he hecho.

Sé que es una tontería porque los cuarenta centímetros escasos que hay de pasillo impiden cualquier tipo de adelantamiento y estoy en la fila quince, por lo que me tendré que esperar a que los más de cien pasajeros que estaban ocupando los asientos anteriores, desalojen.

Veo como casi todo el mundo tiene en sus manos un móvil que están manipulando con verdadera concentración. Por mimetismo batesiano hago lo mismo que ellos, como si, en efecto, eso lograra que me sintiera menos amenazada por esos seres muy superiores a mí en la medida que saben a la perfección qué hacer con sus manos, con su mente, con su tiempo y con sus vidas.

Por fortuna, la aplicación de mensajería instantánea me indica que tengo unos cuantos mensajes por leer. Son de dos de los dos grupos a los que pertenezco. Tus hermanos están convocando un amigo invisible para los regalos de Navidad. La sola mención de las fiestas provoca que regrese a mi mente la oferta degradante que te he brindado.

Tendré que responder a la conversación en la que han empezado a cruzarse listas de mínimo cinco posibles regalos por un valor limitado de treinta euros. Hasta ahora me había ocupado yo de hacer la relación ordenada tanto de mis preferencias como de las tuyas. Imagino la cara de asombro si envío lo que de verdad deseo.

Lista de Silvia:

- Un poco de dignidad.

- Abdominales de gimnasio en tiempo récord.
- Amor propio.
- Una goma de borrar para palabras dichas.
- El aspecto de una diosa griega.

Lista de Jaime:

- Centenares de preservativos pintados con los colores de la bandera brasileña.
- La dosis necesaria de Energisil.
- Una segunda oportunidad de vida que contemple volver a tener treinta años.
- Una goma de borrar para familias lastre.
- Una caja donde guardar remordimientos.

Abro el otro chat de grupo en el que los compañeros de curso de cuando tenía catorce años se saludan de vez en cuando.

Están quedando para una cena. Han puesto fecha e incluso ya saben en qué restaurante reservarán. De momento, hay nueve personas apuntadas. Mercedes hace un rato ha recordado que hay que hacerlo antes de esta noche. El mensaje es explícito: *“Venga, chicos. Animaos. Hace mucho que no nos vemos y echaremos unas risas. Rosa, Ana, Rubén Miguel, Ricardo tengo ganas de veros. Un día es un día”*.

Ni me menciona. Estoy convencida de que ni siquiera es consciente de que estoy en el grupo. Aunque eso no es del todo culpa suya. Lo cierto es que nunca he participado en ninguna de esas conversaciones ni he dado un “buenos días” o un “buenas noches”. Quizás ni siquiera se acuerde de mí, aunque yo no pueda olvidar la pelea que tuvimos cuando estábamos en quinto y acabamos tirándonos del pelo y mordiéndonos. Si no hubiera sido porque apareció el profesor de gimnasia, creo que habría habido consecuencias graves. Lo que no consigo recordar es el motivo de la refriega.

Estoy en ese grupo de mensajería porque Luis me incorporó después de

encontrarnos un día, hace ya dos años, en un bar donde yo me había refugiado para evitar una tormenta monumental. Eran los primeros días de verano y, como consecuencia de la borrasca, la temperatura había bajado cuatro o cinco grados de golpe. Además, me había empapado y mi camisa se pegaba a mi piel provocándome escalofríos. Así que pedí un café con leche muy caliente sin apenas mirar al camarero, al tiempo que llamaba por teléfono al colegio de Berta y David para informar que llegaría tarde.

Cuando me lo sirvieron, noté que la persona que lo había hecho se quedaba justo frente a mí sin moverse. Yo estaba esperando a que me pasaran con el servicio de avisos del colegio con bastante malhumor, así que levanté la vista dispuesta a decirle al impertinente que se alejase de allí y me quedé atrapada en unos ojos azules y risueños.

Lo reconocí de inmediato, aunque había engordado cerca de treinta kilos y había perdido todo el pelo. Estuvimos hablando más de una hora sintiendo cómo la conversación fluía con comodidad. Nos prometimos vernos en un futuro y minutos después me llegó el aviso de que formaba parte del grupo de antiguos alumnos del colegio. Él cumplió su promesa y me llamó tres o cuatro veces. Yo nunca lo cogí. También evité pasar por la calle donde sabía que tenía la cafetería.

Es cierto que, a veces, tengo ese tipo de actitudes con la gente. Siempre me lo has recriminado. Dices que soy la manifestación misma del desdén. Pero, en ese caso, no estuvo motivado por mi incapacidad por mostrar un mínimo interés, por lo que le preocupa a nuestro círculo habitual de amistades o incluso familiares; creo que fue lo contrario. Luis me hizo reír a carcajadas en menos de sesenta minutos, demostrando una habilidad innata por entender lo que yo necesitaba en ese momento e, incluso, llegué a sentir una pizca de envidia de una vida que estaba centrada en torno a la barra de un bar, pero que a mi compañero de juegos infantil le parecía la versión cachonda de la novela de Camilo José Cela.

Cuando aquel día volví a nuestra preciosa casa de Aravaca, te vi serio y

alarmado porque acababan de comunicarte que Construcciones Hispánicas iba a ser citada en el procedimiento contra más de cien alcaldes de municipios de la provincia de Guadalajara por presunta corrupción, y me sentí tremendamente banal e injusta. La responsabilidad y estrés que asumías en tu trabajo, así como el sueldo en correspondencia, era lo que me permitía a mí tener una casa de tres plantas, unos hijos maravillosos y tiempo suficiente para ir a buscarlos al colegio. Y, pese a ello, había codiciado estar detrás de un mostrador escuchando a clientes que, incentivados por el alcohol, explicarían sus miedos y penas mientras que yo les daría un buen consejo basado en mis años de estudio y en la experiencia de un barman.

Bloqueo el móvil porque la cola ha empezado a despejarse, pero antes he mirado la hora. Son las once cuarenta y cinco. He llegado a Madrid doce horas antes de lo previsto, porque cuando me vi en el hotel y supe que iba a tener que pasar el resto de horas hasta mi vuelo en completa soledad, no pude soportarlo y pedí (yo diría que incluso imploré) a la recepcionista que me buscara un vuelo anterior.

En estos momentos, no puedo dejar de pensar que quizás me equivoqué, que tendría que haberme quedado y volverte a llamar, intentar hablar de nuevo contigo, hacerte recapacitar, exigirte que volvieras conmigo, amenazarte de muerte si era preciso... Y, sin embargo, lo único que fui capaz de hacer es darte permiso para que te acuestes con una impresionante mujer jurándote que ni siquiera iba a preguntarte jamás sobre el tema. Patético.

También caigo ahora en la cuenta de que si voy ahora a buscar a los niños tendré que enfrentarme a la mirada inquisitiva de tu madre. A plena luz del día deberé explicarle que Susana Alcázar ha aparecido en tu vida y puedo imaginarme el brillo de sus ojos al oír su nombre. No en vano se trata de la hija de una familia que siempre había gozado de la consideración de los Manrique y creo que, incluso, habíais compartido destino de vacaciones y tu padre y el suyo pertenecían al mismo club. Me pregunto si esa sería la nuera que siempre había deseado. Alguien de buena familia y mejor cuna que no

hubiera tenido que aprender cuáles eran los cubiertos adecuados de cada plato y que supiera vestir de forma apropiada dependiendo del evento al que asistir.

Me quedo inmóvil frente a la parada de taxis dudando qué hacer. Aunque hay muchas posibilidades de que Carmen todavía esté en su preciosa casa y no se haya dirigido a la nuestra, tal y como habíamos quedado, pensando que yo llegaría sobre las once de la noche y así ya podía encargarme de ellos mañana lunes; solo pensar que podría encontrármelos me llena de angustia.

Está llegando el momento de la verdad. Tendré que decir por qué no estás conmigo. Atreverme a especular sobre si vas a volver y cuándo. Me he pasado diez horas en un avión y no se me ha ocurrido prepararme para esto. Creo que tienes razón cuando me dices que soy poco realista. Imagino que Susana Alcázar sí es una mujer pragmática y objetiva, sin dudas, emprendedora y segura. Ese fue el aspecto que me dio.

—¿Silvia? ¿Silvia Salinas? ¿Eres tú?

Me giro y veo a Rosalina, mi compañera de facultad. Se ha cortado el pelo con un estilo desenfadado, pero de una perfección exquisita y eso la hace parecer más joven que incluso en nuestros años universitarios. Viste con un estilo informal, de esos que jamás podré imitar porque si yo me atreviese a combinar el foulard de rayas con la camisa gris, la falda despuntada y las botas, parecería un fante y, sin embargo, a ella le cae estupendamente.

—Rosalina Díez —respondo.

—¿Cuánto tiempo! ¿No?

—Sí. Mucho.

—¿Vacaciones o trabajo?

—¿Perdona?

—Bueno... —Y señala mi pequeña maleta de mano—. Acabas de aterrizar, ¿no?

—Sí, sí... ha sido un viaje corto.

—Yo voy a Bruselas. Me reúno con todo un comisario. —Me guiña un ojo y se acerca a mí para bajar el tono de voz—. Pero tengo el contrato asegurado...

me tira los tejos. —Se ríe y vuelve a separarse a una distancia normal entre dos amigas—. Viaje relámpago, también. Mañana estoy otra vez en Madrid.

—Ah... —No tengo ni idea de qué decir ante ese cúmulo de información demasiado confidencial, aunque pensándolo bien, no tengo ni idea de en qué empresa trabaja y ni siquiera en qué sector, así que no corre peligro la indiscreción sobre el trato de favor de un político europeo.

—¿Tienes contacto con Lucía?

—¿Con Lucía? No, no... ni con Lucía ni con Aurora.

—Con Aurora lo tengo yo. Trabaja en la residencia de ancianos donde he ingresado a mi madre y de vez en cuando quedamos a tomar algo.

—Ah... —vuelvo a balbucear sin saber si debo preguntarle por su progenitora o por nuestra amiga común.

—Deberíamos vernos. Otra vez. Todas. Dame tu teléfono.

—¿Mi teléfono? —Y como lo llevo en la mano se lo extiendo obedeciendo, pese a que me resulta extraña la petición.

—¡Ja ja ja ja ja! —Ha tenido siempre una risa pegadiza y, además, hace que le resplandezca la cara—. Mujer, me refiero al número.

Me sonrojo de pura vergüenza. Soy consciente que debo parecerle estúpida, pero es que, de pronto, estoy notando todo el cansancio de estos días. Quizás es porque ver a Rosalina con esa vitalidad y alegría, tan guapa y segura de sí misma, me ha acabado de convencer que todo el mundo ha hecho una evolución a mejor excepto yo, que parezco una luz de treinta voltios.

Digo los números de corrido y ella los apunta con facilidad y rapidez en su dispositivo. Entonces noto la vibración de mi móvil.

—Ahí tienes el mío. Grábalo. Organizaré un encuentro para la semana que viene, ¿te parece bien?

—Bueno... yo... no sé si...

—No me digas que no. ¿Hace cuánto? ¿Nueve? ¿Diez años?

—Sí, más o menos.

—Por cierto, ¿sigues casada con aquel tipo?

Llegó la pregunta. Sabía que ocurriría. Es lo lógico. Todo el mundo tiene una necesidad increíble de definir, clasificar e identificar a sus interlocutores. Casada-soltera-divorciada son una de las categorías, aunque, quizás, dentro de treinta años, deba incorporar la de viuda, por posibilidad estadística. Eso le ayudará a hacerse una idea de mi estado emocional y mis aptitudes para socializar. Dependiendo de la respuesta que le dé, me preguntará por los hijos y después se pasará al terreno profesional, lo cual le aportará el resto de información que precisa: mi grado de independencia económica y emocional, así como hasta qué punto me deberá tener por alguien afortunado.

—Lo siento —la oigo decir.

Su expresión ha cambiado de manera radical y ahora clava sus ojos en mí con verdadera preocupación. Entonces, me doy cuenta de lo que ha generado esa mutación. Mi cara está mojada como efecto de unas lágrimas incontrolables que salen de mis ojos y que soy incapaz de detener.

—No pretendía incomodarte, Silvia —vuelve a decir.

—Tengo que irme —respondo al tiempo que inicio el movimiento para separarme.

—Pero...

Duda. Mira hacia dentro y se muerde el labio inferior. Después vuelve a dirigir la mirada hacia mí.

—Pierdo el avión...

—Lo sé. No te preocupes. Se me pasará. Es que...

Nuestra conversación está llena de frases sin acabar, como lo fue nuestra amistad. Se trató más bien de algo circunstancial y, lo cierto es que, cuando te conocí yo fui quien se apartó de ellas de manera evidente. A punto estuve, incluso, de no invitarlas a nuestra boda. Pero me dio más vergüenza reconocer ante tu madre que no tenía a quién invitar.

—Te llamaré y quedamos, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza porque creo que, si lo acepto con palabras, después me sentiré peor cuando no acuda al encuentro.

Entonces hace algo que no me esperaba. Me abraza y, pese a que es delgadita y no más alta que yo, me siento protegida y a salvo, mientras un aroma dulce que me retrotrae a los tiempos de la universidad me dice de ella que no ha cambiado de perfume y que, quizás, eso signifique que podría retomar una amistad que, de pronto, ya no me parece tan anecdótica, sino profunda y sincera.

Capítulo 11

Pulso el timbre con fuerza y espero con fingida paciencia. Son las dos del mediodía de un domingo y no tengo ninguna garantía de encontrar a José Luis en casa, pero cuando el taxi ya había tomado la M-23 un impulso me ha asaltado y he cambiado el destino dando la dirección de Bosque.

No tengo muy claro qué vengo a buscar aquí. Solo sé que tenía que venir y ahora frente a la puerta de madera oscura, trabajada como si fuera una reliquia del siglo XVIII, tengo la sensación de que si no me abre la puerta y puedo hablar con él, quedaré hundida.

Vuelvo a pulsar el timbre sin saber si ha pasado el tiempo razonable entre una y otra llamada. No es una tontería. Si lo hago demasiado rápido, daré la sensación de que estoy histérica y predispondrá a tu amigo a ser más cauto. Si lo hago demasiado espaciado, podré generar la idea de que dudo y que, solo con esperar algo más, acabaré desistiendo y marchando. Todo conocemos ese tipo de códigos de tiempo, aunque nunca jamás ni nuestros padres ni en el colegio nos lo enseñaron de manera explícita y me pregunto si no valdría la pena identificar todas esas pautas de comunicación no verbal y convertirlas en una disciplina. Quizás se evitaría algunos problemas y conflictos. No mires a nadie más de tres coma tres segundos si no quieres ser tachada de descarada. No lo hagas tampoco menos de un segundo o creerán que lo estás engañando. No te acerques a un desconocido más de cuarenta y cinco centímetros o pensarán que eres una buscona. No te alejes más de un metro y medio si no

quieres parecer distante.

Vuelvo a apretar el botón y lo mantengo unas milésimas de segundo más de la cuenta. Quiero decir algo así como “*no me voy a mover de aquí hasta que abras la maldita puerta*”. Entonces oigo el sonido inconfundible de unos pasos y el carraspeo inequívoco de la garganta de José Luis atravesando una resaca.

Instantes después el dueño del piso me mira desde el vestíbulo con los ojos rojos y pinta de estar recién levantado, pero en cuanto me reconoce, una sonrisa y una expresión de alivio aparece en su cara y abre los brazos acogiéndome.

No me resisto. Más bien al contrario, caigo vencida y dejo que su calor y su olor me abarquen. Estamos así unos minutos sin decir nada. Después me lleva hasta el salón. Me acaricia la cabeza y se dirige a la cocina donde lo veo preparar café. No son horas, pero no voy a decírselo. Tampoco sería capaz de comer nada y con el *jet lag* tampoco tengo yo muy claro en qué horario biológico está mi cuerpo.

Se sienta a mi lado y pone una mano sobre mi rodilla. Supongo que estoy dando una imagen de desolación porque su mirada es de absoluta compasión.

—Te dije que no fueras —acaba diciendo.

—¿Sabías lo de Susana Alcázar?

Retira la vista unos instantes. Después vuelve a ponerla sobre mí al tiempo que levanta la mano y me acaricia de forma leve la mejilla.

—No te merece —susurra.

Es la primera vez que José Luis Bosque dice algo que podría entenderse en contra tuya. Siempre te ha tenido mucho respeto, rozando incluso la veneración.

—Deberías habérmelo dicho tú.

—No me correspondía, Silvia, y... la verdad es que... bueno, creí que podría ser posible que recapacitase si te presentabas.

—Pues ya ves. Jaime siempre ha sido alguien con las ideas muy claras.

Se me ha escapado una lágrima mientras hablaba y José Luis me ha pasado el brazo por el hombro obligándome a recostarme sobre él. Aunque es cierto que estoy a falta de cariño me dejo hacer unos segundos para incorporarme después y enfrentarme a su mirada.

—¿Se habían visto durante este tiempo? —le pregunto a bocajarro.

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo lleva siendo infiel? ¿Cuántas veces han quedado?

—No, no. Silvia, no es así. Estás equivocada.

—No me puedo creer que se hayan encontrado de casualidad en Río.

Duda. Se remueve inquieto. Sé que he tocado hueso. Hay algo que no me está diciendo. En las películas, cuando el malo está a punto de confesar a la policía el suceso clave que lo destapará todo, se hace un mutis perfecto y suena una música de fondo que eleva el clima. En casa de José Luis se oye a los vecinos del piso de arriba que están removiéndose. Le falta glamour a la escena.

—No ha sido casualidad. Susana Alcázar es la Directora de Relaciones Públicas de ESENTOLSA.

Tengo que rebuscar un poco en mi memoria para ubicar esa información en el sitio adecuado y conectarla con otros antecedentes que, quizás, van a dar sentido a esas palabras. Se trata de un proceso mental que nuestro cerebro realiza de forma constante. Encaja cada nuevo dato en un lugar concreto y lo relaciona con otros que tenga almacenados y que pueden ser datos objetivos, pero también emociones, otras interpretaciones e, incluso, recuerdos oníricos que no pertenecen al mundo consciente. Es en ese proceso donde se producen las interpretaciones y también los errores y los malos entendidos. De esa sucesión va a depender mi reacción.

Recuerdo de forma vaga que empezaste a hablarme de estructuras entol, sociedad anónima, hace algún tiempo, quizás seis meses. Al principio la referenciabas por su nombre completo. Después empezaste a utilizar el acrónimo y a mí me costó algo relacionar ambas denominaciones. Ahora

puedo confesarte que si me esmeraba en identificar con rapidez tus palabras y saber si me estabas hablando de trabajo o cualquier otra cosa, no era para nada más que para desconectar. Tengo una técnica infalible. Coloco en mi cara una sonrisa tenue, entorno mis ojos clavándolos en un punto inconcreto de la fisonomía del interlocutor, apoyo mi cabeza sobre una mano y ¡voilà! A volar imaginación.

No recuerdo de ESENTOLSA nada salvo que participa en el proyecto de Brasil y has tenido infinidad de reuniones con ellos que te han hecho llegar muy tarde a casa. Un dolorcito incómodo se me instala en el estómago.

—Entonces, lleva viéndose con ella... ¿cuánto? ¿Seis meses?

—Desde Navidad del año pasado. —Y al ver mi cara de pasmo añade—: Pero no lo tergiverses. No ha pasado nada entre ellos durante este tiempo. Te lo juro. Incluso él estaba muy orgulloso de sí mismo. Cuando supimos que Susana estaba en ESENTOLSA, temió que pudiera ser muy duro, pero resistió. Lo hizo bien. No sé qué narices ha pasado en Río para que no pudiera continuar igual.

El deseo de José Luis de justificarte y ayudarte lo ha convertido, sin querer, en uno de esos indígenas de la selva con cerbatana al ristre, escupiendo dardos envenenados. No es consciente el pobre de todo el daño que me acaba de infringir.

Situarme en Navidad es recordarme a mí misma con una barriga descomunal pese a que logré engordar solo diez kilos durante el embarazo del hijo que tú me habías suplicado tener. El tercero hace mucha más mella en el cuerpo humano porque la piel ya está dada y el ritmo de vida al que te obligan los otros dos, te permite poco espacio al propio cuidado. Ni crema antiestrías, ni la anticelulítica, ni paseos tranquilos por el Retiro para evitar las varices, ni dieta equilibrada... nada es como en el primero. Más bien es una especie de carrera de obstáculos y, a esas alturas (te recuerdo que Carlos nació el diez de enero), estaba irascible y cansada, había tenido que comprarme dos vestidos porque ya nada de lo que había podido aprovechar del embarazo de David me

entraba y calzaba siempre unos horribles mocasines anchos.

Pese a todas esas incomodidades por quinto año consecutivo, celebrábamos nochebuena en casa y llegaron todos tus hermanos con sus parejas, más tus padres, a la hora señalada que no era, ni más ni menos, sino la hora de cenar; porque para nada se les había ocurrido que pudieran venir un poco antes a ayudar. Esa era la manera de demostrarme que les parecía de un mal gusto impresionante que no tuviéramos una interina en casa que nos hiciera las tareas del hogar incluida la comida. Así que el problema de la cena era mío.

Tu habías contribuido a esa idea errónea sonriendo y dejando ir unas palabras ambiguas: *“Silvia y su anti sociabilidad característica son incompatibles con alguien viviendo en nuestra casa”*. Palabras que no dejaban de ser ciertas, pero no era la causa de que no tuviéramos contratado a nadie. El verdadero motivo es que no podríamos costearla. Pero tú jamás reconocerías eso ante tu familia porque querías preservar la imagen de hombre de éxito que, desde el punto de vista de los Manrique, se consigue con casas de como mínimo trescientos metros cuadrados, coches de más de treinta y cinco mil euros y otras fruslerías semejantes.

El caso es que aquella noche empezaron a llegar los invitados y tú no estabas. Apareciste pasadas las nueve y media de la noche y alegaste problemas en el trabajo. Yo te creí y te compadecí. ¿Debí hacerlo? Nunca te pregunté por los detalles, pero ¿de qué hubiera servido? *“Lo siento, acabo de reencontrarme con mi exnovia y me entretuve un poco admirándola”*. Fíjate que te creo y también a José Luis. Esa noche no te la tiraste. Pero cuando te acostaste a mi lado en la cama debiste pensar en ella y quizás me mirases a mí de reojo y sintieses que tu deber como marido y como padre te obligaba a mantenerte firme y no dejarte llevar por lo que era una tentación en toda regla.

Y así has estado durante diez meses y medio. Llegando a casa después de haber estado con ella debatiendo importantísimas cuestiones profesionales y rebajando la tensión de la negociación de un acuerdo comercial, con alguna broma, una copa o una comida en un buen restaurante y teniendo que ponerme

una sonrisa cuando, durante los tres meses del permiso de maternidad, me quejaba de que me estaba ahogando por estar todo el día cuidando de los niños y no teniendo nada más interesante en qué pensar que en las deposiciones de Carlos, en los deberes de David que tenía que entregar y en la mala letra de Berta según la anotación de las últimas cualificaciones.

E Imagino también que, incorporada al trabajo, no te sentiste muy cómodo las primeras veces en las que los representantes de ESENTOLSA venían a reunirse contigo en tu flamante despacho del piso doce, mientras que tu mujer estaba en el semisótano.

Así que, en algún momento, para limpiar tu conciencia y demostrarte a ti mismo que estabas cumpliendo como un buen marido manteniéndote impertérrito ante las curvas de Susana Alcázar; empezaste a explicarme algunos detalles de esa operación que estabais llevando a cabo y que iba a suponer un crecimiento exponencial de Construcciones Hispánicas y que, por primera vez en muchos años, consiguieras doblar los objetivos anuales con lo que eso supondría de inyección económica para nuestra familia.

Así que eso todavía te colocaba en el pedestal más alto de los maridos ejemplares, sacrificado por su familia, trabajador incansable, leal esposo, padre excelente... porque no explicarle a la persona con la que dormías cada noche que la novia con la que estuviste a punto de casarte once años atrás había aparecido en tu vida, no es una deslealtad, no es una traición, no es infidelidad. Y tampoco lo es soñar con ella, ni que tu mente, de vez en cuando, elucubre con cómo sería volver a acariciar unos muslos; ni que el calentón que eso te produce sea apagado con el cuerpo de tu legítima mujer.

Eso es todo lo que me ha transmitido José Luis cuando ha intentado explicarme con convicción que has sido un héroe de la fidelidad.

—Silvia, ¿estás bien? Te has puesto pálida.

Respiro hondo, pero no consigo que el zumbido de mis orejas desaparezca, ni que los latidos de mi corazón vuelvan a situarse en el pecho en lugar de en la garganta que es donde los tengo en estos momentos.

—Solo estoy un poco cansada —respondo para tranquilizarlo y deseando que esa conversación que yo he iniciado acabe o se evapore como si nunca hubiera ocurrido—. ¿Te importa que me estire un rato en tu sofá?

—Claro que no.

Solícito se levanta y hace que me tienda tapándome con una de esas mantas de tacto suave que tan de moda están en los regalos de amigos invisibles, porque no hay nadie que rechace algo tan útil y tan cómodo. Pone un poco de música de piano. Ludovico Einaudi creo que es, pero no me da tiempo a pensar demasiado cuando el sopor se apodera de mí.

Después de lo que creo que ha sido un día entero por la sensación de bienestar y relajación, me despierto oyendo la voz de Jose Luis que está en la cocina. Como solo se lo oye a él, imagino que está hablando por teléfono.

Me incorporo un poco y veo en el reloj digital de la televisión inhibida que son las veinte y cuarenta y tres. He dormido casi siete horas. Es la primera vez en días que duermo seguido tanto tiempo. A mi cabeza acude, poco a poco, la consciencia. Primero, recordándome por qué estoy aquí, en casa de tu mejor amigo. Después, volviéndote a tener frente a mí en mitad de la nada que supone un terreno en obras, dándote vía libre para que te acuestes con una mujer que no soy yo. Por último, sabiendo que esta situación lleva incubándose casi un año y ahondando en un dolor difuso, pero constante, que me parece que me está rompiendo por dentro.

Tengo que volver a mi casa y enfrentarme a tus padres y hacerme cargo de los niños y ponerme el despertador para ir a trabajar y registrar los partes de alta y baja del año para dejar la nómina preparada y preparar las cenas de todas las noches y hablar con la gente y conducir el coche desde una casa aislada hasta el centro de Madrid y vigilar que Berta haga los deberes y respirar sin hiperventilar y... todo eso tengo que hacerlo sin ti.

—¿Ahora vienes con esas?

La voz de José Luis ha subido de tono. Parece que está discutiendo con alguien. Quizás una de sus amantes despechadas. Pongo más atención, no tanto

porque tenga ningún interés real sino porque pensar en las desgracias ajenas me evade de las propias.

—No.

—...

—No, joder. Te he dicho que no.

—...

—Me lo debes. Recuérdalo.

—...

—No sé cuánto tiempo. Eso no te había preocupado hasta ahora, así que te jodes.

—...

—Tú te lo has buscado.

—...

—Me importa una... ¿y yo? ¿Y yo qué? ¿No cuento? ¿Seguro?

—...

—Te lo prometo.

—...

—Te lo juro por mi vida.

—...

—Adiós.

No sabía que José Luis fuese capaz de ponerse tan melodramático con una de sus conquistas. No las trata mal, pero jamás les permite que accedan ni un poco a su corazón. Así que ese juramento vital me suena extraño.

Aparece por la puerta y al verme despierta se sorprende y se muestra inquieto.

—No sabía... ¿te he despertado?

—No, que va. Creo que ya me tocaba —digo señalando la hora y con una sonrisa—. Me voy a casa.

—Te acompaño.

—No, por favor. Qué tontería. Para ti es una paliza.

—No. Me apetece dar una vuelta.

—¿Treinta kilómetros de ida y otros treinta de vuelta escuchando Radiolé?
José Luis, por favor.

—Lo dices como si ir en taxi fuera algo malo.

—¡Por Dios! Nunca entenderé por qué no te compras un coche.

—Es la versión cutre de los que tienen chófer. Siempre tuve alma de rico.

No he podido convencerlo. Así que cuarenta minutos más tarde estamos llegando a Aravaca después de un trayecto en el que me ha hecho reír fingiendo *playback* en todas y cada una de las canciones típicas de la canción española en los años ochenta.

El taxi se detiene y veo que en casa hay luz. El coche en la rampa del aparcamiento me indica que están tanto tu padre como tu madre. Odio ser yo quien tenga que decirles que no vas a volver y ver que se debaten entre la alegría de hacerme desaparecer de tu familia y la tristeza de tenerte lejos.

—Mañana no vengas —dice en esos instantes José Luis que también se ha apeado.

—¿Cómo? No... no... tengo que...

—Hay una reunión a las seis de la tarde convocada por presidencia. —Se ha evaporado el José Luis amigo, divertido y risueño; apareciendo mi jefe y el director de recursos humanos—. Van a comunicar los cambios en la dirección y la apertura de la sucursal en Brasil. Tómate la semana libre.

—Ah —me limito a decir.

Entonces me da un beso en la frente y se vuelve a meter en el taxi. Desde el asiento me guiña un ojo.

Depresión

Capítulo 12

He vuelto a tener ese extraño sueño por el que estoy haciendo alguna manualidad (absurdo, yo siempre he odiado cualquier actividad que tenga que ver con la pericia de mis manos) y cuando creo tenerla acabada, se desmorona ante mis propios ojos.

A veces estoy pintando, otras levantando una estructura hecha con listones de madera, también me he visto ordenando unos papeles... No importa, el final es siempre el mismo: se desvanece la pintura como si fuera agua, se desmorona la construcción levantada, caen las hojas de papel al suelo y tengo que volver a empezar. Será por eso que pese a que estoy durmiendo una cantidad de horas nada desdeñable —parece que desde que atravesé el *jet lag* mi cuerpo ha hecho un cambio positivo en ese sentido y me asemejo una gallina que tiene que meterse en cama solo anochecer y soy capaz de permanecer en ella diez horas o más— no consigo sacarme el cansancio de encima durante el día y eso ralentiza todos mis movimientos y tardo el doble de tiempo en hacer la comida de los chicos, o en llegar a recogerlos a la escuela, o en traspasar todos los partes del día al programa de gestión de nóminas, lo cual está comportando una acumulación de papel en mi cubeta de entrada en la que Luisa todavía no ha reparado, pero cuando lo haga me tendré que atener a las consecuencias.

También soy consciente que mi reducción del ritmo adecuado de actividad está teniendo efectos en casa no excesivamente apropiados. Ahora mismo, por

ejemplo, estoy mirando el fregadero de la cocina y a tenor del volumen de los platos, debe haber bastante que se acumulan. Con cierta pereza abro el lavavajillas y veo en su interior una serie de cacharros, entre ellos la olla granate que utilizo para hacer caldo y por ese detalle me doy cuenta de que debe haber unos tres días que se lavó. Así que ese debe ser el tiempo transcurrido para las consecuencias visibles en el fregadero.

Cierro el electrodoméstico. Ya lo haré luego. Quizás sería más urgente la plancha. Esta mañana he tenido que ponerle a Berta un jersey del año pasado que ha provocado sus protestas más encendidas porque le iba un poco corto de mangas. Pero la montaña de ropa no permitía ser optimista sobre la posibilidad de encontrar nada mejor. Tampoco es tan grave. Al menos no está sucia, aunque una ojeada al lavadero me advierte que allí también empieza a haber cierto amontonamiento.

Respiro hondo con resignación y me agacho para abrir la puerta de la lavadora donde hay una colada. Por el olor, me doy cuenta de que ha pasado más tiempo del debido allí dentro. Es curioso que el agua sea el elemento imprescindible para limpiar y sea también lo más infecto cuando se estanca. Tendré que volver a ponerla en un programa rápido que solo sirva para volver a enjabonarla y que desaparezca ese tufillo a humedad mohosa.

Lástima. Estaba lista para hacer algo. Pero las circunstancias son más poderosas y se alían con mi cansancio lanzándome al sofá frente al televisor donde, ahora me doy cuenta, está puesta la serie de abogados que estoy siguiendo. Me quedo unos minutos mirándola y no soy capaz de seguir la trama, como si hubieran pasado cosas que no he visto. Accedo al mando y veo que van por el capítulo tres de la temporada cinco. No tengo muy claro que haya visto los dos primeros. En realidad, yo diría que estaba viendo la temporada cuatro. Están saliendo personajes que no reconozco. Quizás el programa se ha vuelto loco o, tal vez, la reproducción automática de un capítulo tras otro lo haya hecho avanzar mientras he estado en la cocina. Dudo si volver atrás, pero al final no parece tener demasiada importancia lo que le

haya ocurrido a Malcolm Fitzgerald, ahora está ocupando el protagonismo un tal Bryan que parece más simpático.

—¡Mamá!

Berta aparece por la puerta con Carlos colgado en su cintura. Lleva el jersey de esta mañana. La verdad es que sí, que le va bastante pequeño. Detrás está David con el pelo mojado.

—¿Qué pasa, cariño?

—No puedo hacer los deberes. Carlos no me deja en paz. Quédatelo un rato.

—Pero, vida. ¿Por qué tienes que hacer los deberes ahora? Son para presentar después de las vacaciones. Queda un montón.

—Pero también son un montón de actividades. Me lo he distribuido. Tengo que hacer mínimo dos ejercicios cada tarde, a excepción de nochebuena, Navidad...

—¡Dios mío! ¿Y no puedes hacer como todos los niños y dejarlo para el último día?

—¿Cómo?

Me está mirando como me miraba mi profesora de segundo curso de EGB —una bruja auténtica que lanzaba rayos con los ojos que podían fulminar a cualquiera— y yo me siento como si tuviera siete años.

—Vale, de acuerdo. Déjalo aquí, en la alfombra y tráeme algunos de sus juguetes.

Echa un bufido, pero me hace caso. Carlos lloriquea un poco cuando se ve apartado de los brazos de su hermana, aunque calla de inmediato cuando su mirada es atraída por unos fuegos artificiales que aparecen en la pantalla del televisor. Entonces, antes de que reaccione, busco con el mando uno de los tantos programas infantiles que hay y consigo que quede absorto viendo cómo unos peces cantan una canción bajo el océano.

Berta vuelve a aparecer con unos cubos de colores en la mano y me los tira de malas maneras para irse después a la carrera. Entonces reparo en que

David sigue plantado en el marco de la puerta.

—¿Te pasa algo, David? ¿Por qué tienes el pelo mojado?

Hace un puchero con la boca y me temo lo peor. Si se pone a llorar lo va a seguir Carlos por puro mimetismo y todo se va a descontrolar. Así que me levanto por fin y voy a su lado.

—¿Qué ocurre? No será tan malo.

—Creo... creo que tengo piojos.

—¿Piojos? Imposible. Estamos en Navidad, David. Los piojos son en verano.

—Tengo, mamá. Me pica a horrores.

—Bueno, está bien, ¿y qué has hecho? ¿Te has lavado el pelo con el champú especial?

—Sí.

—Pues ya está. Ahora morirán.

—Sigue picando.

—Porque no se mueren tan rápido.

—Pero me da mucho asco.

Miro hacia el sofá y pienso con el pragmatismo que me caracteriza. Si no soluciono el supuesto problema de David, no me va a dejar que me tumbe de nuevo.

—Ven aquí.

Lo llevo hasta la cocina y lo embadurno de vinagre. Después le cubro la cabeza con una toalla.

—Ala. Ya está. Hay que dejarlo treinta minutos y ya verás cómo esto es definitivo.

Asiente con la cabeza algo más tranquilo, pero cuando estoy a la altura de la puerta de salida para volver a la comodidad de mi sofá, hace la pregunta.

—¿Va a venir papá en Navidad?

—No lo sé. Pregúntaselo a él cuando llame.

Soy consciente que mi tono ha sonado arisco y brusco. Pero es que no

soporto que me pregunten por ti. Bastante tengo con soportar tus llamadas cada dos días. Sé que eres tú porque eres la única persona que llama al teléfono fijo. Además, lo haces siempre a la misma hora, día sí, día no. Así que el sonido estridente, intermitente y repetitivo se me instala en el cerebro y me trae un sinfín de recuerdos en los que veo tu rostro con el centenar de expresiones que te conozco: preocupado, contento, triste, avergonzado, conspirador, indiferente... Con ninguna de ellas me miras a mí. Siempre lo haces hacia otra persona o lugar. Yo ya no estoy en tu vida. Por eso llamas al fijo, para no tener siquiera que cruzar unas palabras sencillas. Algo así como “Hola”. “¿Qué tal te va?”. “¿Puedes pasarme a los niños?”.

—David. Estoy cansada. Voy a acostarme un poco. Cuando veas que esta aguja llega aquí —le digo señalando el reloj de la cocina—, te lavas el pelo otra vez, ¿de acuerdo?

—¡Mamá! ¡Estoy a punto de cumplir siete años!

—Pero si te has lavado tu solito antes...

Coloca los brazos sobre las caderas en un gesto que es muy tuyo y resopla.

—Sé perfectamente cuándo serán las siete y media.

Me quedo descolocada, pero no tengo argumentos contra eso, así que empiezo a subir las escaleras.

—¿Y Carlos?

—Está tranquilo, ¿no? Solo es un ratito, cariño. Cuando queráis cenar me despertáis.

Me meto en la habitación y me tumbo en la cama que está sin hacer, pero no me hace falta taparme. La calefacción está alta.

No debería haberme molestado con la pregunta de David. Quedan cuatro días para Navidad y yo también me he preguntado muchas veces si vas a volver y si eso significará que tendré que cumplir mi palabra de no intentar interpellarte sobre cuántas veces has hecho el amor con Susana Alcázar, o si sus orgasmos son más sonoros, o si los tuyos con ella más intensos.

Son dudas razonables y lógicas. Deben serlo porque no solo me las he

hecho yo, lo han hecho también las doscientas cincuenta personas que trabajan en la sede central de Construcciones Hispánicas y también el centenar de padres de las clases de Berta y David. No todos me lo han transmitido de manera explícita, claro está. Solo era necesario verles las caras y te aseguro que eran muy evidentes.

Empezó la primera semana después de llegar de Brasil. José Luis intentó evitármelo, pero me parece de irresponsables no ir a trabajar porque tu marido se está tirando a su preciosa novia al otro lado del océano Atlántico. Así que fui y estuve todo el lunes cumpliendo con mis obligaciones laborales sin que a mi alrededor se detectara nada que pudiera advertirme de lo que iba a ocurrir, más allá de sentir la mirada compasiva de Bosque sobre mi cogote, lo cual me obligó a sonreírle de vez en cuando para que se convenciese de que yo estaba serena y entera.

A las seis de la tarde acudimos todos al salón de actos y nos sentamos frente a Aguirre rodeado del comité de dirección. Se me hizo extraño no verte allí.

Empezó a hablar de las oportunidades y de un futuro incierto pero esperanzador. Ya sabes cómo es. Le encanta parecer filosófico y profundo. Y después de veinte minutos de discurso soporífero anunció que hacíamos la fusión con ESENTOLSA de manera que íbamos a pasar a llamarnos Construcciones y Estructuras Entol-Hispánicas, S.A. (en adelante CEEH, S.A. lo cual será útil para los contratos, pero impronunciable en las locuciones telefónicas).

Entonces te mencionó. Dijo algo así: *“Nuestro estimado Jaime Manrique asumirá la dirección de la empresa en Brasil, liderando el proyecto más ambicioso de este proyecto”*. Y yo sentí la mirada interrogativa de mis compañeros de departamento y la de lástima y conmiseración de todo el comité de dirección que también desplazaron su vista hacia mí convirtiéndome en la protagonista de la reunión.

A partir de ese momento, volví a ser considerada apta para ir a almorzar con mis estimados colegas y así lo demostraron a diario durante, exactamente,

diez días laborales. Lo cierto es que accedí la primera mañana porque me cogió por sorpresa, la misma que casi me hace tirar el café cuando me preguntaron a bocajarro si era verdad que nos habíamos separado. Intenté responder con un evasivo “*nos estamos dando un tiempo*”, pero eso no hizo más que alentar a las hienas.

A lo largo de esos diez días pasamos por varias fases en esa amistad de desayunos. Los primeros estuvieron colmados de preguntas sobre qué es lo que había ocurrido, cuánto tiempo llevábamos en crisis, si ya te fuiste con el matrimonio roto, si habíamos tenido una bronca descomunal... Lo aderezaron con comentarios estilo “*nunca me gustó tu marido, chica, era un tanto chulo*” o “*era un déspota y un cínico, ¿cómo si no era él el director de operaciones y no te había colocado como secretaria de dirección*”.

Pero el sexto día Teresa se puso muy seria frente a mí y me soltó: “*Lamento ser yo quien te lo diga, pero tu marido se está tirando a otra. Se lo ha dicho a Ernesto, el hermano del arquitecto jefe del proyecto de Río. Al parecer no se esconden ni nada e incluso dicen que los pillaron... ya sabes... en una mesa de reuniones*”.

Todo eso coincidió con el trabajo extra que consistía en emigrar la base de datos de los trabajadores de ESENTOLSA al programa informático de Construcciones Hispánicas y así pude también enterarme de que Susana Alcázar hablaba tres idiomas con fluidez y tenía un máster en marketing empresarial; aunque lo cierto es que la ficha de lugar de trabajo que nos han pasado de esa empresa es muy pobre comparada con la información que he podido extraer de su perfil de LinkedIn y que relatan un currículum de éxitos encadenados en las cuatro empresas para las que ha trabajado ocupando puestos de cada vez mayor responsabilidad, además de haber sido ponente en unos cuantos encuentros internacionales de las empresas cotizadas más importantes de Europa.

A partir del descubrimiento revelador de Teresa, los días siete, ocho, nueve y diez de nuestros encuentros estuvieron más repletos de novedades. Rosa

había conseguido que Susana la aceptase en el Facebook y cada día me enseñaban nuevas fotos de ella y en muchas de ellas aparecías tú. No te preocupes. No se os ve retozando en la arena de una playa paradisíaca. Su perfil es netamente profesional también en esa plataforma. Pero sí que se os ve sonriendo mientras saludáis a alguna autoridad brasileña que ha venido a ver la buena marca de las obras o mirando muy concentrados unos planos con casco puesto.

El día onceavo dejaron de pedirme que los acompañara a almorzar. Supongo que es normal. Yo no aportaba nada al cotilleo porque, si me preguntaban sobre algo de nuestro pasado, podía acabar moqueando y con creces demostraban que su capacidad de conseguir noticias nuevas sobre ti superaba cualquier intento por mi parte, sobre todo si tenemos en cuenta que eludes hablar conmigo. Así que se acabó nuestro breve acercamiento.

No me importó demasiado. Lo cierto es que fueron más o menos las mismas fechas en las que se enteraron tus hermanos de que no ibas a volver y eso me tuvo ocupada durante los siguientes quince días. Tus padres lo habían mantenido oculto todo lo que habían podido, pero al parecer tu hermana Soledad conoce a los papás de Graciela y el secretario de Estado había vuelto con noticias frescas de Brasil. Como te has negado a atender a tu familia, ni siquiera con un mensaje que les vaya dando noticias de que estás vivo, emprendieron una especie de acoso y derribo sobre mi persona para intentar tener el máximo de noticias sobre qué nos ha ocurrido.

Así estuvieron viniendo casi cada tarde e incluso los fines de semana, turnándose entre ellos para no dejar toda la responsabilidad sobre ninguno de ellos, aunque debo reconocer que tu hermano pequeño, Román, se limitó a sentarse en el sofá con una copa de whisky que yo le había servido y me dijo que le importaba un bledo qué había pasado entre nosotros y que era nuestro problema. Se lo hubiera agradecido si no fuera porque añadió también que tú siempre habías hecho lo correcto a lo largo de tu vida y que no era tan grave que, por una vez, te dejaras llevar por tus impulsos.

El hostigamiento finalizó de forma abrupta la cuarta semana y me consta que se debió a la intervención de tu madre quien les prohibió que me volvieran a preguntar y además añadió que no se iba a hablar de Susana Alcázar nunca más en esa casa.

Debo confesarte que eso me sorprendió. También lo había hecho el día que llegué de Brasil y le expliqué los motivos de que te quedaras. Creí que iba a tener que aguantar que me mirara con la barbilla levantada y un gesto de suficiencia. Lejos de eso, vi cómo le temblaba el labio inferior y cruzó una mirada con tu padre a quien le dio un repentino ataque de tos y desapareció de allí.

La verdad es que esa reacción, que ponía en evidencia mi error sobre que Susana Alcázar fuese mejor candidata a nuera que yo, me dio absurdas esperanzas porque creí que ellos te llamarían y te acabarían convenciendo de que volvieras.

Si lo hicieron o no, nunca lo supe, aunque no importa. Lo relevante es que sigues allí.

También sería bueno que supieses que la escuela de Berta y David no ha emitido un comunicado oficial sobre nuestra separación y tu *affaire* con una directiva importante, pero no ha sido necesario. Nuestra historia ha corrido por todos los WhatsApp de grupo. Lo sé porque por error fui incluida en uno de ellos y, hasta que alguien se dio cuenta y me eliminó, pude enterarme de que no te culpan. Consideran que es obvio con una esposa como yo que siempre estoy en la inopia y que quizás tenga un leve retraso intelectual.

Esta última semana ha sido más tranquila. Ya no me llama nadie salvo José Luis que sigue imbatible, mostrando una preocupación sincera pese a que no dejo de decirle que estoy bien y aparece por casa muchas tardes y compra pizzas para cenar volviendo locos de contentos a los niños o pollo asado los domingos, aunque el último día Carmen lo pilló en casa con el paquete de aluminio y le propinó un buen rapapolvo negándose a que sus nietos comieran esas porquerías engordadas de manera industrial, matadas con salvajes

métodos y cocinadas por paquistaníes que no se lavaban las manos. En fin, su estilo natural. Pero, es curioso, empieza a caerme bien.

Capítulo 13

El abeto está adornado con esa perfección que caracteriza todo lo que toca tu madre, aunque, sin duda, no ha hecho más que encargarlo a una empresa especializada. Es la única pieza distintiva de Navidad en el jardín porque le parece horrenda la costumbre americana de iluminar la casa entera. Eso sí, en la puerta hay un pequeño detalle de acebo y en el suelo dos ponsetias colocadas de forma simétrica.

Sé que el interior también estará decorado de esa manera elegante y austera en el que, predominando un color, lo combina con los elementos típicos: no faltará el calcetín, ni algún que otro cotillón, una estrella marcando el camino y los Reyes Magos. Ningún atisbo de Papá Noel que le parece un intruso.

En el piso de Madrid sí pone unos detalles en el balcón que da al Retiro y las ventanas suelen tener esos rasgos de nieve que después hay que rascar con fuerza para que desaparezcan. Pero para eso está Sara Sofía y de nada sirve que se le recuerde que suele irse de la ciudad el día veintiuno para no regresar hasta el último día del año porque la nochevieja la celebran, desde hace veinte años, en el exclusivo hotel Westin Palace junto con otros diez matrimonios que pueden permitirse pagar cuatrocientos euros por cabeza. Tu madre cree que sería una aberración no decorar la casa y no tenerla ambientada para cuando llegan los magos de Oriente y todos los nietos van a su casa a recoger su regalo. Sin embargo, este año todos esos detalles no me parecen propios de una esnob insufrible.

Es curioso cómo puedes cambiar el concepto de alguien en cuestión de días o incluso de minutos. Ayer hizo algo que jamás hubiera creído que fuera propio de Carmen de Manrique. Apareció por casa a eso de las diez de la mañana. Yo todavía estaba en la cama, aunque me había levantado a las ocho para darle el desayuno a Carlos y, al acabar, lo dejé en el cerramiento del salón que le compramos en verano y le pedí a Berta que me avisara si se ponía pesado. Tu hija me miró con el ceño fruncido y tuve que justificarme diciendo que me dolía mucho la cabeza, pero, sin cambiar la expresión, masculló algo como “ya, claro, eso será” que indicaba que no se lo creía.

Quizás, por eso, tu madre abrió la puerta de la habitación sin llamar y sin demasiadas cautelas y me sorprendió moqueando sobre el cojín con uno de tus pijamas puesto. Me gusta hacerlo porque tienen tu olor y me recuerda a cuando, en invierno, hacías que me pusiera sobre tu pecho para estar un rato acariciándome la espalda y el pelo.

Carmen no dijo nada. Se limitó a abrir la ventana haciendo que el helado viento del norte entrase y bajase la temperatura unos diez grados de golpe. Después salió y, antes de que pudiera reaccionar, oí cómo empezó a dar órdenes a los niños y también a Montse que, pese a no haberla oído ni entender por qué, estaba también en nuestra casa.

No tuve más remedio que levantarme, pero antes de que pudiera reaccionar ante el hecho de que ya había conseguido que Berta sacara los platos del lavavajillas, que David recogiera la caja de pizza que había quedado tirada en el comedor y que Montse estuviera manejando la lavadora, me cogió de la mano y me llevó de nuevo escaleras arriba metiéndome en el cuarto de baño y abriendo los grifos.

Debo reconocer que el agua caliente me hizo sentirme bastante mejor, aunque la vergüenza me carcomió durante un rato al recordar que llevaba desde el viernes sin ducharme y reparar en que era lunes. También pasé por la fase de taquicardia cuando fui consciente de que no había ido a trabajar y no había avisado. Me lancé sobre el móvil y lo vi apagado. Otra vez había

olvidado cargarlo. Los treinta o cuarenta segundos que tarda en activarse gracias a la alimentación eléctrica se me hicieron eternos. Ahí estaba. Cuatro llamadas perdidas desde el teléfono fijo de Construcciones Hispánicas y dos desde el móvil de José Luis Bosque.

Di al botón de rellamada y sin apenas haber acabado el primer timbre, la voz ansiosa de José Luis me advirtió que estaba preocupado. Le hablé de mi dolor de cabeza y me disculpé cientos veces jurándole que recuperaría las horas. No sé si se lo creyó, porque dijo un “ya, claro” que me recordó demasiado al de Berta.

Vestida y oliendo a jabón, volvía al piso de abajo donde se había producido una verdadera catarsis. Se había sumado a la brigada limpieza, Sara Sofía y tu madre seguía dando órdenes sin que ella tuviese a bien hacer ninguna de las tareas que estaban organizando. Es una verdadera líder.

Unas tres horas tardamos en acabar de dejar la casa como tú la debes recordar. Era la hora de la comida y, como no había nada en la nevera, Carmen nos hizo ir a todos a su casa. En ese momento me pareció una ventaja que tuviera la segunda residencia a tan solo cinco minutos caminando, con lo que yo había protestado por estar tan cerca de ellos.

También es curioso, pero tu padre ha abandonado la insana costumbre de devorarme con los ojos y lanzarme insinuaciones subidas de tono. En lugar de eso, me rehúye y, poniendo una excusa, se fue a su despacho en cuanto acabó de comer. No me extraña demasiado. Cuando me miré al espejo para vestirme me di cuenta que quizás había podido perder un par de esos quilos que se me habían quedado instalados tras el parto de Carlos, pero en lugar de que eso signifique recuperar la figura que pude haber tenido de joven (tú me decías siempre que tenía un cuerpo espectacular), lo que vi frente a mí en el cristal fue una figura desmadejada. Han vuelto a aparecer las costillas, pero mi vientre ya no está liso. El pecho parece haber perdido alguna talla y los hombros se vienen hacia delante como si tuviera un peso en la espalda. Aunque lo peor es la cara. El rizo de mi pelo se ha desvanecido, los pómulos

se han hecho más evidentes, los labios están cuarteados, las ojeras son casi lilas y los ojos están enrojecidos. Patético.

No sé tampoco cómo, pero Carmen consiguió que a las nueve de la noche llegara una furgoneta a nuestra casa, de la que descendieron tres hombres y una mujer. En un santiamén, habían puesto la mesa con unos manteles de papel que parecían de ropa, una vajilla impresionante y un sinfín de canapés que hicieron las delicias de tus hermanos durante la cena o al menos, eso dijeron tres o cuatro veces, lo que, si te digo la verdad, me sonó un tanto falso y exagerado.

Yo, recordando lo que siempre me habías pedido de mejorar mi sociabilidad, intenté ser amable y participar de la conversación; pero fue todo un poco extraño porque parecía que se repartían a turnos las intervenciones hablando de temas que no pudieran resultar incómodos. Así me enteré de que tu sobrina Carla había empezado a tocar el violín, o que su hermano Rodrigo se había caído jugando a fútbol la semana anterior y que la pequeña Paula había demostrado dotes importantes en matemáticas. De los tres hijos varones de tu hermana Soledad no hablaron demasiado, pero debes saber que Berta y David siguen odiándolos y tuvimos que sentarlos en las puntas de la mesa para evitar que se dieran patadas.

Una especie de bulto extraño se instaló en mi estómago y me provocó unas náuseas en el tercer canapé que acabó lanzándome al cuarto de baño para vomitar. Eso acortó la velada de nochebuena y a las once de la noche ya se habían ido todos. Lo mejor era que esta vez no me tocaba recoger. Los mismos duendecillos de la furgoneta habían prometido venir al día siguiente y llevárselo todo.

Me hubiera ido a dormir de inmediato si no fuera porque José Luis apareció de improviso con una botella de cava en las manos. Dudó cuando le dije que tu familia acababa de irse, pero al final se quedó y nos la acabamos entera haciéndome reír mientras me explicaba anécdotas de gente del trabajo. Es curioso de lo que es capaz de enterarse el director de recursos humanos. Por ejemplo, ¿sabías que el comité de empresa ha exigido a la empresa que

compre unos cojines especiales para los supuestos en los que alguno de los trabajadores tenga almorranas? Lo consideran un artículo de primera necesidad en el ámbito de la salud laboral y, cuando se les recriminó que había habido un gasto que nadie había aprovechado, acusaron a la empresa de no propiciar un clima de confianza para favorecer este tipo de peticiones.

Ahora estoy en casa de tus padres porque el día de Navidad siempre se come aquí y no me había planteado que tu ausencia vaya a cambiar la costumbre o que mi presencia sea inapropiada. Hasta que me he visto ante la puerta.

Sara Sofía me abre y recoge nuestros abrigo con su semblante triste. Ella también tiene a sus seres queridos al otro lado del océano y siento que esa circunstancia común podría convertirnos en amigas. Así al menos tendría una.

Abandono enseguida la idea porque la razón por la yo no tengo amigos es solo achacable a mi persona. Y si no, que se lo pregunten a Rosalina que me ha llamado cuatro veces y me ha enviado como siete mensajes que jamás he contestado.

Tus hermanos y tus cuñados me reciben con una sonrisa tan igual en todos y cada uno de sus rostros que, por un momento, me han parecido clones. Después, me he dado cuenta de que la causa es que he interrumpido una conversación de la que debo quedar excluida. ¿Cómo lo sé? Muy fácil. En cuanto he entrado, tu hermano Alberto, que me ha visto primero porque los demás estaban de espaldas, ha gritado

—Bueno, chicos, ¿qué íbamos diciendo? ¡Ah, sí! ¡El Madrid este año se lleva la liga sin duda!

Como he sido testigo de amargas disputas por esta misma cuestión, mis ojos se han desplazado casi de manera involuntaria a tu cuñado Jorge y, pese a la convicción con la que lleva los colores del Atlético, seguía sonriendo con esa misma mueca impostada. Soledad, que siempre riñe a su hermano cuando inicia esta conversación a sabiendas de que va a acabar enfadado con su marido, esta vez también ha mantenido el rictus de felicidad que no ha variado

pese a que sus tres horrendos hijos se han dedicado a corretear alrededor de Berta llamándola paticorta.

El timbre de la puerta interrumpe el momento y aparecen los Miranda. Ella, pese a sus sesenta años, sigue tersa de cara como una jovencita. Él luce el típico bronceado de quien se pega seis meses del año en climas tropicales. No hay nada como tener tanto dinero que puedas permitirte vivir de rentas y viajar por todo el mundo. Es la tercera vez que están en España y, al parecer, van a quedarse como mínimo seis meses por lo que han alquilado un piso cerca de casa de tus padres en la calle Ruiz de Alarcón.

Tu madre ordena que nos sentemos todos a la mesa. Bueno, como siempre, solo somos los adultos los que tenemos ese honor. Los niños van todos a la cocina donde la maravillosa Sara Sofía se ocupará de ellos porque en Navidad es tu padre el que hace el honor de servirnos.

Durante la comida, Alberto, el peruano, y tu padre monopolizan la conversación hablando del estado de la economía general y augurando desastres sin igual por culpa de la inestabilidad política. El novio de tu hermana Cristina ha intentado meter baza, pero en cuanto se han dado cuenta de que no es votante de su partido político lo han eliminado de la ecuación y han ninguneado todos y cada uno de sus comentarios.

Tu hermana Soledad y tu cuñada Elena han intercambiado con tu madre algún consejo sobre una dieta para celíacos que están recomendando en todas las revistas; pero después se han dedicado a consolar a la Señora de Miranda que dice no soportar el piso que han alquilado porque solo tiene ciento cincuenta metros cuadrados y las ventanas no insonorizan lo suficiente de manera que oye todo el tráfico de Madrid. Elena, tirando de comercial de inmobiliaria que es su trabajo habitual, le promete que mirará a ver si en Aravaca hay algún chalet en alquiler por el tiempo que van a estar, aunque no va a ser fácil.

Roman no ha perdido ni un segundo el móvil de vista y ha recibido, como mínimo, treinta o cuarenta mensajes. De refilón me ha parecido que está en una

de esas aplicaciones de citas, pero en cuanto se ha dado cuenta de que mi vista se fijaba en su pantalla, la ha bloqueado y me ha lanzado una sonrisa de advertencia.

Cristina apenas ha abierto la boca. Me mira de vez en cuando de manera poco amigable. Se supone que, siendo la más cercana a mi edad pues solo es un año mayor, deberíamos llevarnos mejor; pero es cierto que nunca ha habido sintonía entre nosotras. Más bien me ha visto como una competidora de tu atención y se abonaba a las indirectas que tu madre me lanzaba por mi falta de glamour y de “savoir faire”. Sin embargo, hoy está especialmente tensa.

Al llegar los postres, los niños obtienen el permiso para volver al comedor con nosotros. Es el momento de reparto de regalos. Tu madre tiene esas contradicciones. Odia a Papa Noel, pero en Navidad todos los niños reciben algún detalle como anticipación a los Reyes Magos y, aunque se trate de cosas de poco valor, cada niño recibe algo de parte de cada uno de los adultos que allí estamos.

Por fortuna, la presencia de los Miranda hace que, este año, los niños reciban sus once paquetitos, aunque tú no estés. Pero, entonces, en ese momento, caigo en la cuenta de que tampoco yo he comprado nada. Miro a tu madre con desesperación y veo que, sonriendo, saca una bolsa del baúl donde siempre se guardan los presentes y me la da a mí.

¡Increíble! Los ha comprado ella. O los ha mandado comprar, ¡qué más da! El caso es que Carmen de Manrique está mudando la piel de serpiente que la recubría y está convirtiéndose en un ser humano. Cuando yo era muy niña ponían una serie en televisión de unos extraterrestres con forma de lagarto que se disfrazaban de personas. Era terrorífico y muchas veces acababa llorando en la cama de mi madre porque era imposible conciliar el sueño después de ver según que escenas agazapada detrás del sofá puesto que me tenían prohibido verla. Ahora estoy tras el fenómeno contrario y siento también ganas de llorar.

Me retengo distrayéndome con el caos que se organiza mientras diez niños

(Carlos también está participando, aunque no sabe bien qué está haciendo) empiezan a abrir los regalos que los adultos que estamos a su alrededor les vamos entregando. Pronto el suelo del salón queda cubierto de trozos de papel de todos los colores y formas navideños.

Sabemos que hay que permitirles unos minutos de disfrute colectivo, pero también que habrá que deshacer eso con cierta rapidez porque, tan rápido como se ha instalado la felicidad en ellos, va a llegar la envidia al ver que la mochila de uno es exacta que la de otro, pero de un color más bonito y empiecen las peleas.

—¡Bien, niños! —se oye decir a Carmen—. Ahora, dejad vuestros regalos a un lado y recoged toda esta inmundicia que habéis dejado en el suelo.

—¡Un momento! —Es Cristina quien contradice a su madre y eso es insólito, motivo por el cual todos nos quedamos en silencio y expectantes incluyendo a los más pequeños—. ¡Falta una!

Sale casi corriendo del salón y aparece segundos después con una bolsa en la mano y una sonrisa enorme en la cara que ya no parece fingida ni impostada.

—Tened. Esto es de vuestro tío Jaime... ¡Bueno! Y de vuestro padre.

Los niños aplauden felices mientras que yo empiezo a sentir como si mi cuerpo se fuera convirtiendo en una gominola blanda e inconsistente. Por el rabillo del ojo veo que todos han puesto la vista sobre mí, como esperando mi reacción y yo solo tengo ganas de salir corriendo de allí, cosa que no hago porque sé que va a ser imposible que mis músculos atrofiados puedan sostenerme.

—¿Se puede saber a qué juegas? —Tu madre está enfurecida mientras mira a tu hermana Cristina.

—Jaime me lo ha pedido —contesta la aludida y yo te imagino colgado a un teléfono junto a la diosa de tu exnovia pretendiendo comportarte como un buen padre a ocho mil quinientos kilómetros de aquí.

—Los regalos son de los presentes porque consiste en tener el detalle de comprarlos pensando en disfrutar juntos de este momento.

—¿Ah sí? ¿Y por qué ella no ha comprado nada? —Su dedo me señala y me parece que de la punta de su yema va a salir un rayo láser que me va a fulminar—. No me vas a engañar, mamá, lo has hecho tú por ella.

—Pero ella está aquí. —Carmen ya no está tan segura en sus respuestas.

—Quizás por eso no esté Jaime. Ella no es de la familia. Al menos ya no lo es.

—Es la madre de mis nietos.

—¡Y es la mujer que te ha separado de tu hijo! ¡Si no fuera tan fría e insensible, Jaime jamás se hubiera quedado en Brasil! ¡No me miréis así los demás! ¡Todos lo sabéis! ¡Ella nunca lo quiso, solo se aprovechaba de él! ¡Es una maldita perra!

—Lárgate, Cristina. —Y ahora sí que todos los demás nos quedamos de piedra viendo la frialdad y dureza con la que tu madre está hablando—. En mi casa nadie alza la voz ni suelta groserías.

Cristina coge su bolso y a su novio con el mismo ímpetu y empieza a caminar hacia la salida. Justo cuando está en la puerta me dirige una mirada tan cargada de odio que acaba pulverizando mi capacidad de aguante y mis piernas se doblan sobre sí mismas. Román me coge en el último momento. Berta grita: ¡Mamá! Y todos me miran antes de que pierda el conocimiento.

Capítulo 14

El día de los santos inocentes teníamos nuestra propia competición. Se trataba de ver quién era el que descubría más noticias broma. Ya en el coche, de camino al trabajo, escuchábamos con atención Radio Nacional de España durante la primera media hora. Sabíamos que lo que tuviera que ser, se daría en ese tramo horario. Después cambiábamos a cualquier otro canal de noticias y, si la caravana de entrada a Madrid era más intensa que de costumbre, nos daba tiempo a escuchar una tercera. Al mediodía, como no comíamos nunca juntos porque tu solías tener reuniones de trabajo, yo me escabullía al bar de segunda que había junto al Teatro Infanta Isabel y me ponía junto al televisor muy atenta a cualquier inflexión de voz que delatase la falsedad de lo que anunciaban y es que, cada vez más, las inocentadas se daban sobre novedades deportivas y yo en eso tenía mi punto flaco.

Por la noche, en casa, después de ver el último telediario, teníamos que explicarnos el uno al otro las que habíamos detectado y nos desternillábamos de risa. Casi siempre ganaba yo, aunque algunas veces nos llevábamos la sorpresa que lo que habíamos pensado que era una broma, iba en serio.

Hoy también es veintiocho, pero he ido a trabajar en transporte público porque se me ha aconsejado (lo cierto es que sonaba a prohibición) que no cogiera el coche por si me viera sorprendida por otra bajada de tensión (diagnóstico inicial que espera ser confirmado con pruebas de todo tipo que deberé programar a partir de primeros de año) y que es lo que me ha

mantenido en reposo durante dos días atendida por la prima de Sara Sofía, Gabriela, que llegó, muy oportunamente, hace tres días de Bogotá en busca de trabajo.

He de confesar que la combinación de autobús de línea y tren de cercanías no son una mala opción para llegar al centro de Madrid. He tardado treinta y dos minutos, cuando en coche podría pasarme una hora completa. Es cierto que los accesos no están demasiado bien pensados para acarrear a tres niños, uno de ellos en cochecito; pero como hoy he podido hacerlo sin ellos porque Montse ha llegado puntual y se ha comprometido a hacerlo lo que queda de vacaciones de navidad, es posible que me plantee mantenerlo.

Claro que, quizás, mi periplo viajero se pase tan rápido como ha empezado. Cuando desperté del vahído, como lo llamó tu padre y pude pensar con cierta claridad, Carmen se puso frente a mí y me propuso (también sonó a imposición) que hiciera un intercambio con los Miranda. Ellos se quedarían en nuestra casa de Aravaca y yo iría con los niños a su pisito de Ruiz de Alarcón.

Según ella es pequeño, pero suficiente ya que tiene cuatro habitaciones. David y Carlos tendrán que dormir juntos porque Gabriela ocupará una de ellas. Podré pagarle a la interina con los quinientos euros que los Miranda nos van a abonar por el intercambio. Nuestro coche también se lo quedan los peruanos siempre que encuentren un chófer, dado que les parece un horror tener que manejar a través del horrible tráfico de Madrid y yo no lo necesitaré porque puedo llegar caminando tanto al colegio como al trabajo. Carmen sumó otros argumentos como el hecho de que Montse también está a tiro de piedra y que los gastos de calefacción se van a reducir de manera considerable. Además, se trata solo de un acuerdo para “*estos primeros seis y luego ya veremos*” lo que, pese a reforzar la temporalidad, me ha recordado que luego habrá otros seis más y eso sumará más de un año desde que recibí tu llamada y el mundo dejó de girar en el sentido acostumbrado. En ningún momento mencionó que sería la manera de dejar de verte en cada rincón de una casa que parece tenebrosa sin tu presencia o que ella también vive a escasos doscientos

metros y que le preocupa mucho la espiral de hundimiento en la que estoy cayendo sin aparente posibilidad de recuperación.

Hoy sabré si ese extraño acuerdo se confirma y, como si fuera la prueba de que mi vida podría empezar a cambiar, lo cual no dejaría de tener su gracia un día tan señalado como este, he decidido que el café con leche ya no me lo tomo en el café Gijón sino en la cafetería de la misma estación de Recoletos que, reforzando su característica de lugar de paso, apenas tiene tres taburetes junto a una barra que ocupa todo el establecimiento. La chica que lo atiende lleva una coleta recogiendo un pelo de un intenso color negro y tiene los ojos pintados con tanto rímel que me pregunto si le pesarán las pestañas. Viste un ceñido jersey de licra y unos pantalones que le marcan unas caderas espectaculares. Ese tipo de vestimenta es la única nota discordante a su increíble parecido con Audrey Rocío Ramírez, la mecánica descarada e intrépida de Atlantis. Se mueve con agilidad pese al reducido espacio y tiene el grado de amabilidad justo. La llaman Paca y su acento es marcadamente andaluz. Me siento a gusto.

Minutos más tarde creo tener las fuerzas necesarias para entrar en las oficinas de CEEH, S.A. según aparece en el enorme rótulo que han colocado en la puerta. Me maravilla la velocidad con la que las empresas se deshacen de su historia, nombre, denominación, socios o directivos para crear otra cosa. Si las personas tuviéramos la misma capacidad, yo no estaría llorando cada vez que soy consciente de mi situación.

La recepcionista me para y me pregunta cómo estoy. Su expresión es sincera, pero no me apetece hablar con una chica con la que apenas he cruzado otras palabras que no sean “buenos días” y “buenas tardes” y por pura educación. Respondo con un murmullo y me escabullo escaleras abajo.

Cuando entro en el departamento de recursos humanos, Luisa me mira solo unos segundos, los suficientes para percibir un cambio en su expresión que, por desgracia, acrecienta su parecido a un bulldog en su fase triste y siento que mi vida se desmorona un poco más. Una tiene su orgullo y sentir la compasión

de Luisa puede ser el colmo de la desesperación.

Rosa está sentada sobre la mesa de Marisa agotando los últimos minutos antes de que el reloj marque las nueve y nos sitúe a todos ante el ordenador. Están hablando en voz bajita para que nadie más las pueda oír, pero cuando me ven ambas se envaran y finalizando la conversación murmuran un saludo y empiezan a trabajar o a hacer ver que lo hacen.

Cuando ya estoy a punto de hacer lo mismo, entra Ernesto que, al verme, deja que le aparezca una sonrisa y se acerca. Tiene los dientes y las orejas puntiagudas y una estructura ósea que lo asimila a un triángulo andante tal cual como Tsu'tey, el soldado rudo de los Omaticaya. Cuando está a mi altura, baja mucho la cabeza y me susurra al oído: *“Cuando te apetezca devolvérsela, aquí me tienes”*. Después me guiña un ojo y sin que me dé tiempo a reaccionar se va hacia su mesa. Todavía queda en el ambiente el olor agridulce que ha salido de su aliento y me pregunto si no tiene nadie en su familia que le aconseje que sería muy apropiado utilizar algún locutorio para quitarse ese hedor.

Enciendo la pantalla y ante mis ojos aparece el nuevo anagrama de CEEH, S.A. Las letras me recuerdan a las Georgia del Word y sé que eso significa que, en breve, nos van a hacer llegar un libro de estilo que nos impondrá una nueva tipografía. En eso se pierde mi cerebro consciente, mientras que el inconsciente se ha percatado de que la base del logo plasma el perfil del mapa de España del que sale una flecha de doble sentido que se hunde en el perfil del sur de América, concretamente en Brasil. Así pretenden dar suficiente visibilidad al núcleo mismo de la fusión que estamos viviendo como empresa. La misma que ha hecho explotar mi matrimonio y mi vida.

Trago saliva y abro el correo. Apenas hay mensajes pendientes. Sin duda, otros se han encargado de gestionarlos. Recuerdo el que tú me dirigiste para comunicarme tu decisión de destrozarnos una vida en común y, por un momento, me asusto pensando que quizás hayas enviado alguno más que lo hayan leído mis compañeros. Así que pongo tu nombre en el lugar correspondiente a

búsquedas y acciono el comando. En unos segundos aparecen dos mensajes que son de José Luis, pero cuyo mensaje te menciona y que llegaron esta última semana. Es lo que tiene ser el director de Recursos Humanos, no tienes ni idea de cómo tramitar según qué cosas y pese a que tú se lo habrás enviado pensando en la confidencialidad del correo, él tuvo que remitirlo a la dirección general para que alguien lo gestionara.

El primero es para pedir que te ingresen la nómina en dos cuentas diferenciadas. El setenta y cinco por ciento debe mantenerse en el banco de costumbre que es el que todavía compartimos. El veinticinco por ciento restante deberá ser ingresado en una entidad bancaria de Brasil.

El segundo correo es para pedir una carta de recomendación que indique la previsión de residencia en Río y que solicitas, haga constar como mínimo un año ya que es la condición que te exige la inmobiliaria para alquilar una casa en Copacabana.

Así que... ya ves... los dos nos mudamos y el gusano que debe haber en mi interior y que explicaría el porqué de ese dolor continuo y molesto, se ha puesto a roer hasta dejarme en carne viva.

Me pregunto si esa podría ser la noticia broma del día, pero lo descarto cuando veo que tu correo tiene fecha de veinticuatro de diciembre. Más que una inocentada, fue tu autoregalo de navidad.

Busco ahora el nombre de Susana Alcázar. Ella sí envió directamente el correo a la dirección genérica, pero su petición se limita a pedir que se corrija el IRPF de cara al año que viene atendiendo a su nuevo domicilio.

Me pongo a trabajar obviando lo que me escuecen los ojos de retener las lágrimas y cuando llevo un buen rato, aparece Guzmán, el chico de los recados, y nos deja sobre la mesa un sobre de gran tamaño a cada uno.

Ya sabemos lo que es. Cada año, por estas fechas, nos regalan un calendario. Así que no tengo demasiado interés por verlo, pero a mi alrededor sí voy oyendo el crujir del papel al abrirse y algunas muestras de cierta emoción por lo que deben estar viendo. Yo sigo a lo mío, tecleando en el

ordenador pese a que el sonido ambiental me indica que hay gente moviéndose tras de mí acercándose a otras mesas y, en lugar de escuchar conversaciones sobre cualquier estupidez (“*pásame los indicadores de actividad de la sección de informática*” o “*¿has acabado la evaluación de la formación del último trimestre?*”) lo que hay son cuchicheos, alguna que otra risita, seguida de una amonestación.

Supongo que es una curiosidad que existe en algún sector de mi neocórtex o cerebro básico y que es la parte más instintiva de mi masa gris la que me lleva a girarme porque, en realidad, si me paro a pensar un poco, me importa una mierda qué es lo que les está generando esa súbita reacción que debe mantenerse en discreción o, más bien, alejada de mí. Pero, el problema es que, cuando me doy la vuelta, veo a Rosa, Ernesto y el becario nuevo que aterrizó en octubre, mirando el calendario y cuando se percatan de mi mirada, se mueven a una velocidad pasmosa para regresar a sus sitios.

De refilón veo que Luisa también tiene el calendario ante sí y sus ojos se han caído un poco más en su cara blandiblu. Entonces ella se levanta y se dirige a mi mesa para retirarme el sobre de ella.

—No —le digo con una seguridad que no siento.

—Silvia...

—No —repito.

Y después de volver a mirar a mi alrededor y ser consciente que todo el departamento nos está mirando, abro el sobre y saco el dichoso almanaque.

En la portada, el nuevo anagrama empresarial. Bien. Hasta aquí nada de qué preocuparse. En enero sales tú con una sonrisa impecable en la cara junto a Aguirre y rodeados de más gente en el despacho del gran jefazo. Debe ser el día de la firma del acuerdo. Mi mirada rastrea todos los rostros y la veo a ella en segunda fila, también sonriéndole a la cámara.

En febrero una foto aérea de Río.

En marzo, de nuevo estás tú. Llevas un casco de obra, estás en la misma entrada donde me despediste y miras unos planos. Se te ve muy profesional. A

tu alrededor, otros trabajadores.

En abril, la fachada de nuestra sede en Madrid con la nueva denominación social. Es un montaje y, si te fijas bien, se observa en algunos fallos de la fotografía. Además, la de verdad que deben haber colocado en estos dos días que he estado de reposo, está hecha de un material más brillante.

Pero llega mayo y lo entiendo todo. Tú y Susana Alcázar levantando una copa de cava y mirándoos sonrientes. Tras vosotros un cielo de un rabioso azul que es el marco perfecto. Nada más en lo que poder fijarse. No me extraña que la hayan escogido como arquetipo de la unión entre las dos empresas. No hay duda de la complicidad, sintonía y conexión que vuestro contacto visual transmite y ambos estáis muy guapos. Podríais ser modelos de una empresa de moda o de la propia marca de cava.

De forma involuntaria mis ojos se van al día veinte de mayo y veo que está resaltado con una especie de estrella a su alrededor. Quizás el destino me esté jugando una mala pasada, pero, o estoy viendo visiones o hay un bromista este día veintiocho de diciembre con demasiado sentido del humor. Otra explicación no encuentro a que esté marcado de manera especial el día de nuestro aniversario de boda.

—¿Por qué está señalado? —pregunto con una voz que parece sobrevenida de las catacumbas.

—Fue el día que se firmó el primer acuerdo —me responde Luisa.

¡Vaya! Eso sí es una verdadera sorpresa. Así que el día veinte de mayo del año pasado, cuando llegaste a casa y me pediste que me pusiera guapa porque me llevabas a cenar para celebrar nuestro onceavo aniversario de casados, venías de haber firmado el acuerdo que nos iba a unir con la empresa donde trabajaba tu exnovia para realizar un proyecto que sabías que te llevaría a Brasil con ella.

Recuerdo a la perfección ese día. Llevé puesto el vestido negro con encaje en toda la espalda, porque me convenciste, pese a mis protestas iniciales al descubrir que los cuatro quilos que todavía me sobraban del embarazo se

hacían demasiado evidentes.

Estuviste toda la noche atento y cariñoso. Te negaste a hablar de nada que tuviera que ver con el trabajo o los niños. En su lugar, nos divertimos con el juego que nos había entretenido muchas veces, pero que habíamos descuidado en los últimos tiempos. Consistía en imaginarnos en otras circunstancias que nos sacaran de aquel momento concreto. Aquella noche pactamos hacer ver que teníamos más de cincuenta años, que nuestros hijos ya no estaban en casa y que íbamos a celebrar la finalización de la hipoteca con un viaje por Indonesia.

Me cogiste varias veces de la mano mientras yo la tenía sobre la mesa y también me acariciaste por debajo cuando el camarero estaba lejos. Me hiciste reír cuando me tarareaste la canción de Luis Fonsi que, años atrás, me confesaste que cantabas sin parar cuando creías que yo estaba con Bosque: *Yo, yo no me doy por vencido / Yo quiero un mundo contigo / Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro / Una señal del destino / No me canso, no me rindo, no me doy por vencido.*

Al llegar a casa me hiciste el amor con la luz encendida porque te negaste a atender a mis ruegos e hiciste que me creyera que te parecía maravillosa con el cuerpo redondeado por las formas de la reciente maternidad. “Arrebatadora”. Ese fue el adjetivo que utilizaste antes de penetrarme y embestirme con fuerza y lentitud hasta que perdí la cordura.

Después me abrazaste y me susurraste al oído que eras el hombre más feliz del mundo y que a veces temías que todo fuera un sueño porque no podías acabar de creer que alguien como yo te hubiera concedido mi amor.

Cinco meses más tarde me llamaste para decirme que estabas enamorado de otra mujer.

Cuando entra José Luis como una exhalación y me encuentra en pleno ataque de histeria rompiendo en mil pedazos el calendario mientras mis compañeros intentan calmarme, no hay mucho que hacer, pero jura que va a ir a hablar con los de marketing y cantarles las cuarenta.

Capítulo 15

—¿Y cómo se siente ante eso?

¿Que “cómo me siento”? Esta tipa es idiota. Quizás deba recomendarle el manual de Karp sobre depresión. ¿Cómo me voy a sentir cuando toda mi vida se ha desvanecido? ¿Cuando el hombre que me había prometido ser mi compañero me ha traicionado? ¿Cuando me ha abandonado con tres niños que, pese a eso, siguen hablando con él como si fuera el mejor padre del mundo? Cualquier imbécil sabría que me siento deprimida. Sin más. Solo verme. Tendría que decirle que descolgara el letrero de la puerta que dice “psicóloga” porque está claro que es una de esas de pacotilla que necesitan ponerse la bata blanca para confundir a sus clientes a quienes llama pacientes para redondear la patraña que ha construido alrededor.

Sin embargo, no puedo decirle nada de todo eso. Lo cierto es que desde que he entrado casi no he podido balbucear más que cuatro palabras. Todo lo demás ha sido llanto desconsolado. Y tampoco he podido morderle en la yugular cuando me ha alcanzado el paquete de pañuelos de papel que hay sobre la mesa, con una previsión insultante. Seguro que cuando salimos de aquí, califica nuestra gravedad basándose en el número de papeles de celulosa consumidos. Yo creo que voy a ser de las que batan récords.

He llegado aquí por recomendación de Carmen. Le han asegurado que es un sitio discreto y de eso no hay dudas, no solo porque está en Chueca y ninguna de sus amistades pisaría este barrio ni por casualidad, sino porque el letrero

de la entrada lo anuncia como un Centro Ginecológico y Obstétrico. Así que, como mucho, si alguien me ve, pensará que estoy embarazada, lo cual teniendo en cuenta que llevas casi cuatro meses fuera de casa puede ser interesante.

La psicóloga ha levantado el auricular y le ha pedido a alguien que avisen al doctor Torres. Poco después aparece un hombre de unos cincuenta años y cierto atractivo que, sin embargo, me mira como por encima del hombro mientras escucha lo que la falsa médico le susurra al oído. Sin pedirme permiso, se sienta a mi lado y como si estuviera muy cansado empieza a hacerme preguntas.

—¿Alergias? ¿Intolerancias?

—¿Ha padecido usted o su familia algún tipo de enfermedad mental?

—¿Bebe alcohol?

—¿Consume drogas?

—¿Conduce?

—¿Toma algún medicamento para dormir?

Minutos más tarde estoy saliendo por la puerta con un paquete de citalopram en el bolso, una receta para dentro de quince días firmada por un psiquiatra y una nueva visita para un mes. No pienso obedecer ninguna de las tres instrucciones.

Echo a caminar sin rumbo fijo. No tengo nada que hacer hasta la noche. Es el último día del año y el primero en mi nueva casa. Los niños están con Montse. Hace un frío demoledor, pero prefiero sentirlo porque de esta forma mis pensamientos se distraen.

Este fin de semana ha pasado razonablemente rápido. La mudanza ha sido agotadora pese a que tan solo consistía en llevarse la ropa y los objetos personales más habituales. A fin de cuentas, me ha vuelto a recordar tu madre, solo es por seis meses. Empiezo a temer que eso no es más que una estrategia para que acepte, a pequeñas dosis, la decisión que has tomado por mí. Lo sé porque también apareció tu hermana Cristina supuestamente para ayudar.

Al entrar me hizo un gesto que, con algo de imaginación, podría ser una

disculpa, pero de su boca no salió ningún ruego. Minutos más tarde empezamos a obedecer, como no, las órdenes de tu madre. Estábamos Sara Sofía, Gabriela, Cristina y Soledad, aunque esta última se dedicó, de manera exclusiva, a impedir que los niños se mataran entre ellos a la vista de que es imposible que entre los primos se tengan ningún aprecio. A mí me destinaron a la habitación de Berta y allí estuve un buen rato. Cuando acabé, tu hermana pequeña ya se había ido. Me comentaron que le habían llamado de su trabajo, pero pronto me di cuenta de que ya no quedaba ni rastro de tu ropa. Ni en nuestra habitación, ni en la cómoda donde está tu ropa de deporte, ni en el armario del vestíbulo donde guardas tus abrigos. No sé qué vas a hacer con ellos en un sitio donde nunca bajan los termómetros por debajo de los veinte grados.

Los niños recibieron con alegría la noticia de que íbamos a vivir en Madrid. Lo sé también porque oí cuando te lo explicaban por teléfono. Berta te dijo que por fin podría ir por las tardes a jugar con sus amigas y David, que se iba apuntar a la extraescolar de fútbol sala. De tu reacción no sé nada. Pero ya debías saberlo por Cristina.

Anoche fue la primera que pasamos en el piso y creo que también fue la primera que he pasado sin tener pesadillas. Así que esta mañana cuando me ha sonado el despertador, aunque hubiera seguido durmiendo, he podido levantarme con sensación de haber descansado.

Gabriela ya estaba en la cocina. Esa chica es tan silenciosa y triste como su prima, pero también igual de diligente y disciplinada. He intentado hablar con ella, pero ha sido imposible que explique nada más de lo que me informó Carmen. Que es de Bogotá, que tiene veintitrés años y que le gusta mucho trabajar. Pese a ello me hace compañía y a Montse también le cae bien después de que la tranquilizara asegurándole que no iba a prescindir de ella para cuidar a los niños.

Una bicicleta está a punto de atropellarme y eso me hace levantar la cabeza y verme en mitad de la plaza de Chueca. Pese al frío, hay gente sentada en la

terraza de uno de los bares. El camarero que sale en esos instantes del bar, lleva tres tazas de un humeante chocolate. Recuerdo que es uno de los productos más combativos contra la depresión así que aprovecho para tirar la caja de citalopram en una papelería cercana y entro dentro del interior del establecimiento.

El sitio es pequeño y no está muy limpio. En una de las mesas interiores hay una pareja haciéndose arrumacos. En la barra, un hombre frente a un vaso de whisky. Un poco más acá una cerveza a medias y un paquete de tabaco me advierte que hay alguien más que ocupa el lugar. Opto por sentarme en una mesa cercana a la puerta y así puedo entretenerme mirando al exterior.

Pido el chocolate, pero antes de que el chico se vaya, le digo que también me traiga un chupito de coñac. El camarero ni se inmuta, como si la combinación fuese lo más natural del mundo. Yo me digo a mí misma que es una bebida ideal para quitar el frío.

Poco después tengo ambas cosas sobre la mesa y dudo sobre por cuál empezar. Al final, se me ocurre echar el contenido del vaso pequeño sobre la taza y el vapor humeante se alcoholiza y me entra por la nariz. Me recuerda a un bizcocho que mi madre compraba. Tiene buen olor y tendrá mejor sabor, me digo y doy el primer trago que pasa por mi esófago y cae a mi estómago provocándome un bienestar instantáneo.

—Buen maridaje —me dice un hombre.

Levanto la cabeza y veo a Luis, mi compañero de colegio. Por lo que lleva en las manos sé que es el hombre que faltaba en la barra. Me está mirando con una sonrisa en los labios y sin pedirme permiso se sienta frente a mí.

No sé por qué lo recordaba más gordo y más estropeado. Ahora lo que veo es al típico musculitos de gimnasio, sobre dosificado de esteroides y convencido de que el aspecto de militar rapado y tatuado va a hacer desmayar a las mujeres a su paso. Pese a ello se parece más a Buzz Lightyear que a Máximus, que sería su anhelo.

—Luis Correa.

—Silvia Salinas.

—Para ser las doce de la mañana no está nada mal —dice señalando el vaso pequeño vacío.

—Tenía un antojo.

—Veo que sigues siendo la jovencita decidida y valiente que conocí. Me alegro. La última vez que te encontré pensé que te habían abducido.

Me gusta eso de que me vea de forma diferente a como me he estado viendo yo estos últimos días. Debe pensar que la nariz y los ojos rojos son producto del frío y no del llanto continuo. En cualquier caso, aprovecho la oportunidad para reinventarme a mí misma, aunque solo sea unos minutos. Me apoyo en el respaldo, sonrío y dejo que extienda ante mí toda la batería de estrategias estereotipadas de ligón de barrio.

Estamos una media hora charlando, yo me tomo un segundo tazón de chocolate aromatizado y él puede con dos cervezas más. Me explica que sigue regentando el bar en el que lo encontré hace años y me recuerda que está tan solo a dos calles de donde nos encontramos. Ahora abre solo por las noches porque se ha especializado en un negocio muy lucrativo: el intercambio de parejas. Se anuncia en todo tipo de medios de comunicación y en la mayoría de *sexshops* que hay en Chueca.

Me ha rozado tres veces la rodilla y no ha dejado de mirarme a los pechos que están bajo un jersey de cuello alto que se ciñe de manera que cualquier ojo avisado adivinaría la talla. Cuando me lo he puesto esta mañana, solo había pensado en la comodidad. Pero le he sacado provecho.

Me ha preguntado por el anillo de boda y en ese instante me lo he quedado mirando preguntándome yo también por qué seguía llevándolo puesto. Esa reacción más el comentario de “*es un buen recordatorio del error que no debo volver a cometer*” y aderezado con un guiño ha sido suficientemente convincente de que soy su tipo. Si no fuera porque lo han llamado por teléfono, estoy segura que me hubiera acabado proponiendo otro chocolate aromatizado. Pero lo que fuera que lo ha reclamado ha sido determinante para

finalizar la charla.

Al irse me ha hecho prometer que pasaré por su bar, aunque, como no queda muy convencido de la veracidad de mi promesa, me ha pedido el teléfono. Es lo que pasa cuando se tiene mucho músculo y poco cerebro, que no recuerda que ya se lo di. Vuelvo a recitar los números y me hace una pérdida que, por fortuna, hace vibrar mi móvil que está boca abajo lo que le impide ver que yo sí tengo grabado el suyo. Tampoco recordará que estoy en el grupo de alumnos de EGB, pero eso tampoco me extraña porque nunca he participado. Esta vez, no me parece que quiera introducirme en ese núcleo de amistad reciclada. Sus intenciones son más exclusivas.

Vuelvo a casa y regresa la versión triste y llorosa de Silvia Salinas. Se supone que en un piso donde nunca has estado y donde no queda ni rastro de tus objetos personales, podré recomponerme mejor, pero hay tres niños danzando sin parar y exigiéndome que haga de madre y de padre todo el tiempo. Un cansancio brutal vuelve a apoderarse de mí y me meto en la cama pidiéndole a Gabriela que les dé ella de comer.

Me levanto de nuevo a eso de las ocho de la noche. En la televisión están poniendo esos típicos documentales de efemérides del año. Me siento en el sofá para verlos con la sana intención de distraerme. Mi pensamiento, sin embargo, hace su propio relato de sucesos más representativos.

Enero, nace Carlos y, en lugar de alegría, siento como si, de nuevo, se hubieran cerrado las puertas de una cárcel sobre mí. Febrero, compraste el coche nuevo de siete plazas para no tener problemas de espacio cuando viajemos toda la familia. Marzo, pasaste un fin de semana en Barcelona por problemas de trabajo y yo estuve sin hablarte dos semanas porque no soporté verme de baja de maternidad apartada del mundo y encima sentirme sola en un festivo. Abril, nos fuimos unos días a Alicante aprovechando Semana Santa, aunque fue una experiencia frustrante porque nos llovió cuatro de los cinco días y el apartamento tenía escasamente setenta metros cuadrados. Además, demostramos que las siete plazas no mejoraron la incomodidad de tres horas

de viaje con tres niños. Mayo, me llevaste a cenar por nuestro aniversario de bodas y volví a sentirme yo misma al poder reincorporarme a la vida laboral, lo cual tuvo sus mejores consecuencias colaterales en nuestros encuentros nocturnos en la cama. Junio, te regalé por tu cumpleaños dos noches en un hotel original de Tudela cuyas habitaciones se instalan en burbujas de aire que permiten ver el cielo estrellado y donde hicimos el amor varias veces como si fuéramos un par de adolescentes. Julio, pusimos aire acondicionado en casa. Fue lo único que se te ocurrió para calmar mi estado de nervios al verme encerrada con tres niños mientras que tú volvías cada día más tarde porque, según me decías, las cosas con el proyecto de Brasil se complicaban. Agosto, por cuarto año consecutivo veraneamos en Comillas, en un complejo turístico con todos tus hermanos excepto Román. Tus padres también están en el mismo término municipal, pero ocupando una casona del siglo XVIII. Septiembre, empiezan los colegios y me regalas un camisón por mi cumpleaños de la talla previa al último embarazo. No sé si me molesta más eso o descubrir por el vale regalo que me das para que lo cambie, que lo has comprado el mismo día. Da lo mismo porque nunca me lo verás puesto. Te fuiste a Brasil al día siguiente. Octubre, con la misma capacidad que yo canjeé la lencería, ahora eres tú quien me permutas a mí por otra. Noviembre, me comporto como una penosa mujer cornuda suplicándote que no me abandones. Diciembre, monto un par de numeritos ante tu familia y en el trabajo y nos mudamos a otra vida. Fin.

Gabriela me saca de mis pensamientos cuando me dice que ya está la cena en la mesa. Me levanto y comemos juntos. Ellos apenas le dan importancia a que, dentro de dos horas y media, el reloj moverá su minuterero y, a diferencia de los trescientos sesenta y cuatro días restantes, eso supondrá cambiar de año. Yo no he comprado ni la uva.

—Gabriela, si quieres salir esta noche con tus amigos...

—Se lo agradezco, señora, pero no conozco a nadie en Madrid.

—Bueno, está Sara Sofía y mis suegros esta noche no van a estar en casa —

le contesto renunciando a decirle por enésima vez que no me llame señora.

—Pero... no puedo irme.

—¿Por qué no? Está solo a diez minutos de aquí.

—Pero... yo trabajo hoy.

—Sí. Ya has acabado con creces tu jornada. Ve a su casa y, al menos, entráis en el año juntas.

—¿De verdad no le importa?

—¡Dios mío! ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pero si la señora Carmen...

—No se enterará. Vuelve antes de las dos. Nunca regresan antes.

Me ayuda a acostar a los niños y se va dándome las gracias por onceava ocasión. Yo apago la televisión y me voy a dormir o, al menos, lo quiero intentar.

Cuando llevo solo veinte minutos en la cama llaman al timbre. Me levanto pensando que será Gabriela y no me preocupo por ponerme la bata. Llevo puesto el camisón que fue tu último regalo. Cuando abro la puerta, José Luis con una botella de cava en una mano y un manojito de uvas en la otra, silba paseando su vista. No se trata de una pieza sexi y ahora me va un poco grande de los lados, pero es verdad que no deja de ser lencería con encaje y satén.

—¡Vaya recibimiento! Si lo llevo a saber traigo dos. —Y señala la botella de cava.

—Qué tonto eres. Creí que era Gabriela. —Y dejándolo pasar—. ¿De verdad es tan triste tu vida que no tienes nadie más con quien pasar la nochevieja que una patética llorona?

—Me debí portar muy mal en la otra vida —me dice guiñándome un ojo.

Me pongo una bata encima pese a sus protestas y nos sentamos en el sofá con la televisión de fondo para evitar los momentos incómodos en los que nos quedamos sin conversación porque entre él y yo, no hay mucho más que tú y ese tema está vedado.

Pese a ello, llegan las doce con relativa facilidad y consigo comerme todas

las uvas. Se produce otro momento tenso cuando, siguiendo la costumbre, nos abrazamos. Me parece notar que su cercanía no es tan fraternal. Por fortuna, Carlos gimotea y yo tengo la excusa perfecta para salir corriendo de allí.

Cuando vuelvo él ya está de pie con la cazadora puesta para irse. Yo también creo que es lo mejor y no intento ser educada proponiéndole otra copa.

En esos momentos suena mi móvil y tu nombre aparece en pantalla. Los dos lo vemos, pero a mí me paraliza el miedo. No tengo muy claro que pueda oír tu voz sin romperme y eres capaz de estar llamando para hablar con los niños pensando que los he mantenido despiertos para celebrar su primera nochevieja sin su padre. Desventajas de haberme mudado a un piso que no tienen teléfono fijo.

—¿Quieres...? —dice José Luis señalándolo.

Asiento solo con la mirada y veo cómo lo acciona para contestar.

—Jaime —dice mientras se pone el auricular en la oreja.

—...

—Sí. Soy yo.

—...

—No creo que eso...

—...

—No, están durmiendo.

—...

—Me parece que no estás en condiciones de decir nada al respecto.

—...

José Luis me mira y me hace un gesto breve que me indica que está preguntando por mí. Niego con la cabeza y me retiro como si el teléfono pudiera quemarme. Pese a ello, me quedo a unos metros y sigo mirando cómo se desarrolla la conversación.

—No quiere, Jaime.

—...

—No. No insistas. —José Luis se retira también hacia la ventana. Creo que estás alzando la voz y no quiere que yo pueda oírlo.

—...

José Luis sigue callado y muy atento a tus palabras, aunque acaba pasándose la mano por el pelo y me mira, desde la distancia que uno y otro hemos marcado, con una expresión en sus ojos que no puedo descifrar.

El terror se está apoderando de mí. No soporto saber que estás al otro lado de la línea y vuelve a aparecer ante mí la imagen del calendario y tu sonrisa cómplice con Susana Alcázar. Bosque parece entenderlo porque interrumpe tu soliloquio.

—Se acabó, Jaime. Tengo que colgar.

—....

—Quizás.

—...

—Llámame mañana y lo hablamos.

—...

—Pues sí, a ser posible. Ya sabes cómo va esto.

—...

—Lo siento. Adiós.

Deja el aparato sobre la mesa y espera a que yo reaccione. Lo hago, como era de suponer, desamorándome en un llanto sin consuelo. José Luis me abraza y me obliga a sentarme en el sofá donde acabo durmiéndome mientras él me acaricia la cabeza. Hace solo cuatro meses, eras tú quien lo hacías.

Capítulo 16

El móvil me envía una notificación que me indica que he sido añadida a un grupo llamado “El club de los corazones rotos”. Estoy a punto de salirme sin más, cuando antes, decido ver quién es el gracioso. Me quedo de piedra cuando veo que la administradora es Rosalina y que las otras integrantes son Lucía y Aurora. Lo cierto es que no he contestado ninguno de sus mensajes desde que nos encontramos en el aeropuerto, pero ella no ha desistido de enviarme alguno cada quince o veinte días recordándome que estaba ahí para lo que necesitase.

Las primeras anotaciones me atrapan y me disuaden de marchar.

“Antes de que optéis por salir de este grupo, recapacitad”.

“¿Cuándo habían acertado tanto etiquetándoos?”.

“¿Es posible que exista el destino?”.

“¿Cómo explicar que en el mismo mes me encontrara con todas vosotras?”.

“¿Qué puede tener de casualidad que las tres reaccionaseis llorando, aunque yo solo fui una excusa en todos los casos?”.

“¿Cómo no relacionarlo con el hecho de que yo soy incapaz de derramar una sola lágrima pese a que he recibido el mazazo más grande de mi vida?”.

“¿Cómo no entender que el azar os ha vuelto a poner en mi camino y que debemos materializarlo en algo, aunque sea este sucedáneo de grupo virtual?”.

La primera en reaccionar es Lucía.

“Hola. ¿Qué te ha ocurrido, Rosalina? Parecías tan feliz cuando te vi”.

“Me practicaron una histerectomía radical en octubre. Nunca podré tener hijos. Por favor, no me digáis eso de que se pueden adoptar”.

Aurora se suma a los comentarios.

“Nunca te fíes de la sonrisa fácil de Rosalina. Actúa de escudo ultrasónico ante cualquier cosa”.

“¿Y qué voy a hacer? En mi entorno laboral de hombres con relaciones de una sola noche, casi me felicitaron ante la noticia”.

“Mi entorno es de padres de clase alta y te aseguro que no son más sensibles a los sentimientos ajenos”, responde Lucía.

“Lánzales una carcajada. Verás qué efectos tiene”.

“Ya ninguno... Me despidieron en octubre. Disciplinario procedente. Me enamoré de una alumna. Tenía dieciocho años cuando nos pillaron, pero era menor cuando empezó nuestra relación. Ahora ella está en Santander y yo no encuentro trabajo. No perdáis más el tiempo y echadme ya del grupo por pederasta”.

“¿Sigues amándola?”, pregunta Aurora.

“Con toda mi alma”.

“Pues sueña con vuestro reencuentro”.

“Eso hago. Cada minuto del día y de la noche. Pero, a veces, no sé si es suficiente para poder vivir”.

“Lo es. Incluso cuando no hay esperanza. Yo me enamoré de un hombre casado y después de decirme durante tres años que iba a dejar a su mujer, en octubre me comunica que está embarazada y que quiere intentar consolidar su matrimonio. Yo sigo imaginando que un día aparecerá en la puerta de mi casa y cumplirá su promesa”.

“¿No te sientes culpable por estar rompiendo una familia?”.

No he podido evitarlo. Sé que, en lugar de juzgarla, debería haber salido del grupo; pero me he visto en el lado de la esposa ultrajada, traicionada,

herida...

“¿Por qué iba a hacerlo? Lo ama”.

Es Rosalina quien ha intervenido.

“También debe amarlo su mujer”.

“Y si tiene un grupo de amigas, estas la consolarán y le dirán que perdona a su marido o que le corte las pelotas”.

“¿Tú qué prefieres que te digamos, Silvia? ¿Que es un cabrón al que se le debería caer su cosita a trozos o que vayas a buscarlo y le hagas darse cuenta de que tú eres la mujer de su vida?”.

Me quedo mirando el móvil noqueada ante la intuición de Rosalina.

“Ya fui a buscarlo. Ocho mil quinientos kilómetros. Imposible competir contra un metro setenta y cinco y medidas perfectas”.

“Dudo que esa sea la razón. Vi tu figurín en el aeropuerto. De todas formas, volviendo a lo importante, sé de un herbolario donde venden pociones con todo tipo de efectos secundarios”.

Llenamos las cuatro la pantalla de emoticonos divertidos ante la última ocurrencia de Rosalina y a mí se me escapa una sonrisa.

A partir de ese momento tengo el móvil continuamente en las manos y siempre estoy expectante ante los comentarios que me llegan. Hemos cambiado el nombre del grupo porque nos hemos percatado de otra señal divina que hizo que a las cuatro nos cambiara la vida en el mismo mes del año. Así que ahora somos el “Oktoberclub” y tenemos como imagen la de un enorme alemán, que disolvería la libido de cualquier mujer por su aspecto dejado y sucio, con una cerveza en la mano, en clara alusión al Oktoberfest a donde nos hemos propuesto escaparnos a final de año cuando vayamos a celebrar el aniversario de nuestra desgracia.

No he dejado de llorar casi a diario, pero ahora soy más discreta y me da tiempo a llegar al baño o esconderme en alguna habitación de casa. También creo que he detenido la bajada de peso y apenas me inmuto cuando suena el teléfono fijo que por fin instalé en casa para que pudieras llamar sin que

utilizaras mi móvil.

José Luis ha seguido viniendo con bastante asiduidad y se suele quedar a cenar. Ha intentado algunas veces que salgamos fuera, pero está haciendo un invierno helador y eso me ha servido de excusa. Me repite que no tiene mejor sitio donde estar cuando yo le recuerdo que su fama de ligón está disolviéndose y eso le va a perjudicar.

Yo se lo agradezco y no le digo que sé que sigue siendo tu amigo más que el mío y que mantenéis conversaciones. Lo sé porque un día se dejó el aparato en casa y me llamó desde el trabajo para que le pasara un número de teléfono que tenía grabado en la agenda. No pude evitar ir al historial de llamadas y ver que tu nombre aparecía casi a diario.

Por eso supongo que he incrementado la relación con mi grupo de amigas, aunque sigue siendo virtual porque ninguna de las cuatro ha querido dar el paso. Tener amigas propias que no tienen nada que ver contigo es lo único que me ayuda a seguir soportando el día a día en la empresa donde el calendario, presente en todos y cada uno de los rincones, incluyendo el vestíbulo central porque han decidido reproducirlo cada mes a tamaño gigante, ya está mostrando la foto aérea de Río de Janeiro.

También es la dosis de ánimo que necesito para presentarme cada día en la puerta del colegio y sonreírle a la mamá de Graciela que me confirmó que viajó a Río de Janeiro con su marido a mitad de enero y que cenó contigo el mismo día que Carlos cumplía su primer año de vida. Según me ha dicho se te ve muy bien y has conseguido ser considerado el empresario modelo en los círculos brasileños. Nada mencionó sobre tu compañía. Pero no le hizo falta. Su sonrisa pedante y malvada me lo dijo todo.

Los niños son los que mejor han encajado tu ausencia. Les parece suficiente tenerte unos minutos al teléfono cada dos días y nunca preguntan si vas a volver. Cuando suena el teléfono Carlos siempre dice “papá”, pero no debes congratularte. Lo cierto es que el otro día llamaron de la comercial del banco para venderme un préstamo y el pequeño no paró hasta que consiguió que le

pusiera el auricular en la oreja. Entonces lo vi sonreír y balbucear alguna cosa sin sentido. Cuando volví a ponerme al teléfono, la señorita que solo hacía unos segundos me había hablado con técnica inmejorable de los tipos de interés hacía pedorretas.

La bruja Úrsula me citó para una entrevista a finales de enero y me mostró un dibujo de Berta en el que yo estoy en la cama y tú en traje de baño en una playa con un sol reluciente. Era su visión de “qué hacen papá y mamá cuando no están en el trabajo”. A la profesora le parecía un tanto preocupante y cuando fui a darle explicaciones sobre la visión distorsionada que se tenía de Brasil en según qué lugares, me dijo que lo que había llamado la atención era lo mío y me dio un discurso sobre lo importante que era ser un ejemplo para los hijos para evitar que cayeran en cualquiera de los siete pecados capitales, de los cuales, la pereza, debía ser el más ignominioso.

David está convencido que un día de estos me pides que lo suba a un avión e inicia una carrera futbolística de lo más fructífera. De nada ha servido que le diga que ese tipo de ascensiones meteóricas se dan en Europa, él recita de memoria nombres que apenas reconozco salvo por Pelé, Ronaldo, Ronaldinho, Romario y Roberto Carlos que pronuncio de corrido, sin respirar como hace él.

Tu madre sigue mutada en un ser humano, al menos conmigo. Viene a casa una o dos veces por semana con la excusa de los niños, pero a hurtadillas la veo abrir la nevera e interrogar a Gabriela sobre mis costumbres alimentarias. Se llevó cierto disgusto cuando se enteró que no había vuelto al gabinete psicológico camuflado, pero lo aceptó cuando le enseñé que conservaba todos los manuales de cuando estudié la carrera y que había subrayado con disciplina férrea los principales tratamientos a aplicarme.

A tu padre sí que no lo veo ni siquiera cuando los domingos sigo yendo a comer. Le ha dicho a tu madre que se ha apuntado a un nuevo club de golf. Carmen cree que tenemos que dejar que se le pase la euforia y se canse de los palos y las pelotitas. Yo imagino que tienen una nueva amante que lo tiene muy

entretenido y envidia la elegancia y desinterés con el que Carmen se conforma.

Puedo ir a trabajar andando, pero, pese a ello, en lugar de parar a hacer el café al Gijón he cambiado de establecimiento y bajo las escaleras del tren para sentarme en alguno de los taburetes de la pequeña cantina de la estación.

Mientras me tomo el café con leche me deleito viendo a la Paca tratar con los clientes con esa desenvoltura y capacidad. Ha memorizado todos y cada uno de los gustos particulares que tenemos y nunca se equivoca, ni siquiera cuando se trata del señor Ramon, el quiosquero de unos metros más allá, que toma el café de tres maneras diferentes dependiendo de cómo tenga el día de animado. La Paca sabe verlo a distancia, solo observarlo caminar y cuando el señor Ramon se sienta en el taburete, ella ya le ha puesto el café solo y con sacarina, el café con leche natural o el café con leche de soja.

El mundo sigue girando a la misma velocidad y el sol sigue saliendo por el este, pero lo peor sigue estando por la noche, cuando todo se queda en silencio. El agujero de mi pecho se hace grande y duele. Mi cabeza me trae retazos de ti en mil sitios distintos y con centenares de expresiones en el rostro. ¿Cuántos recuerdos se pueden almacenar en once años?

“Chicas, prometí no hacerlo, pero necesito veros”.

Es Rosalina la que lo ha dicho y me doy cuenta que ha cambiado la imagen de su perfil. Antes de responder accedo a ella y la hago grande. Me encuentro con una cara que es la suya, pero que lleva escrito en tinta invisible *“me estoy ahogando”*.

“Yo también lo necesito”, respondo porque hace tiempo que me he dado cuenta que tengo que hacer algo distinto o acabaré convirtiéndome en un ser inerte que se confundirá con cualquiera de los muebles del salón.

Se apuntan Aurora y Lucía y quedamos para esa misma noche en un bar de tapas y música en directo que hay en Chueca. He estado a un tris de proponer el de mi amigo Buzz Lightyear, pero he recordado, a tiempo, que lo ideal es ir con tu pareja a ese establecimiento. Además, no sé si quiero compartir lo que tengo con él.

No nos hemos visto más, pero la mensajería instantánea ha ido subiendo de tono por momentos. Él cree que estoy divorciada hace años y ni siquiera creo que recuerde que, cuando nos vimos la primera vez, le hablé de dos hijos; pero no le importa lo más mínimo porque no me ha preguntado por ello. Yo tampoco sé mucho más de él salvo que no parece tener nada más en la cabeza que el sexo. Pero eso no importa. Cada cierto tiempo me pone un mensaje insinuante y yo le sigo el rollo hasta que empieza a plantearse el que nos veamos. Entonces, pongo una excusa creíble o no, eso no importa, pero suficiente para acabar la conversación.

El caso es que esa relación me permite ser otra persona distinta. Quizás alguien sin demasiados escrúpulos y menos neuronas, pero qué más dará. Al menos no soy el ser melodramático y sombrío que veo cada mañana ante el espejo y eso me gusta.

Capítulo 17

Llevamos tres cubatas cada una y todavía tenemos ganas de reír. Es la primera vez que esta dosis de alcohol no me produce la llantina absurda ni un sueño aplastante. Debía siempre limitarme a un máximo de un par de copas de vino o abandonar en cuanto mi cuerpo notaba el cosquilleo desinhibidor, primer síntoma de cómo están afectando al cerebro las toxinas del etanol. Es cierto que hace unos días me bebí tres chupitos de coñac, pero rebajados en el chocolate y a dosis tan pequeñas, no cuenta.

Estamos en un bar que tiene las paredes empapeladas de actores de los años cuarenta y que me recuerdan a mi madre que era una enamorada de esas películas como lo había sido su madre a la que nunca conocí. Frente a mí, la foto de Gary Grant que es uno de mis favoritos y respecto del que, una vez, te dije que os parecías. Supongo que estaba enamorada que forcé el parecido más allá de una abundante cabellera negra. Ahora pienso que, quizás había una señal del destino oculta y que no supe leer a tiempo, porque mi película favorita es *Encadenados* y más de la mitad transcurre en Río de Janeiro.

El estilo cinéfilo no le da más glamour al tugurio porque es lo único que tiene colocado con cierto gusto. Todo lo demás es una conjunción de piezas recogidas de aquí y de allá sin orden ni concierto y que solo queda homogeneizado por la cantidad de suciedad que han acumulado a lo largo de los años.

En cuanto Aurora acaba su anécdota sobre la vez que se tiró a uno de sus

jefes en el lavabo de un restaurante de lujo y no se dio cuenta de que se había dejado las medias hasta que notó el frío de la calle; les explico esa estupidez de recrearte cual galán del cine americano y Rosalina acaba brindando por la ceguera del amor.

Pedimos el cuarto cubata y el dueño del bar nos recuerda que ya solo queda media hora para cerrar. El tipo podría estarnos agradecido porque hemos sido sus únicas clientas en las últimas dos horas y, además de consumirle una barbaridad de alcohol, le hemos proporcionado anécdotas divertidas a juzgar por cómo ha estado escuchándonos todo el rato. Pero supongo que le va lo de poner pinta de malo y acecharnos como cualquier personaje oscuro reforzado por una barba oscura. Es tal cual como siempre me imaginé a Gualterio Malatesta. Brindo por esos treinta minutos y por la resaca de muerte en el trabajo, que al menos me dará una justificación que explique la desmejora de mi aspecto físico.

Lucía me replica diciéndome que si no fuera porque sabe que no soy lesbiana me tiraría los tejos y Rosalina y Aurora se abonan al piropo diciéndome que siempre fui de las cuatro la que mejor figura tenía y que, pese a los tres embarazos, la conservo. Yo lo niego con fervor porque Rosalina tiene el aspecto de una jovencita alocada, Aurora, el mejor cuerpo de guitarra después de haber superado la anorexia juvenil y Lucía una elegancia felina que las hacen mucho más atractivas. Entonces, animadas por ese líquido transparente, nos enzarzamos en una discusión sobre cuál de las cuatro sería capaz de ligarse antes a un tipo.

Como en el bar no queda más que Malatesta que ha oído nuestra apuesta y levanta las manos en señal de rendición, optamos por una opción mucho más divertida. Las cuatro nos damos de alta en la aplicación “Con una noche basta” Rosalina es la que tiene más experiencia en este tipo de herramientas. Sus últimos cinco ligues han salido de ahí y, aunque en la que ella está apuntada se supone que se busca pareja estable, le ha ido de pena.

Así que es la primera que, sin dudarlo, se hace una foto y la publica con un

nickname. Rellena un cuestionario en el que la mitad de las preguntas hacen que me sonroje y la otra mitad se refieren a destrezas que desconozco en absoluto. ¿Cómo voy a saber si me gusta un carrete filipino o una carezza si no sé lo que es? Eso sí, siempre se puede aprender algo nuevo y he descubierto que practicar sexo con desconocidos se llama *precop* y si lo haces en sitios tan escandalosos como el ligue de Aurora, *dogging*.

Me doy de alta bajo el nombre de Eva, recordando a la primera mujer, porque me siento como si estuviera inaugurando un nuevo mundo. Lo prefiero por encima del de “canalla” escogido por Aurora y el de “sodomita” utilizado por Lucía que me parecería poco adecuado después de haber contestado a casi todas las preguntas con un “no” recatado. Rosalina también ha optado por un nombre propio, “María” porque quiere generar imagen de santa.

Nos quedan quince minutos en el bar y empiezan a llegar los primeros mensajes. Al principio es Lucía la que lidera la carrera en exclusiva avanzándose en diez contactos por encima de las demás. Sin embargo, es cierto que en los últimos cinco minutos yo he tomado la delantera y tengo treinta y dos proposiciones en mi haber.

El dueño del bar nos pone la cuenta encima de la mesa y se acaba la diversión. En la calle, Aurora y Lucía buscan un taxi que las lleve a la zona este de Chamberí donde viven ambas. Rosalina tiene su casa en Las Letras y puede llegar andando como yo, pero en dirección contraria.

Camino sin demasiada prisa porque el frío me está ayudando a despejar la borrachera y porque así puedo ir mirando la aplicación de citas y ver que el número de peticiones ha llegado a treinta y nueve. A la altura de la fuente de Neptuno reviso las fotografías de los hombres que me están proponiendo quedar. Muchos de ellos los descarto con solo verlos, pero hay tres que no están nada mal. Mi corazón se pone a latir de manera desahogada. ¿De verdad sería capaz de quedar con un desconocido para tener relaciones sexuales?

De los tres, uno que se hace llamar Rey, insiste con un segundo mensaje “*Si necesitas olvidar como yo, por favor, contesta y perderemos algo más que la*

memoria". Creo que se acerca a los cincuenta años porque su pelo está casi en su totalidad blanco. Le doy al comando de responder y el cursor parpadea en un cajoncito en blanco. "¿Con una noche para recordar?".

Antes de que pueda arrepentirme ya lo he enviado, pero entonces empiezo a caminar más rápido como si el hecho de llegar a casa me protegiera de mí misma y de mis extraños impulsos. Justo cuando estoy subiendo por Antonio Maura oigo el ruidito que anuncia la recepción de otro mensaje.

"Al menos puedo prometerme que lo intentaré".

Me gusta su estilo porque no es fanfarrón. Estoy a diez metros de la puerta de casa. Montse se quedaba a dormir, así que no le va a molestar que, en lugar de a las dos, llegue a las tres. Gabriela tampoco se va a enterar y mi resaca de mañana no empeorará por un rato más.

"¿Dónde?".

—¡Por fin apareces!

Tardo unos segundos en reaccionar y ver a José Luis en la calle con pinta de estar pasando mucho frío pese al abrigo de piel cuyo cuello le tapa hasta las orejas.

—¡José Luis! ¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando.

Creo recordar que me había llamado un par de veces al principio de la noche, pero no había querido interrumpir lo que estaba siendo una noche de chicas estupenda, así que me había limitado a ignorarlo.

—¿Por qué?

—Estaba preocupado. Te he llamado.

—¿Montse no te ha dicho...?

—Sí. Me lo ha dicho. Pero tú no tienes amigas. Es una excusa muy pobre, Silvia.

La crudeza de sus palabras me devuelve a mi vida en estos últimos once años y a la imagen que debía transmitir a todos los que estaban a mi alrededor. Una persona sin amigos propios debe ser como una mutación incorrecta de la

especie humana. Las arañas o los osos polares sí lo tienen en su ADN.

Me debato entre contestarle y enseñarle la selfie que nos hemos hecho justo al finalizar el segundo cubata o ningunearlo y meterme en la cama antes de que la melopea considerable se transforme en un despropósito de vómitos por intoxicación etílica.

Opto por esto último y saco las llaves para intentar abrir el portón de la calle, no sin ciertas dificultades pues parece que todo se mueve.

—¿No me vas a decir dónde has estado?

“No. No te lo voy a decir porque no sé quién narices te has creído que eres para esperarme en la calle como si tuviera quince años”.

—¿Estás borracha?

No sé en qué debe haberlo notado. Quizás los efluvios olorosos le hayan llegado en forma de aroma apestoso, pero tampoco tengo claro que mis movimientos estén siendo tan normales como yo creo percibirlos.

—Déjame a mí.

Me quita las llaves de la mano y abre con una facilidad pasmosa. Después se coloca a mi lado y me pasa un brazo por la cintura. ¿Tan perjudicada me ve? Lo cierto es que me viene muy bien su ayuda porque, aunque solo hay que subir al principal, han debido cambiar las escaleras a una de esas con movimiento, pese a que la apariencia continúa siendo de piedra de mármol blanca.

Entramos en casa y ahí empiezo a preocuparme porque la han transformado en un tiovivo en continuo movimiento.

José Luis advierte mis dificultades y opta por cogerme en brazos para evitar que me derrumbe en el suelo intentado cogerme a algún elemento que no se mueva a la velocidad vertiginosa que lo están captando mis sentidos.

Me coloca sobre el sofá y yo me quedo agarrada a uno de los brazos. No estoy acostumbrada a esto y no sé si es normal porque antes de llegar a tal estado siempre me había quedado dormida. Empiezo a asustarme, pero cuando José Luis aparece removiendo con una cuchara el líquido de un vaso, me

parece el mismísimo Jesucristo.

—Tómate esto.

Obedezco sin rechistar y cuando me meto el líquido en la boca capto el sabor de limón y la miel. Me lo bebo de un golpe y todavía me trae otro vaso entero. Pero cuando voy a intentarlo, esta vez mi estómago ha decidido actuar por su cuenta y unas arcadas enormes me sacuden entera y llego justa hasta el cuarto de baño, pero no alcanzo ni el inodoro, ni la bañera y vomito en el suelo.

José Luis sigue tras de mí, cogiéndome la cabeza y comportándose como todo un caballero. Espera a que ya no quede nada más en el interior y moja una toalla en el lavabo y me la pasa por la frente y por la nuca. Ese el gesto que me faltaba y aparece la llantina beoda.

Estoy arrodillada, frente a un charco de vómito más líquido que sólido (lo cual no me extraña porque comer, lo que se dice comer, no está siendo mi fuerte últimamente) llorando de forma poco cinematográfica (sorbiendo mi propia mucosidad hasta que José Luis, otra vez, me acerca el papel higiénico con el que me sueno sonoramente) con el vestido que se me ha subido casi hasta la cadera (y menos mal que todavía llevo puesto el abrigo) y, entonces, para redondear el cuadro se oye la voz de David.

—¿Mamá?

—Tranquilo, enano —le contesta José Luis—. Ahora se le pasa.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Está enferma?

—No... Bueno, un poco... le ha sentado mal la cena.

—¡Buah! Huele fatal.

Eso cariño, rasca un poco más en la dignidad de tu madre.

—Ve a dormir, David —vuelve a insistir Bosque—. Pero, ya que estás, tráeme el vaso que nos hemos dejado sobre la mesa del comedor. Es una medicina.

Me muevo para abandonar la posición sumisa y sentarme apoyando la espalda contra la pared. José Luis vuelve a mojar la toalla y me la deja sobre

la frente tapando los ojos. Oigo que vuelve a trastear con el agua e intuyo que está limpiando el estropicio.

Yo no he soportado nunca recoger el vómito ni siquiera de un bebé y ahí está él sin soltar ni una sola maldición. Me pregunto si tú habrías hecho lo mismo.

—Gracias —balbuceo sin atreverme a abrir los ojos de la vergüenza extrema que estoy sintiendo.

—Toma, mamá —oigo decir a David.

Abro los ojos y lo primero que veo es el vaso de agua con miel y limón. José Luis es el que está ahora arrodillado acabando de recoger con una toalla grande, mis deshechos.

—Poco a poco —dice él sin girarse.

Cojo el vaso con cuidado y entonces me doy cuenta de que con la otra mano, David está grabando la escena. En los últimos tiempos le ha dado por hacer vídeos de todo tipo de escenas siempre que me pilla el móvil, claro está.

—Por Dios, David. Deja eso —le digo sin apenas fuerzas.

—Tiene interés médico. Si te mueres, podremos decirle cómo han sido tus últimos momentos.

—No me voy a morir, maldito niño insensible. ¡Cómo te pareces a tu padre!

El mundo se ha detenido ante mis palabras, como cuando pones la pausa en una escena y todos los personajes se quedan estáticos incluyendo la expresión de su cara, petrificada en el horror, la sorpresa, la decepción...

—¡Pues ojalá te estuvieras muriendo! —grita David soltando el móvil con fuerza (lo que me hace temer que se rompa) y corriendo hacia la salida.

Vuelvo a cerrar los ojos y en esa posición me bebo el vaso azucarado. No sé por qué, pero soy incapaz de arrepentirme. Quizás es una de las ventajas del alcohol en sangre.

—Vamos —susurra José Luis—. Te llevo a la cama.

Se me escapa la risa.

—¿Es una insinuación, Bosque?

Clava sus ojos en los míos. No sé interpretar su mirada. Podría estar enfadado. Tampoco me importaría. Sé que su comportamiento es intachable, pero no tengo nada claro que me pretenda ayudar a mí o a ti y aunque estuviera pensando en mí, yo no quiero que lo haga. En realidad, lo único que quiero es que desaparezca todo el mundo y sobre todo, lo que tenga o haya tenido alguna vez en la vida, relación contigo.

Me entra un escalofrío y José Luis me cubre con la manta porque ya hemos llegado a mi habitación. No tiene ni idea de que no era frío lo que he sentido, sino horror de mí misma porque mi mente ha seguido su propio hilo argumental y, me he dado cuenta, que también he incluido a mis hijos en esa ecuación.

Capítulo 18

Me pongo el vestido granate, hecho de terciopelo de buena calidad hasta los tobillos, manga francesa, espalda descubierta y cuello recto. Es de Ralph Lauren y lo compré hace dos años en un outlet por la mitad de su precio original. Ideal para mí: marca caducada, fuera de temporada.

Me queda un poco ancho pero el corte lo disimula. Además, subida sobre los tacones de diez centímetros y pintada con discreción, pero con el toque necesario para eliminar las ojeras y subir el tono de piel; consigo el efecto adecuado.

Montse aparece con Carlos colgado de su cintura justo cuando me estoy pintando los labios.

—Estás muy guapa —me dice intentando darme ánimos.

No se lo voy a reprochar, aunque es en vano. Hace solo treinta minutos ha sido ella la que me ha recogido del suelo, donde me he dejado caer después de que un nuevo llanto convulsivo se hubiera apoderado de mí.

Cada vez que creo que lo estoy superando, me hundo un poco más y ni siquiera necesito de un motivo ni de una justificación. Ha sido suficiente descubrir que no quería salir esta noche porque no quiero hacer nada si tú no estás.

Pero esto tengo que hacerlo, se lo debo a José Luis. Al día siguiente de la borrachera, le pidió a Luisa que me asignara tareas de archivo para poder estar apartada del teléfono y de la mirada persistente de ninguno de mis

compañeros. Se preocupó de traerme un café a media mañana con un ibuprofeno avanzándose a mis necesidades. No me recriminó nada, ni hizo ningún comentario sobre lo que había ocurrido.

Así que, cuando por la noche me llamó y me pidió que lo acompañara hoy sábado a una gala benéfica en el Teatro Real organizada por la federación de fútbol, le dije que sí.

Es cierto que antes me hizo reír porque, al intentar resistirme alegando que, con seguridad, tenía una agenda llena de nombres femeninos que se morirían por ir a su lado; me respondió que era cierto, que yo era la opción veintitrés, pero que había tenido que descartar a las otras porque todas ellas le habían preguntado si podían ir vestidas de leopardo.

Son las siete y veinte y llaman al timbre. Se ha adelantado, pero era de esperar. No es una cita cualquiera que aguardará en la puerta. Subirá y será capaz de dirigir alguna palabra amable a cada una de las personas que estamos en el piso y estaremos todos encantados con sus galanterías. Así es él, un maravilloso embaucador y encantador de serpientes.

Oigo los grititos y risas de los niños e imagino que estará haciéndoles algún juego de los suyos. Pero, para lo que no estoy preparada es para lo que muestran mis ojos cuando llego al salón. José Luis Bosque impecable, vestido de esmoquin de lana negra, camisa de un blanco intenso y pajarita. Lleva un ramo de tulipanes blancos en la mano que me ofrece después de sacar tres flores y entregar una a Berta, otra a Graciela y la última para Montse. Consigue hasta que Berta se sonroje.

—¿Nos vamos? —me dice ofreciéndome su brazo y guiñándome un ojo.

Cuando estamos en el taxi lo reprendo por haberme escogido como pareja de la noche.

—Con esa pinta, hoy podrías haberte ligado a la mismísima Kate Upton y, en su lugar, te dedicas a perder el tiempo conmigo.

—No digas tonterías. Vamos a una gala seria. ¿Cómo querías que llevara a esa mujer? Kate es mejor que no abra la boca.

—¡Dios mío, José Luis! A veces puedes llegar a ser tan cínico...

Pero he sonreído ante el comentario. Es cierto que no se caracteriza por buscar conversación inteligente entre sus conquistas.

La celebración se desarrolla entre entregas de premios, menciones honoríficas, vídeos representativos y aplausos varios. Nosotros estamos sentados en la fila tres, justo tras una serie de personajes, de los que debería conocer sus nombres porque son estrellas del fútbol, pero que, a duras penas logro identificar como famosos.

José Luis se ríe cada vez que le pregunto por alguno y me intereso por el equipo al que pertenecen. Dice que soy lo más anti celebridad que ha conocido en su vida.

Al acabar pasamos a una gran sala donde sirven cava y unos pocos canapés. Conversamos con distintos grupos de personas que yo no conozco, pero que parecen tenerle una confianza a Bosque fuera de toda duda.

He aquí esa doble vida que siempre supimos que llevaba. Seguro que tú si la conocías. Es posible que, incluso, te hubiera llevado en alguna ocasión. Pero, para mi es la primera vez y me hace gracia verlo desenvolverse con esa soltura, pese a que llegó por un golpe de suerte cuando ganó una cantidad importante de dinero jugando y decidió invertirlo en un par equipos de fútbol cotizados consiguiendo ganancias más importantes y un boleto de entrada a las principales competiciones que se celebran anualmente.

Hacia las diez de la noche ha acabado todo y noto cierto dolor en los pies porque hace tiempo que no me ponía los zapatos de tacón de aguja.

Cuando ya estoy imaginándome sentada en el sofá de mi nueva casa tapada con la manta (duermo poco en la cama porque no acabo de sentir que es mi lugar) veo que se detiene en la Plaza de la Lealtad. Estamos cerca de casa, quizás a tres o cuatro minutos, pero no entiendo porque no puede dejarme en la misma puerta.

Decido no protestar porque José Luis me ha puesto una sonrisa traviesa e imagino que quiere hacer alguna cosa de camino a casa. Se está desviviendo

por hacerme feliz, así que le voy a dejar. Sin embargo, lo que no podía imaginarme es que entrásemos en el Ritz y fuésemos atendidos, como si fuéramos los reyes de España, por un señor vestido de forma tan impecable como los invitados y que nos conduce hasta una mesa redonda, junto a la ventana que da a los jardines interiores, de uno de los mejores restaurantes de Madrid.

—¿Estás loco? ¿Cuánto va a costar esta cena?

—Una verdadera fortuna. Me estarás pagando intereses hasta tu jubilación
—responde riendo.

Nos sirven una serie de platos sin haberlos pedido por lo que intuyó que es el típico menú degustación. José Luis se esmera en aderezar la somera explicación que nos da el camarero cada vez que nos sirve, con una más extensa disertación sobre las propiedades de alguno de los ingredientes innombrables o las técnicas de cocción más estrambóticas que puedan existir.

También se esfuerza en tener otro tipo de temas que tratar. Por ejemplo, me comenta algún que otro cotilleo de algunas de las personas que acabamos de conocer, me explica que está pensando en comprar el piso de abajo del dúplex donde vive para hacer un triplex y me informa que su padre, por fin, se ha jubilado y que han decidido vender la casa del pueblo de Guadalajara para regresar al pequeño pueblo de Valladolid del que salieron en busca de fortuna que no encontraron para ellos pero sí para su hijo.

Cuando me intereso más por esa parte de su historia, llegamos al momento más divertido de la noche. Empieza cuando, rojo como un tomate, me confiesa que el pueblo se llama Siete Iglesias de Trabancos, y que hace honor a su nombre con siete edificios religiosos en menos de un kilómetro cuadrado. Pero no podemos parar de reír cuando recita los nombres de algunas de sus calles: la calle corta, la calle larga, la del Calvario, la del cuarto cielo, la Aceras sin aceras, la de cantarranas o el camino picadero.

Está pagando cuando le recrimino no haber sabido jamás de ese pueblo y que no me haya llevado a conocerlo.

—Tienes razón —me contesta muy serio—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, pero todavía no es tarde para que puedas conocerlas.

—Pues, perfecto. A ver si es verdad. Me lo voy a tomar como una promesa en toda regla de fin de semana en Siete Iglesias... Siete Iglesias...

—Siete Iglesias de Trabancos.

—¡Eso! Qué difícil.

—¿El fin de semana que viene?

—¿Cómo?

—Que si quieres que vayamos el fin de semana que viene.

—Yo... no sé... ¿tan pronto? ¿Y los niños?

—Los llevamos. Hay una casa rural y hasta un hotel.

—¡Dios! No quiero imaginar cómo deben ser.

—Pues, son más dignos de lo que puedas creer.

—Me vas a decir ahora que tendré la oportunidad de dormir en un hotel cinco estrellas en pleno Valladolid.

—No... pero si lo que quieres es alojarte en un hotel de lujo estás en el sitio ideal. —Y señala a su alrededor.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Claro! A veinte metros de casa, solo por el placer de dormir en un colchón de plumas.

—O por la compañía que pudieras tener.

Me ha cogido de la mano en el mismo instante que ha pronunciado la última frase y yo me he quedado petrificada.

—No hagas bromas de ese tipo, José Luis —digo cuando soy capaz de recuperarme.

—No bromeo. —Y saca una tarjeta de su bolsillo con el anagrama del Ritz y un número: 402.

—¿Has reservado una habitación aquí?

Asiente con la cabeza, pero sin perder contacto visual conmigo. Advierto un brillo en sus ojos que tiene más de ansiedad que de otra cosa.

—José Luis... yo... no creo que sea buena idea.

—Sé lo que necesitas, Silvia, y yo puedo dártelo.

—¿Perdona?

—No tienes que buscarlo en plataformas de internet.

Noto cómo me sonrojo del cuello hasta la frente y debe ser de un color intenso a tenor del calor que siento.

—¿De qué narices hablas?

—Estás apuntada en “Con una noche basta”.

—¿Has espiado mi móvil?

—No ha hecho falta. Apareció la notificación en pantalla de un tal Rey sin yo hacer nada el otro día, cuando te emborrachaste. No soy tonto, Silvia. Yo también he utilizado...

—Y te ha parecido que como iba a falta de sexo podías prestarme tu polla. Es eso, ¿verdad?

—No es necesario que nos pongamos ordinarios

—No, claro, como estamos en un hotel de super lujo habrá que hablar de penes. ¿Vas a hacer una obra de caridad conmigo y dejarás que pueda tener un orgasmo?

—Basta ya, Silvia. No te hagas esto a ti misma.

—¿Qué no me haga...? Creo que eres tú el que acaba de tratarme como una prostituta o como una pobre infeliz que...

—¡No! Como ninguna de esas cosas. Yo solo digo que deberías mirarte al espejo y verte como yo te veo. Eres preciosa, Silvia. Eres divertida e inteligente. Tienes que salir del pozo en el que te has metido.

—¿Pozo? ¿De qué mierda de pozo me hablas?

—¡Oh! ¡Por favor, Silvia! ¡Sabes de qué te hablo! Estas apuntada a una página web de citas de sexo, llegas borracha a casa, no comes suficiente, apenas hablas ni con tus hijos, duermes en horas intempestivas y en el trabajo eres incapaz de rendir ni un mínimo porque te tenemos que ir sacando de continuos estados catatónicos en los que te puedes pasar hasta una hora mirando un punto inconcreto de la pared.

Me gustaría abofetearlo, pero más allá de alguna exageración, no puedo negar que tiene algo de razón. Sin embargo, no sé si tiene derecho a recriminármelo de esa forma o a hacerme la proposición que acaba de hacerme.

—Silvia, tú y yo teníamos algo. —Su voz me llega como si estuviera lejos, aunque me devuelve al sitio con rapidez—. No has podido olvidar aquello. Yo no he podido. Sintonizábamos... como lo hemos hecho esta noche.

—¿Y qué pretendes?

—Quiero que puedas abrirte a recomponer tu vida.

—¿Contigo?

—¿Por qué no?

—¿Estás hablando de sustituir a tu mejor amigo? ¿Se trata de eso? No sé yo qué pensaría Jaime de...

—Está de acuerdo.

Era una maldita pregunta capciosa. No había intención real de respuesta. O más bien se trataba de formular una cuestión que no pudiera tener respuesta.

—¿Cómo?

—Lo hemos hablado. Dice que no le importa.

—¿Qué lo habéis hablado? ¿Cuándo?

—Un par de veces.

El frío que recorre mi espina dorsal es tan glacial que, por un momento, creo que me va a dejar paralítica por siempre jamás. Por fortuna, cuando pruebo a levantarme, toda mi musculatura reacciona a mi orden.

—Silvia... ¿Dónde vas? Por favor...

—No. Calla. No digas nada más.

—Pero, Silvia, yo...

—Por la amistad que te tengo voy a olvidar este instante... o voy a olvidar toda la noche. Pero te ruego que nunca más... nunca más en tu vida, la menciones o hagas nada que pueda recordármela.

Ha aparecido el camarero solícito con mi abrigo y me lo pongo con toda la

dignidad que soy capaz de fingir.

José Luis también se levanta, pero le hago un gesto con la mano indicándole que no se mueva.

—Prefiero irme sola —le digo y él ya no insiste más.

Cuando salgo a la calle pienso que voy a desmoronarme en llantos, sin embargo, quizás el frío o, tal vez, la profunda decepción que siento provoca una especie de indiferencia que me lleva con inercia a caminar tranquilamente hasta mi casa y casi estoy contenta de saber que es “mi” casa y no “nuestra” casa.

Te imagino en la tuya con vistas a Copacabana, con un daiquiri en las manos y un bronceado espectacular, mientras hablas por teléfono con tu amigo José Luis Bosque y le das permiso para que se cepille a tu mujer. Con un poco de suerte, hasta le habrás explicado como es más fácil provocarme un orgasmo.

He llegado hasta la puerta de casa y me quedo un rato respirando porque me da miedo entrar y que me sienta ahogada. Un taxi se detiene junto a la acera.

—¿Quiere ir a algún sitio?

Me lo quedo mirando. De la radio del coche surge una música agradable que recuerda al soul o al jazz y que invita a alargar la noche y justo en ese instante recibo un mensaje en el móvil. Cuando lo miro veo que es del grupo de EGB que se están deseando las buenas noches con diversas fórmulas más o menos cursis. Uno de ellos, sin embargo, informa al grupo que él tiene noche para rato.

Me subo al taxi y doy la dirección de un bar de Chueca.

Capítulo 19

Como no podía ser de otra manera, todas las culturas parten del hecho objetivo de que el año tiene trescientos sesenta y cinco días (más allá de los bisiestos por los motivos de descuadre que todos conocemos), pero no todas tienen la misma idea de cómo subdividir esas más de trescientas jornadas y no me refiero a si establecemos el calendario solar o el lunar, ni a si tenemos diez meses o doce, ni fruslerías semejantes.

Estoy hablando de cuál es el acontecimiento con el que se inicia el recuento y cuáles son los hechos que marcan las diferentes etapas. Es obvio que el uno de enero no significa absolutamente nada para nuestro planeta o tiene la misma importancia histórica que podría tener el día en que nació Sócrates, Herón de Alejandría o Gengis Khan. El que nuestro año (y el de millones de personas más) empiece ese día solo es circunstancial y obra de un papa, que mil quinientos años más tarde, afirmó (imagino que sin parpadear como se deben de decir las mentiras más grandes) que Jesucristo fue circuncidado un uno de enero.

Así se fueron al traste más de cuarenta siglos en los que, de acuerdo con nuestro planeta, el año comenzaba de forma mayoritaria con un solsticio. En el mundo occidental era el de primavera, para los pueblos originarios de Sudamérica el de invierno, los judíos también utilizaban el equinoccio primaveral con la única diferencia que se ubicaban más allá del ecuador, de manera que se trata de una fecha entre septiembre y octubre y los chinos lo

inician cuando se forma la primera Luna Nueva en el signo de Acuario.

En el Oktobersclub hemos decidido que la vida, el año y el mundo, empieza en octubre y que el tiempo ya no se mide en meses, sino en semanas porque es la frecuencia con la que quedamos en el mismo bar donde lo hicimos la primera vez y ya van ocho veces. Por eso el dueño ya se ha hecho amigo nuestro y nos permite quedarnos hasta que él acaba de limpiar, alargando nuestra noche casi una hora de más.

Mi tolerancia al alcohol ha aumentado de manera considerable, así que no he vuelto a protagonizar una escena similar a la del primer día. De todas formas, aunque pudiese haber un desliz en ese sentido, dudo que tuviera testigos.

No es que José Luis haya dejado de visitarme —tampoco me hubiera extrañado después de cómo fue todo— sino que, ahora, ha espaciado las visitas y siempre llama antes de hacerlo dejando de actuar como si fuese dueño de mi vida, al menos en apariencia, aunque siento demasiado cerca su influencia a lo largo de las ocho horas en las que estoy en la empresa.

David sigue odiándome desde aquella noche (es increíble la tenacidad que puede llegar a tener un niño de seis años) pero el pobre no es consciente que así demuestra tener ciertos sentimientos, a diferencia de su hermana Berta que ha adoptado una postura de desdén indiferente por la que ni siquiera se molesta en disimular que no hace caso de nada de lo que le diga. En sustitución del referente materno, tiene a Gabriela que cada día se ha hecho más indispensable en mi vida, hasta el punto que es ella misma la que concierta con Montse los días que se ha de quedar con Carlos. Por eso tampoco me extraña que el pequeño las llame mamá a ellas y no a mí.

De mi familia política solo tengo contacto con Carmen porque he dejado de ir a comer los domingos. No tenía mucho sentido y la situación se había vuelto insostenible con Cristina con la que, demasiadas veces, coincidíamos. Así que, de manera tácita, establecimos que los lunes y jueves, después de la extraescolar de alemán vamos a casa de los abuelos y merendamos allí. El

flamante Serafín Manrique no está nunca, pero mi suegra nos atiende con amabilidad, se preocupa del estado de los niños y me mira a mí de reojo intentando descubrir si sigo perdiendo peso o si tengo los ojos más rojos de lo normal.

No va a encontrar ese rastro. Creo que hace siete semanas y media que no cae una sola lágrima de mis ojos, aunque debo confesar que las últimas no fueron solo de tristeza, sino que se mezclaron con una especie de repulsión y rabia. Me sentí sucia y ruin después de cepillarme a Buzz Lightyear encima del sofá de plástico que tiene en lo que él llama despacho, pero que no es más que una habitación maloliente por culpa de tener como única ventana la que da al respiradero de la cocina del piso de abajo.

Entre el olor a croquetas y calamares a la romana en aceite refrito de más de diez días, me puso una sonrisa que denotaba suficiencia cuando me vio aparecer con un vestido de gala que había competido con las mejores firmas de diseñadores hacía escasamente un par de horas. Se sentía ganador y lo traté como tal. El encuentro apenas duró veinte minutos y diez los perdió en unos preliminares que lejos de excitarme y prepararme para el encuentro, me resultaron forzados y dirigidos tan solo a que yo colaborara. Era como si se hubiera aprendido de un manual qué y cuándo tocar. En ningún caso buscó mi estimulación sino su autocomplacencia y realizaba los movimientos de manera mecánica más pendiente de que yo hiciera lo mismo o algo parecido.

Para alguien que regenta un local dedicado al sexo entre desconocidos con el objetivo de encontrar nuevos placeres fue poco menos que decepcionante; pero llegué hasta el final a pesar de que en varios momentos estuve a punto de decirle que se detuviera.

Lo hice a horcajadas sobre él porque me dio una falsa sensación de dominio de la situación, aunque ni con esas llegué siquiera a sentir demasiado y agradecí internamente tener una fisiología que lubricaba de manera natural.

Eso sí, mantuve los ojos abiertos porque no quise perderme ese momento en el que él sí se perdía por completo el control y lo que vi no me desagradó,

porque el aspecto de chulo de playa se diluyó y en su lugar, apareció alguien más expuesto y sensible que duró unos tres o cuatro segundos.

Ni se ofreció a llevarme a casa, ni se lo hubiese permitido; pero sí que insistió en que volviéramos a vernos. Me limité a sonreírle pensando que nunca más iba a tener contacto, aunque en eso me equivoqué porque tres días más tarde, recibí un mensaje en el grupo de EGB que, claramente, se envió por alguien que no tenía ni idea de que yo estaba en el mismo paquete.

Tampoco me extrañaba. Jamás había escrito ni contestado a nada y debían tenerme con las nueve cifras de un número de teléfono que no dice mucho de quien es el que está detrás, salvo que tuviera foto de perfil, cosa que, por fortuna, siempre me negué a tener o, al menos, a que fuese de mi persona si no de paisajes u objetos curiosos.

Pues bien, Conchi (que sí tiene foto de perfil y *nickname* en el teléfono) quiso inaugurar el chat aquel día con una chascarrillo estilo “¿Sabéis la última de...?” y el protagonista de la anécdota era el mismísimo Luis Correa.

“*Nuestro líder de grupo* (debe ser porque es el que más chistes absurdos explica) *se ha follado a la inalcanzable Silvia Salinas*”.

Debo reconocer que el apelativo con el que me había presentado no me desagradaba del todo, pese a que soy incapaz de saber a qué se refería puesto que, en los tiempos en los que yo tenía algo que ver con esa gente, más que alguien inasequible o imposible, era una pobre y escuálida adolescente obsesionada por hacer preguntas sobre mi padre o el resto de mi familia que nunca obtuvieron respuesta y que a punto estuvieron de hacerme perder el equilibrio psicológico tan precario a esa edad.

Rogué para que el comentario se quedase ahí, pero era de esperar que no fuese así y siguieron una serie de respuestas de otros miembros activos del grupo cada vez más subidas de tono que Luis fue respondiendo, primero con algún que otro emoticono y después con palabras tan malsonantes como explícitas.

Nadie parecía saber que yo estaba leyéndolo todo y tentada estuve de

dejarlo pasar hasta que el propio protagonista se explayó algo más de la cuenta.

“La pobre estaba muy a falta. Tres veces se corrió y todavía pedía más”.

Mi intervención no se hizo de esperar.

“Lamento comunicaros que la fuente de información no es muy veraz. Consistió en veinte minutos escasos de mala técnica y poco esfuerzo. Él sí se corrió, lo cual no dejó de sorprenderme con un micro pene como aquel. Vuestra compañera de colegio, Silvia”.

Desde entonces el grupo de WhatsApp de los compañeros de EGB está en completo silencio, aunque, de vez en cuando entro y descubro que se han ido yendo la mayoría (Luis fue el primero) y solo quedamos cuatro números de teléfono que yo diría nunca habían intervenido.

No me importa. La experiencia con el idiota de Luis Correa sirvió para abrir una puerta que consideraba cerrada y *“Con una noche basta”* fue la herramienta.

El primero se hacía llamar Sad. Se suponía que tenía mi edad, pero cuando lo vi la primera vez, a punto estuve de salir corriendo para que no me acusaran de pederasta. Tuvo que enseñarme su DNI pese a que tuvo la prevención de tapar su verdadero nombre. La foto coincidía y el año de nacimiento me tranquilizó. Al final, debo reconocer que Sad tenía habilidades muy curiosas y, sin duda, sabía pensar en lo que le gusta a una mujer. Eso sí, también algo de artificial y poco espontáneo en esa insistencia por mi clítoris.

Después fue Rey. El mismo que dejé colgado el primer día y debo reconocer que fui a buscarlo de manera expresa. Sentía como si tuviera una deuda con él y siempre he intentado cumplir con mis obligaciones. Me costó que me contestara. Tres mensajes con disculpas y reconocimiento de falta. Al final, accedió a quedar y me encontré con un hombre de unos cincuenta años, pelo cano, cuerpo atlético, manos cuidadas, mirada triste y quizás más novato que yo. Teniendo en cuenta su *nickname* y lo poco que sé que va a durarme, le he apellidado Ned Stark Pero sintonizamos. A diferencia de los anteriores,

supo accionar la parte más sensible de mi con tal naturalidad que, por un momento, incluso pensé que estaba disfrutando viéndome a mí en pleno éxtasis.

Le siguió El Profesor. Con ese nombre ni siquiera tendría que haber quedado con él, pero fue una noche en la que hicimos una especie de apuesta con las demás y teníamos que ver quién era la primera en concertar una cita. Este estuvo disponible y yo, que he descubierto que tengo un gran sentido de la competitividad, me lancé en plancha. Al final, pasó lo que tenía que pasar: ni media hora en un callejón oscuro de embestidas precipitadas.

Ahí están las efemérides de mi nueva vida iniciada hace, escasamente ocho semanas, aunque eso no es lo realmente importante. Lo único que sí tiene relevancia es mi cita de los jueves con Rosalina, Aurora, Lucía y donde se ha unido Paca, lo cual fue connatural al hecho de que un mes de octubre de hace veinte años fue violada por su propio padre.

Sí. Paca ha sido todo un gran descubrimiento. Es la más joven de las tres, pues tiene treinta y cuatro años y sin embargo es abuela de un niño de dos años increíblemente guapo. Ella tuvo a su hija-hermana con quince. La sucesora lo hizo con diecisiete. Si seguimos a este ritmo podría conseguir ser un récord de la historia con sextos o séptimos nietos. La posibilidad matemática no lo desmiente. Pero no es eso lo que hace de Paca un ser excepcional. Se trata de alguien que ha sacado y está sacando a su familia adelante sin ayuda y con una ferocidad que solo puede emularse.

La amistad entre las dos se fue forjando por las mañanas a través de la admiración con la que la veía desenvolverse en esa minúscula barra de bar. Tanto fue así que empecé a ir por las tardes, solo por poder seguir bebiendo de su ejemplo. Enseguida empezaron las conversaciones más profundas que he tenido nunca con nadie pese a las continuas interrupciones por servicios solicitados de todo tipo.

Ya fuera sobre el porqué de continuar en este mundo, la influencia de los valores en las relaciones humanas o la proeza de llamar a la muerte antes de

que esta te buscara, todo era posible hablarlo con “la Paca”. Quizás ella en lugar de utilizar el verbo “existencia” decía “puta vida” o usaba “cojones” por “principios éticos”; pero yo la entendía y no costó más que cuatro minutos que la sintonía con Aurora, Rosalina y Lucía fuera inmediata el primer día que la llevé.

Lucía, está mucho más feliz. Ha encontrado trabajo de limpiadora en una casa de acogida para mujeres maltratadas por sus maridos. Nos reímos como locas cuando definió sus funciones como profesional especializada en conseguir un entorno agradable y exento de elementos tóxicos para mujeres sometidas a presión.

Tiene fuerza y valentía Lucía. Lo cierto es que renunció a la propuesta que le hizo Rosalina de trabajar para ella en el departamento de publicidad de la empresa de ingeniería informática con un sueldo más alto, alegando que no podría estar en ningún empleo en el que no sintiera que está, de verdad, aportando algo con sentido y utilidad y que ella se saltó muy consciente la asignatura optativa que en la carrera acercaron la psicología al mundo empresarial.

Aurora ha vuelto con el marido infiel, aunque todas sabemos que, esta vez, muchas cosas han cambiado. Cometió el error de espiarlos y conocerla a ella. Supo así que se trataba de una mujer dulce y cariñosa. Así que ahora siente que ella es el villano de la película. La reprendimos con mucho ahínco cuando nos enteramos e, incluso, intentamos convencerla que las apariencias no siempre eran fiel reflejo de la realidad. Yo le hablé de los reptilianos y de los gremlins con convicción. Ella me miró a los ojos y me dijo que, por mucho que pretendiera ocultarlo, yo estaba rota por dentro y la causa de ese destrozado era una infidelidad. Yo le devolví la firmeza en la mirada y le dije que recuperarla como amiga me había hecho ver que ella, la otra, podía ser una mujer buena y enamorada. Aquel día acabamos abrazadas hasta que nos pedimos el siguiente cubata.

Rosalina ha empezado los trámites para la adopción. Está en la fase de

evaluación del hogar, así que ha eliminado todo rastro de alcohol en su casa, ha reducido drásticamente sus viajes por motivos profesionales y se limita a tener las relaciones sexuales que concierta a través de la aplicación móvil lo que le permite hacerlo con discreción y sin compromisos.

Todo un modelo de mujer entregada a su casa, pulcra, ordenada, trabajadora hasta cierto límite, casta y moderada. Debe reunir tal cantidad de requisitos y aptitudes que el ochenta por ciento de las mujeres que sí podemos embarazarnos seríamos incapaces de pasar el test. Eso nos ha llevado a apodarla Helen Parr, en clara alusión al personaje de Los increíbles, pero no solo porque es la premadre perfecta sino porque sus habilidades de elasticidad también la llevan a ser un fenómeno en esas cuitas esporádicas y sin obligaciones.

Ellas son mis amigas. Este es mi nuevo mundo y mi rutina que ni siquiera las vacaciones de semana santa de los niños pudieron distorsionar. Soy una verdadera afortunada y tenía razón Carmen cuando no podía entender cómo podía vivir sin interina. Gabriela es todo lo que una mujer necesita en su vida y aunque debería sentir remordimientos por pagarle únicamente quinientos míseros euros al mes y tenerla las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, acabo auto convencíendome de que, de esta forma, ella alimenta a cuatro miembros de su familia en Bogotá y está absolutamente agradecida conmigo porque, cuando descubrí que ella y Sara Sofía no eran primas sino pareja, lejos de enfadarme, les permito que mi casa se haya convertido en su nido de amor.

Eso sí, cuando por las noches me acuesto en la cama y cierro los ojos, me cuesta conciliar el sueño imaginando otro lecho en Río de Janeiro lleno de jadeos, porque un nuevo sentimiento ha empezado a instalarse en mi interior: la rabia, el odio, el desprecio y el rencor.

Ira

Capítulo 20

—Somos la empresa de transportes.

Me imaginaba que era una equivocación. Ya no era normal que llamaran al timbre y mucho menos un sábado por la mañana.

—Debe ser un error. No espero nada. Gracias.

—Perdone, perdone. ¿Esto es la residencia de los Manrique?

—Esto... Manrique es mi marido, pero...

—¿Jaime Manrique?

—Sí.

—Pues no hay error.

El hombre que me está hablando tiene cara de pocos amigos y se le nota que está nervioso, quizás pendiente de alguna otra entrega. El chico que lo acompaña, de unos veintipocos años, me está mirando de arriba abajo y es entonces cuando me doy cuenta de que llevo puesto todavía el vestido ajustado de satén plateado hiper corto que me puse anoche y que ni siquiera me desabroché cuando caí en la cama a las cuatro de la mañana después de haber tenido una cita con un tal Jonás al que ni siquiera se le levantó porque era su primera cita después de que su mujer ganara el divorcio que llevaban pleiteando casi un año. Toda una telenovela, vaya.

—Debe haberlo. Yo no espero nada...

—Mire, señora. —Y ahora es el tipo malcarado el que me mira de arriba abajo como dudando si el calificativo es oportuno—. Aquí pone calle Ruiz de

Alarcón, número veinte, séptimo segunda y el nombre también coincide, así que, por favor, firme y deje que entremos las cajas o le juro por Dios que se las dejo en la puerta.

Obedezco, algo intimidada por el tono agresivo del hombre y cuando estoy firmando veo que el remitente es Miranda.

Dejan las cinco cajas que tienen pinta de pesar bastante justo en el vestíbulo porque me niego a que accedan más a dentro.

—Mamá, ¿qué es esto? —pregunta Berta

—Nada. Ahora lo aclaro. Métete en tu habitación —respondo protectora.

Cuando ya se han ido, me atrevo a husmear en una de las cajas y veo la raqueta de tenis, el set de pelotas y la red. Sin duda son cosas de la casa de Aravaca.

Busco el móvil y llamo a Carmen. Intercambiamos los saludos de rigor, aunque no ha olvidado preguntar sobre mi estado de salud ya que, las últimas semanas, ha sido Gabriela que la ha llevado y recogido a los niños las tardes que tenemos concertadas.

—Los Miranda han enviado cosas de la casa de Aravaca. Me parece que es todo lo que había en el garaje y no entiendo...

—¿No te lo dijo Alberto?

—¿Alberto?

—Me comentó que lo hablaría contigo.

—¿El qué?

—Lo del contrato de alquiler.

—¿Qué contrato?

—El definitivo. Los Miranda han decidido quedarse a vivir a Madrid y...

Me da alguna explicación más, pero mi cabeza ya está más pendiente de llamar a Alberto y aclarar qué puede estar pasando.

Cuando consigo que Carmen cuelgue y llamo a mi cuñado un sexto sentido me dice que no me va a gustar lo que voy a oír.

—En efecto —me explica con ese tono prepotente que lo caracteriza—,

hemos formalizado un contrato de alquiler a tres años y como todavía quedaban algunas cosas personales, quedamos que lo enviarían. Lamento no haberte dicho nada. Tuve un descuido, pero está todo bajo control, tú te quedas en donde estás los mismos tres años.

—¿Bajo control? ¿Me estás diciendo que has alquilado mi casa de Aravaca sin mi permiso? Oye, mira, yo sabré menos de leyes que tú, pero lo poquito que sé me dice que no tienes capacidad legal para...

—Obviamente lo ha formalizado mi hermano Jaime ante notario desde Río.

—¿Perdona?

Siento como si un fuego interior estuviese devorándome por dentro desde el estómago hasta la cabeza

—Oye, lo siento, cuñada, pero...

—¡La casa es de los dos!

—Te equivocas en eso. ¿O no te acuerdas que te negaste a ir a la inmobiliaria porque te daba pereza?

Sí, me acuerdo de eso. Aunque más que pereza estaba nostálgica y perdida pensando que no me quería ir del piso que había ocupado desde el principio y donde habían nacido los niños y sabía que no podría evitar echarme a llorar cuando se formalizara la operación.

—Aunque formalmente diga que solo hay un dueño, ¿no se te ha ocurrido pensar que quizás yo tuviera algo que decir?

—Vamos, vamos, vamos... Lo he hablado con mi hermano y a él le ha parecido bien. Tú nunca sabes lo que quieres. Primero no querías Aravaca y ahora... ¿ahora sí lo quieres? No me seas caprichosa. Tengo mucho trabajo y...

Lo que le ha hecho callar de golpe es el estruendo que estoy convencida le ha llegado a través del auricular del teléfono y que ha estado provocado por la caída del contenido de una de las cajas por la escalera como efecto de la tremenda patada que le acabo de dar.

—¡Dios mío! ¿Ocurre algo? ¡Silvia! ¡Silvia!

Nuevo estruendo, segunda caja.

—¡Silvia! ¿Qué está pasando? ¡Contesta!

—¡Mamá! —David saliendo despavorido de su habitación.

Gabriela y Berta también han aparecido por el pasillo, pero han quedado ambas con la boca abierta y algo paralizadas mientras empiezo a patear la tercera de las cajas que seguirá el recorrido de las anteriores, manteniendo firme el móvil en la mano para que Alberto no se pierda ni uno solo de los sonidos.

Carlos, desde los brazos de Gabriela, empieza a llorar y eso sí me detiene.

—¡Silvia! ¡Por Dios bendito! ¡Contesta!

—Estoy aquí, cuñado.

—¿Qué ha sido eso?

—Las cajas rodando por las escaleras —le respondo con una calma que hasta a mí me sorprende.

—¿Cómo?

—Háblalo con tu hermano a ver si también te da instrucciones a través del notario de Río sobre qué tienes que hacer.

Cuelgo el teléfono sin esperar respuesta. Y cojo a Carlos para intentar calmarlo. Gabriela me mira clavándome sus ojos negros que ya no están tan tristes, desde que puede vivir su amor con Sara Sofía.

—¿Esas son las cosas de papá? —pregunta Berta.

—Sí.

—¿Y por qué las tiras?

—Porque no las quiero aquí.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero nada de tu padre aquí

—Pues yo sí. —Se ha puesto en jarras como si pudiera desafiarme.

—Pues, mala suerte, querida, porque aquí solo estoy yo y no puedes negociar con nadie más.

—Eres... eres... —La madurez que siempre la ha caracterizado le impide

insultarme, pese a que puedo ver el odio en su mirada.

—¡Una bruja! —chilla David.

Carlos vuelve a ponerse a llorar ante el grito. Se lo entrego a Gabriela y me voy a mi habitación cerrando de un portazo.

No vuelvo a salir hasta la noche, asegurándome antes que los niños están en la cama y comprobando que, en efecto, alguien ha venido a buscar las cajas, pues ya no están ni en el vestíbulo ni en las escaleras. Me ducho y me pongo otro de los vestidos cortos y ajustados que he podido comprobar, nunca pasan desapercibidos allá donde los lleve.

Los compré hace tres semanas en la tienda donde suele ir Paca. Además, también he adoptado su estilo de peinado recogíendome el pelo en una coleta alta muy estirada y eso lo acompaño de las pinturas de guerra, como ella misma las llama. Rosalina se ríe de lo que llama mi metamorfosis, pero la aplaude. Dice que el hábito no hace al monje, aunque la gente se suele creer lo que ve y que, en mi caso, no solo ven a una mujer que es capaz de pisar fuerte, sino que además tiene unas curvas imposibles.

Nunca había vestido provocativa. No me gustaba llamar la atención. Pero, cuando ya pasas de los treinta y cinco años y has visto tu cuerpo transformarse en una vaca lechera hasta tres veces, sabes que cualquier oportunidad de recrear lo que tuviste hay que aprovecharla. Sé que desnuda no hay la tersura de una piel joven, pero los tipos que me miran no se van a fijar en esas delicadezas. No se trata de atraer con discreción. Se trata de hacerlo con la impunidad que lo haría cualquier mujerzuela. Lo sé y no me importa. Más bien, me lo estoy pasando muy bien. incluso en el trabajo, donde más de uno se quedó con la boca abierta a mi paso. Al mismo José Luis le vi tragar saliva y después estuvo dudando durante días sobre qué hacer. A cualquier otra empleada la hubiera llamado a capítulo. No es la imagen que CEEH, SA quiere dar. Yo misma he dado la bienvenida a otras trabajadoras de la casa solicitando que se vistieran con elegancia, formalidad y discreción.

Le digo a Gabriela que voy a salir y que si mañana por la mañana ve que

sigo despierta y se ve apurada con los niños que llame a Montse.

Treinta minutos más tarde estoy en el hotel donde he quedado con Rey Ned Starck. Es la cuarta vez que lo hago y no lo sabe nadie. No puedo confesárselo a mis amigas porque el pacto que habíamos celebrado las cinco es que nunca repetiríamos con nadie de la plataforma.

Insistió él y yo intenté resistirme, pero el mundo de las citas por internet es bastante más decepcionante de lo que parece y él había conseguido superar el notable alto. Así que, al final claudiqué y se superó a sí mismo. Estuvimos casi toda la noche y parecía que no nos cansáramos. Al día siguiente desayunamos juntos y nos juramos que no nos íbamos a volver a llamar.

Incumplí yo el juramento y él ni siquiera intentó resistirse. Esta vez, cenamos primero. Me explicó su desgracia. Su mujer también le había sido infiel, pero no con otro hombre sino con una mujer. Lo peor no era que ella negara que fuera lesbiana, hablando de bisexualidad, no. Lo más terrible es que le decía que los quería a los dos y que lo que no podía era escoger. Lo que podría haber sido el sueño de cualquier hombre, un trío en toda regla, se convirtió en su pesadilla cuando vio a la otra. Se trataba de una chica de veintitrés años. Ellos son padres de una hija de veinticuatro. Lo intentó, pero le fue imposible.

Desde entonces vive huyendo de las continuas llamadas de su mujer que no deja de acosarlo declarándole su amor eterno. Se apuntó a la plataforma buscando mujeres más jóvenes que él con la idea de poder acostumbrarse, pero también ha sido incapaz salvo conmigo y ya le parece, a veces, que los quince años que nos distancian son demasiados.

Es terrible verlo tan enamorado de su mujer y tan incapaz de estar con ella. También he sabido su nombre verdadero, Alejandro Vázquez y su profesión, abogado. Yo me he callado lo del sobrenombre de Ned Stark porque ya no tengo tan claro que pueda hacerlo desaparecer con la rapidez que lo hicieron con el personaje de Juego de Tronos. Así que hemos acordado que para mí, él seguirá siendo el Rey aunque yo voy a pasar a ser Silvia.

Esa noche vuelve a ser tan estimulante como las otras. Parece mentira que sin haber amor podamos tener la sincronía tan perfecta que tenemos en la cama.

El domingo pasa demasiado rápido y la noche hacia el lunes me la paso en vela con un miedo atroz en el estómago. Es tres de mayo y el viernes, cuando me fui, vi como estaban cambiando los vinilos del vestíbulo central. Cuando llegue voy a ver la imagen del calendario en el formato seis por cuatro que permite la maldita pared del fondo.

Escojo el vestido a rayas. El fondo es negro, las rayas amarillas y lo cruzan en vertical hasta la cintura y en horizontal en las caderas y la mini falda es de diez centímetros por encima de la rodilla. Vistoso, ausente de moderación, provocador... una declaración de guerra.

Entro levantando la barbilla y me encuentro justo frente a los ascensores a Aguirre con Francisco Duque, el director financiero. El presidente balbucea y se sonroja cuando se ve obligado a saludarme. Duque, no. Duque se me come con esos ojos verdes que le caracterizan y que, pese al mito, no le otorgan belleza sino maldad, lo mismo que le ocurría a Scar el tío malvado de Simba. De todas formas, me sirve, así que tengo la indecencia de lanzarle una sonrisa.

Sé que el vinilo está justo a mi izquierda. No lo miro ni un segundo y bajo las escaleras con mis tacones de diez centímetros y moviendo la cadera sabiendo, con seguridad, que los que esperan el ascensor no me quitan la vista de encima.

En mi oficina, Luisa levanta la vista un momento y su mirada refleja tristeza. La verdad es que esa mujer no deja de sorprenderme. En lugar de reprenderme a diario por mis continuas torpezas, mi falta de rendimiento y mi conducta inadecuada, se limita a callar. Quién la ha visto y quién la ve. Y no creo que haya sido Bosque porque si algo tiene de característico la jefe de servicio Luisa, es que no se deja intimidar.

Ernesto no se molesta en disimular como ha empezado a babear al verme, pero hago caso omiso, porque los Omaticaya no son mi especialidad.

Cuando estoy tecleando mi contraseña en el ordenador, entra José Luis. Noto cómo se muerde el carrillo interior por no decirme nada.

En ese instante suena mi teléfono.

—¿Silvia Salinas?

—Sí, soy yo.

—El señor Duque quiere verla en su despacho, ¿puede subir?

Casi se me escapa la risa. ¡Qué fáciles son todos los hombres! Me pongo en pie.

—¿Dónde vas? —pregunta José Luis.

—Me han llamado de financiero.

Por sus ojos cruza un brillo de amenaza o prevención.

—¿Para qué?

—No lo sé. Ya me lo dirán.

—Voy yo.

—¡Eh! ¿Tú te llamas Silvia Salinas? ... Pues voy yo.

Aprieta la mandíbula y esta vez sí me echo a reír.

Capítulo 21

Sobre la mesa como en las películas. Así estoy copulando con Francisco Duque. No hemos tardado ni cinco minutos en saber lo que ambos queríamos cuando he entrado a su despacho y le ha pedido a su secretaria, sin ningún tipo de disimulo que cerrase la puerta y que no lo molestase en ningún caso.

Se le nota que está acostumbrado a polvos rápidos y no debo ser la primera que pasa por su mesa, pero no está mal, la verdad. Está atento con sinceridad a mis reacciones y aunque la penetración ha sido directa y sin preámbulos, sabe masajearlo al mismo tiempo con sus dedos expertos y está consiguiendo que esté muy excitada.

Sin embargo, los gritos nos alertan y sin apenas darnos cuenta de lo que está pasando, la puerta se abre y aparece José Luis Bosque rojo de ira y con la mirada inyectada en sangre. Nos separamos de golpe y me repongo con toda la rapidez que puedo la ropa igual que mi compañero de cuitas que tiene algún que otro problema con su miembro erecto.

—¡Joder, Bosque! ¿Quién coño te ha dado vela en este entierro? ¿No sabes llamar?

—¡Cerdo cabrón! —grita el aludido—. Como le vuelvas a poner las manos encima, te las corto.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Que es mayorcita y me lo estaba pidiendo a gritos.

José Luis en dos zancadas se planta ante Francisco Duque y cogiéndolo de la camisa lo estampa contra la pared. En esos momentos me vuelve a recordar

a Scar porque ha perdido toda la chulería y está algo asustado. Más que un león parece un gato despeinado.

—¡Por Dios del cielo! —intervengo—. ¡Quieres hacer el favor de controlarte, José Luis!

—¡Tú calla! —me dice.

Duque no parece estar dispuesto a imbricarse en una pelea lo cual me parece muy sensato, aunque no tengo nada claro que, de hacerlo, no saliera él ganador. Vestido tiene un cuerpo muy aparente, pero, además, le he visto las abdominales y está claro que visita a diario el gimnasio.

—No la vas ni a mirar a partir de ahora, ¿me oyes?

Sería imposible que no lo hiciera con los gritos que está dando. Los suficientes como para que media planta esté atenta desde el pasillo de fuera a lo que pueda estar pasando dentro, lo cual puedo verlo porque la puerta ha quedado abierta de par en par. Si queríamos discreción, desde luego que nos estamos luciendo.

—José Luis —digo mucho más calmada—, suéltalo, anda. Creo que te estás pasando.

—Te he dicho que te mantengas al margen.

—Pero ¿quién te has pensado que eres? Quien tendría que estar al margen y fuera de esta habitación eres tú, José Luis. Suéltalo ahora mismo y hablemos como personas.

Francisco Duque parece estar muy de acuerdo con mis palabras porque asiente con la cabeza, pese a que continua quieto como si prefiriese no provocar más la ira del jefe de recursos humanos.

Al final, José Luis recapacita y lo deja ir. Duque se recompone de nuevo la ropa y me mira de reojo.

—Lo siento, tío —le dice—. No sabía que tú y ella...

—¡No!

—¡No!

Vaya, en algo estamos de acuerdo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Perfecto, Aguirre en la puerta. Además de la expectación que estamos causando en el exterior, la silla caída y los papeles por el suelo dan una imagen un tanto caótica del despacho, pero no le hará falta demasiada imaginación para que pueda intuir la respuesta a su pregunta. A ver qué le explicamos a este hombre.

—Está todo solucionado, señor —responde José Luis—. Duque ya ha entendido que no puede tener todos los recursos que desee. Nos íbamos ya.

Me coge del codo y me empuja un poco, para iniciar la huida.

—¿Duque? —quiere confirmar Aguirre.

—No volverá a pasar, señor presidente. Pero fue ella quien quiso subir. Yo no hice nada que ella no pidiera a gritos.

Las torpes palabras del director financiero han puesto en evidencia mucho más de lo que hubiera sido necesario. Aguirre mira a su alrededor y casi puedo ver cómo encaja las piezas en el interior de su cabeza. Entonces se fija en mí y endurece la mirada.

—Señora de Manrique, no me esperaba esto de usted.

Con sinceridad, no sé qué podía esperar ese hombre de mí. Creo que es incapaz de saber ni quien tiene trabajando en el despacho de al lado, así que mucho menos saber quién es la técnica nivel dos del departamento de recursos humanos, más allá de conocer que soy la esposa de quién soy.

—No sé a qué se refiere, señor Aguirre —le contesto levantando la barbilla con la dignidad que pueda quedarme.

—En mi empresa no quiero líos de faldas. Esto no es un burdel, ni una casa de citas, aunque últimamente usted parece no saberlo.

Suena tan ofensivo con su tono de voz frío e implacable que creo desmoronarme un poco.

—Aguirre —interviene José Luis—, no ha pasado nada, de verdad. Quizás he perdido los nervios.

El presidente sigue clavándome los ojos y como debe haber advertido mi

debilidad, lo veo regodearse.

—Su puesto no está en esta planta, ¿verdad señora de Manrique?

—No. Pero deje de hablarme como si me conociera. Para empezar, no sabe ni mi nombre.

Enrojece de ira y aprieta la mandíbula. No está acostumbrado a que nadie le replique.

—No me hace falta para saber que su conducta en este despacho ha sido inmoral y vergonzosa. Le repito que no toleraré en mi empresa conductas tan indecentes como la que acaba usted de protagonizar.

—Creo que hay dos protagonistas como mínimo en toda historia de...

—¡Silencio! —me grita como lo haría con un niño pequeño y eso me enerva más—. Compórtese y olvidaré esta escena. Y que conste que lo hago por amistad a su marido que es la persona más...

—Mi marido se debió follar a la relaciones públicas de ESENTOLSA en una mesa parecida a esta, así que...

—Silvia, por Dios —es José Luis murmurando entre dientes.

Mientras tanto Francisco ha hecho una mueca con la boca que parece una sonrisa y Aguirre ha vuelto a subir el tono del rojo de su rostro.

—Llévesela de aquí, Bosque.

Mi jefe obedece las instrucciones con tanta rapidez que casi tengo la impresión que apenas piso el suelo cuando salimos de allí y nos dirigimos al ascensor con las miradas de todos clavadas en nosotros.

Mientras descendemos estamos callados, pero en cuanto se abren las puertas del elevador en la planta baja y veo el vinilo gigante, ya no tengo ninguna duda.

—Quiero la cuenta —le digo,

—No digas tonterías, Silvia. Vuelve a tu mesa y...

—Quiero el maldito finiquito. Me voy.

—Silvia, solo te faltaba dejar de trabajar para acabar de hundirte. Si necesitas un día o dos de fiesta, veremos qué podemos hacer.

—¿Cómo que “para acabar de hundirme”? ¿Me ves hundida?

—Te veo más que eso. Te veo perdida y confundida.

—Mira, dame la maldita cuenta y deja para otra gente tu papel de amigo profundo. No tienes ni idea.

—Quizás la que está equivocada eres tú.

—Será mi problema, no el tuyo.

Entonces hace lo que jamás debería haber hecho. Me vuelve a tomar del codo y estira de mi hacia las escaleras.

—Vamos, deja de decir tonterías. Si no fuera porque sé que estás bajo los efectos de la depresión... Intentaremos pedir hora al médico para que...

—No has entendido una mierda, José Luis. Ni voy a ir al médico, ni voy a volver a entrar en ese zulo asqueroso, para trabajar en un trabajo asqueroso y con una gente asquerosa. Si no me quieres dar el finiquito no me lo das, pero igualmente me voy. Si me quedo un segundo más, acabaré vomitando del asco que me dais todos.

Comienzo a andar hacia la puerta y antes de salir oigo que, sin poderlo evitar, me grita:

—¡Eres una ingrata!

Me giro y le veo que los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo y la postura de alguien que podría estar derrotado. A su espalda, a tamaño gigante, dos copas de cava y dos sonrisas. Creo que no es necesario dar ninguna respuesta.

Camino durante horas sin un rumbo fijo, disfrutando de la libertad de hacerlo entre semana y con una temperatura que empieza a acercarse al calor de verano. Cuando me canso, escribo un mensaje en el Oktobers Club informando de las novedades. De inmediato me contestan y no ha hecho falta demasiado para ponernos de acuerdo en que esta noche también es una buena noche para encontrarnos.

Cuando vamos por el segundo cubata, mi móvil empieza a sonar y aparece el nombre de Jaime en la pantalla. Nos lanzamos a una especie de concurso

por recrear desde dónde y haciendo qué está llamando y como la imaginación es poderosa, cada vez fantaseamos con las situaciones más curiosas y nos morimos de risa.

La segunda vez que llama, ideamos otro juego por el que cada parpadeo de la pantalla debe ser un trago de gin tonic. El juego lo repetimos en la tercera llamada y también en la cuarta; pero hemos tenido que pedir otro combinado con lo que van tres.

Sé que mi tope está ahí y recuerdo la horrible borrachera y sus consecuencias, pero, Paca acaba de decirme que en la cadena hostelera en la que trabaja, han abierto un nuevo establecimiento en el centro comercial de Vallecas y le pido, sin ningún titubeo que me coloquen allí.

Ella duda, porque dice que mi nivel cultural daría para otra cosa, y además el sueldo es un treinta por ciento más bajo, pero le suplico tantas veces que me ayude a conseguirlo que acaba enviando un WhatsApp a su jefe.

Son las once de la noche y entiendo que hasta el día siguiente no voy a obtener respuesta, pero solo cuatro minutos más tarde, le contesta citándome para mañana a las cinco, a ser posible con ropa cómoda por si empiezo.

La noticia bien vale un cuarto cubata de celebración, pero antes de empezar a bebérmelo voy a ir al baño a ver si puedo orinar un poco. Es esencial para evitar que la melopea sea demasiado dañina.

En el pasillo del lavabo pillo a Rosalina morreándose con Gualterio Malatesta. Me miran los dos, primero sorprendidos, pero, después, quizás porque lo ven en mis ojos, él me coge de la mano y me atrae hasta darme un beso. De reojo veo que, mientras tanto, Rosalina se acuclilla y se amorra a sus partes nobles. Él me mete mano bajo el vestido con una mano y con la otra acaricia la cabeza mi compañera. Estoy haciendo un trío en el pasillo maloliente de los servicios de un bar cochambroso; pero el dueño del bar tiene un cuerpazo de los que quita el hipo.

Desde fuera, Aurora nos llama a gritos para que podamos empezar a beber el último cubata. Estamos los tres muy excitados, pero la situación no

acompaña y la barra está desatendida. Todo apunta a que vamos a dejarlo, cuando él de un tirón, me mete en el baño, me sube el mini vestido, me arranca las bragas y me penetra sin más. No me ha dado tiempo ni a darme cuenta que Rosalina está detrás y es ella quien está acariciándome los pechos.

Tengo un orgasmo en pocos segundos que me sorprende. Quizás la interrupción de esta mañana me tenía preparada. Malatesta se ríe satisfecho, como lo haría el villano de la película y saliendo de mi coge a Rosalina y la embiste una y otra vez mientras yo, no puedo hacer otra cosa más que mirarlo aturdida.

Mi amiga parece que ya ha quedado satisfecha y él, de nuevo orgulloso y ufano, se aparta mostrando que le queda cuerda. Entonces nos pone a ambas las manos en la cabeza y nos hace arrodillarnos. Está claro cómo quiere acabar.

Rosalina empieza a chupársela y yo tengo mis dudas. No es que sea muy escrupulosa, pero acaba de metérsela a las dos. Sin embargo, estira de mi pelo y yo acabo obedeciendo y turnándome con mi compañera, hasta que minutos después, él se corre, afortunadamente, fuera de mi boca.

Se sube los pantalones sin ni siquiera limpiarse y sale de allí sin soltar una sola palabra. Rosalina y yo nos miramos. No nos lo diremos nunca, pero ambas estamos avergonzadas.

Capítulo 22

Abro los ojos y recuerdo que hoy es diez de junio. Los diez de junio de los últimos once años los empezaba haciendo el amor porque Jaime decía que no había mejor regalo. Después traía el desayuno a la cama y, a veces, volvíamos a hacer el amor después de las tostadas con café con leche. Es obvio que hoy no va a ser así, pese a que es domingo y que no tengo que ir a trabajar.

Hace treinta y nueve días que no tengo relaciones sexuales con nadie, los mismos que llevo sin probar el alcohol. Teniendo en cuenta la carrera meteórica a la que me había lanzado es toda una proeza.

Se supone que he experimentado el fenómeno de tocar fondo para resurgir de las cenizas liberada. La realidad es menos entusiasta. No hay liberación en el hecho de trabajar diez horas, siempre en horario de tarde y noche, cinco días de la semana, en un centro lúdico de Vallecas que incorpora un bingo y atrae a todos los parias de veinte kilómetros a la redonda. Acabo tan derrotada que, al principio, al día siguiente, era incapaz de levantarme hasta que no daban las doce del mediodía y, como quien dice, tenía que volver a irme a trabajar.

Pero, tiene sus cosas buenas. Domingos y lunes libro y el jefe, Antonio Rojo un tipo con apenas treinta años que ya es propietario de una cadena de cafeterías y bares en centros comerciales; tiene el detalle de recogernos a Montse y a mí a la una de la mañana para que no deambulemos solas por la zona que no se caracteriza por su seguridad.

Nos paga en negro una tercera parte del sueldo, pero entre una cosa y otra, me saco unos mil trescientos euros. La diferencia hasta los mil setecientos cincuenta que ganaba en CEEH, SA es lo que ha sacrificado a Montse como canguro, pero, a cambio, le conseguí el curro y ahora somos compañeras.

No está siendo fácil llegar a final de mes. Había vivido todos los meses creyéndome la frase de “no os faltará de nada” y seguí haciendo, más o menos, la vida de costumbre. Pero, un buen día me denegaron el crédito de la visa y me di cuenta que los tres mil de ingreso mensuales más mi sueldo y el pago de los Miranda, no daban para pagar una hipoteca de mil trescientos veintisiete euros, los mil ciento veinticinco del colegio de Berta y David, seiscientos cuarenta de la guardería de Carlos, quinientos de Gabriela, unos mil doscientos en el supermercado y compras varias, doscientos ochenta en las extraescolares, ciento cincuenta de los suministros y los cuatrocientos de Montse. Así que los pocos ahorros que había en esa cuenta se habían ido reduciendo sin ser consciente, hasta que el cobro de la tarjeta de crédito con los vestidos estilo Paca se lo acabaron de pulir.

Darme cuenta de esa circunstancia, cuando ya había tomado mi digna decisión de abandonar la empresa en la que había trabajado diez años sin ni siquiera el finiquito, tampoco tiene nada de liberador. Pero no había marcha atrás. Lo único que hizo mi mente maquiavélica fue elucubrar la posibilidad de dejar de pagar la hipoteca. A fin de cuentas, mi maravilloso cuñado me abrió los ojos al recordarme que la casa solo tenía un propietario; pero Rey me hizo recapacitar. Si lo hacía iba a recordar la posibilidad de activar los trámites del divorcio, que hasta ahora nunca hemos iniciado ninguno de los dos y, pese a que me prometió que si un día llegaba ese momento él me ayudaría a arañar todo lo que pudiera, fue muy sincero en cuanto a los riesgos de perder parte de los ingresos.

No me he atrevido a hablar de esto con nadie más porque a mi lado tengo a Paca que sobrevive con mucho menos y lleva toda la vida en precario. Claro que el quinto sin ascensor, de setenta metros cuadrados en La latina, no se

parece en nada a mi casa y no tiene el nivel de gastos en suministros.

Así que no debería quejarme, pero eso no impide que sienta una rabia lacerante cada vez que tengo que hacer números y descartar poner el aire acondicionado para no incrementar la factura de la luz.

Por fortuna, pude despachar mi ira en el acto de pintarrapear la cara de Jaime de todas las fotos que fui encontrando en los álbumes que sí había sacado desde el principio de la casa de Aravaca. Me detuve cuando llegué a las imágenes en las que empezó a aparecer Berta de bebé. Sabía que eso no se lo podía hacer a los niños. Sin embargo, mi buen acto de contrición no sirvió de mucho porque me pillaron con el bolígrafo en la mano y, al ver el estropicio que había hecho con las anteriores, empezaron a gritarme desaforadamente hasta acabar deseando que yo me evaporara y apareciera su padre.

Rosalina, Aurora, Lucía, Paca y yo nos seguimos viendo con regularidad, pero no hemos vuelto a pisar el tugurio de Chueca. Ahora lo hacemos en una cafetería de la castellana, casi todos los domingos por la tarde, y nos lo contamos todo por WhatsApp.

A Rosalina se le murió la madre y el mismo día que la estaba enterrando se enteró que el supuesto despacho de abogados que estaba tramitándole la adopción, era un fraude y habían desaparecido dejándola colgada a ella y a unas veinte candidatas más. Ella ha perdido unos seis mil euros. Ha decidido abandonarlo todo y no hay manera de convencerla de lo contrario.

Aurora ha vuelto a ser abandonada por el amante casado porque ser padre de un bebé llorón te permite pocas escapadas. Sin embargo, ha conocido en la residencia a un chico, cinco años menor que ella, con el que está empezando a tener una relación y, pese a que eso le genera no pocas inseguridades, también la aporta ilusión.

La hija de Paca va a casarse con el novio que la dejó embarazada y que ha aparecido con la cabeza gacha y el arrepentimiento grabado a fuego. Como se ha alistado en el ejército va a entrar un sueldo más en su casa y eso hace feliz

a madre e hija.

Con diferencia es Lucía la que está más animada. En la casa de acogida donde trabajaba como limpiadora la han contratado como orientadora y se siente tan plena y realizada que lleva permanentemente una sonrisa en la cara y parece haberse olvidado un poco de su amada Raquel de la que sigue sin saber nada.

Su felicidad me dio algo de envidia y acabé pidiéndole que me dejara colaborar como voluntaria. Lo hago, desde hace casi un mes, los lunes y algunos domingos por la tarde. Es increíble ver a esas mujeres apaleadas, maltratadas y humilladas intentar superarse a sí mismas y remar contra viento y marea por sacar adelante a sus hijos.

A veces, me hacen sentir ruin, porque comparada con ellas, yo no debería quejarme, sino vivir feliz. Pero, hay cosas que no puedo dominar de mí misma y sigo teniendo que contener las ganas de gritar y golpear cuando oigo hablar de Río de Janeiro.

Obviamente ya no piso la casa de Carmen ni por casualidad y me di de baja del grupo de los hermanos despidiéndome con una grosería el día de las cajas.

José Luis también ha desaparecido. Tampoco me extraña porque la última vez que lo vi acabé utilizando todo tipo de insultos cuando se le ocurrió decirme que me había conseguido una entrevista de trabajo como psicóloga en una agencia de *headhunters*. Odié su condescendencia y su compasión, pero, sobre todo, me sentí estafada durante todos aquellos años que me había visto trabajar haciendo meras labores administrativas y no se le había ocurrido pensar que, quizás, no era eso lo que yo quería hacer después de haber estudiado una carrera universitaria de cuatro años.

De todas formas, eso fue solo la gota que colmó el vaso. Era la crónica de una enemistad anunciada porque se me revuelve el estómago cuando me cruzo o sé de alguien que haya tenido que ver con Jaime, sobre todo porque no puedo descargarlo directamente en él.

Sí es cierto que, de vez en cuando, descuelgo el teléfono poco antes de la

hora habitual en la que llama y escondo mi móvil regodeándome en la desesperación que sé que le embarga y que se hace patente en los miles de mensajes y llamadas perdidas que después refleja el historial de mi aparato telefónico. Lo soluciona de diversas maneras, pero últimamente accede al móvil de Gabriela que ya no se molesta en intentar disimular con aquello de “*quizás quedó colgado mal la última vez*”.

Como he dicho, me sigo viendo con Rey, pero ahora solo somos amigos. Grandes amigos, diría yo. Creo que él ha empezado a superar lo de su mujer y pretende reemprender nueva vida. Así que le ayudé a hacerse un buen perfil en la plataforma de internet “Relaciones permanentes”. De momento no ha tenido mucha suerte, aunque se ríe mucho cuando le digo que en cuanto se lleve alguna a la cama no van a dejarlo escapar. No miento. Tiene un don natural para eso, aunque creo que lo que se lo otorga es su incapacidad de ser egoísta. Cómo me gustaría ser como él y no sentir el odio que me carcome por dentro y que me quema destruyendo todo lo que de bueno pudiera quedar en mí.

—¿Mamá? —Es la voz de Berta—. ¿Estás despierta?

—Sí. Ahora me levanto —le digo desde la cama.

—¡No! ¡Un momento!

Dos minutos más tarde aparece con una bandeja en la mano en la que hay un tazón con lo que supongo que es un café con leche y unas tostadas. La sigue David con cara de “*a mí me han traído a la fuerza*” y Carlos de su mano con un chupete en la boca y otro en la mano. Tiene ya diecisiete meses y se está haciendo más dependiente de ese artilugio que cuando era un bebé de cuna.

—¿Qué haces? —pregunto dejándola un poco parada en la puerta.

—Te traigo el desayuno —dice al final acercándose.

—Pero... ¿por qué?

—¿No te gusta?

—Sí... sí... pero...

—¡Mira! Te he hecho tostadas. Antes te gustaban.

Dejo que me coloque la bandeja sobre las piernas después de haberme

incorporado hasta quedarme sentada.

—¿Y vosotros? ¿Habéis desayunado?

—¡Hace rato! Gabriela preparó tortitas.

Berta me mira con ilusión. Parece que le hace feliz verme contenta e intento disimular una ilusión que no siento. Las relaciones con mis hijos están siendo así, un poco de tira y afloja, de amor-odio, de ni contigo ni sin ti.

—Está muy bueno.

—Fenomenal.

—¡Dios! No digas eso. Lo dicen todas las pijas de Salamanca.

—Bueno... nosotros vivimos en Salamanca.

—Pero no somos pijos —respondo metiéndome otro trozo de tostada en la boca.

—¿Haremos algo especial hoy? —pregunta David.

—Pues... no sé... es domingo... y el lunes ya no tenéis que ir al colegio, así que...

—Además, es el cumpleaños de papá.

He quedado en situación de congelación al oír las palabras de David. Supongo que es normal que lo sepan o se acuerden. Tienen la edad suficiente, pero no me lo esperaba.

—¿Podemos regalarle algo? —Es Berta quien pregunta.

—¡Ya sé! ¡Una selfie! —Y David me coge el móvil.

—¡No!

El grito ha sido algo contundente y Carlos ha empezado a poner pucheros.

—¿Por qué no? —pregunta Berta—. Así lo felicitamos.

—No... no... ya tendrá quien lo felicite.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque sí, porque no creo que esté pensando en lo que podamos enviarle. Ni siquiera se acordará de nosotros. Tendrá mucha gente que le estará felicitando.

—¡Claro que sí! Fue él quien nos pidió anoche que te trajéramos el

desayuno a la cama.

Me lo ha dicho justo en el momento que estaba intentando beber un poco del café con leche y se me ha atragantado provocando una tos persistente, irritante e insufrible.

Aparto de un golpe la bandeja y la miro con los ojos inyectados en sangre.

—Que os ha pedido ¿qué?

—Pues... pues... pero ¿no te gusta?

—¿Os ha dicho él que hicierais esto? —Señalo el desayuno como si fuera un bicho peligroso.

—Sssssí... sí.

Me levanto de un golpe. La inquina que se agolpa en mi garganta me provoca un sabor amargo que me baja hasta el estómago.

—¿Mamá?

Berta no entiende nada, David tampoco y Carlos vuelve a gimotear; pero yo solo puedo pensar en quitarme ese desayuno de encima y hacer desaparecer de un golpe la sensación de ridiculez que me ha embargado cuando he descubierto que todo ha sido idea de Jaime.

Cojo la bandeja y como una exhalación llego hasta la cocina donde veo a Gabriela comiéndose un bocadillo, y lanzo todo el contenido de la fuente en el fregadero

—Pero ¿qué haces?

El grito de Berta tras de mí, parece el de una alimaña.

—No vuelvas a hacer algo así —le digo señalándola con el dedo en tono amenazador.

—No te entiendo... te estaba gustando.

—No se te ocurra volver a traerme el desayuno a la cama nunca más en tu puñetera vida.

David detrás de Berta me está mirando con el ceño fruncido al tiempo que su postura corporal parece que este diciendo “*me lo esperaba*”.

—¿Se puede saber qué te pasa? —grita Berta—. ¡Estás loca! ¡Loca de atar!

—¡Maldita niñata impertinente! ¿Qué sabrás tú de los locos? Tú... tú... eres... tu padre es el que es un imbécil y un hijo de...

—¡Mamá! No hables así de papá.

Vuelve a ser David el que aparece a defender a su padre. Yo opto por volver a mi habitación y cerrarla de un portazo. No quiero oír nada más. He intentado deshacerme de todo lo que tiene que ver con él y, pese a todo, sigue apareciendo.

Capítulo 23

—¿Silvia? Soy yo. No cuelgues.

Hace como unas dos horas que me he encerrado en la habitación después de la bronca del desayuno y de haber oído a Berta gritar y despotricar.

Lo que menos me esperaba es oír la voz de Jaime a través del teléfono, sobre todo teniendo en cuenta que siempre miro el identificador de llamadas. Pero lo ha hecho a través de otro teléfono y yo tengo un dolor de cabeza demasiado intenso para haberme dado cuenta.

El caso es que su voz ha provocado un escalofrío en mi espina dorsal y me ha dejado paralizada. Siempre me gustó esa inflexión y tonalidad. Ronroneaba en mi oreja cuando me hacía el amor y susurraba palabras tranquilizadoras cuando tenía pesadillas. Ahora es como el estilete de un cuchillo que se clava en mi cerebro y mi pecho.

—Silvia, por favor, dime, ¿cómo estás?

No entiendo la pregunta. Es como si estuviera hecha en otro idioma. Es esperpéntica y malvada en sí misma.

—Berta me ha dicho que te has enfadado. No era mi intención. De verdad. Créeme.

Sigo en silencio. Acaba de confesar el delito. ¿Qué clase de depravado haría lo que él ha hecho? Me lo imagino follándose a su exnovia para celebrar su propio cumpleaños y, al finalizar, jadeando todavía por el esfuerzo, recordar que durante años fue a mí a quien acariciaba como al descuido, el

vientre y los muslos. Así que el muy prepotente habría pensado que, para compensar, al menos, que mi hija me trajese el puñetero desayuno ¿cómo ha podido imaginar que aceptaría esa provocación?

—Jamás hubiera querido hacerte daño. —De nuevo vuelve a callar como esperando que yo diga algo—. Yo... yo... Silvia sé que estás trabajando en un bar. No puedes hacerlo... Mira, he hablado con Aguirre y no hay problema en que vuelvas y puedas...

—¡Oh! ¡Qué gran idea! —lo interrumpo y puedo imaginarme que habrá hasta contenido la respiración esperando a ver cómo acaba mi respuesta. Me conoce lo suficiente como para saber que hay demasiada ironía contenida en ella—. Así podré acabar de follarme a Duque. El solícito de tu amigo nos sorprendió cuando estaba a punto de...

—¡Basta! —No ha sido un grito, pero sí una orden—. No te degrades así, Silvia.

—¿Y tú que sabrás, cretino? La tiene bastante más grande que tú, por tanto, yo hablaría más bien de progreso.

—¡Dios mío! Así que es cierto que estás perdiendo los papeles.

—No. Nunca antes había estado más lúcida y casi que te lo tengo que agradecer, ¿sabes? Has girado el caleidoscopio y me has ayudado a priorizar lo importante en mi vida.

—No me hagas responsable, Silvia. Yo he hecho todo lo posible porque la vida no te cambiase y pudieses continuar...

—Pero ¿tú te estás oyendo, pedazo de imbécil? ¿Qué te hace pensar que lo que tenía me gustaba?

—Silvia, no insultes, por favor. Podemos hablar como dos personas.

—¡No! Tú no eres una persona. ¡Tú eres una mierda! Y no tengo por qué respetarte.

—Silvia...

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¡Deja de decir mi nombre cada vez que hablas, papanatas! A ti no te dieron el título de psicólogo para poder utilizar esas

técnicas de gilipollas.

—Sil... De acuerdo, cálmate un segundo y escúchame.

—¡No tengo nada que escuchar de ti! Nada de lo que digas va a importarme. ¡Eres un cero! ¡Un maldito cero!

—¡Por Dios! ¡Deja de gritar!

Reconozco que la subida de decibelios en mi oreja me ha sorprendido. Creo que es la primera vez en once..., doce años, que Jaime lo hace.

—No lo hagas por ti. —Aprovecha el instante para continuar—. Hazlo por los niños. Ellos no tienen la culpa de nada y no se merecen esto.

—¿Esto? —Cada cosa que dice me enerva más y estoy empezando a sentir fuego en mi boca—. ¿De qué narices hablas? A los niños no les pasa absolutamente nada. Su madre ahora es camarera. Sirve copas en lugar de contratos precarios y finiquitos a desgraciados de la construcción. Seguramente mucho más alegre.

—Pero vuelves a casa a las tantas de la madrugada.

—¿Y qué importa? No son ellos los que trasnochan. Están con Gabriela.

—Y lo has hecho, a veces, bebida.

Aprieto los nudillos hasta hacerme daño con las uñas en el interior de las palmas. Es una suerte que no vea cómo me han avergonzado sus palabras. Imagino que se refiere a aquella primera noche. Es la única vez que José Luis me vio y que es quien debe estar informándole. Y eso me devuelve a la fatídica proposición.

—¡Ah! ¡Es eso! Claro... claro... lamento que seas consciente de que tu recomendación para que me follase a Bosque no fuera la apropiada. Hay más donde elegir, ¿sabes? Y tu amigo nunca se caracterizó por tenerla suficien...

—No hablo del mes de febrero. Hablo de muchas otras veces, después.

Mi primera impresión es notar cómo una mezcla de miedo y vergüenza se apodera de mi interior volviendo todos mis órganos en algo más líquido. Sé que he perdido el color de mi cara. Desconozco hasta qué punto sabe, pero solo tardo unos segundos en reponerme.

—No es de tu incumbencia lo que yo haga.

—Sí lo es.

—No, en absoluto, eso lo decidiste en octubre.

—Sí lo es, Silvia, porque me preocupo por mis hijos.

Y ¡bingo! Esas palabras hacen desaparecer de un plumazo la debilidad que había empezado a sentir y la sustituyen por un odio, una rabia y un rencor de tal envergadura que casi puedo masticarlo cuando regurgitado desde mi estómago, ha subido hasta mi garganta y lo expulso a gritos.

—¡Ni te atrevas, cabrón!

—Silvia...

—¡Ni se te ocurra, valiente hijo de puta! ¡Tú! ¡Tú no puede hablar de eso! ¡Tú los abandonaste! ¡Nos abandonaste! ¡Serás cerdo! ¿Qué estás preocupado? ¿A ocho mil kilómetros?

—Escucha...

—¡No! ¡Y una mierda! ¡No pienso escuchar tus mentiras, cabrón! ¡Que digas tú que estás preocupado por tus hijos es un puto insulto! ¡Ocho meses! ¡Ocho! ¡Limitándote a una jodida llamada telefónica! ¿Y te atreves a darme lecciones? ¿Tú?

—Por favor...

—Ni por favor ni hostias. ¿Quieres de verdad hacer de padre? ¡Porque vas a hacerlo, fantasma!

Antes de que pueda oír su voz, interrumpo la conversación y jadeando con dificultad por la rabia que estoy sintiendo, abro el portátil y tecleo en el ordenador buscando vuelos a Río de Janeiro. Encuentro uno a las diecisiete treinta y cinco. Son ahora las trece quince. Justo pero posible. Relleno los campos necesarios y busco como una loca la VISA agradeciendo que la denegación del mes pasado me hubiera servido para no haber usado la tarjeta ni una sola vez, en este. Mil trescientos doce euros.

Mi cabeza sigue hirviendo como si tuviera dentro toda una locomotora. Compruebo que en mi correo ya se han recibido los billetes, saco las tarjetas

de embarque y envío toda la documentación a la impresora.

Salgo de la habitación y me encuentro en el pasillo a los niños y a Gabriela como si estuvieran dudando. Seguramente han estado oyendo los gritos.

—¡Perfecto! —les digo—. Volad a vuestras habitaciones y preparaos una maleta.

—¿Cómo? —Es Berta quien abre los ojos como platos.

—Os vais con vuestro padre unos días.

—Pero...

—¡Venga! ¡Ya! ¡Gabriela! ¡Tú vas con ellos!

—Pero, señora.

—Una maleta pequeña cada uno, que no he facturado ninguna.

—¿Tenemos tantas maletas? pregunta David, siempre tan juicioso.

—Nnnno... cierto... Cogemos las bolsas del gimnasio.

—¡Mamá!

—Ni mamá ni mamá. Espabilad. En una hora tenemos que estar en la calle.

No me replican más y se van cada uno a su habitación, Gabriela incluida. Yo cojo a Carlos y me encargo de su ropa. Solo tengo que dar un par de instrucciones más recordándoles que en Río es permanentemente verano.

—Señora. Yo no me puedo ir. —Gabriela está en el marco de la habitación de Carlos con lágrimas en los ojos.

—Y tanto que te puedes ir —respondo casi sin mirarla.

—Pero es que...

—Mira, Gabriela. Creo que me lo debes. Te he dejado mi casa de picadero con tu novia Sara Sofía. Te he dado trabajo desde hace seis meses. Comes como nosotros. No te falta de nada. Se trata solo de llevárselos a Jaime. Cuando se los hayas entregado te vuelves en el primer avión. Él te lo pagará. Yo no puedo porque me he quedado pelada con los de ida.

No me replica más. Tampoco lo harán los niños durante el trayecto en taxi, aunque al llegar al aeropuerto me dicen que tienen hambre y yo protesto porque allí todo es el doble de caro.

—¿Podremos estar aquí para el festival? —es David quien ha preguntado.

—¿Qué festival?

—El de final de curso.

—¿Cuándo es?

—Mañana.

Los tres me están clavando sus ojos y me siento incómoda. No había pensado en eso. Ni en eso ni en nada, pero ya es tarde.

—Ya veremos —miento.

—No podremos —interviene Berta y en su mirada advierto ahora el enfado—. Se tarda horas en llegar a Río.

—Yo hacía de mosquetero... —la voz de David es un lamento.

—La próxima vez —respondo sin querer plantearme la decisión—, además, vais a dar una envidia tremenda a vuestros amigos cuando sepan que habéis estado bañándoos en las playas de Copacabana.

Le doy un beso a Carlos que está en los brazos de Gabriela y cuando me acuclillo para intentarlo con Berta, esta me gira la cara. David sí se deja, pero al verlo hacer un puchero, le remuevo el pelo y me levanto con rapidez.

Los despido en los controles de acceso y me voy a la cafetería que hay en el vestíbulo justo frente a los paneles en los que va informando del estado de los vuelos. Encuentro la referencia del de Río y espero con la mirada fija.

Una hora y media más tarde, con los músculos entumecidos de tanta tensión, veo que anuncia que ya ha despegado.

Me levanto y empiezo a caminar hacia la parada de taxis. Tomo uno y doy la dirección de mi casa. Entonces, cojo el móvil y busco la última llamada.

—¿Estás más tranquila para hablar? —me responde sin siquiera saludarme.

—¿Tienes papel y bolígrafo?

—¿Cómo?

—¿Que si tienes papel y bolígrafo?

—Ssssí... pero.

—Anota.

—Vale.

—Vuelo IB siete, dos, siete, siete. Llegada prevista a las veintitrés cuarenta, hora local.

—Silvia, ¿qué narices...?

—Tus hijos van para allá. Ahora vas a poder preocuparte por ellos todo lo que te apetezca y más todavía.

—Silvia, ¿qué has hecho?

—Lo que tú querías, ¿no? Te ha parecido que yo no cuidaba de ellos bien siendo una triste camarera, así que...

—¡Joder, Silvia! ¿Qué mierda has hecho?

—Vaya... ahora eres tú quien no puede hablar como...

—¡No estoy en Río!

Una especie de corriente helada ha bajado desde mi cerebro hasta el final de mi columna vertebral y me ha dejado petrificada. El corazón también se me ha parado y la boca me ha quedado semiabierta. Veo pasar el paisaje a cierta velocidad y por un momento se me ocurre abrir la puerta del taxi y bajarme... o tirarme... o desaparecer...

—Estoy en Buenos Aires —le oigo decir con la angustia en su voz.

Entonces escucho un sonido ronco, como si fuese un aullido o un bramido, no sé.

—Señora, ¿le pasa algo? —dice al taxista.

—¡Silvia! ¡Silvia! —Jaime desde el teléfono.

El sonido otra vez más atronador y me doy cuenta de que sale de mi boca. Me acabo de metamorfosear en un animal extraño, incapaz de hablar. Solo aullar.

—Señora, ¿detengo el taxi?

—¡Silvia! ¡Reacciona! ¡Tranquilízate! ¿Vale? ¡Escucha! Voy al aeropuerto. Algún vuelo habrá. Creo que solo hay un par de horas. Tenemos tiempo, ¿de acuerdo?

Lo que sale ahora de mi boca ya tiene más apariencia humana. Es algo así

como un llanto estrangulado, pero que me devuelve a la realidad.

—Silvia, ¿me oyes? Responde, por favor.

—Sssssí.

—Vale. Cuelgo ahora. Te voy informando.

La conversación se interrumpe. Levanto la vista y veo los ojos asustados del taxista.

—¿Está mejor, señora?

—Sí —balbuceo—, pero lléveme a Hernani, 64 por Nuevos Ministerios.

No puedo volver a casa. Ahora no.

Solo tengo que llamar dos veces y Rey aparece al otro lado de la puerta. Me lanzo a sus brazos llorando sin parar.

—¡Quiero morir! ¡Merezco morir!

Y Rey me recoge sin preguntar y me lleva hasta el sofá de su comedor.

Capítulo 24

Rey está atendiendo a Rosalina al teléfono. Lo hizo antes con Paca y oigo que le está dando instrucciones a la primera de que no sigan insistiendo y así dejar la línea liberada. Yo soy incapaz porque, cada vez que intento articular alguna frase con sentido, empiezo a tartamudear como consecuencia del puro temblor de todos mis músculos y eso pese al diazepam que me he tomado hace dos horas y las infusiones de valeriana y tila que Rey va preparándome cada poco.

Hemos dejado sonar las que ha hecho mi suegra, Cristina, Jorge (el marido de Soledad), Alberto e incluso Román que, supongo, lo habrán presionado para hacerlo. Hace ya tres horas que no han vuelto a intentarlo. José Luis, sin embargo, ha sido el más insistente, hasta tres veces. La última, hace escasamente media hora.

Jaime me ha puesto tres mensajes de texto. *“Estoy en el aeropuerto de Buenos Aires. Me están mirando vuelos”*. *“Conseguido, tengo uno a las dieciocho veinte con aerolíneas argentinas. Tiene prevista la llegada a las veintiuna veinte”*. *“Anuncian retrasos, pero no te preocupes. He avisado a alguien de Río que va hacia el aeropuerto por si yo no llego”*.

Ese “alguien” debe ser Susana Alcázar y desde el instante que he leído ese mensaje, hace treinta siete minutos, mi mente ha asumido con toda su plenitud la absurdidad de mi decisión. Ahora no solo me va a quitar al marido, sino que va a encandilar a mis hijos y los va a acoger como la gran libertadora. Se

los llevará a la playa, les reirá, les dejará comer todo tipo de chucherías y les permitirá jugar con el móvil hasta que se harten.

Una hora y media más tarde llega su cuarto mensaje: “*Embarcando. Nueva llegada prevista: diez cincuenta*”. Eso es una hora de margen, así que, aunque haya algún contratiempo, debería darle tiempo.

A la una cincuenta y cinco, hora local, recibo el quinto mensaje: “*Aterrizado*”. Estará con el “alguien” esperando a mis hijos. Se habrá abrazado a ella y le habrá dicho que estoy loca de atar.

Rey ha buscado en el portátil el vuelo en el que van los niños y con el programa de seguimiento tiene controlada la llegada. Se actualiza solo, pero de vez en cuando le doy al *enter* incapaz de mirar otra cosa que no sea el dibujo del avión en un mapa del mundo.

A las dos treinta de la madrugada, que para ellos son las once y media, el programa de la web anuncia el “*landed*”. Sé que las salidas no son inmediatas, que hay colas en el avión, transporte hasta la terminal, caminata por pasillos interminables... pero cincuenta minutos más tarde sigo sin recibir mensajes y decido hacerlo yo. “*¿Estás ya con ellos? Dime algo por favor*”.

Ni lo lee, ni por supuesto lo contesta, durante los siguientes cincuenta minutos más.

—No me va a llamar —digo entonces en voz alta ahogando el llanto que me está embargando—. Va a ser el castigo que me infringirá.

—No digas tonterías. Te ha enviado cinco mensajes de texto informándote de todos y cada uno de los detalles. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora? — responde Rey.

—Porque es su manera de decir que él ha cumplido.

—¿Y si llamamos a Gabriela?

—Sí, quizás...

En ese momento suena el teléfono y el nombre de Jaime aparece en pantalla. Me lanzo a descolgarlo notando que mi corazón está ya en la garganta.

—¡Jaime!

—¿Mamá? —Es David—. ¿Mamá, eres tú?

—¡Oh! ¡Cariño! Qué ilusión oír tu voz. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Ha sido muy aburrido?

—¡Qué va! Ha sido alucinante. Al menos mientras ha sido de día, aunque el aterrizaje con todas las lucecitas... brutaaaaaaaal.

—Me alegro, David.

—Espera que te paso a Berta.

Hay unos segundos en los que se perciben diversos ruidos al otro lado de la línea y me parece incluso oír que alguien por megafonía anuncia un vuelo, lo que significa que siguen en el aeropuerto.

—Hola, mamá. —Berta está mucho más seria.

—Hola, vida mía.

—... —Es obvio que sigue enfadada.

—Cielo, yo... lo siento... de verdad, pero os lo vais a pasar muy bien con...

—Gabriela se ha tenido que quedar con la policía —me interrumpe.

—¿Cómo?

—No hemos podido sacarla de allí. ¡Estaba llorando!

El corazón me golpea con fuerza y el temblor se acrecienta. ¿Qué ha ocurrido? Oigo cómo Jaime riñe a Berta por habérmelo dicho y entonces se pone al teléfono.

—¿Silvia?

—¿Qué... qué... qué ha pasado?

—No tenía visado —responde muy serio—. Quieren deportarla a Colombia. Ahora no puedo hacer más. Es muy tarde y los niños tienen que descansar. Mañana vuelvo con un abogado.

Las lágrimas se están agolpando en mis ojos y el nudo en la garganta amenaza con salir en forma de llanto convulsivo. Logro retenerlo un poco para decir:

—No puede volver a Colombia. Su familia la tiene amenazada de muerte

desde que se enteraron que es lesbiana.

Hay un silencio al otro lado de la línea. Ahora sí se oye con claridad una voz anunciando un vuelo.

—¿Jaime?

—Haré lo que pueda —responde—. Adiós.

Cuelga el teléfono y me doy cuenta que no he escuchado la voz de Carlos. Me echo a llorar sobre Rey que me acaricia la cabeza con cariño. Había creído que se pasaría el dolor al saber que mis hijos están bien, pero ahora tengo que acarrear con los remordimientos de provocar una desgracia para Gabriela.

Rey se niega en redondo a que me vaya a mi casa y me prepara la habitación donde suele dormir su hija cuando viene a verlo.

Paso lo que queda de noche en un estado de semi vela en la que, cuando logro conciliar el sueño, me asaltan las pesadillas.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, en cuanto oigo a Rey me levanto. Pretendo agradecerle lo que ha hecho por mí y marcharme, pero insiste que me lleva él hasta casa. El despacho de abogados lo tiene en el barrio de Salamanca y no le importa acercarme en coche.

En el trayecto hablo con Rosalina para explicarle las novedades. Ella, lejos de recriminarme lo que he hecho, carga toda la responsabilidad sobre Jaime.

—No te olvides nunca que es el imbécil de tu marido el que te ha obligado a esta situación. No tienes la culpa de nada. No se puede ir ocho meses y pretender que seas tú la que te hagas cargo de todo. A mí no me parece nada mal. Tendrías que habérselos enviado antes. Al menos, el muy cerdo, va a tener que programar a partir de ahora cuando se beneficia a la zorra esa.

Aparcamos el coche y Rey se empeña en acompañarme hasta la misma puerta. Lo cierto es que cuando llevo cinco pasos me mareo hasta el punto de tener que cogerme a él para no caer. Tengo las cervicales tan tensionadas que mi cabeza se ha convertido en un barco sobre mar embravecido.

Solícito, Rey me coge de la cintura y así llegamos al número de mi casa.

Entramos en el vestíbulo comunitario espacioso y de mármol blanco y esperamos el ascensor que, en ese instante, se abre apareciendo Alberto. La mirada que me echa está tan cargada de odio que me ha dado verdadero miedo. Después mira a Rey y pasa del odio, al desprecio y después al reconocimiento.

—¿Vázquez?

—Manrique...

Se dan la mano (la misma que estaba en mi cintura y que mi cuñado ha podido ver con claridad). Más de cuarenta mil abogados en Madrid y tienen que conocerse. Esto es tener mala suerte.

—Yo de ti me apartaría de esta alimaña —le dice sin mirarme.

—Tranquilicémonos —responde Rey—. Todo se puede hablar con calma.

—No. Esta vez me sopla la polla lo que diga mi hermano. Se ha pasado tres pueblos y la voy a hundir.

—Ha cometido un error.

—¿Un error? ¿Tres menores con una emigrante ilegal enviados en avión sin avisar? Mi madre ha pasado las mayores horas de angustia de su vida. Ya no es Jaime quien decide. Son mis sobrinos y es mi familia.

—Alberto, intenta pensar como abogado. Vamos a solucionar esto de la mejor manera.

En esos instantes se vuelve a abrir la puerta del ascensor que se había accionado sin apenas ser consciente y veo a Carmen con Cristina y Sara Sofía. Transportan una maleta grande.

La primera tiene una mirada indescifrable. Es muy difícil que mi suegra muestre nunca sus sentimientos. Cree que es poco elegante. En el rostro de su hija Cristina aparece una sonrisa de triunfo y después le tiembla el labio superior hasta el punto que se le mueve la nariz, me echaría a reír si no fuera porque la mueca es de absoluto desprecio. Pero, lo que más me duele, es la mirada de Sara Sofía. Lo hace repasándome de arriba abajo como si le costara convencerse de que soy un ser humano.

—Justo a tiempo —dice Alberto—, la íbamos a dejar aquí, pero ya que estáis... que no se moleste en subir, la cerradura de la puerta está cambiada.

—No creo que eso sea lo prudente —vuelve a decir Rey y yo sigo muda, incapaz de articular palabra.

—Esta casa es de mi hermano y ahora soy yo su representante legal.

—Esta casa es el domicilio conyugal, Alberto.

—No. En todo caso es la de Aravaca.

—Perdonad —interrumpe Carmen—. Yo me voy. Si me dejáis pasar...

La veo caminar con lentitud intentando hacerlo erguida. Entonces me doy cuenta de que es la más pura imagen del sufrimiento. Ella, tan perfecta y distinguida, pasa por mi lado y no me mira. La sigue Sara Sofía que también me castiga con su indiferencia. Cristina, sin embargo, no puede estarse y cuando está a mi altura, me escupe.

Sentir su saliva en mi cara me devuelve al estado de cólera permanente en el que vivía hace veinticuatro horas. Ha sido el antídoto ideal para salir de mi estado catatónico y, sin pensarlo, levanto la mano para asestarle un bofetón.

Rey me para a tiempo con una fuerza increíble y me empuja hacia la pared. Cristina empieza a gritarme insultos que ni una prostituta en un tugurio sería capaz de repetir. Alberto la está intentando calmar, utilizando también su mayor capacidad física porque sus intenciones, de manera clara, son las de pegarme. Mientras, Carmen y Sara Sofía, después de la sorpresa inicial, apresuran el paso y desaparecen por la calle.

Al fin, Alberto consigue echar a Cristina y yo me limpio con el brazo su saliva y las lágrimas que están cayendo de forma involuntaria de mis ojos.

—Te lo repito, Alejandro, yo de ti me apartaría de esta mujerzuela —dice Alberto—. Que coja sus cosas y se largue.

—No nos vamos a ir de aquí —insiste Rey con una calma que me deja maravillada, después de la escenita de chusma barriobajera que nos acabamos de marcar—. Sabes perfectamente que no lo voy a permitir Alberto. Solo aceptaremos con un acuerdo por escrito en el que quede claro que mi clienta

se va de vacaciones unos días después de haber acordado con su marido que los niños pasarán una temporada con él.

—Ni hablar. La tengo pillada por los huevos y la voy a hundir.

—Vamos a llamar a la policía y a un cerrajero porque cuando se iba con su maleta, se ha dado cuenta de que se ha dejado dentro una pieza de ropa importante y varios vecinos podrán corroborar que es su vivienda habitual.

Alberto aprieta la mandíbula y veo cómo le tiembla. También tiene los puños cerrados y creo que con esa postura le sería muy fácil darme un golpe, de lo cual debe tener muchas ganas.

—De acuerdo —masculla—. Te envío los papeles esta tarde.

—Ni hablar. Lo hacemos aquí y ahora.

—¿Con qué ordenador?

—Arriba.

Refunfuñando accede y en unos minutos estamos en el interior de la casa y se han puesto los dos a redactar un documento que tardan unos treinta minutos en acabar.

Mientras tanto, yo me he paseado por las habitaciones y ante la visión de armarios abiertos y vacíos, no solo de la habitación de los niños y Gabriela que es como yo la había dejado un día antes, sino también de la mía por obra y gracia de mi familia política a la que no le ha importado que en el proceso haya caído un bote de colonia al suelo y lo haya dejado todo perdido; me da la impresión que ha pasado un vendaval.

Eso es mi vida en los últimos tiempos. Una sucesión de vientos catastróficos que se lo está llevando todo y, aunque es cierto que acabo de comportarme como la peor de las madres, pienso en Jaime y lo maldigo por haberla destrozado. Si hace unos días creía que había tocado fondo, la realidad siempre puede sorprenderme de nuevo.

Capítulo 25

—Aquí tienes el móvil para las urgencias. Solo requiere apretar el número uno tres segundos seguidos. —Pilar, la directora del centro de acogida, me mira a través de sus gafas de alta graduación que provocan que sus ojos sean anormalmente grandes recordándome a un lémur, en todos los aspectos, pues es bajita, muy delgada y con una abundante cabellera gris

—De acuerdo —respondo imprimiendo a mis palabras una seguridad que no siento.

—Silvia, estarás con nivel tres, pero no hay que desdeñar el riesgo. No lo olvides nunca.

—No, no lo haré. Tranquila. Soy muy consciente de la oportunidad que me estás dando y no te fallaré.

—Soy yo quien te está agradecida. Has dejado un trabajo en el que ganabas un treinta por ciento más y ni siquiera te puedo prometer que después de las vacaciones el puesto de trabajo quede libre.

—No todo es el dinero, Pilar. Nunca he trabajado de psicóloga y hace demasiado que acabé la carrera. Después de cómo me ha ido, te aseguro que esto es un golpe de suerte.

—Te he visto de voluntaria. Tienes intuición y sabes escuchar. Además, Lucía me ha dicho que en la facultad eras un cerebritito.

—Ya sabes que la universidad solo es garantía de que tienes una memoria estupenda. Nada más.

—Bien, no hablemos más. Te dejo en tu primer día de trabajo como la flamante psicóloga ocupacional. ¿Tengo que recordarte las dos reglas de oro?

—Las víctimas son víctimas no incapaces ni menores de edad. Deja que tomen sus decisiones y nunca, jamás, las juzgues.

—Perfecto. La voluntaria viene dentro de tres horas. Tomad todas las precauciones al entrar y salir. No sería la primera vez que un marido furioso descubre el paradero de una casa refugio. Nunca nada puede mantenerse en secreto de manera indefinida.

—Aprieto el uno tres segundos seguidos.

—Sí, un beso.

Sale por la puerta no sin antes dirigirme otra de sus miradas redondas e insistentes. Después regreso a la sala central donde tres mujeres y cinco niños de entre seis meses y cuatro años, intentan dejar pasar las horas, sin pensar demasiado en lo que les rodea.

Hace un calor aplastante, típico del mes de julio madrileño, pero los críos siguen teniendo ganas de corretear. Eso es lo bueno de la infancia, pase lo que pase, aunque tengas un padre maltratador, borracho y cruel, sigues siendo feliz e, incluso, algunos llegan a echarlo en falta. A partir de los diez u once años las cosas empiezan a cambiar. Comienzan a darse cuenta de que las palizas y los gritos no son normales. Tienen miedo, por ellos mismos o por sus madres, y eso les convierte en el ying y el yang de lo que han vivido. Pueden pasar por momentos y situaciones en los que son seres débiles e impotentes; tanto como desvelarse con conductas crueles hacia otros.

En ellas las secuelas son más típicas. Miedos, confusión de pensamientos y recuerdos intrusivos, rumiación continuada del hecho traumático, flash backs, sensación de indefensión, sensación de culpabilidad, pérdida de autoconfianza, anhedonia, autoestima deteriorada, tristeza, vergüenza, problemas de concentración y memoria, apatía, dificultad para la ejecución de tareas cotidianas, resistencia a salir del domicilio, consumo de fármacos, alcohol o drogas, taquicardias, sudoración profusa, trastornos del sueño,

alteraciones gastrointestinales, temblores, problemas respiratorios, vaginismo, pérdida de la libido, anorgasmia...

He vuelto a estudiar todo lo que se me ha puesto por delante desde que Pilar me llamó para ocupar la posición que dejaba vacante la psicóloga titular porque se iba de vacaciones. Para septiembre esperan que se apruebe una nueva subvención y, si es así, podrán contratarme porque, en realidad, harían falta muchas más manos.

Lucía tiene el turno de mañana y yo el de tarde. Además, nos turnamos los fines de semana. Eso sí, el sueldo es de solo novecientos euros.

Le he dicho a Pilar que no importa, pero lo cierto es que en la propuesta de medidas cautelares previas al divorcio que Rey ha redactado, ha hecho constar que, mientras los niños estuvieran con su padre, yo colaboraría con trescientos setenta y cinco euros mensuales.

Intenté modificarlo, pero llegué tarde porque ya lo había enviado. Además, según me dice Rey menos de ciento veinticinco euros por niño es poco habitual.

Así que tengo que sobrevivir con poco más de doscientos veinte euros para pagar el metro, comer y vestirme por ese exacto orden de prioridades, ya que el alquiler de la habitación que me permite utilizar Paca, son trescientos euros y sé que me está haciendo un favor.

Hablé con Antonio Rojo y le pedí que, si salía alguna cosa esporádica a horas sueltas por la tarde o por la noche, me llamara; pero se puso como una fiera cuando le dije que no le podía dar más de una semana para encontrar recambio, así que, ya veremos.

Rey me ha dicho que me ayudará, aunque me he negado de manera categórica. He escogido yo este trabajo y lo he hecho consciente de lo que de renuncia económica significaba. Pero no podía dejar de hacerlo. Me he pasado demasiados años poniendo por delante cualquier cosa antes que mi carrera profesional.

Se supone que es lo que una buena madre debe hacer: sacrificarse por sus

hijos y no desear nada más que lo que a ellos pueda reportarles bienestar. Un trabajo con un sueldo decente para pagar una casa confortable y un horario ideal para recogerlos del colegio, darles la merienda y atender sus necesidades, lo que se conoce como horario de conciliación. Da lo mismo si el trabajo te parece pesado o inútil, si no te aporta nada, ni te hace crecer como persona.

“*No haber tenido hijos*”, me dice la Rottenmeier que todos tenemos dentro, mirándome con expresión ceñuda y levantando el dedo índice. “*Cómo puedes darle bienestar si tú no te sientes bien*”, interviene Mushu, el dragón protector de cuarenta centímetros enviado por los dioses.

Me siento junto a Rocío, una andaluza guapa que conocí el primer día de voluntaria y con la que he congeniado desde el primer minuto. Escapó de su marido hace tres meses con un bebé de teta. Tiene un miedo atroz que todavía le provoca espasmos, aunque solo le llegó a pegar una vez. Lo hizo con la mano abierta, obligándola a quedarse quieta a solo diez centímetros de él y la abofeteó seis veces dejándole todos los dedos marcados en la mejilla. Vivían en la casa cuartel de Las Rozas porque su marido es un cabo de la guardia civil y, dos horas después, cuando salió de su casa, vio en los ojos de todos sus vecinos y compañeros de armas, que nadie tenía dudas sobre por qué su cara presentaba ese color entre violeta y rojo. Está catalogada como nivel tres justamente porque teniendo la oportunidad de amenazarla con un arma, no lo hizo y supo “controlarse”. A mí me parece que hay cosas poco más crueles que someterte hasta el punto que no puedas ni siquiera huir cuando te están pegando.

Las otras dos mujeres son Remedios y Sonsoles. La primera tiene tres hijos de cuatro, tres y dos años. Todo un récord de quedarse embarazada en la cuarentena. Su marido es camionero y un celoso patológico. Huyó el día en el que la azotó con un cinturón después de haberla atado a la cama. Cuando acabó tuvo la indecencia de violarla.

Sonsoles tiene una hija de tres años. Su marido es un ejecutivo de una

empresa importante. Habían vivido en un chalet en el Viso que, hace poco, se ha tasado en cinco millones de euros dentro de los trámites del divorcio. Ella sigue pensando que su marido cambiará cuando deje de consumir cocaína y no acaba de ver violencia doméstica en el mamporro que le asestó con el atizador de la preciosa chimenea de piedra de carrara del salón y que le provocó un costurón de diez puntos en la cabeza.

Cuando llega Lidia, la voluntaria, jugamos un rato al parchís y preparamos la cena para los niños. Después los acostamos y nos quedamos un rato charlando en el sofá. Es el momento en el que aprovechamos para sacar los demonios del interior. Yo me limito a hacer las insinuaciones oportunas para que sean ellas las que hablen con libertad y espontaneidad, como me han enseñado a hacer en el período que fui voluntaria. No interrumpo nunca y dejo que se explayen, que despotriquen, que se quejen o que ríen.

A las once, llega Ramon, el vigilante de seguridad de noche que es el único que nos podemos permitir, de manera que, durante el día, solo podemos confiar en nosotras mismas. Le dejo el móvil de urgencias y me voy.

Camino hasta mi casa porque así ahorro un viaje de metro y porque por la noche refresca un poco y se está muy a gusto. Saco mi móvil del bolso y lo conecto. Nos hacen apagarlo cuando estamos en la casa de acogida para que no nos localicen por GPS.

Entra un mensaje de Lucía: “¿*Qué tal tu primer día?*?”. Le contesto con varios emoticonos seguidos que expresan alegría. Aurora me ha enviado una foto desde Benidorm, donde está de vacaciones con el pipiolo de su novio, que es como lo llamamos por su edad. Se la ve feliz y me alegro.

Rosalina me llama. Ella nunca tendría suficiente con un mensaje. Tenemos una conversación de quince minutos largos que me acerca hasta casa sin apenas darme cuenta. Está dudando sobre si empieza de nuevo o no los trámites de adopción y ha vuelto a tener un chasco con el último tipo que ha conocido en la misma web de citas en la que está Rey.

Llego a casa y Paca sigue despierta. Es una mujer incombustible. Me sonrío.

—Te estaba esperando para ver esa cara de felicidad, por fin.

—Sí. Tenías razón —respondo después de haber lanzado una carcajada—. No me he equivocado cambiando de trabajo.

—Y mira —añade—. Regalito.

Me muestra dos bombones de chocolate y yo aplaudo como si fuese una niña pequeña. Me pirran esos dulces, pero, sobre todo, lo que me encanta es que se haya acordado.

—¿No tienes que trabajar mañana? —le pregunto.

—Sí. Ahora me voy a la cama.

Hablamos flojito porque en la habitación de al lado duerme su hija con su marido militar y el niño. En cuanto el pequeño sea más mayor, deberé pensar en mudarme a otro sitio porque necesitarán la habitación, aunque Paca insiste en que no. Mi habitación está al otro lado del pasillo y es la mejor porque da a la calle y tiene mucha luz natural.

—Antonio acabará diciendo que sí —me comenta—. Hoy no ha parado de decirle a la nueva que tú lo hacías todo mucho mejor y sé que le han concedido el chiringuito de El Retiro. Va a necesitarte.

—¡Pobre! —respondo yo recordando la cara de asustada de la que entró a sustituirme—. Ahora que eres la encargada, intenta que no se desanime porque como lo deje...

—No lo hará. A la pobre le hace falta el dinero más que nada.

—Como a todas y mírame...

—Tu acabarás poniendo una consulta en el barrio de Salamanca y forrándote con las depresiones de las señoras ricas.

—¡Dios mío! ¡No! ¡Qué horror! ¡Aguantar cómo alguna idiota se hunde porque su marido le ha puesto los cuernos y se zumba a alguna exnovia! —Y me río con la broma sobre mí misma y esa persona que era yo hace tan solo un mes y medio.

—Siempre podrás recomendarle alguna buena web de citas.

Le doy un beso en la mejilla y me voy a mi habitación. Son las doce, pero

en Río son las nueve y es la hora en que me suelen llamar.

—¡Hola, mamá! —Oigo la voz de David a través del auricular en cuanto descuelgo.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal hoy el día?

—Genial. He estado jugando a fútbol con unos niños de aquí.

—¡Caray! ¿Y son tan buenos como dicen?

—Alguno sí.

Seguimos hablando un rato y después se pone Carlos que balbucea una serie de palabras sin apenas sentido, aunque se ríe mucho cuando oye que le hago pedorretas. Por último, Berta. Con ella es un poco más complicado. Depende del día. A veces está bien y otras se cierra en banda y se niega a hablarme. Cuando intento presionarla un poco, aprovecha la ocasión para recriminarme que yo apenas les hablé en los últimos meses y que me encerraba en mi habitación o los dejaba con Gabriela o Montse. Hoy, sin embargo, no es un mal día. Me explica que ha estado en el trabajo de papá y que los han subido a una grúa desde donde han visto todo Río.

Nunca me mencionan a Susana Alcázar y yo se lo agradezco. No creo que pudiera soportarlo.

A veces se les escapa el nombre de Gabriela a la que pudieron sacar del centro de internamiento tres días más tarde de haber llegado. Me consta que están tramitando los papeles para que pueda volver a España, pero está siendo bastante difícil porque sus antecedentes relatan una estancia ilegal. Me lo explicó Rey después de pedirme que hiciera una carta testimonio de recomendación, aunque también sé que ella se negó a aceptarla y están buscando otra vía para que pueda acreditarse que, esta vez, viaja con trabajo asegurado y legal.

Con Jaime ni un solo contacto. La primera semana sí que se ponía al teléfono cada vez que hablaba con los niños, creo que con la intención de dulcificar la sensación que podía dejarme Berta que, en esos días, sí estuvo muy arisca.

Sin embargo, un buen día, pedí por él y la niña me contestó que no podía ponerse. Lo intenté al día siguiente y al otro y siguió poniendo excusas. Al final, accedió a atenderme, pero fue para pedirme que no preguntase más por él, que era duro para nuestra hija y que, tal y como yo había decidido, a partir de ese momento, los contactos los tendríamos a través de los abogados.

Mi reacción encolerizada no se hizo esperar. Le respondí que al menos yo tenía algún contacto y no como lo que había hecho él durante ocho meses. Pero segundos más tarde me aplaqué y llegué, incluso, a pedirle que perdonara mi fogonazo.

Supe así que Rey ya había hecho llegar la demanda de medidas cautelares en las que, de forma provisional, elevaron a definitivo el acuerdo que se había firmado de manera precipitada el día en que me echaron de casa.

Me convenció de hacerlo pese a que yo no estaba en condiciones, todavía sumida en cierta apatía y con la culpabilidad grabada a fuego en el corazón. Pero, al parecer, no arreglar la situación se podía girar en mi contra en el momento de formalizar el divorcio, lo cual ya era extraño que no hubiéramos hecho en todos estos meses.

Ahora me está hablando de iniciarlo en septiembre y es cierto que hay que tomar una decisión porque los niños tendrán que escolarizarse en algún lugar y si permito que lo hagan en Brasil, se acabó cualquier opción de verlos con normalidad.

No tengo muy claro en qué acabará todo esto porque yo no puedo tenerlos en el pisito de setenta metros cuadrados de Paca, donde ya vivimos cinco personas y no me acaba de gustar la idea de Rey de reclamar el piso de Ruiz de Alarcón o forzar la venta de la casa de Aravaca.

Pero me da cierta pereza pensar en todo eso y me genera mucha aversión y temor a que las cosas vuelvan a ese estado de caos en el que estaban. Lo cierto es que he superado la enorme tristeza que me embargaba cada vez que pensaba en lo que me había ocurrido y también, creo que lo he hecho con la rabia con la que pensaba en Jaime en los últimos tiempos.

Aceptación

Capítulo 26

Veo mi nombre escrito y sé que debo firmar justo debajo, pero soy incapaz de apartar la vista de la fecha: tres de septiembre.

—Silvia, ¿ocurre algo? —pregunta Rey preocupado—. Sé que no es lo que quieres, pero recuerda que es una estrategia procesal. Tenemos que tener margen para negociar.

—Nnnno... no... no es nada.

Entonces plasmo el garabato que me identifica y aparto la demanda de divorcio de mi vista.

No voy a decirle a Rey la verdad de lo que pasa por mi cabeza, así que pongo una excusa y me voy corriendo de su despacho para que no me siga mirando a los ojos y buscando cual es el motivo de mi temblor.

En la calle respiro hondo, aunque el calor infernal acumulado en el asfalto después de dos meses en los que las temperaturas no han bajado de treinta y cinco grados, se me cuele por las fosas nasales y me da la sensación de que me quema.

Hacía mucho tiempo que no me había quedado un agosto en Madrid y no había experimentado lo que era poder caminar por las calles sin apenas oír un solo claxon al tiempo que el sol te quemaba hasta las pestañas.

Ha sido la mejor experiencia de mi vida en mucho tiempo y los días han pasado tan rápido que, no me había dado cuenta de que estábamos ya en septiembre. Nunca hubiera podido imaginar que no iba a ser consciente de la

llegada del día tres.

Hoy hace exactamente un año que Jaime se fue a Brasil. Esa misma mañana me hizo el amor por última vez. Como a mí me gustaba, despertándome poco a poco, con caricias suaves sobre mi espalda y besos en la nuca. Después llegó al centro de mi feminidad y no se detuvo hasta que notó las contracciones de un orgasmo. Solo entonces me penetró y se movió con lentitud para que me recuperara y pudiera tener un segundo orgasmo poco antes de que él también acabase. Al final me besó y me dijo: “*Vuelvo en cuarenta días. No te olvides de mí*”.

De eso hace trescientos sesenta y cinco y ha tenido que ser en esta misma fecha que me plantificasen la demanda de divorcio por la que finalizan doce años de matrimonio legal.

Noto como mis ojos se humedecen y aprieto la mandíbula para impedirlo. ¿Cómo puede ser que todavía tenga estos bajones? ¡Ha pasado un maldito año! Aunque en puridad, tengo que esperar al uno de octubre para que se cumpla el verdadero aniversario.

Suena el teléfono y veo que es Pilar. Prometió llamarme para confirmar si había o no subvención. “*¡Vaya! Estamos de suerte. Así ya no tendré que memorizar más fechas funestas*”.

—¿Hola? —Mi voz ha sonado temblorosa.

—Enhorabuena. Estás en el equipo.

Doy un grito de alegría que espanta a una señora que justo pasaba por mi lado.

—¿Lo celebraremos esta noche? —pregunta Pilar.

—No lo dudes. ¿Lo sabe Lucía?

—Espera.

Y entonces oigo un grito a través del auricular reconociendo a mi amiga cuando lanza lo que llama el alarido Sioux.

Me echo a reír.

—Me habéis alegrado el día, chicas.

—Eso tampoco tiene mucho mérito —responde Pilar—, tus días suelen ser un tanto patéticos.

—Y el de hoy lo estaba superando.

Cuelgo y pongo un mensaje en el grupo de WhatsApp anunciando que ya soy, oficialmente, psicóloga titular del centro de acogida para mujeres maltratadas. Empiezan las felicitaciones y las promesas de juerga para esa misma noche.

Voy hacia el Retiro donde está la pequeña cantina en la que trabajo para complementar mi sueldo, todas las mañanas laborales de diez a dos. Es todo en negro, pero no me importa. Antonio Rojo ha sido un buen tipo, aunque intentó que se lo reconociese con algo más que un simple gracias. El caso es que es capaz de adecuar mi horario a mis posibilidades y eso que, muchas veces, cambian dependiendo de las necesidades.

No me desagrada este sitio. Se sirven cafés, chocolates, tostadas y churros a familias completas que vienen a pasear por el parque. Aquí no ocurre como en los bares de copas, que alguien se te sienta en el taburete para explicarte su amarga experiencia. No, aquí soy yo la que puede imaginar qué ocurre con cada uno de los rostros que se colocan en alguna de las seis mesas de la terraza. Desde Kun fu que es un tipo de unos cincuenta años con un moñito en el pelo que se sienta siempre después de haber dado la vuelta completa al Retiro, hasta la abuela Vintage que trae a sus nietos gemelos los domingos por la mañana; pasando por la familia Trapp que no llegan a los siete hijos del original, pero van por buen camino con cinco retozando y la madre embarazada.

Mi compañero habitual es Pepe un tipo con pinta de camionero rudo, mostacho amplio incluido y brazos de medio metro de ancho; que es un trozo de pan y homosexual declarado. Otras veces, las menos, es su pareja Julián quien trabaja a mi lado, mucho más eficiente, pero también reservado y callado.

Pepe se alegra tanto como yo de la confirmación de mi trabajo en el centro

de acogida, en cuanto se lo explico y no me pregunta por la visita al abogado que sabía que iba a ser hoy, porque es el tipo más discreto que he conocido en mi vida y jamás te agobiará exigiendo respuestas a preguntas incómodas.

Esa noche, como hemos prometido, nos juntamos los siete, sumando a Pilar y a Rey, en un bar de La Latina que tiene una estupenda terraza interior donde nos dejan estar, pasadas las dos de la madrugada. No es la primera vez que vamos. Alargamos las noches con simples zumos de naranja o chupitos sin alcohol y el dueño, que es un cubano simpatiquísimo, dice que nos deja por lástima. Muchas veces, él se apunta cuando ha acabado de limpiar y nos explica historias de su Cuba natal.

Los días pasan y se acerca el día quince. Es el día en el que empiezan los colegios, pero según Rey, siguen sin dar respuesta. Yo sigo hablando a diario con los niños, pero no pregunto. No puedo implicarlos a ellos y, además, lo cierto es que, si Jaime decide escolarizarlos allí, no voy a ser capaz de plantarle batalla. Defraudaré a Rey, lo sé. Pero no me veo con fuerzas.

Me siento casi todos los días tranquila y relajada. Puedo controlar bien los sentimientos cuando noto que algo me excita en exceso y tengo cierto optimismo de cara al futuro pensando solo en mí por primera vez en mi vida. Echo en falta a los niños, sí. Pero he aceptado que mis acciones también tienen consecuencias.

Así que no voy a estropear esta calma chicha con un pleito que, si debe darse en dos países distintos, se va a alargar considerablemente y, en el mejor de los casos, va acabar con los niños o cualquiera de nosotros volando sin parar.

El día once ha amanecido nublado, pero eso no disminuye el calor. Anoche tuve un día duro porque apareció una nueva chica, Maia, con tan solo diecinueve años y un brazo roto. Cada vez que se integra alguien en el grupo, sufrimos cierta catarsis porque ellas acaban rememorando viejas y angustiosas experiencias y yo debo hacer un esfuerzo doble por mantener la serenidad y buscar escapatorias mentales que ayuden a aceptar una realidad fea, pero

superable.

Falta solo media hora para que acabe mi jornada en la cafetería. Esta tarde empiezo mi turno en el centro a las siete, así que espero dormir algo de siesta.

Sin embargo, mientras sirvo una Fanta de naranja y cuatro helados de fresa a la nueva versión de los Picapiedra, Pebbles y Dino incluidos, oigo a mi espalda una voz que solo puede ser de David.

—¡Mamá!

Me giro y todavía con la bandeja en la mano, veo cómo mi hijo viene corriendo hacia mí y se me tira al cuello. La alegría que siento me desborda y le aprieto tan fuerte que, al final, se queja.

—Lo siento, lo siento —balbuceo.

Algo toca mi pierna y cuando dirijo la vista hacia abajo, veo a Carlos con una sonrisa enorme, alzando sus brazos para que lo coja. Me arrodillo sin poder deshacerme de David y abrazo también al pequeño.

Noto que mis ojos están enrojeciendo. No quiero llorar, ni que sea de alegría, pero no voy a poder evitarlo. Entierro mi cara entre el cuello de David y el pecho de Carlos y noto las manitas del pequeño acariciarme con torpeza la cabeza, mientras las lágrimas se deslizan desde mis ojos.

Hacía exactamente tres meses que no los tenía tan cerca y los podía tocar, oler y besar. Levanto la cabeza buscando a Berta. Está justo frente a mí. Su mirada refleja cierta prevención.

—Berta, cariño —le digo—, por favor dame un beso.

Sonríe con timidez y se acerca a mí por el lado de Carlos que se queja un poco al verse aplastado, pero, al final, se queda quieto. Alterna darme besos y separarse para mirarme la cara paseando su vista por todas partes como si buscara algo.

Nos estamos así un buen rato hasta que Pepe interrumpe.

—¿Así que estos son los niños más guapos del mundo? No sé, no sé.

Yo me levanto dejándolos en tierra, para que mi compañero los pueda ver. David cuadra los hombros y Berta se sonroja un poco. Carlos se pega a mi

pierna y pretende escalarme.

—Pues... ahora que los miro bien... —continua Pepe—. ¡Joder! ¡Tenías razón! ¡Son los niños más guapos del universo!

—Esa boca, Pepe —lo reprendo por el taco.

Él se pone la mano en la boca con un gran aspaviento y los hace reír.

Entonces levanto la vista y veo a Jaime parado frente a mí. Lleva unos pantalones beige y una camisa blanca remangada hasta el codo. Luce un bronceado increíble y el pelo hacia atrás, lo cual me resulta extraño porque no es su peinado habitual.

—Hola —le digo con una tranquilidad que no siento.

—Hola —me responde él.

En ese instante, una señora sentada en la mesa del fondo nos llama para que la atendamos.

—Ya voy yo —responde Pepe.

El problema es que, paralelamente, los Trapp se levantan para pagar y van derechos hacia la roulotte que hace de bar.

Miro hacia Jaime y nota mi nerviosismo.

—No pasa nada. Volvemos más tarde.

—Acabo en un cuarto de hora —le digo con precipitación.

—Sí, lo sé. A las dos regresamos. —Y mirando a los niños—. Vamos, chicos. Decid adiós a mamá que serán solo unos minutos.

Cuando a las dos los veo llegar por el camino hace ya cinco minutos que estoy histérica y preparada, gracias a que Julián siempre ha sido de una puntualidad extrema.

Me acerco a ellos casi corriendo y Carlos vuelve a lanzarme sus brazos y yo no me hago de rogar.

—¡Mamá! ¿Podemos ir a los columpios?

Quedan solo un poco más allá y David los señala con la mano. Miro a Jaime porque desconozco qué planes tiene.

—Los niños ya han comido —responde a mi muda pregunta—, todavía

tenemos los horarios un poco cambiados. Si quieres, puedes quedártelos una hora y los recojo a las tres.

—Sí, gracias.

Tal cual he pronunciado la última palabra, me he arrepentido y es que, de pronto, la vulnerabilidad que siento me genera cierta vergüenza y esta me lleva, de inmediato, al efecto contrario: al orgullo y, acto seguido, me aparece un ramalazo de odio al verlo ahí, tan perfecto en su guapura, tan arrebatador y seguro.

Creo que se ha dado cuenta de todo porque ha entornado los ojos y me ha mirado como si pudiera traspasarme.

Me despido con un murmullo y tiro de la mano de David y este de Berta, caminando a paso ligero hacia la zona de juegos infantil. No me doy la vuelta en ningún momento y evito pensar que, quizás, sigue nuestra huida con la mirada.

Una hora más tarde puntual al más viejo estilo inglés, regresa. Lleva cuatro cucuruchos de chocolate en las manos. Los niños, al verlo, se lanzan a buscar su premio. Después me mira y me entrega el cuarto helado.

—¿Para mí? —pregunto como si fuera idiota.

—Te gusta, ¿no?

“*Sabes perfectamente que es mi favorito*”.

—Sí, quizás, pero no he comido todavía. Quédatelo tú.

Encoge los hombros como si la respuesta no le hubiese importando demasiado y empieza a lamer el chocolate. El silencio entre los dos es incómodo.

—Mañana es la reunión del colegio.

—Sí —respondo, aunque luego me doy cuenta de que no ha hecho una pregunta.

—¿Nos vemos allí?

—Sí, sí. Claro.

Me doy cuenta de que su intención es quedarse en el parque disfrutando de

su helado. La que sobra allí soy yo. Además, tengo que comer, quería dormir y debo ir a trabajar.

La mini conversación que acabamos de tener para nada refleja que hace casi un año que no nos veíamos y que estamos tramitando nuestro divorcio. Me había preguntado algunas veces cómo sería nuestro reencuentro y siempre había creído que consistiría en una larga conversación. Al principio, imaginaba que él se arrodillaba ante mí para pedirme perdón, después empecé a recrearme en que sería yo la que lo insultaría y me reiría de su patetismo; y en algún momento de este verano llegué a pensar que nos sentaríamos ante una mesa y ambos haríamos un esfuerzo por pedir perdón y desearnos felicidad mutua con nuestras respectivas parejas, aunque yo no la tenga.

Lo que menos iba a pensar es que nos habláramos como si no hubiera ocurrido nada, como si nos hubiéramos visto ayer mismo y reanudásemos una conversación más.

Llamo a los niños y les doy un beso a cada uno.

—¿Cuándo nos volvemos a ver? —pregunta David mirando a su padre.

—Pronto —responde él sin más concreción.

Y yo me voy reprimiendo las ganas de abofetearlo por ser él quien está gobernando mi vida otra vez, decidiendo y disponiendo cuando voy a ver a mis hijos.

Capítulo 27

Llego demasiado pronto Me he dado cuenta al girar la calle y, de lejos, ver a algunas de las madres de la clase de Berta. El problema es que ellas también me han visto, así que no me puedo dar otra vuelta por ahí hasta que sea la hora justa y no tenga ni que saludarlas porque sería de mala educación hacerlo con la reunión ya empezada.

De todas formas, espero que nos limitemos a un saludo cortés y distante que fue lo que conseguí a finales del curso pasado. No fue demasiado difícil, nunca había sido santo de su devoción y en cuanto me vieron aparecer durante una temporada con el Paca's style intentaron apartarse de mi como si llevara la peste escrita en mi frente. Así que nos prodigamos mutuamente una serie de desplantes y desdenes de lo más evidentes que yo acepté como una liberación, harta de que sus únicas conversaciones tuvieran como objetivo sacarme información para después criticarme o hacerme cómplice y partícipe de otras víctimas de su increíble capacidad por murmurar maledicencias.

Sin embargo, hoy ocurre algo distinto. La mamá de Josan levanta al brazo y me hace una señal para que me acerque con una sonrisa que le llena la cara, pero que no le llega a los ojos ni de casualidad. El resto también me mira y por un momento me parece que lo que estoy viendo es una bandada de buitres esperando su comida. Visten y peinan perfectas como si estuvieran a punto de entrar en un pase de modelos. Nada que ver con los tejanos, zapatillas deportivas y camisa sencilla que suelo llevar yo en los últimos tiempos.

Trago saliva y me insulto a mí misma por notar como mi interior tiembla de miedo. ¿Qué me importará lo que esa panda vaya a decirme? Levanto la barbilla y pongo una mueca que pretende ser una sonrisa.

Cuando estoy a solo medio metro, me doy cuenta que solo un poco más allá está la versión masculina del conjunto de glamurosas. Alguno con traje, pero la mayoría vestidos a lo casual. Todos bronceadísimos y desprendiendo éxito en cada movimiento. Si supieran que soy capaz de guardar todo lo que tengo en una habitación de quince metros cuadrados además de dormir yo, les daba un pasmo. Los conozco o reconozco a todos, menos a uno de ellos que les saca casi un palmo y es igualito al príncipe encantador de la película de Shrek, aunque el pelo lo lleva hacia atrás como Jaime. Es el típico que sabe que es guapo y debe hacer esfuerzos por no dar un beso a los espejos por los que pasa de lo enamorado que está de sí mismo.

El secretario de estado se mueve un poco y detrás veo a Jaime que también luce sonrisa de triunfador. Cuando me ve no puede evitar bajar la vista hasta mis pies y volverla a subir. “*Vale, debería haberme cambiado de ropa. Pero vengo directa del centro de acogida y, allí, los tacones de aguja no están de moda*”. De todas formas, no soy capaz de descifrar su mirada. ¡Con lo fácil que me era antes!

—¡Querida Silvia! ¡Cuantísimo tiempo sin verte! —Sigue siendo la estupenda mamá de Josan la que me habla.

La presencia de Jaime explica el interés que todas tienen en que me acerque. Quieren comprobar cómo es eso de estar al lado del marido que te ha puesto los cuernos y te ha abandonado por otra. Lo vi de cerca hace un año y medio, cuando se lo hicieron a la exmujer de un futbolista que, además de ver a su marido metiéndole la lengua hasta la campanilla a una modelo preciosa en todas las revistas durante diez días, aguantó estoicamente a que los buitres carroñeros idearan las mil y una para verlos juntos en las situaciones más variopintas, llegando incluso a inventarse el cumpleaños de uno de los niños para poder invitarlos a ambos a la fiesta.

Lo que desconocen todas ellas es que no tiene nada que ver que esto te ocurra a los quince días de que te hayan puesto los cuernos o un año después. Y es que el tiempo es la cura perfecta a cualquier cosa y si no, al menos, me ha dado arrestos para que nadie note nada.

—Hola —respondo con una sonrisa—. Yo también me alegro de veros. Permitirme un momento que voy a saludar a mi ex. Volvió el otro día de Brasil y apenas hemos podido hablar.

Las veo abrir la boca del puro pasmo y me dirijo a donde están ellos que, al verme llegar, se remueven inquietos.

—Hola a todos —digo con una tranquilidad que no siento pero que estoy pudiendo fingir a las mil maravillas—. Espero que hayáis pasado un verano estupendo.

—Se te ve muy bien —miente el secretario de estado, cuando en realidad debe estar pensando que tengo una pinta horrible y parezco la chacha del grupo.

—Es que lo estoy, muchas gracias. —Y dirigiéndome a Jaime—. Después si te parece charlamos un rato.

—Claro, claro —responde titubeante.

Bien, de momento, uno a cero. Me dirijo hacia la puerta de entrada donde no hay nadie porque cae un sol rabioso y donde, por lo tanto, aseguraré que nadie me vaya a molestar. Me apoyo en la puerta, sin importarme lo que puedan pensar de mi actitud que, de manera clara y evidente, acaba de decirles que he podido ser educada, pero que no me importan una mierda y no quiero su compañía. Sé que estoy concentrando todas las miradas y acudo al magnífico recurso del móvil, aunque no tengo que fingir nada porque, en efecto, tengo un par de correos electrónicos del centro que tengo que gestionar.

Poco después, la puerta se abre y la directora nos hace entrar a todos hasta el comedor central. Allí han preparado unos cafés y pastas. Quiere fomentar las buenas relaciones antes de meternos dentro para torturarnos durante una hora sobre las necesarias buenas costumbres que han de adquirir nuestros

hijos, pero en la voz y maneras de esa señora, siempre advertí algo tenebroso que me recordaba demasiado a Cruela de Vil.

Adopto la misma actitud que momentos antes, sirviéndome un café y separándome de manera clara y obvia del resto. Esta vez no me entretengo con el móvil, sino que me limito a mirar por la ventana que da al patio y dejar mi vista clavada en un punto, como tengo por costumbre hacer cuando quiero evadirme.

—¿Separada?

Me giro y veo al príncipe encantador con una sonrisa y un croissant en una mano. Casi estoy a punto de ver aparecer el brillo de sus dientes.

—No, madre soltera —contesto.

Se queda paralizado, abre los labios como si fuera a decir algo, pero se queda con el gesto a medias y por un momento creo que voy a tener que hacerle boca a boca para que respire. Debería poder aguantarme, pero no puedo y acabo soltando una carcajada que le hace reaccionar y volver a cerrar la boca.

—Vaya... bromista...

Su cara de desconcierto le hace mucho más humano y me arrepiento de inmediato.

—Lo siento. Es que... —Se me escapa de nuevo la risa— perdona, de verdad.

—No, si está bien.

—No, no. Las bromas son para que se rían dos.

Sonríe y de nuevo veo que hay algo más que una cara bonita detrás de esa perfección.

—Me llamo David de Benavides y soy el padre de Raúl de tercer curso. — Y me tiende la mano.

—Silvia Salinas, madre de David, también de tercero —le digo devolviéndosela y dándonos un educado apretón.

—¡Vaya! Así que suerte la mía. Ya sé a quién podré preguntar qué deberes

tienen para el fin de semana.

—Me temo que será complicado. Mi hijo es un desastre para esas cosas.

—Debe ser típico de los David, porque yo también lo soy. O al menos eso me han dicho mis dos exmujeres.

—Tanto no debes serlo si te han dejado solo al frente de la importante reunión de principio de curso.

—A la madre de Raúl le importa bastante más su esteticista.

Hay cierto deje triste en la tonalidad y tardo un poco en reaccionar, lo suficiente para que la directora nos diga que podemos pasar al salón de actos porque va a empezar la reunión.

Accedemos todos en orden y cuando estoy ocupando un asiento, veo que Jaime se coloca a mi lado. David de Benavides, al otro lado, lo mira incorporándose un poco y me veo obligada a presentarlos.

—¿Benavides de los Benavides de...? —Está preguntando Jaime.

—Sí —interrumpe el aludido—. Pero prefiero que nos limitemos a pensar que soy el padre de Raúl.

Lo ha dicho con una dureza quizás un tanto excesiva y noto cómo Jaime se envara, pero a mí me ha gustado.

—Perfecto, pues en mi caso límitate a saber que soy el marido de Silvia. Encantado.

Si ahora mismo me cayese un cubo entero de agua helada, no me resultaría más paralizante. Benavides sonrío y antes de recostarse sobre su propio asiento, me guiña un ojo con complicidad.

Por fortuna, creo, la directora empieza a hablar dándonos la bienvenida y se inicia una serie de discursos en los que todos parecen tener algo que decir, pero que a mí me resultan tediosos. Solo vengo porque sería muy mal visto no hacerlo y porque así puedo ir con la primicia a los niños y explicarles qué profesor les ha tocado. Este año, será Jaime quien se lo explique.

El tutor de Berta es un hombre de unos cuarenta años con gafas redondas y tan tímido que se ha puesto rojo hasta las orejas cuando ha tenido que dirigirse

a nosotros. Es Harry Potter en versión adulta y me lo imagino, por un momento, haciendo pócimas secretas en clase. Después le toca el turno a la profesora de Gimnasia, digna candidata a anuncio de esteroides, que tutorizará a los de cuarto y, entonces, se levanta Úrsula, la pulpo gigante, y aunque cruzo los dedos y rezo con rapidez todo lo que me sé para invocar a Dios, acaba diciendo, como me estaba temiendo, que será la tutora de tercero.

—¡Madre mía! —se me escapa murmurando.

—¿Algún problema? —me dice el príncipe encantador en voz bajita.

—Es... es... bueno, no sé, David lo va pasar fatal.

—Me estás asustando. ¿Debo dar de baja a mi hijo? ¿Avisar a los geos? ¿Contratar mercenarios?

Me echo a reír y los papás que hay justo delante se giran un poco mostrándome su repulsión a un gesto tan maleducado como lo ha sido mi risa.

—No, solo que Úrsula es muy disciplinada y David...

—¿Úrsula? Creo que la han presentado como Francisca.

—Es una costumbre de mi mujer —interviene Jaime—, le pone sobrenombre a todo lo que conoce. Yo de ti no le preguntaría cuál ha sido el tuyo.

—Sshhh —vuelven a protestar los de delante.

Me hundo en mi asiento y noto que David de Benavides me mira durante unos segundos. Jaime, sin embargo, sigue atento con la vista fija en el escenario.

Al acabar nos levantamos y empezamos a ir hacia la puerta. Jaime se para con unos padres que le han preguntado por el proyecto de Brasil y se queda a explicarles no sé qué de una nueva contrata en Sao Paulo.

Al salir a la calle, el calor vuelve a impactarnos.

—Bueno, Silvia —me dice el papá de Raúl dándome de nuevo la mano—, encantado de haberte conocido. Si puedo serte de alguna ayuda... Mi hijo se caracteriza por ser ordenado hasta la obsesión y disciplinado como pocos, así que quizás seas tú quien ha de llamarme para preguntar los deberes.

—Lo tendré en cuenta, sin duda.

—Bueno, si tu marido no pone inconveniente.

—Estamos separados —le digo muy seria—, esa actitud de cavernícola territorial no es propia de él, pero supongo que debe tener a su nueva novia lejos y tiene que ejercer con alguien.

—Tampoco se lo reproches. Eres lo único que vale la pena entre tanta silicona.

Parpadeo varias veces. Es un buen piropo y más viniendo de un tipo que seguro que tiene que ir llamando a más de una ambulancia cuando se le van desmayando a su paso. Sin embargo, no sé por qué, me suena desesperado.

—Debajo de esta apariencia turbadora hay una reptiliana del cuarto planeta de la estrella Sirio, no te dejes engañar.

—¿Y comes sapos?

—Me trago más de uno, ya te digo.

—Quizás debas darles besos a ver si se transforman en príncipes.

“*Digno rival*”, pienso mientras le sonrío. A su espalda, a unos metros de distancia, Jaime nos está mirando con las manos en los bolsillos como si estuviera esperando a que acabáramos para acercarse. Su mirada, de nuevo, no me da ninguna información.

—Debo irme. Tengo una conversación pendiente con el padre de mis hijos.

—Lástima, te quedaba mejor ser madre soltera.

—En la siguiente vida.

Empieza a caminar con paso firme y seguro, pero cuando ha avanzado unos metros, se gira pillándome mientras lo estaba siguiendo con la mirada y me pregunta:

—¿Cuál es mi sobrenombre?

Enrojezco hasta el nacimiento de mi pelo y me muerdo el labio dudando si decírselo.

—¡Buff! Esa reacción es demasiado equívoca. Me da miedo insistir.

—Príncipe encantador.

Se queda unos segundos pensativo, mirando al suelo, mientras yo aguanto la respiración temiendo su reacción. Cuando encuentra la referencia en su memoria, levanta la vista y en sus ojos refulge un brillo divertido.

—¿Shrek?

Asiento con la cabeza.

—Demoledora. —Y se echa a reír mientras reanuda su marcha.

Capítulo 28

—¿Me esperas en la pastelería Mallorca? Tengo que coger una cosa del coche.

Lo miro sorprendida porque no entiendo su proposición. Después recuerdo que soy yo misma la que le he dicho que teníamos que hablar, aunque lo cierto es que lo había hecho con la única intención de demostrar que podía relacionarme con él sin problemas. Ahora, sin público, ya no estoy tan segura.

—Bueno, si no te va bien... —intento disuadirlo.

—No. Me va perfecto. Dame un segundo y nos vemos allí.

Minutos más tarde, tengo un café con leche delante de mis narices y, con disimulo, estoy haciendo respiraciones rítmicas para controlar el estado de ansiedad que me está provocando esta conversación, tal y como enseñó a hacer a las chicas del centro de acogida.

Me siento injusta. La situación no es, ni de lejos, comparable. Pero no puedo dominar todo lo que hierve en mi interior y ni siquiera yo misma puedo saber si vamos a acabar como amigos o a gritos.

Intento recordar la conversación que, a finales de agosto, tuve con Pilar por la que analizamos, como dos científicas expertas en comportamientos humanos, la supuesta gran afrenta que me había hecho Jaime. La sentencia no solo lo absolvió si no que casi llegó a darle el premio a la persona más honesta del mundo. Pilar se echó a reír y me dijo que tampoco hacía falta llegar a eso, pero me felicitó por ser capaz de dejar de responsabilizarle de

algo que ni él mismo podía controlar.

Es cierto que nos enamoramos y creemos que será para toda la vida, pero esta da muchas vueltas y cada uno de nosotros cambiamos en una evolución que no siempre es coincidente con la de la persona que tenemos al lado, así que eso puede provocar que lo que parecía eterno, se vuelva fútil.

Bien. La teoría me la sé. Ahora solo hace falta aplicarme la práctica y ser capaz de tener una conversación racional sobre lo que nos va a deparar el futuro.

Se sienta frente a mí y le pide al camarero un whisky. Me extraña en él, pero no soy quién para recriminar nada.

—Benavides es un vividor que no ha pegado palo al agua gracias a la fortuna de su familia. Si leyeras, de vez en cuando, alguna revista del corazón podrías informarte.

Me lo ha soltado a bocajarro después de darle un sorbo al líquido ambarino y me ha dejado a cuadros. No tengo muy claro cómo debo responder a eso o si se merece respuesta. ¿Me está reprendiendo? ¿Está marcando de nuevo territorio?

—Me da lo mismo quién sea. He cruzado con él cinco frases. Es un papá más del colegio con el que ...

—Venga, Silvia. No me tomes el pelo.

Me ha interrumpido con la soberbia y prepotencia de quién lo tiene todo controlado, pero un leve temblor justo bajo su ojo izquierdo me ha hecho comprobar que no es así. Imagino qué es lo que está haciendo. Un ataque es la mejor de las defensas. Teme que yo le monte algún numerito (y tampoco me extraña si pensamos en las últimas veces que hemos tenido contacto) y reacciona así.

—Lo tendré en cuenta —digo sumisa.

Y, en efecto, lo dejo perplejo porque ha llegado, incluso a abrir la boca como si fuera a replicar y ha acabado cerrándola. Le da otro sorbo al whisky y se pasa la mano por el pelo. Sé que había dicho yo lo de hablar con él, pero

sus reacciones indican que es él quien está buscando la manera de iniciar una conversación muy determinada y, por eso, espero muy tranquila y sin apenas moverme a que se decida. Es mucho mejor así. Después de dos meses trabajando con personas que han tenido mucho que callar durante tiempo, sé que se trata solo de esperar con mucha tranquilidad y dejar que las cosas fluyan.

Pasados unos minutos en los que nos mantenemos en silencio, pero no parece que ninguno de los dos se sienta incómodo, lo veo cómo se mueve un poco y saca de una cartera, que ahora acabo de ver que ha traído, unos papeles dejándolos sobre la mesa.

Reconozco la demanda de divorcio y ya todo encaja: el desplante a Benavides, la regañina solo sentarse, su nerviosismo... Rey me ha advertido que no hable con él de este tema, que lo deje en manos de los abogados para no contaminarlo con sentimientos. Un divorcio, me ha dicho varias veces, no es más que una rescisión contractual muy sencilla. Solo se complica algo cuando hay niños por en medio, pero, en realidad, desde el punto de vista del derecho, todas las cláusulas están tasadas y apenas tiene complejidad. El problema nunca está en la parte legal, está en los sentimientos que les ponemos las personas y somos nosotras quienes lo complicamos y acabamos haciendo de un pleito sencillo algo escabroso. Le prometí que le haría caso y siempre imaginé que esta conversación sería telefónica, si es que llegaba. El problema es que lo tengo delante y no es fácil escapar.

—Veamos —dice levantando la primera página y después la segunda—, ¿dices que quieres la casa de Ruiz de Alarcón?

—Jaime, creo que es mejor que nosotros no hablemos de esto.

—¿Ah no?

—No. Hay que dejarlo en manos de nuestros abogados. Así lo tratarán con más objetividad porque no hay relaciones personales que puedan...

—Mi abogado es mi hermano y el tuyo tu novio, así que no veo por qué ellos van a ser más objetivos.

Quiero contestarle que Rey no es mi novio, pero no tengo ganas de explicarle qué es o qué fue si me hace la pregunta obvia que seguiría a mi negativa. A fin de cuentas, su hermano nos vio llegar abrazados y hemos tenido relaciones sexuales. Toma mi silencio por una aceptación y vuelve a mirar los papeles.

—Entonces, ¿es en Ruíz de Alarcón donde quieres vivir?

No recuerdo en qué términos está escrita esa parte, porque a mí, el piso de Ruíz de Alarcón, me la trae al paio; pero debo ser leal a Rey, así que antes de contestar miro el punto que él señala y leo con rapidez, advirtiendo que hay un añadido muy oportuno: *“En la vivienda que ha sido el domicilio familiar de la calle Ruíz de Alarcón u otra de similares condiciones tanto en infraestructuras como en localización”*.

—No tiene que ser esa necesariamente —respondo sabiendo que el hecho de que la propiedad esté registrada a nombre de los Miranda puede ser un problema.

—¿Y por qué no Aravaca? Los niños en un pueblo vivirían más felices.

Aravaca. Ahí está. El maldito pueblo dormitorio construido a base de zonas residenciales de alto *standing*, de gente descastada huyendo de la ciudad, justo al lado de sus padres. Sin duda, hubo un momento en la vida que este hombre y yo empezamos a basarnos en valores muy distintos.

—Aravaca no es un pueblo —respondo.

—¿Ah no? ¿Y cómo le llamas tú al conjunto de residencias articuladas en torno a una realidad jurídica llamada ayuntamiento? —pregunta con ironía un tanto subida de tono.

—Me refiero a que apenas tiene vida de pueblo y la poca que tiene los niños no van a disfrutarla. Vienen al colegio en Madrid, tienen a sus amigos en Madrid... Vivir en Aravaca solo asegura una hora de caravanas de entrada y salida, nada más.

—Pero... el silencio y la tranquilidad... No es lo mismo levantarse un domingo en...

—Hace mucho que no estás aquí. Los domingos, Madrid es una ciudad completamente distinta. Desaparece más del ochenta por ciento de la gente.

—Nunca será como la tranquilidad de Aravaca.

—Siempre y cuando al vecino de al lado no le dé por sacar la cortadora de césped y estarse toda la mañana torturando al vecindario con el ruidito del motor.

Se espera un momento antes de responder buscando con los ojos algún rastro en mi mirada.

—Eso pasa una vez al mes.

—Para el de al lado sí, pero había un complot interestelar por el que cada domingo le tocaba a uno. Primero al de la izquierda, después al de la derecha, después el de enfrente, el de atrás, el de la esquina.... Estoy convencida que se reunían de vez en cuando para pactar cómo desarrollar su estrategia torturadora...

Me interrumpe su carcajada y al mirarlo, veo al Jaime de hace unos años. El que era joven y despreocupado, aunque, enseguida recuerdo, que ese fue el que hacía bien poco había soñado con formar una vida con Susana Alcázar y acabó conmigo por azares del destino y, con toda probabilidad, como plato alternativo.

—Vale, entendido. —Y regresa a los papeles—. ¿La interina ha de ser también en fines de semana?

—¿Cómo?

Me ha pillado de improviso y no entiendo nada. ¿Rey ha incluido la contratación de una chica? Yo no se lo pedí y no tengo nada claro que quiera compartir mi vida con una persona. No lo había hecho hasta Gabriela y no sé si querré volver a hacerlo porque me traería demasiados recuerdos de ella. De todas formas, me acerco a los papeles para ver qué hay escrito.

—Bueno... se trata de asegurar que los niños estén atendidos —digo casi reproduciendo lo que dice la demanda—. Si hay otra manera...

Vuelve a dirigirme una mirada que más que eso parece un escáner

inspeccionando mi interior.

—¿Y lo de las vacaciones en Santander?

No sé de qué narices está hablando y no sabía que eso también tuviera que ponerse en una petición de divorcio. Trago saliva e intento leer el apartado donde esté eso especificado. Sin embargo, él retira los papeles y yo no tengo más remedio que improvisar.

—Esto... quizás pueda cambiarse esa parte.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunta levantando los documentos con su mano izquierda.

—Bueno... es negociable... se trata de eso. Tú ahora tienes que contestar y...

—Si lo hago, al menos tendré la decencia de saber qué pido.

—Yo también lo sé, solo que hace tiempo y...

—Silvia —me interrumpe—, vuelvo a repetir, ¿esto es lo que quieres?

—Ya te digo que podemos hacer contrapropuestas.

—Estoy hablando del divorcio. —Y tira los papeles sobre la mesa—. ¿Quieres el divorcio? ¿Lo quieres, de verdad?

Me quedo callada porque no entiendo a qué viene esa cuestión ¿me está preguntando a mí? Es él quien decidió no regresar más a casa y romper el matrimonio. Sé que no se lo tengo que reprochar, que como me ha dicho mil veces Pilar, las personas no podemos obligarnos a quedarnos en una determinada situación de la vida y no hemos firmado ningún contrato a fuego cuando damos los votos del matrimonio; pero no puede hacerme a mi responsable de haber interpuesto una demanda casi un año después de que él decidiera abandonarme.

—Oye. Ya te he dicho que quizás sea mejor que esto lo hablen nuestros abogados.

—Pero yo quiero saber qué piensas tú.

—Tenemos que aclarar lo de los niños.

—¿Qué les pasa a los niños?

—Nada. Pero habrá que decidir cuándo están contigo y cuándo conmigo y...

—¿Cuándo los quieres?

—¿Cómo?

—Dime qué días te los quieres quedar.

—“*Pues, la verdad. Ni idea. No tengo ni siquiera claro que pueda vivir con ellos. Desde luego no en la habitación ridícula en la que duermo ahora, aunque es en el único sitio donde he conseguido dormir toda la noche y no sé si quiero volver al maldito piso de Ruíz de Alarcón porque me trae horribles recuerdos y mucho menos a Aravaca donde solo te veo a ti...*”. No lo sé, Jaime. Eso se decidirá con el divorcio. —Y señalo la demanda.

—¿Sabes al menos si has pedido la guardia y custodia compartida?

—Eh... eh....

—Silvia, por última vez, ¿quieres el divorcio?

—¡Deja de preguntarme eso, hostia! ¡No lo acepto! ¡No! ¡A mí no me hagas responsable! ¡Lo quieres tú! ¡Me lo dejaste muy claro hace once meses! ¡Y lo querrá tu novia! ¡La gran Susana Alcázar! ¡Tú has sido quien ha decidido esto! ¡Tú te has enamorado de otra!

Cuando acabo estoy jadeando de rabia. En el sótano de la pastelería Mallorca se ha hecho un silencio sepulcral y todos los clientes nos están mirando. El camarero ha aparecido corriendo por las escaleras y como ha llegado justo cuando he callado duda si reprenderme o no. Pasados unos instantes, vuelven a oírse algunos murmullos y parece que la escena regresa a su estado natural.

Jaime tiene una expresión seria, de las que no denota nada, pero su mirada está clavada en mí. Cierro los ojos y busco la tranquilidad en mi interior. Le tendré que explicar a Pilar que he tenido un pequeño desliz y a Rey que tenía razón y que los sentimientos son muy malos consejeros para rescindir un contrato legal.

—No estoy con Susana.

Abro los ojos de golpe y busco en su cara los rastros de la broma que me

está jugando. No encuentro nada, pero debe estar ahí.

—Lo dejamos en febrero —vuelve a hablar—. En realidad, en Navidad ya me di cuenta de que...

—Calla.

La orden no ha sido pronunciada en tono alto, pero sí ha sido contundente, así que me mira extrañado, pero obedece. Mueve la mandíbula, los dedos de la mano le tiemblan cuando juguetea con el vaso de whisky, su nuez se mueve y sus ojos vuelven a realizar un movimiento rápido pasando del mío derecho al izquierdo como si así pudieran encontrar algo que hubiera escondido dentro. Al final, lo veo abrir la boca y vuelvo a ser más rápida levantando el dedo índice y poniéndoselo delante, aunque sin llegar a señalarlo.

—Calla —repito.

Me levanto y empiezo a buscar el monedero. Jaime lo ve y pone su mano sobre mi bolso impidiendo el movimiento. Con el gesto, me roza un momento y yo retiro la mía como si me hubiera quemado.

—Invito yo —susurra.

Lo miro y vuelvo a quedarme prendada de su nuez que sube y baja con más frecuencia de lo debido.

—Ya nos veremos —contesto a modo de despedida.

Entonces subo las escaleras y salgo a la calle. Comienzo a caminar con paso ligero y miro la hora en mi móvil viendo que tampoco tengo demasiado tiempo si quiero llegar al despacho de Rey. Pese a ello no cojo un taxi. Así podré pensarme con calma cómo relatarle que tenía razón, que mi marido pretende confundirme y que esa es la estrategia procesal del que debe contestar a una demanda.

Capítulo 29

Una de cal y otra de arena. Blanco y negro. Ying y yang. La vida es así. Te tiene entretenida y nunca resulta monótona. Por eso, Jaime ha contestado la demanda atacando con todo el armamento que tiene a su disposición y calificándome, poco menos que de mala madre al relatar cómo envié a los niños a Brasil sin asegurarme de que él pudiera estar e informando que abandoné mi trabajo indefinido para acabar haciéndolo en precario y por un sueldo sensiblemente inferior. Así justifica pedir la guardia y custodia, permitiendo un horario de visitas que se limitará a una tarde de lunes a viernes y fines de semana alternos.

Sin embargo, paralelamente y mientras no haya sentencia, me permite que recoja a los niños del colegio los martes y los jueves y también estoy con ellos todos los domingos que no trabajo en el centro y ha reducido la cantidad que debo abonar a doscientos cuarenta euros al mes según un acuerdo privado.

Rey está convencido de que es una estrategia para que no pidamos nuevas medidas cautelares y nos esperemos al juicio que ya lo han señalado para el veinte de noviembre. Yo no lo sé, pero es cierto que esta situación no me parece tan mala, teniendo en cuenta mis circunstancias y casi estoy temerosa de que llegue el día del señalamiento porque creo que las cosas pueden empeorar.

Cuando nos vemos, nos hablamos con cordialidad, aunque las frases son muy limitadas: *“Carlos no ha dormido siesta, procura que no lo haga*

ahora”. “David no hizo ayer los deberes y tiene que presentarlos mañana”. “Berta te pedirá hacer una llamada con el móvil a su amiga, pero lo hace a un niño de la clase de sexto”.

Ni una sola oración más no vaya a ser que si nos dedicamos a hacerlas más complejas, también se nos complique la conversación y acabemos de nuevo a gritos.

El resto de componentes de mi vida también está en esa montaña rusa.

Rosalina ha decidido reanudar los trámites de la adopción y lo hará a través de un despacho de abogados recomendado por Rey porque él no es especialista. Eso es una estupenda noticia.

Rocío ha decidido volver con su marido y darle la enésima oportunidad, así que está viviendo otra vez en la casa cuartel de Las Rozas. Esta es pésima.

Paca se ha puesto a estudiar el grado medio de auxiliar de enfermería en un instituto público para adultos cerca de Atocha. Un aplauso enfebrecido

Aurora ha vuelto a caer en desarreglos alimenticios obsesionada por estar guapa ante el novio pipiolo, quien la ha amenazado que, si no lo supera, será entonces cuando la deje. Contengamos el aliento para no perturbar a los dioses.

Lucía ya es capaz de atender a mujeres con grado de riesgo uno y dirige ella sola uno de los centros que coordina la empresa para la que trabajamos. Satisfacción anunciada.

A Pilar le han detectado un cáncer de útero que requerirá operación y sesiones de quimio y radio, pero se ha empeñado en esperar a después de Navidad para empezar. Rabia contenida.

Se ha cumplido un año desde el día que recibí la llamada telefónica que lo cambiaría todo para siempre y, lejos de llorar, he hecho un análisis y he llegado a la conclusión de que, si no me hubiera ocurrido, no estaría trabajando en el centro, con todo lo que me apasiona y, a pesar de que todavía tengo que seguir complementándolo con horitas en la cafetería de El Retiro.

Hoy es jueves, treinta de octubre y llueve a mares. Estoy en la casa refugio

de Entrevías que el centro compró hace tan solo dos meses. Tengo un largo camino hasta el colegio de los niños y no tengo demasiado tiempo, así que salgo como una exhalación en cuanto llega mi sustituta y me meto en el metro calada hasta los huesos. Por fortuna justo en el momento que piso el andén también lo está haciendo el convoy.

En el interior conecto el móvil porque las medidas de seguridad exigen que no lo hagamos ni en el piso ni en un kilómetro a la redonda para evitar que ni las acogidas ni sus cuidadoras pudiéramos ser detectadas por ningún marido enfurecido. Como no hay cobertura, hasta que no llega a mi parada destino y empiezo a salir, no me llegan los avisos de mensajes o llamadas perdidas. En esos mismos instantes, también lo hace una llamada de José Luis Bosque.

—¿Sí? —contesto extrañada. Hace mucho tiempo que no tenemos ningún contacto.

—No vayas a buscar a los niños —responde.

Detengo mi andar, aunque es absurdo porque estoy a tan solo cincuenta metros del colegio y me estoy mojando de nuevo.

—¿Por qué?

—Llueve.

—Eso ya lo sé.

—Los recogerá Gabriela y se los llevará a casa.

—Pero... ¿por qué?

—¿Dónde los vas a llevar, Silvia? El Retiro no es buena opción con la que está cayendo.

Lo cierto es que no llevo paraguas y que todavía no había pensado en un plan B al que solemos hacer cada día y que, en efecto, consiste en ir al parque. Pero, maldita sea, soy su madre, tengo derecho a verlos y ya se me hubiera ocurrido algo.

—¿Por qué narices no me está llamando Jaime?

—No puede. Está ahora mismo sin cobertura. Te ha dejado miles de mensajes.

—Pues cuando tenga cobertura ya le explicaré que hay más opciones que el Retiro y que...

—Silvia, por favor, no lo compliques. No vayas y ya está.

—Déjame hablar con Jaime.

—Si estuviera aquí te estaría llamando él.

—¿Dónde está?

—Volando a Río.

—¿Se ha ido otra vez?

Soy consciente que la última pregunta ha sonado a desesperación, sorprendiéndome incluso a mí, porque ya no me importa lo que haga Jaime con su vida y, en el fondo, si se va, yo lo tendré más fácil para el juicio, así que, incluso, debería alegrarme.

—No, no —responde José Luis—, es un viaje corto. Vuelve el domingo.

—*También dijo la otra vez que volvía y se quedó diez meses.* De acuerdo, ya lo hablaré con él, entonces.

El viernes pasa rápido porque trabajo un total de doce horas entre un sitio y otro. El sábado, acabo yendo al centro a echar un cable porque la casa se me cae encima, sobre todo con la presencia del nieto de Paca que me recuerda, demasiado, a la falta de mis hijos. El gusanillo que por dentro me dice que eso no parecía preocuparme antes que él volviera a irse a Río, lo hago callar de un plumazo.

El domingo voy a buscar a los niños a casa de Carmen tal y como me indica Jaime con un mensaje simple y que se parece más a unas instrucciones. *“Podrás recoger a los niños de casa en mi madre a las diez y los devuelves a las ocho, cenados”*. Me los entrega Sara Sofía sin apenas mirarme a la cara.

Pasamos el día entre el parque, la videoconsola de Rey que tiene instalada en su gran salón y la pizzería de la esquina. Rosalina también ha estado con nosotros todo el día porque, según me dice, quiere habituarse a la vida tranquila y familiar antes de que llegue el niño o niña. Yo sé que hay algo entre ella y Rey, pero no les forzaré a que me lo expliquen.

A las ocho menos cinco estoy de nuevo frente a la puerta de Carmen y esta vez es ella quien me abre. Su gesto es serio, pero lo cierto es que con ella no tengo la sensación de que su repulsa sea tan intensa como con el resto de los Manrique y sus interinas. Mientras le estoy explicando lo que han cenado veo a su espalda que, del salón, sale una mujer rubia, vestida con un traje chaqueta de los caros, de unos sesenta años, a la que todavía le quedan muchos restos de una belleza que, en su tiempo, debió ser espectacular. Me recuerda vagamente a alguien, pero como no puedo recordarlo, me conformo pensando que debe ser a alguna actriz de cine. La mujer me ha mirado y ha habido un momento por el que, de forma absurda, creo que su aparición no es casual y que quería verme.

Se ha levantado el típico viento que anuncia tormenta y la temperatura ha bajado de manera espectacular. En Madrid no hay otoño y el clima pasa del verano más intenso al frío más helador. Tomaré el metro para ir a casa. Sin embargo, cuando llego a las taquillas me doy cuenta de que no llevo el monedero y recuerdo como en un flashback que me lo he dejado en la bolsa de Carlos. Lo último que me apetece es volver, pero tengo en su interior los últimos veinte euros que me quedan para pasar el mes y todavía faltan dos días para cobrar la nómina.

Regreso sobre mis pasos y cuando giro la esquina veo que, en ese instante, llega un taxi. Algo me dice que me detenga, pero no obedezco a mis instintos y sigo avanzando. Se abre la puerta del coche y sale una mujer que, con el gesto de salida, me mira por un segundo. Pelo largo, de color castaño que se ondula un poco a la altura de sus orejas, rostro inmejorable de ojos rasgados, nariz estilizada y labios bien definidos. Susana Alcázar en persona y ahora ya sé a quién se parecía la señora de arriba.

De la otra puerta sale Jaime quien, al verme, pasa de la estupefacción al “tierra trágame” en milésimas de segundo. Después se recompone mientras ayuda al taxista a sacar una maleta gigante.

La verdad es que creo que también mi cara debe estar reflejando algo muy

parecido y, pese a que debería salir corriendo, de nuevo recuerdo que no puedo irme sin los veinte euros y el pase de treinta viajes del metro.

Jaime está pagando al taxista y yo espero junto a Susana que está muy quieta. La miro de reojo y aunque sigo viéndola guapísima parece tener algo extraño, como si la hubieran apagado. En esos instantes, el taxista arranca y se va.

—Hola —le digo a Jaime intentando aparentar normalidad.

—Hola —responde él.

Ambos miramos a Susana, que sigue en la misma postura hierática y no dice nada. Supongo que Jaime se está planteando si debería presentármela, pero ella no parece tampoco muy interesada.

—Me he dejado el monedero en la bolsa de Carlos —digo a modo de explicación.

—Ah, de acuerdo. Subamos.

Debería haber dicho que no, que me lo bajara él, que enviara a Sara Sofía, que me prestara el dinero y ya se lo devolvería... no sé, cualquier cosa que hubiera impedido que los tres, más la maleta, subiéramos juntos en un espacio de ciento veinte centímetros de ancho. El trayecto se hace infinito. Yo me he quedado delante, mirando la superficie plateada de la puerta y sabiendo que ambos estaban detrás. Ninguno ha dicho nada.

Al llegar al rellano, Jaime saca unas llaves de su bolsillo y abre. Creía que estaba viviendo en el piso de Ruíz de Alarcón, aunque es posible que esto solo haya sido durante estos días que ha ido a Río.

Susana se mete en el interior y sigue sin emitir un solo sonido. Yo me quedo fuera y Jaime interpreta con rapidez mi gesto y murmura algo que debe ser "*Ahora te lo traigo*".

Oigo a los niños reírse por algo y de refilón veo cómo la guapa mujer de antes sale al pasillo y al ver a su hija la abraza con mucho cuidado, como si fuera de cristal. Carmen también aparece y, primero, se percata de la puerta abierta y, después, me ve a mí y entorna los ojos.

—Me dejé el monedero —le digo.

Jaime vuelve a aparecer en ese instante y me lo entrega.

—¿Te acompaño? —me pregunta, aunque ambos sabemos que es una manera de ser educado.

—No, no. No es necesario. Adiós, Carmen.

Me dirijo hacia el metro preguntándome por qué siento un vacío en mi interior. Jaime Manrique hace tiempo que acabó y con quién esté no debería importarme. Pero no entiendo por qué me mintió diciéndome que no estaba con ella. No había ninguna necesidad. Yo no lo estaba cuestionando.

En lugar de irme hacia La Latina tomo la línea de metro que va a Nuevos ministerios y me plantifico en casa de Rey. Cuando me abre, soy inmediatamente consciente de que acabo de fastidiarle el plan romántico porque me lleva la camisa a medio abrochar y se nota que se ha puesto los pantalones con precipitación. Sin embargo, él, siempre tan atento y solícito, se niega a que me vaya y cuando entro en el comedor, de la habitación de matrimonio sale Rosalina con un albornoz que le va como cinco tallas por encima de la suya.

Intento de nuevo irme, pero ahora son ambos quienes me lo impiden y Rey acaba preparando unas hamburguesas. Mientras cenamos les explico lo que me ha ocurrido y también lo que pasó el jueves por la tarde.

Rey se indigna. Me dice que me estoy dejando pisotear y que no lo va a permitir. Mañana mismo presentará una demanda de medidas provisionalísimas, aunque solo estemos a menos de un mes del juicio. Va a conseguir que viva en un sitio decente y no dependa de la condescendencia del idiota de mi marido para ver a mis hijos.

Le recuerdo que no tengo un pasado demasiado solvente y me dice que no importa. Que los únicos testigos que va a poder aportar él son personas a las que él les está pagando una nómina y, por tanto, no demasiado creíbles en su imparcialidad.

No debemos olvidar que fue él quien primero nos abandonó tanto a mí,

como a los niños y eso sí es fácilmente contrastable. Serán sus propios testigos los que, con un interrogatorio adecuado, van a verificar esa versión.

Sigo sin verlo con claridad. Alberto, como abogado contrario, no es un buen rival y el propio Jaime tiene actitudes claramente despóticas, demasiado acostumbrado a mandar y ser obedecido. Me parece que no deja de ser algo así como provocar al animal enfurecido, pero estoy cansada de tener miedo y de sentirme culpable.

Nunca creí que pudiera decir esto, pero tengo ganas de liberarme de una vez por todas de lo que significa continuar casada con Jaime Manrique.

Así que accedo. Vamos a plantar cara

Capítulo 30

—Lo he desgraciado todo, todo.

Rosalina está fuera de sí, echa un mar de lágrimas y moviéndose sin parar por toda la habitación como un león enjaulado.

—No será para tanto —digo intentando calmarla.

—Que sí, que sí. ¡Dios mío! ¡Silvia! ¡Lo siento tanto!

—¿Quieres hacer el favor de explicármelo?

—¡No! Esperemos a Rey. Él sabrá qué hay que hacer.

Como si decir su nombre lo hubiera invocado, llaman en ese momento al timbre y aparece Rey. Estamos en casa de Rosalina, pero él ya se la conoce. Hace una semana que van alternando esa vivienda y la suya en un romance que empieza a ser algo más que un par de amigos con derecho a roce.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Rey.

—El abogado ese al que me mandaste —responde Rosalina—, el de las adopciones.

—¿Carrasco?

—Sí.

—¿Qué?

—Me dijo que tenía que verme con un investigador privado.

—Sí, es lo habitual. Es mejor que él averigüe todo antes de que lo hagan los de la agencia.

—Me hizo explicarle con pelos y señales cualquier cosa que hubiera

afectado a mi vida en los últimos veinte años.

—¿Y?

—Que lo hice.

—Claro.

—Le describí lo bueno y lo malo.

—De eso se trataba, Rosalina.

Entonces la aludida me mira a mí y sus ojos se quedan muy quietos como si así pudiera leerle la mente.

—Todo lo malo —repite y se echa a llorar.

—Rosalina, lo que haya ocurrido forma parte del pasado. No tiene por qué saberse, pero si se supiera, el investigador nos ayudará a que pueda interpretarse de manera adecuada —dice Rey intentando calmarla.

—No es eso.

Me siento en el sofá y la arrastro conmigo para que se tranquilice.

—La ha fastidiado, Silvia. Te he hecho lo peor que podría hacerte

—¿A mí? ¿Por qué, Rosalina?

—Ese tipo... ese tipo...

—¿El investigador? —es Rey quien pregunta.

—Creí en él. Yo... lo conté todo...

—Por favor, Rosalina. Céntrate. ¿Dónde está el problema? Se trataba de eso.

—Se llamaba Lucas Expósito.

—¿Carrasco te envió a Expósito? —pregunta Rey arrugando el ceño.

—Sí. —Y el llanto vuelve a aparecer.

Rey se pasa las manos por el pelo en clara muestra de nerviosismo y tomando el teléfono marca un número.

—¿Carrasco?

—...

—Sí, soy Vázquez. Estoy con Rosalina. Me ha explicado que la enviaste a Lucas Expósito.

—...

—Joder, tío. ¿Y no podrías haberme preguntado?

—...

—No.

—...

—¡No! Eso se consulta.

—...

—Bien. Ya veremos. Te digo algo.

Cuelga y me mira a mí directamente.

—¿Qué pasa?

—Expósito trabaja para Alberto Manrique.

Entonces es cuando ligo todos los cabos y entiendo, en toda su dimensión, qué es lo que me estaba diciendo mi amiga.

—¿Todo? —pregunto yo entonces temblando.

Rosalina me mira y asiente. Estamos a cuatro de noviembre y mañana va a ser la vista del procedimiento de divorcio que han avanzado ante la presentación de las medidas provisionalísimas.

Jaime me llamó la misma tarde del lunes en el que fueron presentadas y con una aparente impasibilidad me preguntó si había tenido algo que ver el hecho de que hubiera visto a Susana Alcázar.

Le mentí y le dije que no. Que mi abogado había visto una oportunidad de avanzarlo todo y que no habíamos querido despreciarla.

—¿No crees que he hecho todo lo posible porque tu situación no fuese buena este tiempo?

No quise contestarle. Esta vez obedecí los consejos de Rey y le pedí que no habláramos más hasta el juzgado. Temí que eso significase que no pudiera volver a ver a los niños, pero no fue así, aunque ha sido durante la semana, esto se ha dado a través de Gabriela que es quien me abre la puerta de Ruíz de Alarcón a donde los llevo, y se limita a entregármelos sin siquiera mirarme.

No he podido ver ni intuir, si en el interior hay alguien más viviendo, pero

no me han faltado las ganas de espiarlo. Por fortuna, mi trabajo me impide tener tiempo para hacerlo y no caer en el patetismo más absurdo.

Por Rey sé que Alberto se puso como una furia y le amenazó con proponer una guardia y custodia compartida para que, en ningún caso, yo pudiera percibir un solo céntimo. No sé hasta qué punto es cierto, pero tuvimos la ingrata noticia de saber que mi matrimonio figuraba en régimen de separación de bienes y eso significa que, sin duda, podría quedarme con una mano delante y otra detrás.

Así que saber que hay alguna remota posibilidad de que Jaime y su hermano abogado conozcan los excesos a los que me entregué durante una época de mi vida, sé que pueden complicarme mucho la existencia.

—Silvia, ¿qué es lo que saben?

Otra cosa que me puede complicar la vida es decírselo a Rey porque, pese a que somos amigos, es muy difícil relatar algo que te genera tanta vergüenza de ti misma. Además, está Rosalina que me está mirando con cara de terror porque también ella está implicada y acaba de empezar una relación con él.

—¿Rosalina?

Seguimos las dos calladas y yo pienso que me gustaría desaparecer, odiando tener de nuevo esa sensación que creía desaparecida.

—Hicimos un trío —respondo con rapidez al tiempo que aparto la vista.

—¿En un sitio público? —pregunta Rey con profesionalidad.

Lo miro y veo que no hay tanta indiferencia en su gesto. La mandíbula se le mueve y su cara ha subido una tonalidad.

—Sí.

—¿Os vieron?

—Las chicas, sí.

—¿Protección?

—No.

Creo que esa última pregunta la ha hecho para él y me parece verlo calcular cuánto va a tardar a hacerse algún análisis de sangre.

—¿Estabais bajo los efectos del alcohol o de alguna droga?

—Alcohol.

—¿Os grabaron?

—Creo que no.

—¿Recordáis con quién?

—Sí.

—¿Creéis que podremos convencerle de que no declare contra ti?

—Quizás.

—Bien, pues... no perdamos el tiempo, vamos.

—Rey... yo... no te dije nada porque...

—Seguiste en la web de citas —me interrumpe—. Siempre supe que eso era posible.

Lo veo que se pone el abrigo y Rosalina y yo lo imitamos. Cogemos su coche del aparcamiento y yo le doy la dirección del bar de Chueca que pone en el navegador. Ninguno de los tres abre la boca. Me duele más por Rosalina y su recién iniciada relación que por mí, aunque pienso que cuando acabe todo esto intentaré hablar con Rey y convencerlo de que no debe enfadarse con ella. A fin de cuentas, ni se conocían.

Al llegar al punto de destino, me quedo mirando la puerta del local y me sorprendo de que hace tan solo unos meses viniera de forma habitual a un sitio tan infecto. Supongo que los puntos de vista difieren mucho cuando es una la que se siente tan sucia y hundida que cualquier cosa que no se esté derrumbando, pasa por ser algo decente.

Dejamos el coche en un área de carga y descarga exponiéndonos a una multa, pero seguro que la intención es estar el mínimo tiempo posible.

En el interior de local hay tres clientes ocupando diversas mesas. En la barra no hay nadie, pero se oyen ruidos tras la puerta que da a una especie de cocina que actuaba más de almacén. Nos esperamos y pasados unos instantes, sale del interior el dueño del bar con su habitual aspecto desaliñado y algo repulsivo, pienso ahora.

—Vaya, vaya. Últimamente estoy que me salgo con tantas visitas ilustres — dice sonriendo y enseñándonos sus dientes sucios.

Es horrible porque mis recuerdos no eran ni remotamente tan denigrantes como lo que estoy viendo, así que puedo imaginarme lo que debe estar pensando Rey. Además, de golpe también soy consciente que el comentario del dueño del bar supone que Alberto y quizás Jaime, ya han estado aquí. La mera posibilidad me provoca un temblor que se hace evidente, sobre todo porque saco el móvil de mi bolso con precipitación y busco una foto de Jaime.

—¿Ha sido este hombre el que ha venido?

El tipo vuelve a enseñar sus dientes cuando la sonrisa se le amplía.

—Ese era el callado. El otro, que se le parecía, el que hacía las preguntas.

—¿Qué les has dicho? —es Rey ahora quien pregunta.

—A mí solo se me afloja la lengua si hay algo que me la estimula. —Y me mira de manera soez al decirlo.

Rey saca la cartera y de su interior, cincuenta euros que deja en la barra. Rosalina vuelve a reanudar el llanto y el tipo la mira como si la viera por primera vez.

—Cálmate, nenita. Si quieres, tú y yo sabemos cómo se te puede pasar esa llantera.

—Oye, desgraciado —dice Rey—, deja de hacer el payaso y dime qué les has dicho a los otros.

—Vale, vale. No nos pongamos cafres. Les dije la verdad, que estas y yo pasamos un buen rato. Que venían muy a menudo a explicarse las batallitas y los tipos que se habían tirado y que me pusieron cachondo.

—¿Te han pedido que vayas mañana a declarar a un juicio?

—Sí. Y me lo van a pagar bien.

—Yo te lo pagaré mejor si no vas —replica Rey.

—¡Vaya! ¿Estás seguro que vas a poder?

—Di una cifra.

Lo veo dudar y me vuelve a mirar a mí.

—Les he dado todos los detalles, nena —comenta con sorna—. El más espabilado era muy preguntón y quiso saber si te gustó. Ya le dije que tanto que después te tragaste mi...

—¡Se acabó! —lo corta Rey—. Dime cuánto quieres por no aparecer mañana y vete a explicarle tus mierdas a cualquier borracho.

En su mirada advierto que el comentario no le ha gustado nada y que se ha sentido humillado y dolido.

—Te lo voy a poner fácil —parece que está contestando a Rey, pero no aparta la vista de mí—. Dime cómo me llamo.

¡Zasca! Tocada y hundida.

—Yo lo sé. Eres...

—No, guapita —interrumpe a Rosalina—. No te lo pregunto a ti, que lo diga ella. Venga, nena, di cuál es mi nombre y mañana no voy a decirle al juez que eres una puta de campeonato.

Las piernas se me han vuelto gelatina y el estómago se me ha girado provocándome unas náuseas horribles. Quizás es también el olor nauseabundo que no solo siento, sino que me devuelve al momento exacto en el que estuve con ese tipo en el lavabo.

—Vámonos. —Oigo que dice Rey.

—¡Que lo diga! —grita el dueño.

Rosalina es la que tira ahora de mí y me saca a la calle. Rey se coloca como parapeto entre nosotras y el tipo que ha saltado por encima de la barra.

—¿Os pensáis que podéis venir a mi local y tratarme como una mierda?

Caminamos los tres muy rápido hacia el coche mientras que el tipo sigue gritando.

—¡Putade mierda! ¡Vas a dejar de ir por el mundo perdonando la vida! ¡La próxima vez que te folles a un tío te acordarás de saber al menos cómo se llama!

Rey arranca el coche, pero cuando lleva unos metros y estamos fuera del alcance del loco del bar, le pido que pare y salgo corriendo para vomitar.

Rosalina se me acerca y me sostiene la cabeza con cariño. Cuando acabo me da un pañuelo y volvemos a dentro. Rey está muy callado. Tiene las manos en el volante y noto, por el color de sus nudillos, que los está apretando. Me duele haber decepcionado también a mi amigo.

—¿Por qué no le dijiste el nombre? —pregunta Rosalina.

Me quedo callada de nuevo y contengo las náuseas que han aparecido de nuevo.

—¿Silvia?

—Porque no lo sabe, Rosalina —responde Rey.

—Sí lo sabe. —Y dirigiéndose a mí— Silvia, díselo. Vinimos muchas veces.

—Gualterio Malatesta —digo, al fin.

Rey suelta el volante y se gira para verme. Su mirada es de incredulidad, de sorpresa, de prevención...

—¿Qué dices, Silvia? Se llamaba Jaime, como tu marido.

—¿Cómo has dicho que lo llamabas? —Rey ha dulcificado la expresión y está sonriendo,

—Malatesta —murmuro,

—¿El villano de Alatríste?

Asiento con la cabeza. La risa de Rey se hace más profunda.

—Por Dios, Silvia. Eres incorregible.

Arranca el coche y empieza a sortear el tráfico. Creo que he conseguido hacer las paces con mi amigo, pero no puedo evitar imaginar a Jaime escuchando a ese tipo mientras le explicaba hasta qué punto puede caer bajo una persona.

En esos instantes suena el teléfono en el manos libres y Rey nos hace una señal con el dedo pidiéndonos silencio.

—¿Alejandro? —reconozco la voz de Alberto Manrique.

—Sí. Soy yo. ¿Eres Manrique?

—Sí. ¿Puedes hablar?

—Voy con el coche, pero está puesta el manos libre y voy solo. Dime.

—No me preguntes por qué. Yo tampoco lo entiendo, pero no voy a discutir más. Mi hermano firma.

—¿Cómo?

—Que se acabó. Que firma.

—¿El qué?

—Tu propuesta. La acepta entera. —Y ante el silencio continua—. Está zumbado, pero es mi hermano. No quiere que haya juicio. Si consigues la firma de mi cuñada esta tarde, también tendrás la nuestra y mañana lo ratificamos en el juzgado.

Capítulo 31

He venido como doce o trece veces a estos mismos juzgados para acompañar a las mujeres que atendemos en el centro y siempre había sido yo la que ejercía el papel de columna sobre la que apoyarse, o esconderse, o refugiarse o lo que tocara cuando de lo que se trataba era de formalizar, ante un desconocido que viste de negro y ejerce de autoridad, la ruptura de muchos sueños y esperanzas.

Las he visto a ellas temerosas, tristes y rotas por dentro. Algunas llevaban semanas sin ver al hombre que las había lastimado. Otras lo habían seguido soñando en pesadillas sin fin. Como siempre me ha recordado Pilar, el que hayan sido víctimas de violencia no significa que ese momento final no se viva con dolor. Así que les dábamos la mano e intentábamos entretenerlas con temas diversos, para que no fueran tan conscientes de que, a tan solo diez metros, porque la sala de espera no da para más, estaba el hombre al que le prometieron amor eterno.

Mientras tanto la abogada que nos hubieran designado desde la asociación de mujeres juristas por la igualdad, se movía como Pedro por su casa, resolviendo el nuestro y otros tres o cuatro casos más, aprovechando que coincidían con otros colegas de profesión con los que quizá estaba dirimiendo otros asuntos.

A veces, se cerraban los últimos flecos de un acuerdo, evitando así llegar a juicio. Otras, se acordaba de mutuo acuerdo la suspensión. Entrar a sala sin

una cosa u otra era sinónimo de salir con el alma hecha añicos. Hay pocas cosas peores que plantarse frente a unos desconocidos y tener que romper en público una vida de convivencia aguantando el tipo. Y hasta ellos, agresores y violentos, se descomponían y apretaban los puños intentando no llorar.

Había visto todo eso desde la barrera y ahora soy yo la protagonista de la película. Me acompaña Pilar, aunque le había dicho que no era necesario.

He de confesar que cuando a Rosalina le comunicaron, ayer tarde, el viaje relámpago que tenía que hacer a Sevilla por motivos laborales y fue imposible que Aurora, Paca o Lucía pudieran arreglarlo para venir con tan poco tiempo, creí desfallecer, por mucho que Rey sea mi abogado y también mi amigo. Pilar, que es la persona más intuitiva del mundo, me ha llamado esta mañana y la inflexión de mi voz la ha convencido para presentarse en la puerta de los juzgados.

Ahora estamos las dos sentadas en esas sillas de plástico incómodo y ella me está explicando que teme que Rocío haya vuelto a las andadas, porque ha llamado un par de veces haciendo ver que estaba interesada por cómo nos iba, aunque sin duda está tanteando cómo pedirnos ayuda. Las segundas, terceras o cuartas veces lo llevan peor. Se sienten culpables por haber regresado y haber vuelto a caer en las redes del marido. No saben que si algo caracteriza la personalidad del agresor es su increíble capacidad por manipular los sentimientos de cualquier ser que tengan a su alcance. Pueden ser tan cautivadores y embaucadores que no te das cuenta de la tela de araña que han tejido a tu alrededor hasta que estás asfixiada. Pese a ello, hemos de permitir que sean ellas las que den el paso. Siempre atentas y expectantes, pero nunca forzándolas.

Yo estoy atenta a las palabras de Pilar, pero no puedo dejar de mirar de reojo a Jaime y a José Luis que se han quedado de pie mirando por la ventana, en una esquina de la sala, después de habernos saludado, con bastante frialdad.

El momento de mirarlo a la cara sabiendo que él conoce todo lo que ocurrió

con Malatesta ha sido terrorífico. La vergüenza intoxicaba mi entendimiento y mi tez ha pasado del sonrojo más virulento a la palidez más transparente, mientras mis intestinos se removían y mis piernas flaqueaban. Él, sin embargo, ha mantenido la mirada fría y la expresión hierática como si le pareciese una molestia aburrida estar en el edificio judicial y no tuviese muy claro el porqué de su presencia.

Como broche final, en las breves palabras que hemos intercambiado con los abogados, he utilizado, como siempre, el sobrenombre con el que me dirijo al mío (imposible llamarle Alejandro) y José Luis Bosque ha puesto el dedo en la llaga.

—Encantado de conocerlo, señor Rey.

—No, no. Mi nombre es Alejandro Vázquez.

—¡Ah! Perdone, me había parecido... —Y me señala.

—Sí. Es un sobrenombre que ella utiliza.

Y entonces he visto cómo Bosque recordaba las notificaciones en mi móvil correspondientes a la plataforma de citas que él había leído mientras yo dormía la mona de mi primera borrachera depresiva. De nuevo mi cara ha cambiado de uno a otro color, pero lo ha hecho tan mal, porque mi corazón se ha disparado y bombea muy desacompasadamente, que he quedado a placas, según descripción de Pilar y Rey se ha preocupado y nos ha obligado a sentarnos.

Desde allí, he visto de manera clara cómo José Luis le explicaba a mi todavía marido quién era Rey y de dónde había surgido nuestra amistad. Él escuchaba con las manos en los bolsillos, americana del traje abierta, mirada en el suelo y cabello peinado hacia atrás (detalle que sigue siendo discordante). Cuando su amigo ha acabado de informarle, ha asentido con la cabeza y se ha forzado a no mirar hacia donde yo estaba. Bosque sí lo ha hecho con un gesto en la boca que parecía ser de suficiencia.

Después de demasiado rato, nos han llamado y hemos entrado en la sala donde tanto la Magistrada como el resto de funcionarios apenas han levantado

la cabeza, hasta que una de ellas ha visto a Pilar, la ha reconocido de la multitud de años que lleva pululando por los juzgados y se han puesto a hablar como si estuvieran en una cafetería y se estuviesen poniendo al día. Rey y Alberto también han iniciado una conversación con el fiscal, un hombre con la cara tan alargada y delgada que me recuerda a un lápiz y que se ha sorprendido de que ambos estén llevando casos de familia, cuando lo suyo es el mercantil y ha hecho bromas sobre si es que ahora se pagaban mejor los divorcios que las fusiones. Jaime, José Luis y yo nos hemos quedado de pie sin saber muy bien qué hacer y, por un momento he estado a punto de protestar porque se supone que los protagonistas de esta película somos nosotros.

—¿Jaime Manrique y Silvia Salinas? —ha preguntado la magistrada mirándonos por encima de las gafas, en un gesto que, de inmediato, me sitúa ante Roz, el monstruo babosa que tiene a Mike Wazowski atemorizado con la burocracia de la central de sustos.

—Somos nosotros —ha dicho Jaime dando un paso al frente y señalándome a mí.

—Bien, ¿los abogados han revisado que todo esté de acuerdo?

—Sí, señoría —contesta Alberto.

—¿La fiscalía tiene algo que objetar?

—No, señoría —responde el hombre—. Lápiz.

—Perfecto pues. Acérquense a firmar.

Jaime y yo obedecemos y ante el bolígrafo tendido, es él quien lo coge sin vacilar y empieza a poner un garabato en todos los papeles que la magistrada le va indicando con una especie de gruñido. Cuando acaba, en lugar de dármelo a mí, lo deja sobre la mesa. Yo me acerco y lo tomo, aunque no he podido evitar que se haya notado el temblor de mi mano. Empiezo a firmar junto a la de Jaime y no puedo evitar pensar que será la última vez que nuestros nombres aparezcan unidos en nada.

—¿El procedimiento penal está archivado? —pregunta entonces la jueza, poniendo su mano sobre la mía para que me detenga, como si se hubiera

acabado de acordar de algo.

—¿Disculpe? —pregunta Rey.

—¿El abreviado se ha sobreseído?

—No la entiendo, señoría.

Nos mira con cara de pocos amigos y chasquea la lengua.

—Señores, en los casos de violencia es imprescindible que...

—¡Esto no es un caso de violencia! —grita Alberto con una voz que ha sonado un poco aflautada.

La babosa parece no creérselo, mira a Pilar y yo me doy cuenta de dónde viene la confusión.

—No es violencia, señoría. Pilar Huertas es amiga mía. Me acompaña por eso.

La jueza Roz se queda mirando a Jaime como si así pudiese asegurarse, pero en su gesto sigo viendo el desprecio con el que miraría a un delincuente. Yo lo veo a él con una expresión de desconcierto tal, que me hace sentir culpable de que se haya producido el error. Quizás es cierto que ha venido inducido por una circunstancia muy particular, como es la presencia de Pilar; pero también que, desde que he llegado al Juzgado, me estoy comportando como si realmente fuese una víctima, cuando nada más lejos de la realidad.

La separación entre Jaime Manrique y yo está siendo amistosa gracias a su comprensión y tolerancia, porque me tenía bien pillada y no le hubiera sido tan difícil convencer al monstruo babosa que soy una madre pésima. No digo que no haya parte de sentimiento de culpabilidad en esa reacción de condescendencia, pero lo único que ha hecho es enamorarse de una mujer y ni siquiera tuvo la indecencia de serme infiel, sino que me lo confesó antes de beneficiársela. Vale que no fue la mejor de las actitudes el quedarse en Brasil diez meses sin ver a sus hijos, pero los llamaba cada dos días e ingresó dos terceras partes de su sueldo en la cuenta bancaria para que no les faltara de nada. Así que no, no es justo que durante dos minutos lo hayan mirado como si fuera uno de esos tipos machistas y retrógrados que no solo agreden a sus

mujeres, sino que las mantienen en un permanente estado de terror.

Como la escena se ha quedado detenida y no parece que nadie esté dispuesto a hacerla avanzar, lo que significa que Jaime sigue bajo sospecha, levanto la mano que todavía me tenía sujeta con brusquedad y sigo firmando hasta que, al acabar, doy un golpe con el bolígrafo sobre la mesa y la miro con odio. La Magistrada abre la boca a punto de decir algo, pero mi mirada la disuade.

—¿Ya estamos? —espeto.

La magistrada no levanta la vista de los papeles. La funcionaria sí asiente con la cabeza.

—Pues nos vamos —ordeno.

Todos me obedecen y noto cómo me siguen al salir a los pasillos. Estoy enfadada. Mucho. Lo estoy conmigo y con la vida, con Susana Alcázar y con Jaime, con mis hijos, con mis amigos, con los abogados, con el trabajo...

Salgo a la calle y el frío noviembre me da de lleno en la cara. Tengo lágrimas en los ojos. Lo he notado porque se han convertido en dolorosas al contacto con el viento helado de la sierra. Inspiro en profundidad y cierro los párpados.

—Si quieres, puedes mudarte esta misma noche. Lo he empaquetado todo.

Es Jaime quien lo ha dicho colocado a mi lado, con las manos en los bolsillos y mirando al frente como si el tráfico rodado de la calle de Francisco Gervás fuese de lo más interesante. Me doy cuenta, entonces, de que apenas me ha mirado a la cara y, aunque recuerdo que es consciente de mi conducta depravada durante unos cuantos meses, no me voy a juzgar a mí misma, ni me voy a sentir culpable. Me muevo para colocarme frente a él y lo obligo a mirarme.

Lo hace y veo que se esfuerza porque sus ojos no transmitan demasiados sentimientos. Pretende mantener una actitud serena, controlada y madura, pero está tan roto por dentro como yo. Son once años y tres hijos en común. No importa quién quiso qué o quién lo provocó. Para los dos es un trago duro.

—No, Jaime —le contesto—. Mejor lo hacemos el sábado, con tranquilidad.

Asiente.

—Una cosa más —me dice—, lo de la interina... Gabriela no...

—Gabriela no quiere verme ni en pintura.

—No es eso. Lo que no quiere es ser sirvienta. Ha encontrado trabajo en una papelería. Tiene un contrato indefinido.

—Vaya, me alegro por ella.

—Buscaremos a alguien.

—Creo que tengo la solución. La hija de Paca... mi casera... está otra vez sin trabajo. Es una chica de dieciocho años, pero tiene un hijo. Así que tiene experiencia con los niños.

—Contrátala, pues.

—No. Prefiero que la entrevistes primero. Le daré tu teléfono y quedas tú mismo.

—Si tú lo ves bien...

—Son también tus hijos. Cuando estén contigo también lo estará ella.

—No es eso lo que dice el convenio. Se trataba de alguien que pudiera ayudarte también con la casa y no solo con los niños. Además, yo estaré en casa de mi madre. Sara Sofía podrá.

—Me da lo mismo lo que diga el convenio. Contratamos una niñera para los dos. Es lo más sensato.

Jaime clava sus ojos en los míos, pero no replica. Yo le aguanto la mirada. Acabamos de tener una conversación de doce o trece frases, suficiente para empezar a asentar una relación que tendrá sus momentos, pero que, con un poco de suerte, puede llegar a ser cordial.

Entonces él hace algo que me sorprende.

Me quita el abrigo que llevo todavía colgado en el brazo porque he salido de manera precipitada y colocándose a mi espalda me ayuda a ponérmelo.

—Nos vemos el sábado —me dice desde la espalda.

Capítulo 32

Cinco de enero. Hace exactamente dos meses que soy una mujer divorciada. Sigo trabajando en el centro de acogida, pero ya no lo hago en la cafetería de El Retiro. No es solo que en invierno han cerrado la mayor parte de los establecimientos con terraza, sino que me han ascendido al nivel dos de riesgo y he aumentado un poco el sueldo.

De todas formas, sigue siendo paradójico que resida en un barrio de lujo y lleve a mis hijos a la mejor de las escuelas, pero deba vivir con estrecheces. Como Jaime está en la misma situación, hemos empezado a hablar de la posibilidad de vender la casa de Aravaca y optar por algo en Madrid más sencillo. De cambiar a los niños de colegio él no quiere ni oír hablar.

A Desiré, la hija de Paca, la tuvimos contratada el primer mes, pero luego ella nos dejó porque dice que quiere dedicarse al mundo de la moda. La verdad es que, si no fuera porque padezco por su madre y el hecho de que sin mi pagándole la habitación tiene serios problemas para llegar a final de mes, me alegraría porque era un tanto desastre.

Desde entonces, el padre y yo nos lo combinamos para atenderlos, aunque tengo que reconocer que mi horario es mucho más limitado, pues los turnos en el centro de acogida son difíciles de flexibilizar; lo que provoca que sea Jaime quien acabe estando la mayoría de las tardes y se ocupe de las cenas.

Me consta que cuando yo los recojo de su casa, que es la de sus padres, se queda hasta las tantas de la noche gestionando el correo o finalizando

cualquiera de esos informes que deben servir para la concesión de un concurso público o la contratación de una obra. Son las ventajas e inconvenientes de ser un directivo

Por eso, sabiendo que lo prefería, le he cambiado los días que le tocaban en Navidad. Yo tenía que hacer la primera semana y él la segunda, pero Papa Noel es mucho más generoso en casa de los Manrique y yo era mucho más útil en el centro de acogida.

La relación cordial y amistosa que tenemos Jaime y yo es, en apariencia, perfecta. Me lo dice Rosalina quien, aunque no ha estado nunca casada, ha tenido suficientes ex en su vida. También está convencido de ello Rey porque él es incapaz de dirigirse dos palabras seguidas con su exesposa sin acabar a gritos. Lucía lo cree porque ella nunca ha podido enfadarse con su querida Raquel a la que sigue echando de menos todos los días. Y me lo dirían todas y cada una de las acogidas del centro. Sin embargo, yo me siento demasiado extraña pudiendo hablarle como si fuera un vecino al que se le habla con educación y echo en falta quererle tanto como odiarle.

La causa no está en él, sino en mí. Me he vuelto alguien incapaz de sentir un decibelio más de amor u odio del que sentiría por un familiar lejano y, teniendo en cuenta que yo no he conocido ninguno, es preocupante. Solo mis hijos ocupan buena parte de mi corazón y, a veces, dudo si es más responsabilidad que estima real. El resto de los seres humanos me dan algo de miedo. Temo tanto defraudarles como que me hieran.

Pero, como dice Benavides, los sentimientos no se pueden forzar y él sabe bien de lo que habla porque lleva quince años enamorado de la madre de su hijo, quien accedió a quedarse embarazada a cambio de una pensión vitalicia de más de doscientos mil euros anuales, pero sin haber sentido por él nada más que un vago interés.

Es un tipo peculiar que, en efecto, puede ser tan simple y vacío que se vanaglorie de no haber trabajado jamás; pero al mismo tiempo, su exceso de tiempo libre le ha permitido recorrerse medio mundo, conocer con cierta

profundidad una decena de culturas diferentes, saber de arte más que cualquier crítico y tener un paladar exquisito que se complace en compartir con cualquiera que le acepte la invitación en un restaurante. Está rodeado de un montón de aprovechados e interesados que no le engañan porque él los reconoce a simple vista, pero que son su única compañía estable.

Sé que intentó ligar conmigo los primeros días, pero la merma en capacidad de estima fue evidente y pronto abandonó el reto, quedando, como él mismo dijo, prendado de mi deferencia fría y cortés y se fue gestando entre nosotros una amistad sincera gracias a la cual me acabó confesando que padecía crisis maniaco depresivas, aspecto este que yo había empezado a intuir por sus reacciones siempre exageradas tanto en la euforia como en la tristeza.

Ajenos a la realidad, en el colegio de los niños corrió el rumor de que estábamos liados cuando me vieron aparecer un par de veces con Raúl por las mañanas después de que se quedara a dormir, porque se ha hecho muy amigo de David pese a que, como me dijo su padre el primer día y pude comprobar, son la noche y el día en responsabilidad disciplina o capacidad de trabajo.

Yo me lo tomé, como todo lo que tiene que ver con la panda de estreñidos que son los padres y madres de una de las mejores escuelas de Madrid, con cierta indiferencia; mientras que Benavides se desternilló de risa. Sin embargo, acabé hablando con Jaime del tema cuando en medio de esas risas, el padre de Raúl comentó jocosamente que quizás mi exmarido tendría algo que opinar. Cuando le pregunté me dijo que ya lo había oído y que no tenía nada que decir al respecto y, lo cierto es que, él mismo ha acabado cuidando de Raúl más de una tarde y también se ha quedado el niño a dormir en casa de Carmen.

Esta noche también lo ha hecho en mi casa y, teniendo en cuenta que su padre no ha dado señales de vida, es posible que acabe haciéndolo una noche más, aunque por fortuna, yo siempre previsora, compré un paquete más de útiles para el colegio que le posibilitarán abrir un regalo de reyes si mañana por la mañana sigue aquí. El problema real me ha aparecido, sin embargo,

cuando al despertar y mientras desayunábamos, Berta y David han invitado a Raúl a que se quede por la tarde a ver la cabalgata de los Reyes Magos dando por hecho que, como cada año, la iban a ver desde el balcón principal de la casa de sus abuelos.

No he sido capaz de decirles que ese año iba a ser distinto porque les toca estar conmigo y el balcón de nuestra casa da a una calle por la que no pasan y llevo todo el día dándole vueltas al dilema de qué hacer.

Al final he marcado el número de teléfono móvil de Jaime y se lo he pedido. Su respuesta ha sido la que me imaginaba. Encantado de que vayan los niños. También Raúl. No debo dudarle.

Así que a las cinco menos diez de la tarde, estoy llamando al timbre y me abre Sara Sofía quien sigue tratándome como si fuera semi invisible. Dejo a los niños en la puerta, le pido a Berta que tenga cuidado con Carlos y me despido hasta las siete que los vendré a buscar de nuevo porque calculo que, a esa hora, ya habrá acabado todo incluido el momento en el que Carmen reparte dulces a todos sus nietos.

Cuanto estoy llegando al vestíbulo del portal, entra desde la calle Jaime y me ve allí.

—¿Qué haces?

—Los acabo de dejar. Les he dicho que sobre las siete...

—Pero ¿por qué no te quedas?

—¿Yo? No creo que a tu familia...

—Vamos. No digas tonterías. Ya me has cedido Navidad. No te vas a quedar en la calle.

Me coge de la mano y tira de mi hasta que llegamos de nuevo a su casa y me suelta para abrir con sus llaves. Recuerdo que la última vez que lo vi hacer eso estábamos con Susana Alcázar y pienso que no estoy muy preparada para entrar allí y verla de nuevo. En estos dos meses, los niños no han hecho nunca ningún comentario sobre ella, pero tampoco lo han hecho sobre nada de lo que ocurre allí dentro. Es como si supieran que es mejor no mezclar cosas.

Cuando accedemos al salón la cara de su hermano Alberto es suficientemente expresiva sobre lo que piensa de mi presencia. Su mujer Elena, me mira con temor. Vuelve a estar embarazada. Es el quinto.

Cristina también me taladra con la mirada y masculla algún insulto al oído de Julio, el eterno novio; pero no veo a Soledad, aunque sí a sus tres horribles hijos. Serafín casi se ahoga al verme porque lo pilló bebiendo de un vaso largo de tubo algo que debe ser una bebida alcohólica. Carmen ni siquiera parpadea cuando entra en el salón con una bandeja de pastelitos, seguida de Sara Sofía que lleva una botella de cava y diversas copas. De Susana, ni rastro.

—¡Mamá! —exclama Berta al verme—. Genial que tú también te quedes.

Pero no sé si lo dice porque se alegra de verme o porque así me pasa a Carlos que se me encarama al cuello y me tira del pelo haciéndome daño. Intento deshacer su mano sin conseguirlo, hasta que aparece Jaime.

—¿Tú que vas a ser, indio arranca cabelleras? —le dice riendo y consigue liberarme.

En ese instante llega Román con su aspecto de joven descastado. Me ve y me guiña un ojo a modo de saludo.

—¡Ya vienen, ya vienen! —grita Rodrigo desde el balcón.

Todos van para allá y yo me quedo algo rezagada, todavía dudando sobre mi presencia allí.

—¿Una copita cuñada? —Es Román ofreciéndome cava.

—No. Gracias, Román. No bebo.

—¡Vaya! —dice Alberto desde el balcón—. Eso debe ser una novedad.

Me parece ver que Jaime, que está a su lado, le dice algo, pero no estoy segura. Román me pasa un brazo por encima de los hombros y me lleva a la otra ventana, donde en el balcón solo están los hijos mayores de Alberto.

Cuando acaba la cabalgata, Carmen reparte las bolsas de chucherías con grandes aspavientos por parte de los niños y yo, por un momento, pienso que quizás no ha ocurrido nada y que mi vida no ha cambiado. Que solo ha sido un

mal sueño. Que, si estoy allí, con la familia Manrique, es porque sigo perteneciendo a ellos.

Jaime se pone a bromear pretendiendo robar caramelos de las bolsas y lo que empieza como unas risas acaba casi como una batalla campal en la que los diez niños, incluido Carlos que en cuanto ha visto el jaleo se ha bajado de mis brazos para participar, más Jaime y su hermano Román ruedan por el suelo, se hacen zancadillas y se torturan con cosquillas.

Siempre le gustaron los niños y siempre ha sido un padre increíble al que no se le hacía eterno entretenerlos con juegos adecuados a su edad o pasar la noche en vela porque estaban resfriados. En el fondo, siempre creí que se le daba mucho mejor que a mí que he tenido que despertar mi instinto maternal a base de férrea disciplina.

Aparece una pelota que ha traído Álvaro, el mayor de Soledad y Carmen interviene diciendo que en su casa, con la porcelana china sobre la repisa, las pelotas están prohibidas. Berta suplica diciendo que es para hacer el juego de los deseos y que no vamos a tirarla con fuerza. Consiste en que se ha de pasar de uno a otro y quien la tiene entre sus manos, ha de decir cuál es su regalo perfecto para esa noche.

Carmen da el visto bueno si la pelota se lanza con cuidado y empiezan los turnos por Cristina que pide un Gucci y Paula a la que apenas se le oye cuando pide una Pekebabí Emma o algo parecido. Jaime con la pelota en la mano hace ver que no lo sabe y, cuando David está a punto de enfadarse, reconoce querer unas zapatillas deportivas, antes de tirarle la pelota a Berta.

Yo me lo estoy mirando todo con una sonrisa, como si estuviera viendo una película. Por eso, cuando Román me la tira, me coge de improviso y a punto estoy de que se me caiga. Mi cabeza empieza a buscar un regalo creíble, lo que no es fácil porque acabé envolviendo una sartén de la cocina para que los niños no preguntaran mañana que por qué a mí no me habían traído nada los reyes. Al final suelto con rapidez: “*Una noche de reyes en familia*”, lo que se supone que ya es un deseo cumplido porque allí estoy y eso me coloca en el

ranking de las diez personas más satisfechas del local. Lanzo la pelota a David que pide una Tablet y de este pasa a Raúl, que haciendo gala de su extraño carácter, quiere una calculadora científica. El pobre, además comete el error de pasarle el balón a la abuela de su amigo y todos contenemos la respiración por lo que puede acabar con una reprimenda aplastante. Sin embargo, Carmen en un ataque de amabilidad dice: “*Cenar a una hora decente esta noche*”.

Eso ha sido en realidad una orden porque, en efecto, la mesa está servida. Le digo a los niños que empiecen a despedirse que tenemos que irnos y entonces vuelvo a oír la voz seria y autoritaria de Carmen.

—¿No pretenderás que queden cinco asientos por cubrir?

Cuando miro a la mesa, me doy cuenta que nos ha contado entre los asistentes, así que prefiero no replicar. No habría afrenta mayor que dejar tantos sitios vacíos. Me siento discretamente lo más cerca que puedo de los niños lo cual hubiera evitado en condiciones normales, cediéndole el sitio a las super mamás Soledad o Elena que, esta vez, se me sientan enfrente. En el lado adulto se me coloca Román, y al lado de este se sienta Jaime.

Sara Sofía nos sirve la cena mientras en el lado oeste de la mesa, presidida por Alberto en lugar de por Serafín (otra novedad en casa de los Manrique) se habla sobre la situación política del país. A mi derecha, la algarabía de los niños apenas me permite escuchar, pero no me importa, tampoco iba intervenir y paso la cena casi en completo silencio lo cual no extraña a nadie porque mis intervenciones, en esa familia, siempre habían sido más bien escasas lo que, estoy convencida, había sido una de las razones por las que me había ganado fama de arisca.

Al empezar a servir los postres Rodrigo le pide a Román que les deje las gafas virtuales y este no se hace de rogar y las trae a la mesa. Los niños se las van poniendo y lanzan grandes carcajadas.

—¡Póntelas, mamá! —me dice Berta—. Se ve el mundo de Avatar.

Estoy a punto de caer en la tentación, pero la mirada disuasoria de Carmen que no soporta ese tipo de cosas en la mesa, me hace recuperar la sensatez.

—En la mesa no es correcto, hija.

La niña pone cara de “*que madre más aburrida tengo*” y Román, a mi lado, me dice sonriendo:

—No sabes lo que te has perdido, cuñadita.

—No te preocupes —interviene Jaime—, ella no necesita esos cacharros para ver Onomasticayas o viajar a Narnia.

No tengo claro si ha sido un agravio o un piropo, pero en esos momentos aparece José Luis Bosque y revoluciona a los niños de nuevo con unas luces de colores, de esas que los feriantes venden a precio de oro y se estropean en un par de horas.

Cuando me ve allí su expresión se endurece un poco y después parece hacerle una pregunta muda a Jaime. No hace falta ser Einstein para darme cuenta de que estos dos habían quedado para salir esta noche y, sin que me lo pidan, les digo a los niños que ya es hora de irse a casa.

Los tres mayores protestan. Carlos no, porque se acaba de quedar dormido en la mesa. Resoplo porque ya son doce kilos a transportar y pese a que mi casa está cerca, se puede hacer eterno.

—Te acompañamos —dice Jaime quitándome a Carlos de las manos para cargarlo él.

La ayuda me va a venir bien así que en unos minutos despidiéndome con rapidez de todos desde la puerta, estamos ya caminando los doscientos metros que nos separan, con rapidez porque hace muchísimo frío.

Al llegar al portón de la comunidad, vemos un bulto y yo me aterrorizo pensando que será un atracador. Como Jaime lleva a Carlos en brazos, es José Luis el que hace de protector y se acerca haciendo que los niños queden tras de mí.

—A ver, señor —dice con voz firme—, váyase a otro sitio a dormir la mona que...

—¡Papá! —dice Raúl.

Y el bulto levanta la cara dejando ver, en efecto, a David de Benavides con

los ojos rojos y la expresión dolida de una de sus crisis. Intenta disimular ante su hijo, mientras subimos en el primer turno de ascensor, pero cuando abro la puerta se cuela con rapidez hasta el lavabo y sé que va a llorar otra vez.

Les pido a David y Raúl que se acuesten de inmediato y con el sexto sentido infantil que les hace percatarse de más cosas de las que dirán nunca, me obedecen de inmediato. Berta también le está dando las buenas noches de forma educada a José Luis que se ha quedado de pie en el recibidor y después la veo meterse en la habitación de Carlos para hacerlo con su padre que lo está acostando.

Jaime sale al pasillo donde yo me he quedado, dudando sobre lo que tengo que hacer, pero en ese instante también se abre la puerta del baño y sale Benavides.

—¿Se han acostado ya? —susurra dejando en evidencia que no quiere enfrentarse a su hijo.

—Sí. Pero un beso de buenas noches...

Niega con la cabeza y después, en un gesto extraño, lo veo apoyarla en la pared y darse pequeños golpecitos.

José Luis carraspea desde el final del pasillo.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —pregunta entonces Benavides mirándome de reojo temeroso de que una negativa mía le impacte de frente y con un puchero en la cara.

Si me lo hubiera dicho hace dos minutos, hubiera reordenado las habitaciones de manera que él durmiera con su hijo y David lo hiciera con Carlos.

—Nosotros nos vamos. —Oigo que dice Jaime y me saca de mis planes logísticos.

Benavides como si eso hubiera sido el permiso que estaba esperando, se va hacia el salón y se deja caer en el sofá tumbándose inmediatamente. Cualquiera diría que no es la primera vez que lo está haciendo, tan acostumbrado como está a hacer lo que le apetece en el momento en que le

place como si el mundo estuviera hecho para servirle. Pero hoy no serviría de nada reprenderle y me trago el enfado que siento al ser consciente de que no puedo controlar lo que Jaime y José Luis deben estar pensando, con lo que, es mejor disimular y hacer ver que no está ocurriendo nada.

—Gracias por la ayuda —murmuro.

—Esto es increíble —masculla Bosque.

—Vámonos, José Luis.

—¿Que nos vayamos? ¿Así? ¿Sin más?

—Sí. Vamos.

Entonces José Luis me mira a mí y con una cara de profundo desprecio masculla:

—Tendrás cojones, tía.

—Pues no sé por qué —suelto con rabia.

—¿No lo sabes?

—No. No lo sé. Pero ni me importa lo que pienses. —Mi cabreo está subiendo por momentos.

—Eres... eres...

—José Luis —interviene Jaime—, a la calle, ya.

—Pero ¿vas a dejar que meta a ese borracho subnormal en casa?

—No es asunto mío —responde.

—Sí lo es porque están los niños —insiste José Luis.

—Pero ¡bueno! ¿Desde cuándo te ha dado nadie derecho a velar por mis hijos? —suelto sin pensar.

—Te recuerdo que tuve que intervenir varias veces el invierno pasado cuando tú no te levantabas de esa cama y tenías esta casa hecha una mierda.

—Y a mí me parece que lo que entonces te motivaba no era ser un buen samaritano con los niños, por mucho que contaras con el permiso de tu amigo —le contesto sin pensar y con una dosis de irritación importante.

—No, porque no sabía que lo que a ti te iban eran las pollas calientes.

—¡Se acabó! ¡Los dos! ¡Fin! —Y Jaime ha empujado a José Luis a la

escalera mientras le gritaba.

—¿Mamá? —dice Berta desde el marco de su habitación.

—No pasa nada, cariño. Ahora voy —la tranquilizo mientras entorno la puerta para que no vea la escena entre su padre y Bosque.

José Luis se zafa de su amigo y se recompone la ropa. Jaime me mira un momento con esa mirada neutra que me dirige últimamente y yo cerrando los ojos, murmuro un “*Lo siento*” porque de verdad creo que podría haberme retenido el comentario.

Cuando vuelvo a abrirlos, ya no veo a ninguno de los dos, aunque sigo oyendo sus pasos bajando por las escaleras.

Capítulo 33

—He de decirte algo.

Empezar así una conversación siempre es mala señal. Las buenas noticias no se preparan, se sueltan a bocajarro y con una sonrisa en la cara que lo ilumina todo y se queda uno expectante a que el otro también aplauda de felicidad. Pero Jaime me va a decir algo que no me va a gustar o que no le gusta a él.

Hay otra serie de pistas que lo dejan cristalino: me rehúye la mirada que mantiene mirando al estanque del Retiro, traga saliva moviendo la nuez de manera evidente, se aprieta las rodillas con las manos envueltas en los guantes de piel que le regalé yo hace cuatro años...

Berta y David están jugando con Carlos y su moto nueva que le acabamos de dar hoy por ser su cumpleaños. También en eso hemos sido capaces de ponernos de acuerdo su padre y yo como dos personas civilizadas, además de haber compartido el día: él por la mañana y yo por la tarde, coincidiendo en este momento para pasarnos el testigo.

—Estoy esperando —le digo mostrándome dispuesta a aguantar lo que haga falta.

Respira hondo y veo salir vaho de su boca. Hace frío, pero el día es azul y brillante.

—Tengo que volver a Brasil.

No, eso no me lo esperaba. Eso ha sido como una bomba nuclear estallando

en mi cabeza, aunque me odio a mí misma por sentir esa reacción puesto que de lo que se trata, a fin de cuentas, es de que se reproduzca algo que ya ocurrió hace casi un año y medio y que ha dado al traste con nuestro matrimonio, con el divorcio consiguiente y una relación amistosa, educada y adulta entre dos personas que ya no se aman. Así que debería ser inmune a ese tipo de noticias.

—¿Por mucho tiempo?

—De momento un mes.

Ese fue el tiempo aproximado que tendría que haber estado la primera vez y acabó cambiando su vida entera.

—Es la continuación del proyecto de Río —continúa hablando—. Esta vez en Sao Paulo. El gobierno brasileño quiere que las obras empiecen de inmediato y todo dependerá de si conseguimos el equipo adecuado.

Imagino que el plural con el que ha hablado incluye a Susana Alcázar y ese será el motivo por el que hace cinco días no había rastro de ella en casa de los Manrique.

—¿Cuándo te vas? —le pregunto con una frialdad que hasta a mí me convence.

—En unas tres semanas.

—Vamos a tener que contratar a alguien. Con mi horario yo no puedo...

—Sí. Por supuesto, pero mi madre me ha dicho que mientras no encontremos a nadie ella puede ayudar.

—¿Tu madre?

—Es arisca, pero siempre ha estado cuando la hemos necesitado. —Su tono ha sonado a protesta.

Me vienen imágenes de Carmen ordenando mi casa y ocupándose de mis hijos mientras yo estaba en estado catatónico y no puedo por menos que sentirme culpable por haber puesto en duda su capacidad por ayudar.

—Sí. Eso es cierto —murmuro.

Nos estamos un rato en silencio, mirando al frente los dos y nos echamos a reír al mismo tiempo cuando vemos a David que está haciendo el payaso para

su hermano Carlos mientras Berta mueve la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación.

—¿Se lo dices tú a los niños? —le pregunto y cometo el error de girar la cabeza y mirarlo.

Hay una lágrima que pugna por salir de su ojo y está apretando los labios para contener el temblor que el llanto reprimido le está provocando. Me parece obscuro ver ese momento tan personal e íntimo de quien ya no es mi marido y vuelvo la cabeza hacia el lado contrario con rapidez permitiéndole que se recomponga sin miradas ajenas.

—Sí, se lo diré yo —dice cuando ha podido controlarse y acto seguido se levanta—. Me voy. Recuerda que este sábado Berta tenía que ir al entrenamiento extra de patinaje.

—¡Buff! Cierto. Deberíamos obligar a su entrenador que esas sesiones las ponga solo cuando los tienes tú —bromeo al tiempo que le sonrío.

Llego a casa. Por fortuna hoy, pese a ser lunes, había quedado a cenar con las chicas y así no estaré sola permitiendo que la noticia de que mi exmarido vuelve a irse a ocho mil kilómetros de distancia con su maravillosa y espectacular novia, a triunfar en los negocios y ser el icono de la empresa estampado en la pared, me perturbe.

Rosalina nos da la noticia que se muda a casa de Rey cuando ya estamos en el café y todas nos alegramos con sinceridad por ella tanto como nos callamos la inseguridad que nos produce el saber el gran sacrificio que está haciendo: abandona los trámites de adopción porque Rey le ha dicho que no se ve capaz con cincuenta y cinco años, de empezar a ser padre de nuevo.

Entiendo sus argumentos. Cuando el chico o la chica estuvieran en plena adolescencia, él estaría jubilado y sin fuerzas para batallar. El problema es que también sé que, transcurridos esos mismos años, ella estará todavía en una plenitud cuyo ritmo, quizás él tampoco aguante.

El martes aparece en el centro Rocío con su bebé de un año en el carro berreando sin parar. No lo puede coger porque tiene un brazo roto y un ojo tan

negro que no puedo evitar pensar en los osos panda. Pilar decide que es riesgo uno y se la pasa a Lucía para que la atienda. Yo alargo mi turno para pasarme a verla porque esa chica, desde el principio, me conmovió sinceramente.

El miércoles Paca me llama feliz. Ha decidido establecerse por su cuenta alquilando un pequeño local en La Latina donde montará una tienda de ropa. El banco le ha concedido un micro préstamo y un amigo, que yo creo que es algo más, le va a financiar el primer pedido. Le pregunto qué nombre va a poner a la tienda y me dice que Modas Desiré. Sonrío para mis adentros. Yo le pondría Paca's Style. Lo peor (o lo mejor) es que tendré que garantizarle ser una clienta asidua, aunque no me veo de nuevo con los vestidos ajustados y cortísimos.

El jueves Aurora me acompaña a llevar a David a fútbol y sentadas en las gradas, viendo como entrena, me confiesa que ha pedido el ingreso voluntario en la Unidad de Trastornos Médico Psicológicos de Madrid, especialistas en los alimentarios. Su chico la ha dejado y sabe que está tocando fondo. Accedo a que dé mi nombre como persona de referencia en caso de ser necesario.

El viernes Jaime me pide que le deje a los niños porque es el día que CEEH, S.A. organiza una especie de merienda para los hijos de los empleados. Lo recuerdo de otros años. Una gran chocolatada y Aguirre sonriendo y dejando que los niños se acerquen a él cual Cristo resucitado.

Aprovecho para colocarme ropa cómoda y tumbarme en el sofá con música de fondo. Sé que el riesgo es pensar demasiado en la marcha de Jaime, pero necesito ese pequeño momento para mí. Sin embargo, como si los hados funestos me hubiesen espiado, suena el timbre de la puerta y, pese a que estoy a punto de hacerme la loca, el segundo timbrazo me indica que quien haya al otro lado, no tiene mucha espera.

Debería haber imaginado por la insistencia que era Carmen, pero no es normal que esta mujer venga hasta mi casa y tampoco me da buena espina su expresión que, lejos de mostrarse antipática y soberbia, tiene cierto aire alicaído.

—Jaime no está —le digo como una idiota cuando esta no es su casa y sabe mejor que nadie dónde está su hijo que ahora vive con ella.

—Lo sé —responde paciente—. Quiero hablar contigo.

La hago pasar y antes de que se siente le ofrezco si quiere tomar algo, lo que rehúsa con educación mientras se sienta muy recta ocupando solo la mitad del asiento del sofá. Yo intento hacerlo con la misma dignidad, pero nunca se me dio muy bien eso de no dejarme espachurrar en un sofá mullido.

—Tú dirás, Carmen —le digo a modo de invitación, aunque sintiéndome algo cohibida.

—No dejes que mi hijo se vaya otra vez —suelta a bocajarro.

Parpadeo varias veces y trago saliva. Ella me está mirando con los ojos enrojecidos y veo que está pidiéndomelo en serio.

—Carmen, yo... no creo que pueda...

—Tú eres la única que puedes.

La miro con ternura pensando que está mayor y que quizás es la que menos ha entendido o aceptado nuestro divorcio. Proviene de una generación y de una clase social en la que se aguantaba cualquier cosa por la estabilidad matrimonial. Ella es el vivo ejemplo con un marido sinvergüenza y mujeriego.

—No, Carmen. Yo ya no. Él ya no cuenta conmigo para esas decisiones.

—Él te quiere.

Se me escapa una especie de carcajada que, en realidad, ha tenido mucho de chirrío porque no me apetece nada reír. Deben ser los nervios de esta situación tan esperpéntica.

—Carmen, hace un año y medio que su hijo y yo estamos separados y más de dos meses divorciados. Créame, lo nuestro se acabó.

—No puede irse —insiste revelando su verdadera preocupación y la causa por la que se está aferrando al clavo ardiendo que soy yo.

—Pero se trata de su trabajo y de su vida —le digo para convencerla—. Tiene derecho a ser feliz y creo que eso...

—Lo ha hecho desgraciado y lo ha destrozado. —Y después de un segundo,

añade—: Y a ti también.

En eso no podríamos estar más de acuerdo o, al menos, es como me siento muchos ratos; pero como el destino también es así de curioso, tengo mis momentos en los que mi nuevo trabajo me aporta cosas que, sin llegar a compensar lo que representa la convivencia con el ser que amas, tiene mucho de positivo.

—Carmen, ninguno de los dos lo buscamos, pero las cosas vienen como vienen y hay que aceptarlo. Él en Brasil inició una nueva vida al lado de una mujer a la que ama. —Se me rompe un poco la voz al decir esto porque siempre me cuesta hablar de Susana Alcázar sin sentir la bola en la garganta—. Ahora ella está allí y si él tiene la oportunidad de...

—Esa mujer no está en Brasil. —Y ahora es Carmen la que me está mirando a mí como si tuviera que aclararme muchas cosas.

Me quedo callada intentando pensar con rapidez sobre lo que significan sus palabras. Estaba tan convencida que el motivo de su marcha era ella que ahora estoy desconcertada.

—Mira, Silvia, creo que ya es hora de que sepas qué ocurrió con esa mujer.

—No sé si quiero saberlo —respondo con precipitación, pero con verdadera sinceridad. No sé si estoy preparada para esa conversación. Sigue doliendo y mucho. Ahora soy consciente.

—Yo eché a Susana Alcázar hace doce años de nuestras vidas —me dice sin hacerme ni caso al ruego—. La pillé en la cama con Serafín quince días antes de la boda.

Soy consciente de que me he quedado con la boca abierta y que debo tener un aspecto ridículo. Por el contrario, Carmen se mueve con parsimonia y saca de su bolso una pitillera plateada que jamás le había visto (¿fuma?) y se enciende un cigarrillo expulsando el humo con elegancia.

—Debería habérselo dicho a Jaime en ese momento —continúa—, pero me pareció que no era necesario que él tuviese que saber toda la verdad. Yo podía enviar lejos a esa arpía, pero no lo iba a hacer con mi marido y él tendría que

haber mirado a su padre durante demasiados años sabiendo que había fornicado con su novia sin ningún tipo de moralidad.

Me clava sus ojos en los míos y eso me permite tragar saliva, aunque eso no va a suavizar mi garganta que está seca y rasposa.

—Sé cómo es mi marido, Silvia, y sé que tú no entiendes por qué sigo casada con él. Pero lo nuestro es un acuerdo beneficioso para ambas partes en su conjunto global y, la verdad, es que me permite valorar también lo que tengo a mi alrededor. Por ejemplo, ¿sabías que se benefició también a Elena durante algunos meses? Tengo mis dudas de quién es el padre de Rodrigo y si no hice nada en ese caso es porque ya estaba casada con Alberto. Tú, sin embargo, resististe muy bien sus embates.

Enrojezco hasta las orejas y noto un sudor frío recorrerme la espalda.

—Cogí a esa furcia por el pelo y la obligué a irse de casa y de la ciudad sin despedirse de nadie. Sabía que Jaime iba a pasarlo mal, pero también que era joven y con capacidad para encontrar a alguien mucho mejor que esa tipeja que, desde el principio, me pareció que no era agua clara. Sin embargo, al cabo de dos días aparecieron los padres de Susana desesperados y me explicaron que la chica padecía un trastorno límite de la personalidad. Se lo habían diagnosticado con trece años y llevaban mucho tiempo con medicación diversa. Las consecuencias de abandonar el tratamiento de manera brusca podían ser muy perjudiciales. Estaban agobiados y me sentí culpable. Opté por ayudarlos. La encontramos tres meses después en Sevilla. Se había liado con un traficante de cocaína y nos costó cielo y ayuda rehabilitarla. En ese momento tendría que haberle dicho la verdad a Jaime. Siempre ha sido lo suficientemente maduro como para entender que esa desequilibrada no podía ser para él, pero te había conocido a ti y me pareciste una chica con muchos arrestos, pero poca paciencia para aguantar las vacilaciones por las que, sin duda, iba a pasar él en el proceso de desenamoramiento en el que se vería sumido. Así que no, no le dije nada tampoco entonces. No pensé que las asignaturas pendientes se te clavan como agujones y que si volvía a aparecer

él no podría resistirse a la necesidad de redimir su autoestima mermada por un abandono tan cruel e inexplicable. Sé que para ti no tiene justificación, pero debes saber que Susana Alcázar es una verdadera máquina de la manipulación. Su cuerpo y su cabeza solo funcionan para urdir su tela de araña con todas las armas a su alcance y atrapar a sus víctimas. Necesita estar vinculada sentimentalmente a alguien de forma intensa. Sus relaciones se rigen por la pasión. Para ella nada es superfluo, y sigue la ley del “todo o nada”. Se entrega por completo de forma activa y espera ser correspondida del mismo modo. No se amedrenta ante nada y busca el riesgo sin parar. Lo intoxicó explicándole mentiras sobre su marcha que nos involucraron a mí y a su padre como los autores de una trama perversa en la que ella solo fue víctima. Él debió sentir la ira de la gente buena cuando ve que otros han sido perjudicados con maldad, y recibió la explicación que su alma herida necesitaba. No pudo advertir entonces hasta qué punto esa mujer era una embaucadora patológica. Tampoco lo había hecho de joven porque se habían conocido de niños y, aunque algunas veces me llegó a confesar que la magnitud del apasionamiento con la que todo lo vivía su novia le preocupaba, creyó que iría apaciguándose con la edad. Pero, pasado un tiempo en Brasil, sí se dio cuenta de su error, aunque ya fue tarde para vosotros. Mi hijo siempre ha querido hacer las cosas bien y eso supuso confesarte desde el principio qué estaba ocurriendo. Después supo por el idiota de su amigo José Luis que tú estabas sumida en una depresión y se sintió tan culpable que creyó que lo mejor para ti era que él estuviese lejos. Jaime es así y será incapaz de pedirte que vuelvas con él. Preferirá morir de pena antes que volver a hacerte daño y ha llegado al convencimiento que tiene el gen de su padre y que eso es lo que pasará si volvéis juntos. Es tan responsable que, cuando los Alcázar nos pidieron que los ayudásemos porque sabían por referencias que Susana estaba absolutamente descontrolada, él se fue otra vez hasta Brasil solo para traérnosla, pese a que la desprecia hasta el infinito. Desde entonces, está en una clínica en Guadalajara. Así que no, ella no está allí. Pero él se va bajo un

erróneo sentido del deber motivado por la culpa. Yo lo conozco y se muere cada día un poco lejos de sus hijos y lejos de ti. No dejes que se vaya.

Me he mantenido en silencio permitiendo que Carmen acababa su discurso e intentando absorber lo que me ha ido diciendo, mientras en mi cabeza los sentimientos se mezclaban en un cóctel imposible.

No voy a negar que una parte de mi orgullo malherido y mi corazón roto, no se alegra de saber que Jaime se arrepintió de lo que había hecho; pero la realidad se impone y la interpretación de su madre sobre su incapacidad de venir a decírmelo es demasiado rocambolesca. Aunque es cierto que mi exmarido es un tanto calvinista, la explicación más simple suele ser la más probable y cuando uno se enamora, pese a hacerlo de la persona equivocada, se desenamora de otras. Esa es la única y verdadera consecuencia no cuestionable de nuestro periplo. Además, aunque eso no fuera así, en este tipo de ecuaciones hay dos incógnitas y que él pudiera quererme todavía no presupone que yo siga amándole. La vida es así de compleja y cualquier pequeño elemento nos cambia el camino a seguir, imagínate cuando el obstáculo es una impresionante mujer de curvas imposibles.

—Me tengo que ir —me dice Carmen que creo que se ha cansado de esperar mi veredicto o ha leído en mi mirada que es mejor no saberlo—. Jaime sigue sin saber el verdadero motivo de la primera huida de Susana. Te ruego que esa parte la mantengas en secreto. Por lo demás, si quieres decirle que he estado aquí, no tengo inconveniente.

En ese instante me suena el teléfono móvil. Me parece bastante maleducado cogerlo cuando Carmen sigue aquí; sin embargo, veo que es Lucía y se supone que está en su turno de trabajo, donde no se pueden hacer llamadas. Así que algo grave ocurre y respondo. El llanto convulso de mi amiga me lo confirma.

Capítulo 34

Lucía está literalmente destrozada y es incapaz de hacer nada, porque el temblor domina su cuerpo, tanto como le es imposible pensar y tomar una decisión. Así que lo estamos organizando todo nosotras.

Rosalina ya ha pedido fiesta en su trabajo y está sacando los billetes de avión para ella y para Lucía a Santander. Paca le está haciendo la maleta. Rey se ha puesto en contacto con la policía de allí a través de unos colegas abogados y está averiguando más detalles sobre lo sucedido. Yo, me mantengo en contacto con la hermana de Raquel que es la única que está conservando cierta calma en la capital cántabra y ya he hablado con Pilar para garantizarle que iba a cubrir su turno y el mío hasta que encontrarse alguien que la sustituyese, lo cual va a ser un poco difícil porque la ha pillado convaleciente de su operación quirúrgica y soportando la primera dosis de quimioterapia.

Lo que sabemos hasta ahora es que el estado de Raquel es crítico pero estable. Habrá que esperar a la evolución y ver cuáles han sido las consecuencias del shock hipovolémico en el que cayó cuando se cortó las venas en la bañera caliente de su casa después de haber dejado una nota en la que decía que no podía vivir apartada de Lucía.

Sus padres, sumidos en el remordimiento, llamaron a mi amiga y le pidieron que fuese para acompañarla en sus últimos minutos o ser lo primero que pudieran ver los ojos de su hija si es que se daba el milagro de su recuperación.

Cuando las acompañamos al aeropuerto y las vemos pasar los controles no las tengo todas conmigo de que Lucía no acabe desmayada. Es una reacción muy propia de nuestra mente que, cuando no puede asimilar bien una noticia, opta por desconectarse. Lo puede hacer de manera brusca, lanzándonos al inconsciente o de manera paulatina llevándonos a una depresión en la que nuestro comportamiento niega la realidad y acabamos actuando de espaldas a esta.

Volvemos a Madrid con el corazón en un puño y rogando porque llegue a tiempo de, al menos, verla respirar. Yo tengo que ir directa al trabajo para cumplir la promesa que le he hecho a Pilar, pero antes tengo que solucionar la logística de mis hijos.

—Si no puede tu ex, me los quedo yo —me dice Paca cuando me ve buscando su número en el móvil.

—Gracias, guapa. Sé que puedo contar contigo.

Me despido de ella y de Rey en la boca del metro que me llevará a la casa de acogida de nivel uno y llamo por teléfono.

—Dime —responde Jaime con diligencia al segundo timbrado.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—Necesitaría que te quedases a los niños este fin de semana.

—Sí, sí, lo que quieras.

—Pero no sé si te lo podré devolver el que viene. Quiero decir que tal vez también necesite estar libre el próximo.

—No te preocupes. No tienes por qué. Yo me encargo.

—Vale, pues... Gracias.

Cuelgo el teléfono y antes de lanzarme a buscar el metro me doy cuenta que es la primera vez que hablo con mi exmarido desde que sé que es verdad que no está con Susana Alcázar y eso no ha cambiado nada de mi relación con él.

Decido no pensar más en eso porque lo que se me viene encima es brutal. Las horas con las chicas del centro suponen un nivel de concentración y

dedicación agotadoras y doblar el turno puede ser matador. Además, nunca he estado sola, como terapeuta responsable, con el nivel uno y eso me provoca cierta tensión en el estómago.

Al llegar a la casa, saludo a la compañera que voy a sustituir explicándole muy por encima que Lucía ha tenido que irse por una urgencia. Ella me informa de que Rocío ha pasado muy mala noche y que le ha tenido que suministrar unos ansiolíticos recetados por el médico. También hay dos mujeres más y tres niños.

El fin de semana pasa con cierta rapidez, aunque la imposibilidad de tener noticias de mi amiga me resulta tan difícil de aguantar que el sábado por la noche, cuando por fin se han dormido todas y pese a ser las tres de la mañana, le pido a la voluntaria que me acompaña que me cubra una escapada de diez minutos.

Bajo corriendo las escaleras del piso donde estamos y cuando estoy a unos cien metros conecto mi móvil y leo con avidez los mensajes de Rosalina. Han llegado y están en el hospital. Raquel sigue con vida y sus padres se han postrado de rodillas ante Lucía pidiéndole perdón. No tengo yo muy claro que mi amiga no hubiera tenido que contenerse de darles una patada.

Hay también un mensaje de Jaime: “*¿Todo bien? Me ha alarmado un poco tu llamada*”. Sí, no me extraña. Ha sido precipitada y cortante, pero ahora tampoco tengo mucho tiempo. Decido responder para tranquilizarlo: “*Todo bien y espero que a mejor. Gracias por el favor*”.

Cuando el domingo llego a casa a las nueve de la noche tengo que recurrir a toda mi capacidad de disciplina para llamar a Jaime y quedar con él para recoger a los niños. Lo único que me apetecería es dormir. Mi exmarido debe tener un sexto sentido o nota en mi voz que estoy a punto de caer vencida por el sueño y le oigo decir.

—¿Quieres que me los quede yo esta noche y los ves mañana en la puerta del colegio?

—¿Sí? ¿Lo harías?

—Claro. No te preocupes. Se te oye cansada.

—Lo estoy.

—¿Un fin de semana intenso?

—Demoledor.

—Pues, descansa. Nos vemos mañana.

Cierro los ojos y me quedo dormida de manera inmediata. Así que, cuando a la mañana siguiente me veo en el sofá, no me extraño. El cuerpo entero me duele, no solo por el lugar en el que he dormido, sino porque tengo la sensación que me he pasado toda la noche con pesadillas. Los últimos mensajes de Rosalina no añaden información. Raquel sigue en coma.

Me doy una ducha rápida y llego al colegio justo cuando Jaime también lo está haciendo. Berta y David me dan un beso cada uno y se meten en el edificio. Benavides se nos acerca cuando nos ve y le da la mano a Jaime a modo de saludo. Después me mira y me dice:

—Chica, tienes una cara que es un poema. ¿Te has corrido la juerga de tu vida este finde?

—No quieras saberlo —le digo con una medio sonrisa.

A Benavides no hay que molestarle en explicarle historias tristes. Ya tiene suficiente con las suyas o eso cree su marcada personalidad egocentrista.

—Ya llevo yo a Carlos —le digo a Jaime cuando el padre de Raúl se va.

—Te acompaño. Me va de camino —me responde y, como sé que es cierto, se lo permito.

Andamos en silencio solo interrumpidos por el pataleo del enano que, consciente de que va a la guardería, ya ha empezado a protestar. En la puerta de la guardería, la profesora del niño nos saluda con una sonrisa amplia. Creo que piensa que volvemos a estar juntos.

—Bueno —le digo en la esquina con el paseo recoletos—. Me voy a trabajar. Muchas gracias otra vez por el favor.

—Ya te he dicho que no me importa. Espero que, al menos, sea cierto que te lo has pasado bien.

Lo miro sorprendida. No está bromeando, pero sus ojos vuelven a mostrar esa mirada neutra tras la que se parapeta.

—Hombre, mi trabajo me gusta, pero tanto como pasárselo bien.

Entorna los ojos primero para después abrirlos como platos.

—¿Has tenido que trabajar este fin de semana?

—Pues claro, ¿por qué te iba a pedir si no...? —Me doy cuenta en ese instante de lo que ha estado imaginando y me ofendo—. ¿Qué te creías? ¿Que realmente he estado de juerga como ha dicho Benavides?

—No lo sé... yo... no sé... me contestaste el mensaje a las tres de la mañana y...

—Increíble —murmuro algo resentida.

Sé que no he sido la mejor madre del mundo y que, en ocasiones, he sido irresponsable, pero me disgusta que piense que voy a pedir un cambio así solo por disfrutar de un fin de semana de parranda. Todavía me molesta más ver que, en efecto, él iba a aceptar sin una sola queja que lo utilizara de esa forma.

—Lo siento —me dice—, no pretendía ofenderte.

—Pues lo has hecho —respondo furiosa.

—No sé por qué. Tampoco estaría tan mal que pudieras divertirme un poco.

Clavo mis ojos en los suyos que siguen neutros.

—¿De verdad, Jaime? ¿De verdad me estás diciendo que no te importaría que te endiñara a los niños un fin de semana que no te toca para pasármelo bien?

—No... no he dicho eso... No lo desgranes todo, por favor. Solo digo que trabajas mucho y que no te permites demasiados momentos de relajación.

—Y tú me los vas a facilitar, ¿no es cierto?

—Yo... si puedo ponértelo fácil...

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—Ya me has oído, ¿por qué me lo quieres poner fácil? ¿Por qué no haces como todos los maridos separados que pagan tres días más tarde la pensión

para putear, entregan a los niños sin duchar o llegan tarde a recogerlos sembrando la duda de si se habrán olvidado?

—¿Eso es lo que quieres que haga, Silvia?

—Lo que no quiero es que vayas por el mundo como el mártir modélico. Lo que no quiero es que te creas con derecho o capacidad de facilitarme la vida.

—De verdad que no te entiendo —murmura.

—Lo que no quiero es que te pienses que puedes llegar hasta a cederme a tu amigo para que me eche un polvo y así no sienta que me han abandonado.

¡Zas! Él se ha quedado blanco y sus ojos han refulgido con un brillo tan intenso que casi me traspasa. Yo me he hecho mantequilla reprochándome de inmediato por qué habré dicho eso si hay cosas que hay que olvidar y dejar guardadas y, además, ya no le tenía rencor, ya estaba todo superado, ya no recuerdo que una vez lloraba por las esquinas y me dolía respirar.

Pasan unos instantes que congelan el tiempo y el espacio. Estoy algo asustada temiendo su reacción. Sé que debería hablar, pero las palabras se me han quedado agarrotadas en la garganta. Entonces veo que su nuez se mueve. Se acaba de tragar el maldito sapo que le he lanzado. Gira la vista un momento hacia la derecha y aprieta la mandíbula. Cuando vuelve a mirarme tiene los ojos todavía más brillantes, ¿son lágrimas otra vez?

—Lo siento —balbuceo—. No sé por qué...

Jaime aprieta los labios y cierra los ojos por un momento. Después los vuelve a abrir y respira hondo.

—No lo sientas tú. Tienes razón. He sido un imbécil y sigo siéndolo.

—No he dicho eso.

—No. Lo digo yo. —Vuelve a inspirar en profundidad y me clava sus ojos—. No lo hice por ti. Lo hice por él. Lleva toda la vida enamorado de ti. Yo lo sabía. Lo supe entonces y no me importó. Se lo debía o eso creí. Ahora sé que me equivoqué. También en eso. Él sigue bebiendo los vientos por ti y ni siquiera tiene la excusa de que estoy yo impidiéndolo. Encima tú... tú...

Me suena el teléfono y ambos nos quedamos mirando mi bolso como si

fuera un alienígena. No debería cogerlo, estoy teniendo una conversación muy importante para mi estabilidad emocional y mental; pero cabe la posibilidad de que sean noticias de Lucía y ella, ahora, es prioridad.

Busco el móvil y cuando lo encuentro veo que, en efecto, es Rosalina quien está llamando.

—¿Rosalina?

—Se ha despertado.

—¿Qué?

—¡Está consciente! Ha abierto los ojos y al ver a Lucía ha sonreído, ¿te lo puedes creer? Los médicos dicen que es milagroso.

—¡Dios mío! ¿Cómo está Lucía?

—Loca de contento. Pasa del llanto compulsivo a la risa tonta en la misma décima de segundo.

—Dale un abrazo de mi parte, por favor.

—Tendrías que ver a los padres de Raquel, parecen dos ratas atemorizadas.

—Rosalina.... Por favor. No estropees el momento. No servirá de nada que les guarden rencor.

—Siempre tan maravillosa, Silvia. Esos tipos por poco matan a su hija.

—Pero no lo han hecho queriendo hacer daño. Creían estar haciendo lo mejor.

—¡Bah! No estoy de acuerdo, pero no voy a discutir contigo de eso, Sor Misericordia.

—Dile a Lucía que la quiero un montón y que me alegro mucho por ella.

—De tu parte. Te mantengo informada. Besos.

—Besos.

Guardo el móvil en el bolso. Jaime se ha apartado un poco al notar el carácter personal de la llamada como si él no tuviera derecho a escucharlo.

—Son noticias de Lucía. Su novia ha intentado suicidarse y tuvo que salir corriendo a Santander. Por eso necesitaba que me cubrieras el fin de semana. Tengo que hacer su turno hasta que regrese.

Asiente con la cabeza, pero no me mantiene la mirada.

—Me voy —digo entonces—, llego tarde.

Y bajo por las escaleras del metro como si fuera a hundirme en las tinieblas de mis recuerdos más funestos.

Capítulo 35

Hemos tenido que tomar metro y autobús y después caminar más de quince minutos hasta llegar a la Casa Cuartel que ha sido el hogar de Rocío durante tres años. Cuando se utiliza esa palabra para denominar el lugar donde vives; no solo estás describiendo el sitio en el que duermes, comes, ves la televisión o haces la colada; viene cargado con una dosis extra de calidez, comodidad, protección y refugio o así debería ser.

Sin embargo, para Rocío ha sido cámara de torturas, cárcel de su alma y pozo donde cayeron sus sueños. Por eso los músculos de su cara están ahora tensos y en sus ojos la tristeza y el miedo lo ocupan todo.

Huyó de forma tan precipitada que apenas tuvo tiempo de cargar con la bolsa de diario del niño. Pero no tiene recambio de ropa y le faltan todos sus juguetes. Por eso estamos aquí, decididas a recoger todo lo que necesitamos.

Va a ser imposible entrar sin que su marido lo sepa. No deja de ser una casa cuartel. Los vecinos son compañeros de trabajo y está vigilado por cámaras y hombres armados las veinticuatro horas del día. La clave está en hacerlo con la suficiente naturalidad y rapidez como para que nadie se pregunte qué está ocurriendo y si deben detenerlas.

Se supone que es un lugar de refugio y denuncia de delitos, aunque ella ha vivido en sus propias carnes agresiones continuas sin que ninguno de estos guardadores de la ley haya hecho nada para evitarlo. No puedo olvidar ese detalle y, al tiempo, no he de permitir que la rabia de que una injusticia tan

grande se haya producido, me haga perder la serenidad y la sangre fría.

Al llegar a la puerta me sorprende que hay una lona enorme que lo recubre todo con las iniciales de mi antigua empresa, CEEH, SA y recuerdo vagamente que había alguna contrata de obra pública relacionada.

No le doy más importancia. Hay que concentrarse en lo que hemos venido a hacer, así que, con paso firme, accedemos por la puerta principal y Rocío, siguiendo mis instrucciones saluda con una sonrisa al guardia civil que hay en la puerta e, incluso, le pregunta por su hijo enfermo.

Atravesamos el patio central donde también levanta la mano un par de veces y llegamos a unas escaleras que nos conducen al segundo piso. En teoría su marido tenía patrulla por la zona aeroportuaria, por tanto, no va a estar en casa. Pese a ello, antes de meter la llave nos quedamos un rato escuchando en la puerta para detectar cualquier sonido.

Es difícil oír nada cuando tu corazón está bombeando con tal fuerza que retumba en todo tu cuerpo y si yo estoy así, tan muerta de miedo, no puedo ni imaginar cómo tiene que estar Rocío que todavía tiene el color púrpura en su pómulo derecho.

En el instante mismo que introducimos la llave en la cerradura, la puerta de al lado se abre y vemos aparecer a una mujer joven, de unos treinta años, con una niña de la edad aproximada de Carlos, de la mano.

—Rocío. ¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? —pregunta asustada.

—Tengo que recoger unas cosas del pequeñajo —responde—. Por favor, Ana María, no digas nada a nadie.

Noto que entre ambas hay complicidad. Son vecinas pared con pared, así que la tal Ana María ha tenido que oír muchas cosas. Tomo nota mental por si, en algún momento, necesitamos citarla a juicio. Frente a un juez no es fácil mentir o negar lo más evidente.

—Te la estás jugando. Anoche estaba como loco.

—Lo sé. Me lo ha dicho mi madre que la ha llamado cientos de veces. Pero se acabó, Ana María. Esta vez se acabó. —Y le enseña el brazo escayolado.

La vecina asiente con la cabeza y mira a un lado y a otro.

—Ve. Corre. Yo vigilo las escaleras. Si viniese alguien os aviso.

Me cae bien esta chica y le dedico una sonrisa amable. Después, sin más tiempo que perder, entramos.

La casa está completamente revuelta. Hay ropa y platos sucios por todas partes. Es la más pura expresión de la decadencia, pero yo mejor no digo nada. Hice lo mismo durante una temporada en mi casa y encima con tres niños dentro. Juan Roque tiene muchos motivos por los que ser reprochado, pero el orden no será uno de ellos.

Sigo a Rocío que se mete por un pasillo hasta llegar a una habitación pequeña que es la única que parece intacta. Está pintada de amarillo claro y tiene nubes de colores dibujadas. Por el camino había abierto un armario de donde ha sacado dos bolsas de deporte de grandes proporciones. Empieza a llenar una de ellas con lo que va encontrando por los cajones sin demasiadas utilidades. Yo hago lo mismo con la otra. Trabajamos las dos en silencio con el oído puesto en las escaleras para poder oír a Ana María si nos avisa.

En pocos minutos hemos vaciado la mayor parte de la habitación y emprendemos la huida. Quizás salir no vaya a ser tan fácil. Tal vez, esos que hemos saludado antes como si tal cosa, se hayan quedado con la mosca tras la oreja y hayan llamado al marido abandonado para explicarle que Rocío ha aparecido.

Ana María le da un beso en la cara y abraza a su amiga con cariño.

—Llámame por favor y cuéntame cómo estás.

—Lo haré —responde Rocío.

Bajamos las escaleras con tanto nerviosismo que estoy a punto de resbalar en dos ocasiones. Llegamos al patio y, en lugar de cruzarlo en diagonal, como hemos hecho antes, preferimos bordearlo porque cargadas con las bolsas ya no somos un elemento tan natural.

Y justo cuando estamos a punto de llegar al portón principal oímos el grito de Juan Roque que suena aterrador.

—¡Rocío!!!!!!!!!!!!!!

Veó como los ojos de la aludida se vuelven a teñir de terror y al mirar atrás observo a un hombre, vestido tan solo con el pantalón de uniforme y una camiseta sin mangas, que corre con ciertas dificultades hacia nosotras. Lleva un objeto en la mano. Creo que es la típica porra policial y mi corazón entra en taquicardia.

—¡Rocío!!!!!!!!!!!!!! ¡Hija de puta! ¡No te muevas!

El tal Juan Roque es un hombre más bien bajito pero fornido, con el pelo negro y rizado y barba de días. Sin embargo, lo más impresionante es la expresión de odio que todos y cada uno de sus músculos faciales está reflejando en ese instante. Mueve la boca como lo haría un perro enfurecido y nos mira con unos ojos demasiado redondos torciendo la cabeza como si tuviera un espasmo. Es tal cual Jack Nicholson en *El resplandor, made in spain*, y noto cómo mis intestinos se hacen agua.

A nuestro alrededor, la escena no está pasando desapercibida por parte de otros compañeros de profesión que nos miran con prevención.

—No avance un paso más —digo colocándome entre Rocío y ese tipo con tal seguridad que consigo que la sorpresa lo haga, de verdad, detenerse.

—¿Quién cojones eres tú? —me pregunta el protagonista de la película de terror que más pesadillas me provocó de pequeña.

—Hemos venido a recoger unas cosas del pequeño Juan y ya nos vamos — contesto.

—Rocío, suelta esa bolsa y ven para aquí. —Se dirige a su esposa prescindiendo de mí.

La aludida está temblando, pero me mira a mí buscando seguridad. Yo se la intento dar, aunque he de reconocer que tengo que tirar de unas dotes de actriz que desconocía poseer.

—Vámonos —murmuro y empezamos a caminar.

—¡No des un paso más o te mato! ¡Te lo juro!

Sus gritos son aterradores y su amenaza creíble. Es un delito de manual y

estamos rodeadas de policías, cada vez más, que se miran la escena como si no fuera con ellos.

—No lo complique más, señor Roque. Recibirá noticias nuestras a través del Jugado.

—Cabrona, hija de...

Diciendo estas palabras ha echado a correr los cinco pasos que nos separan y sin que pueda evitarlo tira de la bolsa que lleva Rocío para arrancársela de las manos. Ella se ha agarrado con tal fuerza que acaba cayendo al suelo y se produce un forcejeo en el que, quizás de manera ridícula, la única batalla se está produciendo por quién tiene el control de la maldita bolsa. Eso sí, los gritos de ambos son espeluznantes.

Sin pensármelo dos veces, me lanzo a ayudarla, tirando yo también de las asas de la maleta de ropa, hasta que la fuerza conjunta de ambas consigue quitársela a él de las manos. Entonces, veo que mira a su mujer que sigue en el suelo y claramente percibo que su intención es darle una patada. No pienso demasiado cuando me cruzo en medio y le doy un empujón cuadrándome en jarras frente a él y mascullando

—¡Si la tocas me encargaré de mandarte a la cárcel hasta que te pudras, cerdo!

Vamos, lo que se diría la viva imagen de la profesionalidad y la templanza de una psicóloga. Paca estaría orgullosa de mí. Pilar, no creo.

—¿Qué narices está ocurriendo?

La voz ha sonado a mi espalda y tiene la suficiente autoridad para que el energúmeno que tengo delante se cuadre y también se tensen los doce o trece policías que están a nuestro alrededor. Me giro todavía con el ímpetu de mi ataque de furia y, entonces soy yo la que se queda a cuadros.

No es por el hombre vestido de impecable militar y el número de estrellas que luce en su hombro que yo no puedo interpretar, sino porque justo a su espalda están Aguirre, Duque y Jaime mirándome estupefactos.

—¿Alguien me va a explicar esto? —vuelve a gritar el mandamás.

En ese momento, vuelvo a enfurecerme. Ese hombre que ahora está ejerciendo de gerifalte es o un cínico o un inepto. Lo primero, me llevaría al convencimiento de que sí sabe y ha sabido todo este tiempo que uno de sus soldaditos de plomo muele a palos a su mujer con total impunidad. Lo segundo, me demostraría que pueden colocar al mando a cualquier imbécil que teniendo un delito frente a sus propias narices no ha sido capaz de reconocerlo.

Así que, movida por ese convencimiento y ajena por completo a la ascendencia que sí tiene sobre todos los que están en ese momento en el patio de la casa cuartel, unos porque es su jefe y mis antiguos patrones porque, casi con toda seguridad, estarían cerrando algún trato que les iba a reportar mucho dinero; me planto ante él con los brazos todavía sobre las caderas y espeto.

—Creo que sí sabe lo que está pasando o debería saberlo. Así que haga el favor de decirle a ese tipejo que se aparte de su esposa y que nos deje salir de aquí.

El capitán o coronel o comandante o lo que quiera que sea, enrojece de ira nada acostumbrado a que nadie le hable en el tono que yo lo he hecho. Pero lejos de amilanarme y, sobre todo, sin mirar ni una sola vez a los tres hombres trajeados que siguen ahí como estatuas de piedra porque eso sí me haría perder la entereza, me dirijo hacia Rocío la ayudo a incorporarse y cogiendo la bolsa que había caído (la otra la seguía portando yo) empiezo a caminar hacia la puerta.

—¡Me están robando cosas! —grita el idiota de Roque.

—¡Señora! —grita el jefe—. ¡Abra de inmediato esas bolsas!

Noto que Rocío se estremece, pero yo estoy cada vez más exultante. Suelto las bolsas en el suelo con fuerza y, agachándome, abro una de ellas mostrando lo que hay en el interior.

La imagen de ropa infantil es demasiado elocuente y lleva todo al ridículo. Entonces veo un paquete de pañales y dejándome llevar por la rabia, lo saco y lo tiro a los pies de Juan Roque.

—Ya te los puedes ir poniendo porque cuando veas la querrela que te vamos a meter los vas a necesitar.

Ni el Nelson de los Simpsons es más chulo que yo. Está claro.

—Señora, no le voy a permitir esa ofensa a la autoridad que representan mis hombres —dice de nuevo el capitán.

—Lo que no debería permitir es que quien se supone que debe velar por nuestra seguridad, esté atemorizando a su propia esposa. Este brazo se rompió entre estas cuatro paredes. Vergüenza debería sentir.

—¡Se acabó! —grita el hombre herido en su dignidad—. ¡Guardias...!

—¡Por favor! ¡Por favor! —Es Jaime quien está interviniendo y cuando lo miro me acabo fijando más en Aguirre a quien parece que le va a dar un infarto—. Capitán, por favor —vuelve a decir mi exmarido en un tono de voz más suplicante y más bajo—. Es mi esposa. Se lo ruego.

El hombre lo mira extrañado y luego me mira a mí que también me he quedado estupefacta y a punto estoy de replicar poniendo el prefijo “ex” a esa expresión.

—Nos vamos de inmediato —sigue hablando Jaime—. No lo compliquemos. Vamos a ver cómo se soluciona todo cuando nos hayamos calmado. ¿Le parece?

Como no ha acabado de dar la orden de mi detención, cuando Jaime avanza unos pasos y me coge del codo para acompañarme a la puerta, nadie nos detiene y cuando estamos fuera, me doy cuenta que Aguirre y Duque también nos han seguido.

Abrazo a Rocío que tiene los ojos empañados en lágrimas y le susurro al oído palabras tranquilizadoras. Mientras tanto, oigo a Aguirre que masculla:

—Como nos cueste la concesión...

—No lo hará —responde Jaime y acciona el mando para que se abran las puertas del coche, que reconozco como el nuestro, al tiempo que toma las bolsas de mi mano y las mete en el maletero.

Aguirre se sube al asiento del copiloto y Rocío y yo vamos detrás. Duque

también lo hace de manera que queda a mi lado.

—Vaya, nena —me dice el director financiero sonriente—, sabía que eras brava, pero fiiuuuuuuu.

No me gusta ese tipo. Nunca me gustó y me lo miro pensando en qué estado de locura transitoria se me ocurrió tirármelo, si me parece repulsivo. Pero no le voy a contestar. Voy a pasarlo por alto.

Sin embargo, Jaime, que se estaba poniendo el cinturón, detiene el gesto, sale del coche, abre la puerta de detrás y saca a Duque arrastrándolo de las solapas del traje y dejándonos a todos pasmados.

—¡Joder, Jaime! Que no lo he dicho con mala intención.

—Te vas andando —contesta mi ex en un tono tranquilo que contradice su último movimiento.

—Tío, por favor, no lo dirás en serio.

—Tú verás. —Y se sube al coche.

Entonces Duque me mira desde fuera y vuelve a poner los ojos sobre Jaime.

—Ya te pedí perdón por lo que pasó, hostia.

—Adiós —responde Jaime y cuando pone la marcha atrás y mira por el retrovisor, por un momento nuestras miradas se cruzan y me duele en el alma haberme comportado como lo hice con Duque y con unos cuantos más.

Final

Capítulo 36

Han pasado dos días desde el incidente del cuartel.

Se lo expliqué por teléfono a Pilar pidiéndole perdón porque era consciente de haber conculcado más de cinco normas de seguridad y puse mi cargo a su disposición. Ella se echó a reír y me dijo que le hubiera encantado verme en plan *Kill Bill*.

—Las normas, a veces, hay que saltárselas. Yo hubiera hecho lo mismo. No lo dudes. ¿Ya le has agradecido a tu marido que te salvara por eso?

—No es mi marido y no lo he vuelto a ver desde entonces. Sería más feliz si pensara que no lo iba a hacer más en la vida. Me muero de vergüenza solo de pensar en la imagen que debí darle y no me gustaría saber que han perdido el negocio que debían estar llevándose entre manos.

—Bueno, lo cierto es que, por lo que me contaste, pronto va a volverse a ir, así que por la parte de tener que enfrentarte a él no debes preocuparte.

Recordar eso me hizo daño y después volví a enfadarme conmigo misma por permitir que me doliera algo que no debería importarme lo más mínimo. Por lo que me dijo, deben quedarle unos diez días para su marcha, pero ni se me ha pasado por la cabeza pedirle que se quede como quiere Carmen. Que haga lo que quiera, tanto con Susana como sin ella.

Estoy en la casa de acogida de nivel uno solo con Rocío y el pequeño Juan. Las otras dos mujeres tenían visita con las abogadas y también debía pasar toda la familia por una revisión médica, así que la voluntaria se ha ido a

acompañarlas junto con mis compañeras del turno de mañana.

Por eso, cuando tocan al timbre del interfono, las dos nos extrañamos, pero como yo tengo las manos llenas de harina porque estoy preparando unas albóndigas, es Rocío quien va a atenderlo. Segundos después su grito de terror me hiela hasta las entrañas y salgo disparada hacia fuera justo cuando la veo colgar de nuevo el telefonillo que, como efecto del timbrado que quien haya abajo está accionando, vuelve a descolgarse.

Los gritos de Juan Roque se oyen por la ventana y en un acto reflejo salgo al balcón del comedor y desde el tercer piso donde estamos, lo veo en la calle y distingo de manera clara el rifle que tiene en la mano.

Lo malo es que él también me ve y con una rapidez en sus movimientos que no me esperaba, apunta hacia el balcón y dispara. Por fortuna, su puntería no es tan buena y yo que me he tirado al suelo en un acto reflejo y me arrastro hacia dentro gritándole a Rocío que haga lo mismo.

Nunca había oído un disparo fuera de las películas y más que a ese sonido que surge del *double sound round* que tenía en la casa de Aravaca, a lo que me recuerda es a la traca de los fuegos artificiales de Comillas en verano.

Un nuevo sonido estridente se escucha proveniente de abajo y los gritos de unas mujeres desde el balcón de enfrente me entretienen por un segundo. Después se hace evidente que está subiendo por las escaleras y sus gritos espeluznantes van indicando por qué piso va.

Voy corriendo hacia la puerta de la calle, pongo el pestillo y cierro con las dos vueltas de llave la cerradura de seguridad. Después me quedo mirando la puerta como una idiota, jadeando con fuerza como efecto de la velocidad a la que mi corazón está bombeando y que no da abasto. Es el primer síntoma de la hiperventilación, pero no tengo tiempo de hacer los ejercicios nasales de relajación que me enseñaron en la facultad.

¡Boum! El impacto del disparo en la puerta se ve en forma de deformación de la madera y soy consciente de que no va a resistir mucho más. Tras de mí no tengo claro quien tiene mayor capacidad pulmonar gritando y llorando, si

Rocío o su hijo. Yo tengo tanto miedo que ni eso puedo hacer.

La agarro de la muñeca y tiro de ella con fuerza lanzándome por el pasillo en sentido opuesto a la puerta. Al final, veo la puerta de la cocina y me meto en ella justo cuando oigo el sonido del segundo disparo... el tercero si contamos el que me ha enviado a mí.

Por un segundo nos quedamos mirándonos rodeadas de las bolitas de carne que se han quedado a medias y entonces suena otra detonación.

Cierro la puerta de la cocina y en un ataque de clarividencia miro la nevera y le grito a Rocío.

—¡Ayúdame!

Ella me entiende y suelta de cualquier manera al pequeño que todavía berrea más. Entre las dos arrastramos el electrodoméstico para taponar la puerta y lo empujamos con fuerza.

Un nuevo estallido nos hace coincidir en la decisión de mover el lavavajillas delante de la nevera y, por si acaso, cojo el palo de la escoba y compruebo que es la medida necesaria entre la puerta de aluminio del aparato y la pared.

Justo en ese instante, los ruidos de fuera nos confirman que Juan Roque ha entrado en la casa como un loco llamando a su mujer. En buena hora lo comparé a Jack Nicholson sin darme cuenta que la mente tiene extraños poderes y puede hacer realidad algunas imágenes. ¿Por qué ocurrirá solo con lo horrible?

El loco ha llegado a la puerta de la cocina después de pasearse por toda la casa y notamos que pretende abrirla, aunque al darse cuenta de que no puede empieza a golpearla. En ese instante, recuerdo que me he dejado el móvil para las urgencias sobre la mesa del comedor y también mi móvil personal.

Juan Roque dispara contra la puerta, pero el frigorífico está siendo un buen parapeto. ¿Cuántas balas puede disparar un rifle? No tengo el móvil para buscarlo en internet, pero dudo mucho que sean las cinco de los revólveres del salvaje oeste.

Rocío ya no grita. Esta rezando o algo parecido y su hijo solo lloriquea. Me pregunto cuánto tardarán los vecinos en llamar a la policía, cuánto tardará esta en llegar o cuánto en intervenir buscando el momento oportuno para no poner en peligro la vida de inocentes, es decir, de nosotras.

Miro a mi alrededor, mientras Roque sigue gritando y disparando enfebrecido para intentar mover la puerta. De hambre y de sed no nos moriremos, pero tengo que buscar la manera de salir de allí si el tema se pone más feo.

Me subo al fregadero y empiezo a sacar las láminas de cristal de la ventana, sacándolos del soporte de aluminio que permite moverlos. Están bastantes atascadas como efecto del óxido en los soportes y me tiemblan tanto las manos que una de ellas se me rompe y me hago un buen corte en el antebrazo. Veo mi sangre caer y me pregunto si me dará a tiempo a ver la que salga del agujero de bala que me meta el energúmeno de fuera.

Sigo quitando las láminas hasta que la obertura es suficiente y saco la cabeza, mirando alrededor con la esperanza de encontrar un saliente o cualquier cosa que nos permitiera pensar que podemos salir por allí. Nada. Ni siquiera es una pared de ladrillos.

Miro hacia abajo y descarto la opción de saltar. Es un tercero más entresuelo. Moriríamos.

En la calle se ha agolpado una serie de gente y no parece que pretendan hacer nada más que curiosear. Ni rastro de la policía.

—¡Por favor! ¡Socorro! —empiezo a gritar—. ¡Ayúdenos!

Mis gritos alertan a más de uno que veo cómo me señala.

—¡Policía! —vocifero—. ¡Llamen a la policía!

Algunos han tomado sus móviles y veo que están accionándolos. Me pregunto si no colapsaran las líneas telefónicas.

—¡Señora! —La voz proviene de mi izquierda y cuando giro la cabeza veo a un hombre con cara de susto dos ventanas más allá, pero a mi misma altura—. ¿Está herida?

Tiene la vista clavada en mi brazo que sí, sangra más de la cuenta, pero el riesgo real lo tengo detrás y se llama Juan Roque, maldita sea.

—Llame a la policía, por favor. Dígale que estamos metidas en la cocina y que tiene un rifle.

Asiente con la cabeza y lo veo dudar de si meterse para dentro. Hay que ser prácticos. Mirarnos no me va a servir de nada, así que soy yo la que lo hace y me deslizo hasta el suelo, cada vez más cansada.

Los golpes de la puerta de la cocina siguen siendo aterradores, pero ahora parece que ya no dispara y que lo hace de forma más espaciada. Eso sí, no deja de lanzar insultos repetitivos y amenazas de muerte con una capacidad inventiva y de una crueldad tan descriptiva que sin poderlo evitar noto cómo mis esfínteres flojean y me orino encima.

Lejos de la imagen falsa y romántica que en las novelas se describe, el miedo es eso: orín y heces, aunque por fortuna mis otras necesidades se habían cubierto bien esta misma mañana. Mi propio olor llega a mis fosas nasales y cuando miro hacia abajo veo que se está mezclando con la sangre que sigue saliendo de mi brazo a un ritmo medio de los más de noventa latidos por minuto en los que está sumido mi corazón y no sé si alegrarme de que, en lugar de morir a manos de un psicópata enfurecido lo haga por la pérdida de sangre de un estúpido corte.

Nunca me han gustado las películas de miedo. Creo que la última que vi fue, precisamente, la de *El resplandor* y debía tener máximo nueve o diez años. Ahora estoy viviendo el remake español y no puedo ni gritar, ni llorar, solo sentir cómo mi corazón golpea con fuerza las paredes de mi pecho.

Me acerco a Rocío y la abrazo. Después, me pregunto si, en efecto, voy a morir en esa cocina junto a una mujer que no es mi familia, pero por la que siento una ternura infinita. Su hijo ha quedado también en un estado de shock que lo ha inmovilizado. No debería estar permitido que un niño vea a su propio padre en tal estado de locura. Un padre es alguien que solo debería estar en este mundo para besar y acariciar.

Por fortuna mis hijos jamás serán protagonistas de una experiencia tan traumática como esta. Es cierto que yo he tenido comportamientos horribles y que quizás hice una dejación de funciones aberrante. También que tú te fuiste y te perdiste verlos crecer y sus risas y sus llantos durante diez meses. Pero nada es comparable a esto.

Odio no tener el móvil para poder llamarlos para decirles que los quiero y que me parecen los niños más maravillosos del mundo. Pero, tampoco tengo muy claro que pudiera contener el llanto si oigo sus voces, así que casi es mejor que no pueda hacerlo. Quizás si hubiera un papel y un bolígrafo sí que podría explicarles que, aunque hoy se acabe mi vida y no pueda verlos crecer sé que van a ser unos niños buenos porque los vas a criar tú, Jaime y lo vas a hacer bien. Eres buena persona, no lo dudes. Has tenido deslices, como los he tenido yo, pero solo has intentado respetar a tu corazón y hacerlo de la manera más honesta posible.

No voy a negar que me sigue doliendo saber que te enamoraste de Susana Alcázar o que, quizás, nunca hubieras dejado de quererla durante todo el tiempo que estuvimos casados; pero sé que también me querías a mí. Tienes esa capacidad en tu corazón tanto como la extraña necesidad de sacrificarte por quien amas.

Te echo mucho en falta, muchísimo. Lo hago por las noches y durante el día. Lo hago incluso cuando te tengo delante porque lo que desearía es abrazarte como lo hacíamos antes y sentir tu calor y tu olor. Y me cuesta a horrores retenerme y no lanzarme a tus brazos para que me acojas y me beses con ternura cada vez que te veo.

Pero, no te preocupes. Podría seguir viviendo en este paréntesis en el que se ha convertido mi vida.

Acepto que ya no estemos juntos, que ya no podamos volver a convivir, que no te vea nunca más por las mañanas cuando intentas disimular ese malhumor que se apodera de ti hasta que tu cuerpo nota las partículas de la cafeína; o que no oiga tu respiración acompasada por las noches cuando te duermes en

profundidad mientras que a mí me atrapa el insomnio.

Y no te culpo. Ya no. Fuiste el amor de mi vida. Lo sigues siendo, aunque hayamos firmado un divorcio y nos hablemos con cordialidad. Lo sé porque aquí y ahora, con un loco en la puerta de la cocina disparando su rifle, solo puedo pensar en ti y recordar tus ojos profundos cuando me miraban con amor, para sentir que, al menos, aunque muera, lo habré hecho conociendo qué es amar a alguien.

Sé que, si tu estuvieras aquí conmigo, acariciándome, no me importaría morir en absoluto y no tendría este miedo desgarrador que me está paralizando. Así que dejo caer mis párpados y me dejo embargar por un sueño extraño que me transporta a un lugar donde los golpes desaparecen, los gritos se evaporan, el terror se diluye y solo estás tú, susurrándome palabras dulces que apagan el ulular de unas sirenas de fondo.

Capítulo 37

Abro los ojos y ya no estoy en aquella horrible cocina. Reconozco de inmediato en el color de las paredes, las cortinas del fondo y los aparatos de mi alrededor que estoy en un hospital. No sé cuánto tiempo hace que estoy aquí, ni cómo he llegado, ni por qué no he sido consciente de nada, pero respiro y siento un dolor lacerante en el brazo lo cual es un síntoma evidente de que no estoy muerta.

Me miro el origen del escozor y observo que lo tengo vendado desde el codo hasta la muñeca y recuerdo cuando me corté. Me incorporo un poco y no observo ninguna otra herida en mi cuerpo.

—Vaya, ¿ya está despierta?

Ha aparecido una señora con una bata blanca, un bloc en una mano, un bolígrafo en la otra y un fonendoscopio a modo de collar. Tiene el pelo blanco y la mirada muy azul como la Wendy de Capital Hook. Por sus movimientos seguros, su mirada franca y su expresión serena, creo que es una doctora; pero también podría ser una enfermera porque yo desconozco las jerarquías de un hospital y si llevan batas distintas.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien.

Noto que mi voz ha salido un poco ronca y busco con la mirada un vaso de agua o cualquier líquido que pueda ayudarme. En esos instantes, como si yo misma la hubiera invocado con el pensamiento, entra otra mujer, vestida con

una camisola rosa clarito y llevando un vaso de plástico en la mano que me ofrece.

—Su estado general parece bueno —dice la primera mujer que cada vez tengo más claro que es la médico—. ¿Tiene algún dolor?

—No, no. Bueno, un poco el brazo. Escuece.

—Sí, tenía un buen corte. Perdió mucha sangre. ¿Nada más? ¿Algún síntoma extraño?

—No. —Si descartamos que sigo notando como si mis órganos internos fueran de mantequilla, pero creo que eso sigue siendo miedo, un profundo miedo que se me ha agarrado al estómago—. ¿Y Rocío? ¿Y el niño?

—Ni un solo rasguño, pero están en estado de *shock*. Como usted, claro.

Oírla pronunciar esas palabras actúan en mí como un resorte extraño que me provoca unas ganas terribles de llorar.

—Ha pasado por una experiencia muy traumática. —La oigo decir, pero no la veo porque he cerrado los ojos intentando evitar el torrente de lágrimas—. No se contenga.

No la obedezco. Aprieto la mandíbula con fuerza y me obligo a tragarme el llanto.

—Como quiera —dice Wendy con el mismo tono de resignación con el que le dijo a Peter Pan que era una lástima que no recordase quién era.

—¿Puedo irme a casa? —Lo único que necesito es meterme en mi cama, bajo las sábanas, dejando que el tiempo pase, que lo cure todo, que desaparezca el miedo, que se lo lleven los demonios de los sueños.

—Supongo que sí. Pero tengo que hablar con la policía. Permítame un momento.

Sale del cubículo. No sé qué me van a decir, pero yo aprovecho para incorporarme porque mi intención de irme es férrea. La mala suerte hace que mi presión sanguínea haya decidido lo contrario y el mareo que me envía está a punto de hacerme caer de la camilla, si no fuera porque la enfermera que se había quedado, aunque yo no lo había visto, me ha sujetado y, regañándome,

me obliga a volver a la posición horizontal.

Poco después entra en el inepto capitán de la casa cuartel de La Rozas con el gorro en la mano, seguido de otro guardia civil que también lleva muchas estrellas. Verlos me revuelve el estómago todavía más.

—Señora Salinas, soy el comandante Gutiérrez de la Guardia Civil, ¿cómo se encuentra? —me dice el hombre al que no conozco.

—Quiero irme a mi casa —susurro sin ser capaz de decir nada más.

—Claro, claro. No se preocupe. Voy a disponer de un coche para que la lleve de inmediato.

—No, no... no es necesario. Yo...

—Señora Salinas, le debemos una disculpa.

—Por favor, déjenme. —Me están entrando ganas de llorar otra vez y no quiero hacerlo y menos delante del cínico que dirige el cuartelillo de Las Rozas.

—Lo entendemos, pero sí quería que supiera que hemos tomado medidas para que esto no vuelva a ocurrir nunca más, se lo prometo —lo ha dicho el oficial de mayor graduación mientras que el otro sigue callado.

—Eso díganse a Rocío o a su hijo —contesto sintiendo que el enfado me ayuda a superar el cansancio— y protéjanla cuando tenga que ir a declarar contra ese loco.

Los dos guardias civiles se cruzan la mirada.

—Señora Salinas, el cabo Juan Roque murió. Se disparó un tiro mientras las tenía retenidas. Su mujer y su hijo ya no tienen nada que temer y usted tampoco.

No sé si me siento aliviada por esa noticia. En ese momento vuelve a entrar Wendy y la miro suplicante.

—Quiero irme a casa —imploro.

—Señores, creo que es mejor que marchen y podamos prepararla para el alta.

—De acuerdo. Sigue en pie el ofrecimiento de llevarla en un coche patrulla.

—Creo que tiene suficientes chóferes fuera —responde la doctora—, no se preocupen.

—Tendremos que llamarla para el atestado —insiste el comandante.

—Sí, por favor. Ya habrá tiempo para eso —insiste la médica.

Los ha echado y ha corrido las cortinas. Me mira desde allí y suspira.

—Voy a ver si tu familia ha dejado de pelarse por quién entra —me dice con una sonrisa.

—¿Mi familia? —Pero no me oye y sale.

Tengo que aclararle que no tengo familia, que debe haberse equivocado, que solo mis hijos deben estar en casa y no pueden consolarme porque jamás deben enterarse de lo que ha pasado. Son demasiado pequeños, demasiado inocentes, demasiado buenos...

Respiro hondo y cierro los ojos, cuando los vuelvo a abrir, tu cara lo ocupa todo.

—¿Qué... qué... qué haces aquí?

Abres la boca para responder, pero la cierras enseguida deteniendo el temblor que se ha apoderado de ella. Después pones una mano sobre mi cabeza y empiezas a acariciarme. Tu mirada es intensa y entonces veo cómo las lágrimas caen de tus ojos y profieres un gemido.

Yo no puedo resistirme tampoco y arranco a llorar. Te acercas más y me abrazas incorporándome un poco de manera que mi cara se refugia en tu cuello y ambos nos estamos un buen rato sollozando mientras nos consolamos el uno al otro las pequeñas convulsiones que nuestro llanto está generando.

Cuando conseguimos calmarnos, entra la doctora y te entrega una serie de recetas y te pide que me dejes dormir todo lo que pueda. Los shocks emocionales tienen que digerirse con el sueño. El brazo no requiere más que limpieza y en una semana tengo hora para quitar los cuatro puntos que han puesto más por prevenir que por otra cosa.

Sacas de una mochila que reconozco como propiedad de Berta, ropa mía doblada y limpia. Imagino que has ido a casa a buscarla cuando te habrán

avisado que la que llevaba antes está vergonzosamente sucia. Después, me ayudas a vestirme en un acto que, pese a que me has visto centenares de veces desnuda, me provoca cierto pudor. Será por la vulnerabilidad o la impotencia de no poder hacerlo del todo sola, tal es la debilidad que siento.

La enfermera aparece y te entrega una bolsa de plástico con mi ropa antigua y al verla todavía me hundo más.

—Por favor —te suplico—, tírala.

Sin dudar lo lanzas a una papelera que hay allí mismo y me coges de la cintura para ayudarme a andar. En la sala de espera hay mucha más gente de la que nunca creí imaginar. Está Carmen y Soledad con su marido Jorge y Román, incluso Alberto. Un poco más allá Rey con Aurora, que debe haber salido de la clínica y Rosalina y Paca. José Luis Bosque también está y, en su caso, avanza unos pasos y, apartándote, me abraza. Me dejo hacer sintiendo una emoción ambivalente que va de la comodidad entre sus brazos fuertes y la extrañeza por sentirlos ajenos. Pilar, muy demacrada, aparece en mi campo de visión cuando José Luis se aparta y, tras ella, dos de las voluntarias del centro y la psicóloga del turno de mañanas.

Sin apenas darme cuenta me veo sentada junto a ti en el asiento trasero del coche que conduce José Luis. Tienes un brazo sobre mis hombros y me has obligado a recostarme sobre tu pecho. Yo me dejo hacer. Fuera es de noche, y por la cantidad de tráfico parece muy tarde.

Llegamos a la calle Ruíz de Alarcón y José Luis todavía sube con nosotros en el ascensor. En el rellano es él quien abre la puerta con un juego de llaves que creo que es el mío. Entonces aparecen Gabriela y Sara Sofía con una expresión de preocupación en la cara que me provoca de nuevo un llanto incontrolable y solo se me pasa tras un buen rato de sentirme abrazada por la pareja que no dejan de consolarme con palabras pronunciadas con el meloso acento colombiano.

Cuando me recompongo, vuelves a apoderarte de mí y me llevas hasta mi cama. Me obligas a sentarme y empiezas a desvestirme con mucha ternura.

Vuelvo a sentirme demasiado vulnerable, pero no permites que lo haga sola y acabas poniéndome el camisón.

—¿Papá? ¿Has traído a mamá?

La voz de Berta me parte el alma y vuelvo a notar como las lágrimas ruedan por mi cara. Escucho cierto rumor y, al poco, el cuerpecito tierno de mi hija se acomoda a mi lado. Segundos después noto que es David quien se pone a mi espalda. Acabo girándome y dejando que ambos se me coloquen sobre el pecho de manera que puedo ir besando sus cabezas.

Desapareces un momento y, cuando vuelves de nuevo, llevas a Carlos en brazos medio dormido. Me lo pones encima y yo me los como a besos a los tres, mezclando el momento con una risa frágil y un llanto incontrolable. Nos miras desde el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cierro los ojos y me quedo dormida sin poder evitarlo.

Cuando vuelvo a despertar, un sol radiante entra por la ventana y tú te levantas de inmediato del silloncito en el que estabas ojeando una revista. Oigo, de fondo, las voces de los niños. Te sientas en la cama y pones una de tus manos cálidas sobre mi cara y yo creo desfallecer. Vuelven a asaltarme las ganas de llorar y no puedo evitar que se me escapen algunas de ellas. Me las secas con los dedos.

—Te voy a traer algo de comer —me dices cuando consideras que el llanto ha cesado.

Antes de que aparezcas lo hacen los niños saltando sobre mi cama. Carlos me pone sus manitas sobre la cara y me escruta desde demasiado cerca. Berta lo aparta cuando ve aparecer a su padre con una bandeja. David se empeña en ayudarme a poner el cojín en mi espalda.

Hay tostadas, con mantequilla y mermelada y un zumo de naranja. Me lo bebo de golpe porque descubro que estoy seca, aunque antes de acabarlo te apresuras a pasarme una pastilla que debía figurar entre las prescritas por la doctora. Con el resto de la comida tengo más problemas porque tal y como siento el estómago creo que acabaré vomitando, pero debo ser agradecida y

empiezo a mordisquear uno de los trozos de pan.

—¿Nos vais a explicar qué ha pasado?

Ha sido Berta quien ha hablado y, cuando la miro, veo en su expresión que es una niña con un fuerte carácter. David está a su lado más temeroso, pero también expectante. Carlos se ha bajado de la cama y está jugando con un coche de bomberos.

—Somos pequeños, pero veo que todo el mundo cuchichea y no sé por qué ellos tienen que saber qué ha pasado y nosotros no.

—Luego te lo explico —le contestas.

Berta me mira, frunce el ceño y cruza los brazos sobre su pecho.

—No, mamá —me dice—. ¿Otra vez vas a estar así? ¿Durmiendo y llorando?

Ha dicho “otra vez” y esas dos palabras se me clavan en el pecho haciéndome sentir culpable. En su mentalidad infantil no sabe y no puede distinguir qué está pasando, pero su reproche es sincero y lógico.

—Se acabó, Berta —dices en un tono de voz molesto—. Hay que dejar que mamá duerma.

—Jaime —te digo deteniéndote, pero me invade de nuevo el cansancio y no sé si puedo seguir hablando. Me recuesto sobre los cojines y cierro los ojos un momento.

—¿Os acordáis que os dije que mamá se ocupaba de cuidar a otras mamás a las que algunos hombres les habían hecho daño? —Te oigo decir con voz muy suave, pero prefiero seguir con los ojos cerrados. No sé cuándo les has dado esa versión de mi trabajo y me produce cierta vergüenza saber que, en algún momento, hablasteis de mí sin estar yo—. Pues, ayer, uno de esos hombres apareció cuando estaba mamá cuidando de una señora y su hijo y estuvo a punto de hacerles daño. Mamá fue muy valiente y los protegió y evitó que les pasara nada.

Abro los ojos y veo las caritas de mis hijos intentando asimilar la información que les acaban de dar. Si tuviera fuerzas suficientes les explicaría

que la versión está un tanto exagerada. Que yo no hice nada más que pasar un miedo aterrador y que ni siquiera fui consciente de cómo salimos de allí.

—¿Y fue el hombre malo quien le hizo esto a mamá? —pregunta David y noto su mano sobre mi brazo.

—Se lo hizo, entonces, sí.

—¿Puede venir aquí? —Es Berta con su maravilloso pragmatismo.

—No. No puede. El hombre murió.

—¿Lo mató mamá? —David con los ojos como platos.

—No. Fue él mismo.

—¿Y cómo los protegió? —“*Bien, Berta, no te conformes con una explicación que no encaja*”.

—Se le ocurrió taponar la entrada de donde estaban con una enorme nevera combi y un lavavajillas, ¿a que nunca hubierais podido imaginar que esos aparatos son como escudos protectores? —Te miro y tienes una sonrisa en la cara.

—¿Como el de Violeta Parr?

—Más o menos. —Y tu sonrisa se ha transformado en una risa abierta que se les contagia a los niños—. Estaba tan bien hecho que ni los Geos pudieron entrar y tuvo que hacerlo uno por la ventana.

Ahora me encaja una pieza del puzle que me faltaba. No me veía yo a Rocío, con su cuerpecito minúsculo volviendo a arrastrar aquellos armatostes y yo estuve inconsciente un buen rato.

—¿Lo explicarás el día de las profesiones de mamá? —pregunta Carlos mirándome.

—Ya veremos —contestas por mí y se lo agradezco porque no tengo fuerzas.

—No seas tonto —interviene Berta—, eso será el año que viene y mamá ya no trabajará ahí.

—Berta... —La voz me sale en un susurro, pero sus palabras me han alarmado—. ¿Por qué dices eso?

—Porque ya está. Ya no hace falta más.

No son buenos argumentos y ella lo sabe tanto como yo, pero en sus ojos veo el temor y me entristece que esté preocupada por mí.

—Cariño —oigo que dices—, eso lo decidirá mamá cuando llegue el momento. Vamos a dejarla ahora descansar, ¿de acuerdo?

Se van y yo lo agradezco. Vuelvo a caer en un sueño aplastante.

Capítulo 38

Abro los ojos y veo la mitad de la cama intacta. Ha pasado un año y medio desde que tú ya no duermes ahí y sigo respetando ese lado como si no tuviera derecho a ocuparlo.

Es de día, pero no tengo claro si es el mismo de la última vez que desperté o el calendario ha hecho caer otra hoja. Tal y como siento de entumecidos todos los músculos, podría haber pasado una semana entera.

Siento ganas de ir al lavabo y noto el camisón pegajoso en mi cuerpo por efecto del sudor. La calefacción está alta.

Me levanto y, tras unos segundos en lo que he tenido que esperar que mi cabeza dejara de dar vueltas, voy hacia el cuarto de baño. Hago mis necesidades y tiro de la cadena.

—¿Estás bien? —preguntas desde el otro lado de la puerta.

—Sí, sí. Voy a ducharme.

—¿Tienes toallas?

—Sí.

—¿Te ayudo con el brazo? No se puede mojar.

—No, no —respondo mientras me lo miro recordando el vendaje—. Ya me ocupo yo.

—Bien.

Eso es lo que has dicho, pero te has quedado esperando, imagino que, con la oreja puesta en la puerta, dudando sobre mi verdadero estado. Decido abrir el

grifo del agua caliente para que la normalidad de los sonidos te dé tranquilidad.

Me quito la ropa y la tiro al suelo. Dejo la toalla preparada cerca y entro en el pequeño cubículo al tiempo que descuelgo de la pared la ducha con el brazo vendado para que, de esta forma, sea el que no queda al alcance del agua. Me enjabono con ciertas dificultades porque solo tengo una mano operativa, pero consigo valirme por mi misma y casi que me siento orgullosa cuando minutos más tarde me estoy arreglando el pelo con el secador.

Cojo otra toalla del armario para cubrirme con ella. Hay cierto pudor en salir totalmente desnuda con mi exmarido por la casa. Recojo la ropa sucia del suelo y salgo. Apareces enseguida e intentas ayudarme.

—No, no —respondo—, ya lo hago yo. Gracias.

Noto tu mirada clavada en mi espalda cuando dejo caer la toalla mojada, el camisón y la ropa interior en el cubo junto a la lavadora. No hay ningún sonido más así que imagino que los niños no están. No tengo muy claro cómo debo reaccionar contigo, pero acabo pasando de nuevo por tu lado para ir a mi habitación murmurando un segundo “gracias” que no viene a cuento.

Aunque lo que me apetecería es volverme a meter en la cama me obligo a vestirme. Lo hago con unos tejanos y una camisa sencilla. Abro la ventana para que la habitación se airee y empiezo a hacer la cama. Bueno, la mitad de la cama.

Apareces en la puerta con otra bandeja en tus manos.

—¿No vas a dormir más?

—¿Cuánto tiempo llevo haciéndolo?

—Unas treinta horas.

—¡Dios! No creo que deba.

—La doctora dijo...

—Lo sé, pero no te preocupes, descansaré en el sofá.

Te quito la bandeja de las manos y me voy hacia el salón. Veo que me has preparado una sopa y mi estómago ruge agradeciéndolo. En nada me la he

acabado y también me he tomado, sin preguntar, la pastilla que he visto preparada con el vaso de agua.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos. Necesito evitar la claridad del día. Oigo que estás recogiendo la bandeja y noto cómo me pones una manta fina encima.

Me siento incómoda. No físicamente, claro está, sino por tu presencia. No sé cómo se supone que hemos de comportarnos en esta situación. No sé por qué estás tú y no cualquiera de mis amigas como sería razonable teniendo en cuenta que estamos divorciados.

Cuando vuelvo a abrir los ojos me doy cuenta de que me he quedado dormida. La luz del día ha bajado y tú estás sentado en el otro sofá con un portátil sobre las piernas. Supongo que percibes de alguna manera que me he despertado porque levantas la vista hacia mí y me clavas tus ojos con tal intensidad que yo cierro los míos.

—Me he vuelto a dormir —digo al cabo de unos segundos.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo esta vez?

—Ahora ya llevas treinta y nueve horas.

Me incorporo, me paso la mano por el pelo e intento enderezar mi espalda. Sigue sin oírse ningún ruido.

—¿Y los niños?

—En mi..., en casa de mi madre.

Te miro de hito en hito intentando entender la corrección que has impreso a tus palabras. Pareces avergonzado y vuelves a concentrarte en el ordenador. Me levanto, paso por el baño de nuevo y después voy a la cocina. Veo que sobre los fogones todavía hay una olla y, en su interior, caldo y restos de un cocido. Cuando me diste la sopa hace un rato sabía a gloria, pero no se me ocurrió pensar que habías cocinado.

—¿Te preparo otro plato? —me dices a mi espalda sorprendiéndome porque no te había oído llegar.

—No te preocupes. Me calentaré un poco y me lo tomaré como un consomé.

Sin hacerme mucho caso me quitas el cazo que había cogido y empiezas a llenar un bol. Después lo pones en el microondas. Mientras estás esperando a que se cumpla el tiempo programado, sacas una pastilla, me la pones encima de la mesa y llenas un vaso con agua. Debería estar feliz viendo cómo te desvives por cuidarme, pero hay una voz en mi interior que me está advirtiéndome de que no debo permitirlo, que eso me hará dependiente y que me provocará dolor.

Tomo la caja del medicamento y leo el componente básico de lo que me estoy tomando. Se trata de eszopiclona. Lo conozco porque se lo han recetado en diversas ocasiones a las mujeres del centro. Tiene la característica de adsorberse velozmente una vez entra en el organismo, distribuyéndose de forma uniforme en todo el cuerpo, lo que resulta positivo ya que, relaja todos los músculos, ayudando a que el sueño sea reparador y que el paciente recupere un cien por ciento de energía.

El microondas avisa de que ya está caliente su interior y lo sacas y lo colocas sobre una bandeja. Como me ves sentada en la silla, dudas y al final lo sirves frente a mí con una cuchara y también te sientas. Tomo el tazón y bebo directamente sin auxiliarme con ningún cubierto. Está muy bueno y me deleito con la sensación del calor entrando en mi cuerpo.

Me acercas de nuevo la pastilla.

—No. No me la voy a tomar.

—Pero la doctora dijo...

—Me lo imagino, pero quiero probar yo sola. Creo que podré.

—Como quieras —murmuras desconcertado.

Me acabo el caldo y me levanto para dejarlo en el fregadero. Tú también te pones en pie y volviendo a quitármelo de las manos le echas un poco de agua y lo metes en el lavaplatos.

—¿Quieres ver un rato la televisión? —me propones.

—No. Pero me sentaré en el sofá.

Más que acomodarme me dejo caer y hago reposar mi cabeza en el respaldo cerrando los ojos. Cuando los abro, te veo que te has quedado de pie, con las manos en los bolsillos como si no supieras qué hacer conmigo.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¿Qué hora?

—Las cinco y media.

David tiene entreno de fútbol y Berta alemán. Carlos debe estar merendando. En el centro de acogida es la hora en la que solemos proponer jugar al parchís o a la oca.

—¿Puedes estar tantos días sin ir a trabajar? —te pregunto.

—Puedo adelantar —me respondes señalando el portátil.

—No hace falta que te quedes, Jaime, de verdad. Estoy bien.

—No me importa.

—Ya lo sé y te lo agradezco, pero esto voy a tener que hacerlo sola así que, quizás...

—¿Quieres que me vaya?

—No se trata de lo que quiero, se trata de lo que es.

Haces una mueca que procuras esconder con rapidez, pero que ha sido elocuente. Es como si hubieses recibido una bofetada. Tal vez, debería explicártelo, pero me callo. Me cansa mucho hablar, me siento sin fuerzas; así que vuelvo a cerrar los ojos y noto que me quedo adormecida sin perder del todo la consciencia porque escucho, como muy lejanos, algunos de los sonidos que sé que provienen de ti.

Pasado un rato oigo el sonido que hace el móvil al vibrar. No sé si es el tuyo o el mío, pero recuerdo que estamos en pleno siglo veintiuno y es la era de la comunicación constante. Cuando abro los ojos veo que es mi dispositivo el que está sonando sobre la mesita y sin que tú le hagas ningún caso, aunque estás extrañamente inmóvil sentado en el sofá de al lado al mío y mirando por la ventana.

Me incorporo y mi movimiento te saca de tu ensimismamiento. Tomo el aparato y veo que el chivato de WhatsApp anuncia treinta y tres mensajes. También hay siete llamadas perdidas. Por el día y la hora me doy cuenta de que las cuatro primeras son de cuando estaba encerrada en la casa de acogida con un loco disparando. Las otras tres son posteriores. Una de Lucía y dos de Rosalina, aunque la última de estas es de hace más de quince horas.

Abro la aplicación de mensajería instantánea y leo los diversos mensajes que, tanto por privado como en el grupo, me han enviado mis amigas pidiéndome que, en cuanto me sienta con fuerzas, les dé señales de vida y vendrán a verme. También hay un mensaje de Benavides, otro de Rey e incluso uno de Montse, pero el que más me sorprende es el de Luis Correa: *“Has salido en las noticias. Espero que estés bien. Lo siento mucho. Todo. En el grupo también estamos muy preocupados por ti. Dinos algo”*.

—Las chicas quieren venir a verme —digo en voz alta.

—Lo sé. Tu amiga Rosalina me tiene machacado a llamadas —me respondes.

—Ella es así. —Sonrío—. Voy a contestar. Les diré que se pasen en un rato, si les va bien.

No dices nada, pero te levantas y, con las manos en los bolsillos, te quedas de pie frente a la ventana. Me sorprendo a mí misma admirando tu espalda y tu trasero perfecto hasta que, con un movimiento de cabeza, me quito ese pensamiento de la cabeza.

Aprovecho entonces para enviar los distintos mensajes, incluyendo a Luis. *“Todo bien. Gracias por preguntar. Díselo a los demás. Está todo olvidado. No te preocupes”*. Segundos más tarde de enviarlo me ha incorporado al grupo que se llama “Alumnos del CEIP Reina María” y que tiene una foto de la mayoría de ellos en lo que parece fue una cena. Me van llegando mensajes de bienvenida y ánimos. Estoy tentada a salirme, pero opto por ser socialmente correcta y envío un emoticono que espero sirva de saludo general.

Haber regresado a las redes sociales somete a mi dispositivo a una continua

actividad y cinco minutos después de haberlo iniciado, lo suelto sobre la mesa arrepintiéndome mil veces. Creo que me he precipitado y que hubiera sido mejor quedarse en esta especie de paréntesis raro en el que estoy.

—¿Cuándo vienen? —Te has girado y me estás mirando.

—En una hora —respondo.

Vas hacia el portátil y tras mirar un par de cosas, lo cierras y lo guardas en un pequeño maletín. Después miras a tu alrededor y veo que coges la cartera y la guardas en la chaqueta. Todos tus movimientos delatan que te vas.

—¿Podrás traerme a los niños?

—¿Esta noche?

Asiento, pero una duda fugaz atraviesa mi pensamiento. No tengo muy claro si de verdad seré capaz de volver a la absoluta normalidad. No he controlado bien mis períodos de sueño y si Carlos se despertara...

—Un rato... a dormir no... si no te importa. No sé yo si...

—De acuerdo.

Te pones la chaqueta, coges el portátil y me miras.

—¿Estarás bien?

—Sí, claro —respondo con una sonrisa.

—Quizás te los traiga mi madre. También ella quería verte.

—De acuerdo. —Y me guardo la decepción que supone que no sea tú quien lo haga.

Te vas y cuando oigo el chasquido de la puerta, sin poder evitarlo empiezan a caer unos grandes lagrimones desde mis ojos que mojan toda mi cara. Quiero acabar con esto. No soporto seguir estando triste. No puedo aguantar más esta sensación de pérdida. ¿Es que no desaparecerá nunca? Si está asumido, maldita sea. ¿Por qué sigo sintiendo este vacío?

Capítulo 39

Abro los ojos y veo la luz de la luna entrando en mi habitación. Me incorporo un poco y gracias al móvil veo que son las tres y doce minutos. Sigue habiendo mensajes por leer, pero ya me metí en la cama dando por supuesto que no podía cumplir con la exigencia de mantenerlo todo atendido.

Los ojeo. Mamás y papás del colegio de los que ni siquiera podía sospechar que tuvieran mi número de teléfono, antiguos compañeros de CEEH, SA, Pilar y varias de las colegas del centro, la insistente Rosalina por privado y varios en el grupo, Rey enviándome un fragmento de un poema de Rubén Darío que, parece que hace una eternidad, comentamos que nos gustaba porque nos parecía un optimista canto a la vida. *“Y cuando la montaña de la vida / nos sea dura y larga y alta y llena de abismos / amar la inmensidad que es de amor encendida / ¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!”*.

Rocío me ha enviado un mensaje de voz en el que me dice que soy la mejor amiga que nunca hubiera imaginado tener y me confiesa que está embarazada. *“Si es niña le pondré Silvia”*. Ni se plantea abortar pese a que su situación es precaria y hay muchas posibilidades de que sea fruto de la noche que acabó con su brazo roto.

Esa mujer es incombustible. No debe haber tenido ni la mitad de los mimos y cuidados que yo he recibido y, pese a ello, ha sido capaz de superar la experiencia terrorífica y ser la primera en contactar conmigo.

Tengo ganas de verla y abrazarla. Cuando he hablado por teléfono con Pilar,

le he dicho que el lunes quiero incorporarme al trabajo. Lo necesito y ni me lo ha discutido. Ella también ha empezado a ir a horas, pese a que sigue bajo el tratamiento contra el cáncer y que dos días a la semana se los pasa vomitando.

Lucía también empieza la semana que viene. Se ha traído a Raquel a Madrid y ha contratado a la hija de Paca, que está otra vez sin trabajo, para que la cuide porque sigue muy delicada. Aurora reingresa en la clínica, pero su chico le ha prometido que irá a verla los fines de semana. Paca está vendiendo sus vestidos como rosquillas. Rosalina se está planteando montar una consultoría de recursos humanos con Rey como socio.

Me lo han explicado esta tarde mientras comíamos pastas pasiegas que ha traído Lucía de Santander y me han hecho olvidar durante un buen rato, todo lo que me había ocurrido.

Cuando llevábamos un rato, han llegado los niños de la mano de Carmen y, pese a que ella, al ver que tenía visita, ha hecho ademán de marcharse, la he obligado a quedarse y ha acabado riéndose con todas las demás cuando Paca ha explicado la anécdota de una clienta que se había empeñado en comprarse una talla de menos y ha acabado rompiendo todas las costuras. Ver a Carmen y a Paca en el mismo espacio juntas es hasta impactante, pero curiosamente, parecen haberse caído bien.

Los niños han estado también con nosotras porque, al principio parecían tener una necesidad enfermiza de tocarme y tenerme bien pegada a ellos. Lejos de incomodarme, me ha parecido horrible no tener seis brazos con los que atenderlos y, en algún momento, mientras tenía a Berta en una de mis piernas y a David en la otra, Carlos se estaba encaramando por mi espalda. Al cabo de poco, sin embargo, David y Carlos han empezado a jugar con la tableta y solo se ha quedado Berta que me ha susurrado al oído que le encantan los grupos de chicas y me ha hecho reír.

Pasadas un par de horas, han aparecido Sara Sofía y Gabriela que estaban preocupadas porque Carmen había dicho que volvía en breve. Las hemos hecho entrar y, como se habían acabado las pastas, hemos sacado unos

polvorones que todavía quedaban de Navidad.

Sobre las nueve han empezado a irse y yo lo he agradecido porque ya me sentía muy cansada y he declinado la oferta de Carmen, Gabriela y Rosalina de quedarse a dormir conmigo. A Berta le ha costado más comprenderlo porque, legítimamente, consideraba que estaba en su casa.

He optado por decirle la verdad, sin recordar que solo tiene nueve años, pero reconociéndola como un ser inteligente y capaz de entenderme.

—Berta, te prometo que mañana o pasado, como mucho, lo voy a intentar. Pero no sé si tengo fuerzas suficientes para ser la adulta del grupo y por mucho que tú seas muy responsable, Carlos es demasiado pequeño y tú no lo suficientemente mayor. No quiero que ocurra como hace unos meses. No fue justo para ti. Tengo que estar entera. Dame solo dos días más.

—No me importó.

—Mentirosilla —he replicado—. ¿Te tengo que recordar cómo estabas de enfadada? Y con razón, eso no te lo niego.

—¿Y si se queda papá?

—Papá ya no vive aquí, cariño —dije después de tragar saliva con dificultad—. Sabes que estamos divorciados

Al final, se ha ido dándome un beso y deseándome felices sueños.

Yo me he metido en la cama y he caído en un sueño profundo de forma casi inmediata, pero era demasiado pronto y llevo dormitando como un lirón casi dos días enteros, así que seis horas después estoy aquí, despierta como si fueran las once de la mañana y mirando la luna llena.

No soy consciente de haber soñado con lo que ocurrió, pero imagino que poco a poco irá disolviéndose en el recuerdo. Lo peor de haber pasado una cosa así es la sensación de vulnerabilidad que te queda. El miedo es paralizante y destructivo de tu autoestima con más fuerza que cualquier otra cosa en el mundo. Por eso, necesito volver al trabajo y por eso necesitaba quedarme sola y saberme independiente y autónoma.

El problema es que, más allá de demostrarme que puedo ser autosuficiente

para cocinarme un plato de sopa, como he hecho, recoger las sobras de la merienda a base de dulces, prepararme la cama o vaciar el lavavajillas; no sé si es prueba de nada el que te eche tanto en falta y que no pueda evitar recordar que, cuando creía que iba a morir, solo tenía una cosa en mente: a ti.

Aceptar que nuestro matrimonio se ha disuelto es una cosa, dejar de quererte, otra. Haberte tenido pendiente de todas mis necesidades, aunque no he sido consciente más que a ratos, no ha ayudado demasiado. Deberías ser peor hombre y peor persona. Así podría odiarte.

Quizás, lo mejor que podría pasarme es que sí estuvieras con Susana Alcázar o con cualquier otra mujer que te hiciera feliz. Eso me obligaría a distanciarme y casi que, con toda seguridad, tú también lo harías para no ofender a tu nueva mujer con demasiadas deferencias hacia tu ex.

Pero en lugar de eso has estado rondando mi casa y te vi llorar por lo que podría haberme pasado, lo que pone en evidencia que el amor que nos habíamos tenido no ha podido desaparecer todo de un plumazo.

Me levanto y voy al salón. Recuerdo cuando te he visto mirando por la ventana y han acudido a mi mente deseos ocultos. Abro la ventana y salgo al balcón. El frío me hará bien para bajar la velocidad a la que está yendo mi pensamiento. Por más que haya tenido relaciones sexuales con otros hombres y que Rey, con su capacidad innata, haya estado entre ellos, no hay nada como hacerlo con el hombre al que amas. Eso voy a tardar en volverlo a sentir si es que puedo volver a enamorarme.

Me recorre un escalofrío y vuelvo al interior cerrando la ventana de nuevo. Me siento en el sofá y me cubro con la manta. Pienso en las pastillas para dormir, pero descarto la idea. Al final, acabo cogiendo el móvil y te busco entre los contactos de WhatsApp.

El último mensaje nos los enviamos hace siete días y fue porque había olvidado poner una muda de recambio en la bolsa de Carlos y te pedía que la añadieras tú.

Me fijo en la imagen y veo que la has cambiado, aunque no logro

reconocerla. Siempre has tenido un perfil muy profesional porque es también herramienta de trabajo y no has querido que nadie se entrometiera en tu vida personal.

Entro para hacerla más grande y veo que es una foto que nos hiciste hace dos años en el parque del Retiro. Carlos es un bebé que está en mis brazos y Berta y David me están besando cada uno en una mejilla. Esto no tiene nada de profesional y además es confuso y ambiguo, me digo.

Entonces me doy cuenta de que estás “en línea” y me quedo algo sorprendida por las horas que son. Dos segundos más tarde el estado cambia a “Jaime está escribiendo...”.

Suelto el móvil como si me quemara o como si tenerlo en la mano supusiera que puedes verme o leer mis pensamientos. El corazón se me ha disparado. La pantalla sigue encendida y la aplicación sigue informándome de tu actividad.

Sin motivo aparente pasa a “en línea” y después de nuevo a “Jaime está escribiendo”, en lo que interpreto como una broma pesada que me está gastando Mark Zuckerberg en persona y, al cabo de un minuto, gracias al bloqueo automático, la pantalla se apaga.

Me quedo respirando hondo con la mirada fija en el fondo negro y me digo que es mejor así, que podré regresar a mi cotidianeidad. Esa que tengo controlada hace escasamente unos meses si no fuera por algún loco con rifle aparecido como un espontáneo.

Sin embargo, cuando consigo que mi respiración haya llegado al valor medio de quince ciclos por minuto, lo que supone una duración de unos cuatro segundos distribuida en uno como cinco segundos por inspiración y dos como cinco en la espiración, la pantalla vuelve a encenderse y leo con absoluta claridad tu mensaje.

—¿Estás despierta?

Dos palabras y parecía que estabas escribiendo la vida entera.

Me mantengo unos momentos firme sin lanzarme al móvil para contestar, pero enseguida sé que es una batalla perdida, que la punta de mis dedos está

sintiendo un cosquilleo y que no va a parar hasta que no te responda.

—Sí.

Montse, la eterna adolescente, diría que esa no es manera de responder a un WhatsApp. Que es desconsiderado, descortés y borde.

—¿No puedes dormir?

—No.

—¿Quieres que te haga un Cola Cao?

—Sí.

—Voy.

Empiezo a contar despacio uno, dos, tres, cuatro... igual que cuando hacía de pequeña al ver la luz de un relámpago y contaba hasta que llegaba el sonido del trueno y así poder saber a qué distancia estaba o si venía o se iba.

Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho... y suena el timbre de la puerta.

No es el interfono, es el del piso. Tu no vas a la velocidad del sonido y aunque la casa de tus padres está escasamente a doscientos metros, me asaltan las dudas.

Decido mirar por la mirilla, pero cuando estoy cerca oigo las llaves introducirse en la cerradura y la puerta se abre. Apareces jadeante como si hubieras corrido una maratón. Todo mi cuerpo se ha activado al verte y el deseo más libidinoso se ha apoderado de mí. Así que cuando das un paso al frente y me pasas un brazo por la cintura yo no tardo ni un segundo en subirme de un salto a la tuya y comerte la boca como si tuviera hambre de días.

Noto tus manos pasearse por mi cuerpo de forma brusca y precipitada. No se pueden estar quietas y yo sigo besándote como si me fuera la vida en ello. Das un par de pasos conmigo a horcajadas, pero no estamos en las películas y no es tan fácil si no te dejo ver, pese a no haber perdido la forma física que me hace sentirme como una pluma sobre ti.

Me deslizo para volver a tocar los pies en el suelo y al hacerlo noto tu erección y sin darme cuenta lanzo un gemido. Me coges la cara con las dos manos y detienes mis besos para mirarme. Nuestras respiraciones están

agitadas y se mezclan porque la distancia es mínima.

Te cojo de una muñeca y tiro de ti hacia la habitación. Cuando llegamos me dejo caer de espaldas y te arrastro conmigo. Cuando te vuelvo a tener cerca tiro del jersey que llevas hacia arriba y mientras tú te lo acabas de sacar por la cabeza, desabrocho los minúsculos y difícilísimos botones de la camisa. En el tercero, tú decides que ya no es necesario más y también te la quitas por arriba. Veo tu pecho desnudo y me lanzo a besarlo subiendo mis piernas por tu espalda y empujo con los talones tu trasero para que tu pene presione el mismo centro de mi feminidad.

Me acaricias la cabeza en un movimiento que me resulta altamente excitante, hasta que te das la vuelta sobre la cama y me colocas sobre ti. Aprovechas la posición para levantarme el camisón y aunque tu intención es quitármelo por arriba se traba a la altura de mis hombros por lo que tengo que ser yo quien te ayude. Eso hace que mis pechos se bamboleen a la altura de tu cara y no pierdes ocasión para chupármelos como sabes que me vuelve loca.

Vuelves a moverte hasta colocarme debajo y con precipitación adolescente te desabrochas el pantalón con una mano y luego me bajas las bragas que acabo yo de quitarme con un movimiento de mis piernas.

Estoy húmeda y dispuesta, sin embargo, desplazas tu mano como recordando que los preliminares son importantes. No sabes que llevo un año y medio esperando esto. Pongo una mano tras tu nuca y te obligo a besarme jugando con tu lengua y mordisqueando tu labio inferior. A veces, un buen beso es mejor detonante que la fricción sobre mi clítoris, pero percibir ambas cosas como estoy experimentando ahora, me lleva sin esperármelo a un orgasmo.

Acallas mis gemidos volviéndome a besar y en algún momento creo que no voy a poder respirar. No me importa. Moriría aquí en este instante.

Entonces noto como me penetras y te veo cerrar los ojos y abrir la boca. Estoy tan hipersensibilizada por el orgasmo anterior que vuelvo a notar la urgencia de uno nuevo cuando tan solo llevas cuatro o cinco embestidas. Pienso en si tengo alguna posibilidad de contenerlo, pero dos movimientos

más y vuelvo a gritar sin remisión.

Estoy laxa y casi sin fuerzas cuando eres tú el que llegas al clímax y otra vez me sorprenden unas lágrimas que escapan de tus ojos.

Capítulo 40

Abro los ojos y te veo con un Cola Cao en la mano. Estás totalmente desnudo y la escena es impactante. Me echo a reír y me siento para tomármelo. Tú te acuestas a mi lado y me miras. Cuando acabo dejo el vaso vacío en la mesita y me deslizo por la cama hasta llegar a tu altura.

Paseas tus dedos por la curva de mis senos con mucho cuidado, como si temieras romperme. Mis pezones reaccionan de inmediato.

Está amaneciendo y hemos hecho el amor dos veces. Entre acto y acto apenas hemos hablado, solo nos hemos acariciado y besado. También nos hemos adormilado y cuando desperté me costó reconocer en la increíble sensación de bienestar que me embargó, el olor de tu cuerpo.

Ahora noto que quieres iniciar una conversación, pero no sabes cómo y yo no tengo muy claro que eso sea lo que debamos hacer. Preferiría que no hubiera nada que pudiera romper el momento o que me acabe despertando de lo que quizás sea un sueño.

Tu nariz se mueve. Sigues con la vista fija en mis pechos y empiezo a pensar que es una manera de evitar mirarme a los ojos. Mi corazón se dispara. Tengo miedo.

—¿Tienes que irte? —te pregunto en un impulso de valentía del que me arrepiento en el minuto siguiente.

Te quedas muy quieto y aguantas la respiración un momento para expirar después en profundidad. Levantas la vista.

—¿Quieres que me vaya?

La pregunta me devuelve la pelota y elude la respuesta, pero por un momento la considero de forma seria. Si te digo que sí, miento. Si te digo que no, me veo abocada a una vida en la que voy a temer siempre que me abandonen.

—No lo sé —contesto con sinceridad.

Cierras los ojos con lentitud y después vuelves a abrirlos. Sé que te ha dolido mi respuesta, pero no podía darte otra.

—Haré lo que tú me pidas —dices con resignación.

Nos quedamos unos instantes mirándonos.

—¿Por qué tengo que ser yo la que lo pida?

—Porque yo perdí ese derecho hace un año y medio. —Y en el último momento la voz se te quiebra y te veo apretar la mandíbula.

Me giro quedando boca arriba y miro al techo. No sé si me gusta esto. No quiero tener esa responsabilidad. Es mucho más fácil si puedes culpabilizar a otros.

—Cuando estaba en aquella cocina —empiezo a hablar—, pensé en ti. Había conseguido no hacerlo en los últimos meses y me sentía orgullosa de eso. Pero allí, con Jack Nicholson pegando berridos, volviste a aparecer en mi cabeza y supe que, en realidad, nunca te habías ido. Quizás es que tengo alguna malformación extraña que ha provocado que te instales en mi cerebro y ya no pueda sacarte. Pase lo que pase. Hagas lo que hagas. Eso es así. No puedo cambiarlo. Por eso no estoy tan segura si lo nuestro fue real o si solo fue algo circunstancial cimentado sobre la base de una mente calenturienta como la mía y tu necesidad de tener una vida normal. No puedo dejar de pensar que si... que si... si ella hubiera sido alguien equilibrado, tú estarías ahora con ella.

Nos quedamos en silencio. Yo sigo con la vista fija en el techo porque no me atrevo a mirarte, pero noto por el rabillo del ojo que tú no has dejado de hacerlo.

—Dime una cosa —dices con voz profunda—. ¿Cuál es mi sobrenombre?

—¿Cómo?

—¿A qué personaje de tu imaginación me has encajado?

Me paro a pensar un segundo. No. No logro recordar que nunca te haya relacionado con nadie. Te miro para darte la respuesta y veo una sonrisa en tus labios que me comería ahora mismo.

—Sabes por qué, ¿no?

—No.

—Porque yo siempre he sido tu realidad. No hay nada más real que lo nuestro, Silvia. Nada. Fui un imbécil enviándolo todo a la mierda. Pero no dudes que es auténtico y verdadero. Yo no dejé a Susana porque estuviera enferma. La dejé cuando me recuperé del trastorno inmaduro y adolescente en el que caí como un idiota. Lo de su desequilibrio se hizo evidente después.

—El enamoramiento tiene esas cosas —replico—, te lleva de nuevo a la juventud...

—No fue amor, Silvia. Fue un disparate producido por mi orgullo de machito malherido. Amor es lo que siento por ti cuando te miro y sé que daría mi vida entera por volver el tiempo atrás y no haberte hecho daño. Nunca jamás me lo perdonaré, ni aunque lo hagas tú en el futuro.

—¿Y si me vuelves a hacer daño? —Mis labios han temblado al decirlo y he vuelto a retirar la vista de ti.

Esperas unos segundos antes de responder.

—Por desgracia no puedo prometerte que no lo haré. Ojalá fuera capaz de predecir el futuro. Ahora mismo juraría que si vuelvo a hacerlo no me importará que me caiga un rayo y me parta en dos. Pero eso solo sería una frase de novela. Lo que sí puedo decirte es que hoy, ahora, en este instante, te quiero tanto y con tal intensidad, que haré lo que tú quieras, sea lo que sea y aceptaré tu decisión porque mi sumisión es lo único que puedo ofrecerte.

El corazón me late con una fuerza inusual y lo noto en mi pecho. Quiero abrazarte y decirte que te quedes conmigo, pero estoy aterrorizada.

—Tengo miedo te confieso volviéndote a mirar.

—¿Lo tienes de volver a trabajar?

—Sí.

—¿Y por qué volverás?

—Porque es lo que quiero. Porque que es lo que me hace feliz.

—¿Y a mí...? ¿Me quieres?

—Más que a nada.

Te acercas despacio y me besas en los labios, humedeciéndolos con mucha lentitud y pones todo mi cuerpo a cien en una milésima de segundo.

—Si supiera por un momento que alejándome de ti podrías ser más feliz, lo haría. Te lo prometo, porque lo único que me importa ahora es eso y lo que me parte el alma es haberte hecho daño. Voy a vivir siempre con esa angustia. Quizás fue ser consciente de eso lo que me acobardó tanto cuando te vi en Río y en lugar de ponerme de rodillas ante ti y pedirte perdón, todavía fui más...

Un sollozo interrumpe tu charla y me quedo muy parada sin saber qué hacer porque tu imagen de hombre seguro y dominante se hace añicos. Sin embargo, eso no me desagrada, solo me coloca ante un hombre distinto, quizás más completo, más acorde a mí.

—Ssshhhh —te susurro al oído mientras te abrazo.

—Silvia, yo también estoy asustado. Lo estoy. De que no puedas volver a quererme, de volver a hacerte daño, de que no podamos superar esto, de no estar a tu altura... Compartíamos tantas cosas, maldita sea. Eras mi ancla, quien me hacía reír, mi mejor amiga... No puedo volver el tiempo atrás y no sé cómo acelerarlo hacia adelante para saber si conseguirás mirarme sin ver... ¡Dios! ¡Joder! Es que no puedo siquiera mirarte sin morirme de vergüenza.

No sé qué decir a eso. Tienes razón. No sabemos qué ocurrirá. A lo mejor somos incapaces de recomponer los trozos o lo hacemos mal y en unos años se resquebraja todo de nuevo. Tu llanto se une al mío y acabamos besándonos con una mezcla de concupiscencia y sensiblería que se sigue de tocamientos torpes y desordenados.

—Una cosa... —Te detienes con mis palabras y veo que tus ojos siguen

brillantes, pero ya has dejado de llorar—. Yo... yo... yo no quiero explicarte qué he hecho este tiempo. Sé que sabes algunas cosas y que tal vez imagines otras, pero no quiero... no quiero...

—No me digas nada. No lo necesito.

—Nunca.

—Nunca.

—Pero quizás yo sí quiera saber de ti.

—Y yo te lo contaré. Cuando me lo pidas. Cuando creas que quieres saberlo. Si lo necesitas ahora...

—No, ahora no.

—Lo que tú mandes.

—No me siento orgullosa.

—Silvia, no me importa. De verdad. Nada. Solo tiene importancia lo que hay entre tú y yo. Todo lo demás está fuera y no tiene valor. Ninguno.

Me arrastras hasta tu pecho y haces que me recueste sobre ti. Oigo tu latir mucho más acompasado que el mío y empieza a invadirme un sopor suave, pero tu mano empieza a jugar con mi pezón y todas mis terminaciones nerviosas vuelven a activarse. Levanto la cabeza y veo en la expresión de tu cara una petición.

—¿Otra vez? —pregunto sonriendo.

—No sé —me dices cogiéndome la mano y llevándomela hasta tu erección—. ¿Tú qué crees?

—Antes... ¿me harás un favor?

—El que quieras.

—No te vuelvas a peinar hacia atrás.

Tu cara de asombro me provoca una risa nerviosa. ¿Cómo se puede estar llorando desconsolado y al segundo siguiente tener tantas ganas de reír?

—Me acabas de hacer trizas la autoestima —me dices conteniendo también la sonrisa—. Benavides se peina así y a ti parecía hacerte tilín.

—A mí solo me hace tilín otra cosa.

Y aprieto mi mano sobre tu pene y tú cierras los ojos y se te escapa una especie de gruñido.

—Cántame la canción —te susurro.

—¿Cuál?

—La de Fonsi.

Sonríes y balbuceando porque el deseo no te deja pensar con claridad, empiezas a cantar:

—Yo, yo no me doy por vencido / Yo quiero un mundo contigo / Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro / Una señal del destino / No me canso, no me rindo, no me doy por vencido.

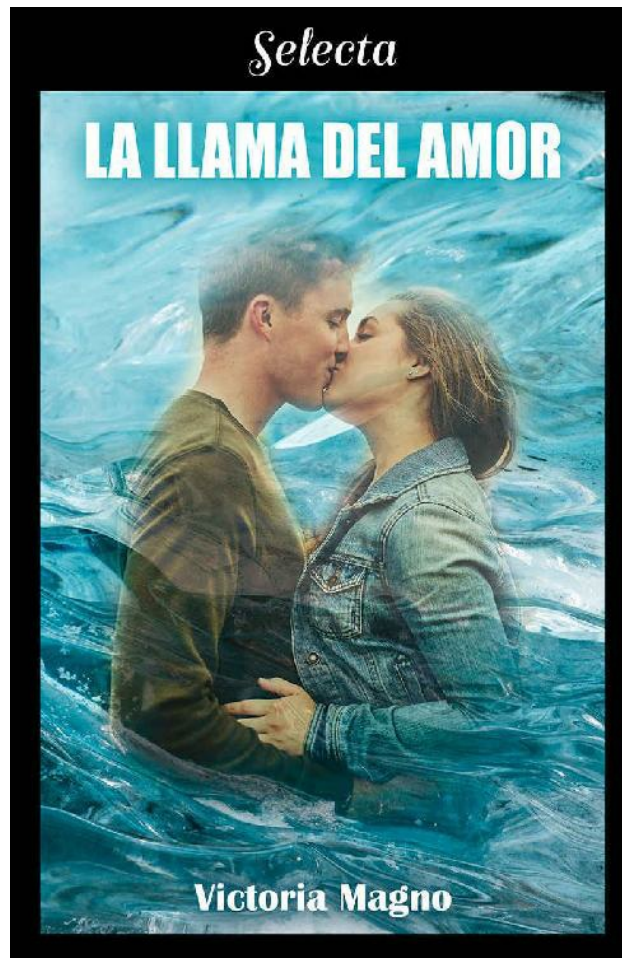
Si te ha gustado

Un mundo sin ti

te recomendamos comenzar a leer

La llama del amor

de *Victoria Magno*



Capítulo 1

Lay corrió al patio y tomó una honda bocanada de aire. Había ayudado a su madre en tantas ocasiones anteriores que creía conocer de memoria cualquier maniobra para traer a los niños al mundo. Su madre era la mejor curandera de los alrededores y la mujer más fuerte que conocía. Ella no se intimidaba con nada, su madre observaba con un rostro de impassible sabiduría cualquier emergencia, desde un niño abriendo las carnes íntimas de una mujer hasta la peor herida supurante y maloliente.

Pero Lay estaba muy lejos de poseer tal temple. Sí, podía curar heridas, siempre y cuando no fueran graves como las que tenían extremos de huesos emergiendo de la piel o gusanos comiéndose la carne... Con esos casos se le hacía difícil conseguir controlar el impulso de desmayarse. Era mucho mejor en la preparación de los vendajes y mezclando los ingredientes para las medicinas que su madre utilizaba. Los partos no eran gran cosa; una enorme cantidad de sangre, líquidos mezcla de varios orígenes y de vez en cuando contenidos intestinales derramados sobre la mesa en medio de muchos gritos, antes de un final feliz.

No obstante, cuando se trataba de casos personales como era aquel, con Nehiri, su mejor amiga dando a luz a su primer hijo, sencillamente sentía náuseas.

Había escapado de la habitación que de pronto se había vuelto extremadamente pequeña, antes de terminar vomitando sobre los instrumentos esterilizados de su madre.

—Lay, estás verde. —Atta, la hermana menor de Nehiri, se acercó a ella. Por su rostro, era claro que había estado aguardando afuera de la cabaña en espera de noticias—. ¿Está bien Nehiri? ¿Ya nació el bebé?

—¡Vamos, pequeña, tú puedes! —El grito de Feoni se escuchó desde el

interior de la cabaña. Lay se sintió orgullosa de esa fuerte mujer, no solo era la jefa de la aldea, sino también la madre de las cinco chicas que ahora eran sus más cercanas amigas—. ¡Da un empujón fuerte y saca a ese niño de tus entrañas de una buena vez!

El mareo volvió con más fuerza y Lay debió sostenerse del muro de piedra a su lado.

—Mujer, estás verde, verde... —Atta puso una mano en su frente—. No es que haya otro tipo de verde, pero nunca te había visto tan... verde. —Sonrió, divertida, cuando Lay alzó la vista y le dedicó una mirada airada—. ¿No te sientes bien en absoluto, verdad?

—Creo que no... —contestó Lay, inspirando una honda bocanada de aire.

—Por todos los cielos, ¿tan horrible es? —preguntó Lira, otra de las hermanas menores de Nehiri.

—Por supuesto que sí, ¿no lo estás escuchando, Lira? Es como una cámara de tortura. —Rina, un año menor que Nehiri, y próxima a casarse, estaba tan pálida que parecía a punto de desmayarse—. Yo nunca tendré hijos. ¡Nunca!

—Por supuesto que los tendrás, es horrible cuando ocurre, por supuesto, pero después se te olvida y la alegría de tener a tu hijo entre tus brazos compensa cualquier sufrimiento. De otro modo, mamá no nos habría tenido a todas nosotras. —Mandy, hermana mayor de Nehiri y las otras chicas, y voz de la razón, tomó la palabra—. Y mamá no crio a hijas cobardes...

—¡Voy a matarte por hacerme esto, Welor maldito bastardo! —Se escuchó el grito de Nehiri desde el interior de la cabaña.

Las cinco chicas volvieron las cabezas a la vez y fijaron las miradas sobre el nervioso hombre de pie a unos metros de ellas, tan pálido como Rina. Al escuchar las palabras de su esposa palideció aún más, al tiempo que sus ojos se abrían con miedo.

—Tranquilo, Welor, es la... intensidad del momento el que habla en la boca de mi hermana. —Mandy buscó las palabras correctas para dirigirle a su cuñado—. Una vez que tengas a tu hijo en tus brazos, sabrás que todo valió la

pena. Muy pronto estarás buscando el segundo. —Sonrió, encantadora.

Welor asintió, aunque todavía lucía bastante nervioso.

—Yo creo que antes de tener un segundo hijo, Nehiri le corta...

—¡Lira, no termines esa frase! —Mandy hizo callar a su hermana—. Si no tienes nada bueno que decir, mejor cierra la boca.

—Qué bien, Leoneth ha ido a hablar con Welor. —Atta observaba fijamente a los hombres reunidos a escasa distancia de ellas—. Espero que tu marido sepa apaciguar sus ánimos, Mandy. O al menos hacerlo reír un poco con alguna anécdota positiva sobre ser padre.

Lay observó al esposo de Mandy acercarse al próximo nuevo padre, aunque dudaba que sirviera de mucha ayuda para calmar al pobre hombre. Leo, como solía llamarlo, lucía tan nervioso como su amigo, sus pasos eran más similares a los de un pato surcando un vado enlodado que a los del gallardo leñador que ella conocía.

—Ojalá le cuente una anécdota agradable sobre ser padre —comentó Lay, notando que las manos de Welor, el marido de Nehiri, temblaban cuando sostuvo su pipa frente a Leo para que él la encendiera con una cerilla, provocando que por poco le prendiera el bigote y la barba.

—Sí, como aquella ocasión en que los pañales de Nico se derramaron sobre las piernas de Leo, cuando él lo sentó en su regazo, y el pobre hombre quedó lleno de mierda...

—Lira, basta ya. —La hizo callar su hermana mayor—. Estoy segura de que Leo sabrá animar a Welor. Ahora son hermanos, después de todo —Mandy habló con una sonrisa de orgullo en su rostro al observar a su marido, llevando en brazos a su pequeño hijo, Nico.

Lay observó la escena con ternura en la mirada. Pero su sonrisa se borró de su rostro cuando un tercer hombre se acercó al grupo. Crozog.

Él parecía no haber notado su presencia, porque se aproximó al grupo de mujeres con una sonrisa alegre en los labios, y cuando sus ojos se toparon con los de Lay, se dio la media vuelta y cambió de dirección para dirigirse al

grupo de hombres a unos metros de ellas.

—Ese tipo me cae tan bien como un conjunto de tripas de gato todavía rellenas de su contenido —comentó Lira, posando una mano sobre el brazo de Lay—. No te perdiste nada, Lay. Es mejor estar sola que con escoria como él.

—Aún no entiendo cómo pudo ser tan grosero contigo. Eres una chica tan amable —comentó Mandy, frunciendo el ceño.

—No es importante... Creo que debo volver a entrar a la cabaña —dijo Lay, mirando a las hermanas con una sonrisa fingida—. Mamá debe necesitarme.

—Cariño, eres demasiado tímida y los hombres comunes no saben apreciar la belleza interna de una mujer a la primera impresión. Pero los verdaderos hombres, aquellos que valen la pena, saben reconocer a una joya entre los granos de arroz. Y tú eres una joya, Lay. Cuando ese hombre llegue a tu vida, habrás encontrado tu media naranja —le dijo Mandy, dedicándole un abrazo lleno de cariño a su amiga.

—Eso, o podrías intentar decir alguna palabra cuando te presentemos a un chico —añadió Atta—. Ya sabes, para que sepan con certeza que sabes hablar...

—¡Atta! —La hizo callar Mandy demasiado tarde.

—Está bien, no importa... Yo... debo irme. —Lay sentía las mejillas arderle por la vergüenza.

La verdad es que era muy tímida. Toda su vida lo había sido. En la escuela había sido el centro de las burlas de los chicos por ello, y en la juventud sencillamente se había convertido en un ser ignorado, como si fuera invisible. Su vida yacía en el trabajo que su madre algún día le legaría como la curandera del pueblo. Vivía con la nariz enterrada entre libros, practicando nuevas mezclas medicinales y aprendiendo de la ardua labor de su madre, que nunca terminaba.

La mayoría de las naciones de Dyamart estaban en guerra, los soldados caídos yacían por todas partes, y no era raro que muchos de ellos pasaran por Amardath, el poblado donde vivían, de camino al frente de batalla. Lay y su

madre tenían trabajo por montones día y noche, la labor de un médico nunca terminaba, por lo que para Lay detenerse a pensar en la desgraciada vida amorosa que llevaba, o la falta de ella, no era una opción en ese momento. Y a pesar del sabor amargo en la boca que el saber que seguramente terminaría sus días estando sola, y que su corazón nunca sería calentado con la llama del amor, prefería pensar que tenía una labor importante en el mundo y que su existencia estaba marcada por el beneficio de un bien mayor, y no uno personal, como sería el desposar a un hombre y formar una familia.

Después de todo ella era una Atzin. Una habilidad heredada por su madre que les proporcionaba la habilidad de crear agua, y en el caso de su madre, aliviar el dolor con solo posar las manos sobre un ser herido, y en escasas ocasiones, curar.

A pesar de que Lay era una Atzin también, sus habilidades estaban muy reducidas en comparación a las de su madre. Ella nunca había querido que Lay desarrollara sus poderes. Era importante mantener en secreto total lo que ambas eran. Ser una Atzin en ese mundo era peligroso, por ello nadie debía enterarse de la verdad, ni siquiera sus mejores amigas, por más allegadas que fueran a su familia.

No obstante, ser una Atzin también traía responsabilidades, su madre se lo había enseñado toda su vida. Tenían el deber de ayudar con su don, una labor extenuante, sumamente difícil y que muchas veces iba acompañada de la soledad...

—¡Lay! ¡Lay! ¡Henderlay, ¿qué demonios estás haciendo allá afuera?! —le gritó llamar, su madre, apareciendo por la puerta de la cabaña—. ¡Necesito que me ayudes, niña!

—Lo siento, mamá. —Lay corrió a su lado y entró a toda prisa en la cabaña.

—¿Has vuelto a marearte? —le preguntó su madre cuando la tuvo ante ella, estudiándola con la mirada.

—Lo siento... Yo...

—Está bien, ya te acostumbrarás. —Su madre sonrió, posando una mano

sobre su hombro—. Yo también me mareé la primera vez que vi a mi mejor amiga dar a luz.

Lay sonrió con ella, sintiéndose un poco más aliviada.

—¡Maldición, esto duele...! —Los gritos de Nehiri desde la habitación volvieron a hacer palidecer a Lay. Sin embargo, esta vez inspiró hondo y se dirigió directo a la puerta donde sabía se encontraba su amiga.

—Espera, cariño, lávate bien las manos con agua caliente primero —le recordó su madre—. No queremos infecciones. Se trata de un parto, y las normas son más relajadas, pero no por ello debemos descuidarnos.

—Tienes razón, disculpa... —Se quedó de pie con el ceño fruncido al notar que su madre adoptaba una expresión grave en el rostro. Y al asomarse al balde que usaban para el agua limpia, se dio cuenta del motivo. Estaba vacío.

—Iré por agua —le dijo Lay enseguida, dispuesta a tomar el balde y salir corriendo al bosque, el sitio donde se encontraba el único pozo con agua a la redonda.

La sequía que azotaba la zona había dejado sin agua a todos los riachuelos y pozos en el pueblo, por lo que los habitantes debían ir a tomar agua al único pozo disponible, a un kilómetro de distancia, ubicado dentro de lo más espeso del bosque de abedules.

—No. —Su madre la detuvo antes de que pudiera alejarse—. El pozo está demasiado lejos, y el bebé está por llegar... —Lay miró a su madre con preocupación, sabiendo qué se cruzaba por su mente. Un debate entre el deber y la necesidad de mantener su secreto oculto que muchas veces se había cernido en su cabeza.

—Debes hacerlo —Lay pronunció las palabras que su madre debía estar formulándose interiormente.

Los ojos de Ilamar, de un azul intenso y claro como el agua de montaña, se posaron sobre el rostro consternado de su hija. Y asintió.

—Vigila que nadie esté cerca —le pidió en un susurro.

Lay asintió y se dirigió a la puerta que conducía a la habitación desde donde

llegaban los gritos. En el interior, Nehiri seguía luchando con el dolor, mientras Feoni, su madre, se mantenía a su lado, aferrando su mano con decisión a pesar de que sus nudillos estaban tan blancos que parecía que estaba a punto de perder los dedos. Sin embargo, la mujer se mantenía firme y sonriente, dándole ánimos a su hija para continuar, demasiado concentrada en Nehiri como para prestar atención a la puerta cerrándose a su espalda.

—Está todo despejado —le hizo saber Lay a su madre.

La mujer asintió y entonces alzó ambas manos sobre el cubo. De sus dedos, igual como si se tratara de una fuente, emergieron gotas de agua hasta formar un chorro, que llenó enseguida el contenido del cubo con la más pura y cristalina de las aguas.

Ni siquiera deberían hervirla.

—¿Cuándo me enseñarás a hacer eso? —preguntó Lay, mirando a su madre con una sonrisa radiante, llena de orgullo.

—Eres una Atzin, tú puedes hacerlo cuando quieras, lo traes en la sangre. —Su madre le sonrió y enseguida adoptó una expresión seria—. Lo que no quiere decir que debes andar haciéndolo en cualquier momento y en cualquier lugar. Ya sabes que es muy peligroso. Si alguien se entera...

—Lo sé, mamá —Lay la interrumpió. Sabía muy bien las consecuencias de que su secreto fuera descubierto. Su madre llevaba recordárselo toda la vida.

En un mundo devastado por la sequía y donde el agua era más valiosa que el oro, poseer el poder de una Atzin era tanto una bendición como una maldición.

La gente peleaba por apoderarse de los Atzin que existiesen como si de tesoros valiosos se tratasen, y no personas con sentimientos y capacidad de pensar.

Guerras se habían levantado, la gente comerciaba con personas como ella, del mismo modo como antiguamente se había hecho con los esclavos y los caballos.

Y ya que el valor de un Atzin superaba en millones el valor del oro, a la

mirada de tanta gente obsesionada por el poder y la fortuna, de descubrirse su secreto, Lay y su madre serían convertidas en objetos valiosos, que muchos no dudarían en usar para comerciar, dejando al olvido que se trataban de personas.

Y por ese motivo era vital mantener su secreto. Ilamar había enseñado en profundidad a su hija el arte de la curación y la medicina, sin embargo, nunca había deseado otorgarle entrenamiento alguno en cuanto a sus poderes de Atzin.

La magia, cualquiera que fuese, estaba prohibida en Dyamart para todo aquel que no fuera un Kisinkan. Y la magia de las Atzin era la más peligrosa de todas; la magia del agua que podía contrarrestar la del fuego de los dragones Kisinkan.

Su madre le había prohibido usar sus poderes desde que tenía memoria, considerándolo algo sumamente peligroso que podría acarrearle más problemas que beneficios. *Algún día le enseñaría*, es lo que siempre le repetía, pero ese día aún no llegaba, y Lay dudaba que llegara pronto.

Para su madre el que ella se mantuviera ignorante sobre los talentos de una Atzin era equivalente a protegerla.

Quizá en la cabeza de su madre, mientras ella consiguiera lucir más como un simple humano, gente sin magia ni poderes sobrenaturales, Lay se mezclaría con mayor éxito entre los pueblerinos regulares, pasando desapercibida entre la gente común, y, de ese modo, manteniéndose a salvo.

Muchas veces Lay sintió envidia de los humanos, conformaban la mayor parte de las poblaciones de las naciones de Dyamart, siendo incluso más numerosos que los Kisinkan, sus opresores...

Su madre le había contado que muchos años atrás, antes de que las antiguas naciones cayeran, habían llegado a Dyamart los Kisinkan, la gente dragón. Su poder era tal que antes de arribar a su planeta, habían conquistado a otros cientos o miles de mundos. Dyamart solo era otro más.

En ese entonces las personas solían llamar a su planeta La tierra. Pero al

igual que cambiaron el orden de todo, los Kisinkan también cambiaron el nombre del planeta.

Trajeron consigo a cientos de otros como ellos y dominaron su mundo.

Ahora Dyamart estaba dominado y habitado por esos Kisinkan. El mundo que antaño perteneció a los humanos y a seres mágicos como los Atzin había desaparecido por completo.

Solo quedaban dos reinos Atzin, uno en el norte y otro en el sur. Los únicos seres que permanecían siendo en cierta forma independientes del dominio de los dragones y, por lo tanto, protegidos de ellos.

A pesar de ser Atzin, tanto ella como su madre no pertenecían a ninguno de los reinos. No contaban con la protección de nadie. Estaban por su cuenta, corriendo el riesgo de vivir en una tierra hostil, todo con tal de ayudar a otros.

A pesar de ser una Atzin inútil en cuanto al despliegue de sus dones, Lay conocía la importancia de esta creencia de ayudar a otros, inculcada por su madre desde la cuna. Como sabía que, de descubrirse su secreto, su vida como la conocía, terminaría.

Lay podría ser vendida y comprada como una esclava por cualquier rey Kisinkan, en el mejor de los casos, o terminar siendo una prostituta exótica o una concubina de algún jefe de una tribu del desierto, en el peor.

Los Atzin, aunque fueran sin entrenamiento, al igual que un diamante en bruto, eran un tesoro demasiado valioso como para dejarlo pasar.

—¡llamar, date prisa, creo que veo su cabeza...! —La voz de Feoni desde el interior de la habitación devolvió a Lay a la realidad.

—Vamos, cariño. —llamar dedicó a su hija una mirada de determinación—. Es hora de trabajar.

Lay asintió y la siguió al interior de la habitación. El rostro de Nehiri, rojo y desencajado por el dolor, la recibió.

—Tranquila, todo va a estar bien —le dijo Lay, corriendo a ayudar a su madre—. Ahora es cuando debes reclinar te para que mamá pueda revisar allí abajo y ver cómo va todo.

Notó que su madre tomaba una navaja muy afilada de la bandeja de instrumentos esterilizados y hacía un corte en la piel alrededor de la cabeza del niño, enrojecida y cubierta de sangre. Lay sintió que se mareaba al ver la carne desgarrada, pero tomó una honda bocanada y se forzó por sonreírle a su amiga.

—Es el momento —declaró Ilamar, echando un vistazo al rostro de la joven—. Ahora es cuando debes pujar.

—Vamos, Nehiri. —Lay estrechó con cariño la mano de su amiga—. ¡Puja!

Su amiga dio un grito descomunal al tiempo que pujaba con todas sus fuerzas, y Lay se unió en su grito cuando sintió que los huesos de su mano se convertían en astillas bajo su agarre de oso.

—¡Eso es, Nehiri! —gritó Feoni, pasando un trapo húmedo por la frente sudorosa de su hija—. ¡Lo veo! ¡Veo su cabeza!

—¡Haz que salga ya! —gritó Nehiri, pujando una vez más.

—¡Haz lo que ella dice! —gritó a su vez Lay, intentando en vano soltarse de la mano de su amiga.

Notó que la mano de su madre se posaba en el tobillo de la chica, solo fue un momento, pero bastó para que Lay supiera que la estaba ayudando. Estaba usando su poder de Atzin para aliviar su dolor.

Nehiri gritó una vez más, pero su grito fue más débil, un grito decidido para pujar con fuerza.

Y entonces al fin sucedió.

—Ya está aquí, hemos terminado, Nehiri. Puedes descansar —anunció Ilamar, con voz neutral, como si aquello fuera tan natural como haber terminado de tejer un chal.

Se escuchó el llanto de un recién nacido y el rostro de Nehiri se transformó del dolor a la completa dicha.

—¿Está bien...? —preguntó con voz suave y cansada, estirando el cuello para ver al diminuto bulto rosado que Ilamar tenía entre sus brazos.

Su madre terminó de limpiarle el rostro, la nariz y la boca con un trapo

limpio, y envolvió al recién nacido en una sábana antes de entregarlo a su madre.

—Ella está perfecta —le dijo Ilamar, con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Felicidades, mamá.

Nehiri sonrió, derramando lágrimas de felicidad, mientras estrechaba a su hija recién nacida entre sus brazos. Feoni, a su lado, no dejaba de llorar.

—Es preciosa, mi cielo, preciosa. —Feoni besó a su hija en la frente, dedicándole una mirada orgullosa a su nueva nieta.

—Por el Creador, me alegra que terminara ya... —Lay soltó un bufido, y su madre le dio una palmadita en el brazo.

—Lo has hecho muy bien. —Ilamar esbozó una sonrisa llena de orgullo a su hija—. Quizá quieras poner un poco de agua helada a esa mano.

Lay se acomodó a su lado, negando con la cabeza.

—Tenemos trabajo por hacer todavía. —Y así era, aún debían esperar a que se desprendiera la placenta y poner puntos en la abertura que había hecho su madre con la navaja. Sintió náuseas una vez más—. Aunque tal vez debería ponerme algún vendaje. Creo que Nehiri me rompió la mano —musitó en voz baja.

Su madre rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Deberás habituarte, cariño. Esta será tu vida cuando yo no esté.

La sonrisa se borró del rostro de Lay. Miró a su amiga, sonriendo con su hija recién nacida entre los brazos y pensó que sin duda querría hacer aquello por el resto de su vida. Dar alegría a la gente.

Sin embargo, sabía también que nunca podría hacerlo a menos que llegara a dominar el arte de la curación como lo hacía su madre. Sin ascos, ni náuseas ni vértigo cuando las cosas se pusieran difíciles. Y por encima de todo, debería aprender a utilizar sus poderes de Atzin. Porque de otro modo, no tenía idea de cómo conseguiría realizar aquella labor.

Un mundo sin ti



Una emotiva historia de segundas oportunidades con un tierno y conmovedor final.

A Silvia Salinas el mundo se le desmorona cuando su marido Jaime le anuncia que la abandona después de once años de matrimonio y tres hijos. Así que deberá enfrentarse a esa realidad y a ese dolor y atravesar el duelo de una pérdida que es la de su marido, pero también la de la vida que había

construido.

En el proceso muchas convicciones se destruyen y todo será visto a través de un nuevo prisma que no siempre le devuelve la mejor versión de sí misma o de su realidad, pero que le servirá para reinventarse. Y en ese nuevo mundo que ha reconstruido, quizás haya lugar para el amor otra vez.

Las novelas de Bel Didiembre están llenas de sensibilidad y emociones. Sus historias llegan al corazón del lector porque es capaz de conjugar con maestría la realidad y la ficción. Sus personajes reflejan sentimientos profundos con los que cualquiera puede sentirse identificado con facilidad.

Bel Diciembre es el seudónimo con el que me dedico a mi pasión más oculta: leer y escribir novelas románticas. Nacida en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona en 1968, estudié Filosofía en la Universidad de Barcelona licenciándome en 1992. En los primeros años me dediqué a dar clases tanto en institutos de secundaria como en escuelas de adultos y otras academias. En 2005 obtuve también la Licenciatura en Derecho dedicándome a la gestión y dirección de empresas por lo que en 2011 también obtuve un Master en Administración de Empresas.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Bel Diciembre

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-07-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un mundo sin ti

Negación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Negociación

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Depresión

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Ira

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Aceptación

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Final

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bel Diciembre

Créditos